

VIAJE A AMÉRICA CENTRAL,
ISLA DE CUBA Y YUCATÁN

VIAJEROS

COLECCIÓN OSA MENOR

5

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Dr. Enrique Luis Graue Wiechers
Rector

Dr. Domingo Alberto Vital Díaz
Coordinador de Humanidades

Dr. Adrián Curiel Rivera
Director del CEPHCIS

Dra. Carolina Depetris
Coordinadora de la serie

CENTRO PENINSULAR EN HUMANIDADES
Y CIENCIAS SOCIALES

Arthur Morelet

VIAJE A AMÉRICA CENTRAL, ISLA DE CUBA Y YUCATÁN

EDICIÓN DE CAROLINA DEPETRIS
Y ROSA TORRAS CONANGLA

ESTUDIOS INTRODUCTORIOS DE CAROLINA DEPETRIS
Y ROSA TORRAS CONANGLA

TOMO II



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Mérida, 2018

Voyage dans l'Amérique Centrale, l'île de Cuba et le Yucatan, París, 1857

Primera edición en español: 2018

Fecha de término de edición: 2 de octubre de 2018

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria. Del. Coyoacán,
C. P. 04510, Ciudad de México

Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales
Ex Sanatorio Rendón Peniche
Calle 43 s. n., col. Industrial
Mérida, Yucatán. C. P. 97150
Tels. 01 (999) 9 22 84 46 al 48
Fax: ext. 109
<http://www.cephcis.unam.mx>

Este libro ha sido editado e impreso con apoyo
del Proyecto Conacyt Ciencia Básica 253921,
Saber y Discurso en la Literatura de Viajes

Fotografía de portada: colección de Arturo Taracena Arriola

Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio
sin la autorización del titular de los derechos patrimoniales

ISBN 978-607-02-7251-6

Impreso y hecho en México

Índice

La naturaleza en Arthur Morelet CAROLINA DEPETRIS	9
Morelet: el “descubridor” de una región de frontera ROSA TORRAS CONANGLA	21
Viaje a América Central, isla de Cuba y Yucatán. Tomo segundo	
Capítulo XIII. La selva	43
Capítulo XIV. El Petén	65
Capítulo XV. Las colinas	101
Capítulo XVI. Aventura en la selva	125
Capítulo XVII. La caverna	145
Capítulo XVIII. <i>La tierra templada</i>	159
Capítulo XIX. La cordillera	179
Capítulo XX. Guatemala	197
Capítulo XXI. El océano Pacífico	227
Capítulo XXII. La ruta del Golfo	257
Notas	
G	303
H	303
I	309
J	311
K	312
L	313
Reporte. Leído por A. Morelet...	315
Informe redactado en la Academia de Ciencias...	319

Nota sobre el mapa de viaje	325
Aires nacionales de América Central	327
Mapa de Yucatán y de Guatemala	331

La naturaleza en Arthur Morelet

Carolina Depetris

Pierre-Marie-Arthur Morelet nació en 1809, en una familia perteneciente a la nobleza de Chalons-sur-Saône. Estudió Derecho pero decidió ser naturalista contra la voluntad de su padre. Realizó viajes exploratorios a Italia, Argelia, Córcega, Cerdeña, Portugal. Producto de este último fue su libro *Description des mollusques terrestres et fluviatiles du Portugal* (Paris: J-B Baillières, 1845). Hacia finales de 1846 emprende un viaje que lo lleva a visitar Cuba, Yucatán y Guatemala bajo el patrocinio de la Academia de Ciencias de Francia. La Academia le encomienda abastecer al Museo de Ciencias Naturales de París con ejemplares vegetales, animales y minerales de la región tropical, cometido que lleva a cabo con éxito ya que entrega a su regreso una colección de animales y plantas al Museo de Historia Natural de París y también una serie de pinturas de peces del lago de Flores, en Petén. También presentó resultados de su exploración en foros científicos de Francia a través de conferencias e informes. El testimonio más completo de este viaje por América Central es *Voyage dans l'Amérique Centrale, l'Île de Cuba et le Yucatán*, publicado en París en 1857, en dos tomos, por Gide et J. Baudry.¹

Morelet permanece en suelo americano un año y tres meses. Deja el continente por Belice para no regresar jamás. No obstante, revisita Cuba desde la ficción literaria: en 1890 publica *Les incohérences de la vie* (Dijon: Lamarche éditeur), una novela de corte romántico ambientada en la isla. No es esta su primera novela: tres años antes ya había publicado

¹ Para una biografía completa de Arthur Morelet, véase Arturo Taracena Arriola, “El mundo americano de Arthur Morelet”. En Morelet, *Viaje a América Central*, tomo I, 11-33.

en París (Calmann Lévy éditeur) una reformulación literaria de su viaje por Portugal, *Une aventure en Portugal*, en donde había sido tocado con la fortuna de sufrir en su derrotero algunas desventuras (fue capturado por unos asaltantes), rasgo esencial del “auténtico viajero” según el canon romántico fijado por Byron, Shelley, Wordsworth, Coleridge y otros.

Morelet se suma, con su aventura por América Central, a un flujo de viajeros que comenzaron a explorar la zona en los últimos tiempos de la colonia (1789), cuando Carlos III envía las primeras exploraciones, conocidas como “exploraciones Estachería”, a Palenque. En 1825, la Société de Géographie de París impulsa, mediante la convocatoria a un premio, nuevas exploraciones por la región, facilitadas además porque ya no estaban sometidas al control del imperio español y porque, al mismo tiempo, tampoco estaban bien reguladas en una república incipiente. Estos viajeros, ilustrados en su mayoría, tenían su interés focalizado en las ruinas mayas: el imperativo era acertar con una explicación acerca del origen de esos monumentos y del pueblo o los pueblos que los construyeron, aunque muchos aportan también, en sus testimonios, información de orden natural, lingüístico y etnográfico. Dos casos paradigmáticos en esta línea de exposición y escritura son Frédéric de Waldeck y su *Voyage pittoresque et archéologique dans la province d'Yucatán*, publicado en 1838 y los libros de John Lloyd Stephens *Incidents of Travel in Central America, Chiapas and Yucatán* (1841) e *Incidents of Travel in Yucatán* (1843), viajeros que lo precedieron por poco margen de tiempo y constituyen un referente para él. Morelet, como sus antecesores, también se ocupa del tema de las ruinas, ensaya algunas conjeturas acerca del origen oriental de los mayas, pero su libro no tiene un objetivo arqueológico ni etnográfico sino naturalista y en esto reside su originalidad frente a sus predecesores: en ofrecer el primer testimonio naturalista de la zona.

En esta breve introducción quiero exponer cuál es el impacto que tiene la naturaleza de la región de América Central en un naturalista francés de mediados del siglo XIX, conocer cómo es por él percibida, cómo es significada y cómo resemantizada. Subyacen a este propósito dos inquietudes de orden más amplio: en el conocimiento de la naturaleza, a) ¿cómo extraer constantes del cambio?, y b) ¿cómo se vincula el conocimiento del mundo físico con conocimientos de orden metafísico? Para tratar de dar respuesta a estas preguntas, voy a tomar tres textos de estatutos dife-

rentes escritos por Morelet: el texto científico *Description des Mollusques du Portugal* (1845), el relato de viaje *Voyage dans l'Amérique Centrale, l'Île de Cuba et le Yucatan* (1857) y la novela *Les incohérences de la vie* (1890). En estos escritos surgidos de una misma pluma pero con intenciones diferentes, quiero revisar las similitudes y/o diferencias en el concepto de naturaleza allí expuesto, establecer el tipo de relación que mantienen, desde la voz enunciativa, el mundo físico con el metafísico y con qué connotaciones para diferentes instancias de pensamiento y discurso.

La naturaleza de los moluscos: sinécdoque de un problema

Description des Mollusques du Portugal ofrece una clasificación muy precisa y una descripción minuciosa, con apoyatura gráfica, de los moluscos que Morelet descubre durante su viaje a Portugal. En la introducción de dicho volumen, de particular interés, presenta el estado de la cuestión en estudios de moluscos, prácticamente nulo por esos años. Ofrece allí una suerte de cuestionamiento en torno al mecanismo que vincula a la naturaleza con sus criaturas que define su posición como naturalista. Sostiene que si ha decidido estudiar una forma de vida tan inferior en la escala de los seres como son los moluscos, es porque ese estudio no está exento de “cierto interés filosófico”. Ese interés radica en conocer cuál es la ley constante que hace de la diversidad de moluscos existentes, una especie: ¿cómo extraer constantes del cambio, identificar unidad en la diversidad? Rechaza los postulados de la escuela alemana cuyas teorías sostienen que los moluscos, al ser tan inferiores, carecen de la energía vital necesaria para mantener su especie, y que son, al cabo, ciertas circunstancias externas las que inciden en que sean lo que son. Así, la naturaleza aparece ya en este texto de Morelet como una entidad total, autónoma, reguladora, definitoria que otorga un determinado organismo a determinados seres y los coloca en medios adecuados para su desarrollo. No traiciona, creo, la influencia de Buffon en el desarrollo de la historia natural al sostener que la naturaleza es una potencia creadora, ella misma responsable de lo que crea. Este criterio, veremos, cambiará después, pero aquí hay un fuerte sentido creacionista en Morelet: la naturaleza es dadora de entidad e identidad, y lo es desde el origen de cada especie. ¿Cómo, se

pregunta, se puede concebir que los seres, antes de ser cuerpos organizados, fueron una suerte de borrador somentido a perfección conforme a etapas históricas de crecimiento, desarrollo y declive cuando los fósiles de los moluscos ofrecen evidencia contraria? Me pregunto si no hubiese cambiado de parecer de haber viajado a Portugal después de 1859, fecha en que Darwin publicó *El origen de las especies*. Aunque sospecho que no, como lo veremos más adelante.

Morelet está convencido de que el medio no altera la esencia de los entes porque la naturaleza ha colocado precisamente a esos entes en un medio que es apto para su desarrollo:

Yo concibo, dentro de ciertos límites que la naturaleza ha fijado ella misma, las modificaciones que acarrear insensiblemente el clima, la nutrición y la educación, pero no admitiré que la acción continua de una causa originariamente insuficiente pueda, en un momento preciso, alterar la composición de una organización que se ha mantenido, a pesar de esta acción, en la integridad de su relación.²

El clima, la educación y la nutrición pueden alterar ciertos rasgos en la apariencia de los seres pero no pueden cambiar sus leyes constantes, constitutivas de lo que cada cosa es. En esta convicción hay un sólido sentido de totalidad, de conexión, de Absoluto que enlaza todo lo existente en la naturaleza, y no existe organismo, por pequeño e imperfecto que sea, que no tenga relación con todo lo demás y que no sea *importante* en el conjunto. En el tomo II de *Viaje* se refiere nuevamente a los moluscos y dice: “nada es despreciable en la naturaleza; nada debe desdeñarse, porque nada está aislado; añadiré, con Hobbes, que Dios no es menos grande en sus más mínimas obras que en la inmensidad del universo; que el estudio de los más insignificantes seres organizados, es un motivo fecundo en pensamientos elevados”.³ Destaco aquí esta idea de que todo importa en el universo porque en todo está Dios, es decir, la idea medieval de *vestigia dei*.

En este “cuadro” de la naturaleza (y la metáfora aplica tanto en sentido científico para referir la naturaleza en su totalidad, que arranca con Buffon y la vemos en Humboldt, en Chateaubriand, también en Morelet;

² Morelet, *Description des mollusques*, 6. La traducción es de la autora.

³ Véase capítulo XV “Las colinas” en este mismo volumen, página 101.

como en sentido artístico al referir la estetización de la naturaleza —la naturaleza como arte— del pintoresquismo), el hombre es considerado pero se lo percibe desvinculado de la potencia creadora que la naturaleza tiene. El hombre no aparece en la escala de los seres sometidos a las leyes de la naturaleza sino como un agente que puede alterar, modificar el medio donde la naturaleza ha colocado sus criaturas. Pero lo puede hacer hasta cierto punto. No le es posible alterar el orden natural de los seres completamente ni le es posible ordenar intelectualmente, de manera plena, el (des)orden de la naturaleza: “la naturaleza, en sus combinaciones variadas, se ríe verdaderamente de nuestros esfuerzos por trazarle reglas”.⁴ Como naturalista, Morelet señala sospechas epistemológicas, necesidades científicas y también limitaciones especulativas que indican, frente a la naturaleza creadora, limitaciones ontológicas en el hombre. Una de las aristas creacionistas identificada en *Descripción* y acentuada de manera notable en *Viaje* y en la novela es precisamente la potencia creadora autónoma: la naturaleza que define, por oposición, *imponer*, si se me permite el lexema, de la criatura más creadora que es el hombre.

El relato de viaje: ¿ciencia o literatura?

El aparato epistémico que acompaña a Morelet en su conocimiento del mundo vegetal y animal de América Central es, en esencia, moderno: apela a la *imparcialidad*, a la fiabilidad de la información transmitida sustentada en la *observación directa* y a la *novedad* de esta noticia que se traduce, en la práctica, en un orden de razonamiento *inductivo*, derivado de la observación y de la experimentación directas: “Yo visité Cuba —dice Morelet— sin prevenciones, libre de toda influencia y no buscando más que mi instrucción, llevé en mi examen el espíritu de imparcialidad que es el primer deber del viajero”; “los pueblos primitivos de América Central entre los cuales viajé, y que observé con mis propios ojos”.⁵ Estos ejes epistémicos regulan la escritura de los viajes en los siglos XVIII y XIX: son modos de operación de orden científico que se trasladan a un género discursivo híbrido como es el del relato de viaje aunque no necesariamente

⁴ Morelet, *Description des mollusques*, 18. La traducción es de la autora.

⁵ Morelet, *Viaje a América Central*, tomo I, 58 y 233.

se corresponden con el marco del viaje (Morelet, vimos, lee los textos de Waldeck y Stephens *antes* de viajar), ni con los modos de enunciación del narrador ni con la composición del enunciado.

El carácter híbrido de los relatos de viaje es destacado por los estudiosos sobre el tema. En *Las morales de la historia*, Todorov señala que este tipo de textos están conformados por dos órdenes de discurso que deben permanecer en “una cierta tensión (o cierto equilibrio)”. Estos discursos son la ciencia y la autobiografía. El equilibrio está definido por la necesaria presencia de un discurso orientado hacia la realidad que se viaja (objeto de conocimiento) y otro hacia las marcas que demanda el testimonio (el sujeto que conoce). “Si sólo figura en su lugar uno de los dos ingredientes, nos salimos del género en cuestión para meternos en otro”,⁶ dice Todorov. Morelet parece conocer esta demanda del género cuando en la portadilla de *Voyage*, él —o su editor— coloca un epígrafe significativo: “Sentir et connaître sont les plus vive aspirations de notre nature”.

Morelet viaja a América, dije, con una encomienda científica y él responde de manera satisfactoria a esta empresa aportando incluso ejemplares nuevos, como el *crocodylus moreletii* (también conocido como cocodrilo mexicano o cocodrilo de Petén), bautizado en su honor. Pero si los moluscos y la geografía de Portugal ya despertaron en él ciertas disquisiciones filosóficas en torno al poder de la naturaleza y al que puede tener el hombre, su encuentro con la naturaleza tropical americana tendrá un impacto realmente crítico porque su espíritu científico se quebranta y entra en una zona de vacío cognitivo (“todo lo que había leído acerca de aquel rincón del mundo, me había dejado sin opinión acerca de su verdadero carácter”, dice en el primer tomo de su *Viaje*),⁷ de conflicto lingüístico y de dramatización ontológica. La naturaleza, que concentra en el libro múltiples semas mayestáticos, *impera, reina* sobre esa parcela del globo pero mucho más sobre el hombre: “preferí —dice en un momento— abandonarme a la naturaleza”.⁸

Aunque mostraré más adelante que el libro puede leerse como una suerte de *Subida al Monte Carmelo* es, antes que eso, un relato de viaje y por eso abundan en él descripciones impersonales y también pintorescas,

⁶ Todorov, *Las morales*, 99.

⁷ Morelet, *Viaje a América Central*, tomo I, 282.

⁸ Morelet, *Viaje a América Central*, tomo I, 337.

muy al tono con este tipo de escritos. Pero lo que llama mi atención es que el narrador acude en algunos momentos al uso de símiles para tratar de completar la imagen que procura su descripción y en otros momentos, en muchos momentos, cae en declaraciones de inefabilidad. Repaso el uso de símiles. Morelet llama a la espuma del mar, “espirales de nieve”; sobre un peñasco peligroso, se expresa: “pelado como la cabeza de un buitre”; el sol del mediodía brilla sobre el agua “como un espejo de bronce”; “la sombra de las sierras se extendió sobre nosotros como un velo”, etc. ¿Por qué, me pregunto, un naturalista como Morelet, acostumbrado por formación a nombrar el mundo natural mediante una nomenclatura precisa y pudiendo llamar “espuma del mar” a la espuma del mar, “peñasco” al peñasco, “sol” al sol y “sombra” a la sombra, decide llamar “nieve” al mar, “buitre” al peñasco, “espejo de bronce” al sol y “velo” a la sombra?

No voy a entrar aquí en el problema complejo de si una metáfora es o no un símil encubierto y si estos ejemplos, entonces, lo son de comparaciones o de metáforas. Lo cierto es que en uno y otro caso, estos ejemplos señalan un modo indirecto de significación y una consideración analógica del referente: significan una cosa a través de otra cosa porque, al cabo, esa cosa tiene en su ontología parentesco con esta otra. Muy atrás queda la supuesta imparcialidad de Morelet porque la función analógica de un símil no es una función autónoma que se prende como un abrojo a lo semejante. Metaforizar bien, decía Aristóteles, es percibir lo semejante y si Morelet decide usar comparaciones para nombrar la naturaleza americana es porque él, como enunciador, percibe esa cadena analógica en ese mundo natural que viaja. Si el enunciado se construye por medio de una fórmula retórica que señala una cercanía ontológica entre, por ejemplo, un peñasco y un buitre, es porque aquel que tiene a cargo la enunciación percibe su referente de esa manera. La idea de naturaleza que respalda el uso de símiles para nombrarla tiene que ser orgánica y, en tanto orgánica, total porque, sabemos, los sistemas analógicos nos pueden llevar muy lejos en sus derivaciones.

Cuando Morelet conoce los bosques de los actuales estados de Tabasco y Chiapas en México, y desciende hacia Guatemala, se adentra en una naturaleza extremadamente viva, salvaje, primitiva porque todo ocurre allí según el ciclo natural de la vida y hay escasa intervención humana. Ese primitivismo (en varias ocasiones él asegura que ese mundo es tal

como fue creado en el origen) despliega en el viajero un fuerte sentido de misterio y asombro porque estar en esa naturaleza es como estar en las “primeras edades del mundo”, es decir, estar en la naturaleza de mayor naturalidad. Como en su libro de malacología, la naturaleza aparece como una fuerza autónoma pero en su relato de viaje y en la novela, se acentúa su condición soberana y su cualidad de potencia: es majestuosa, inmensa, magnífica, grandiosa, poderosa y todo en ella, bueno y malo, es extremo y es superlativo; sublime, en síntesis.

El naturalista, si escasamente podía intervenir en el imperio de la naturaleza de los moluscos portugueses, en las selvas tropicales se encontrará primero curioso, admirado, asombrado para pasar poco a poco, a medida que su derrotero lo interna más profundamente en el “seno de la naturaleza”, a sentirse deslumbrado, emocionado, perturbado, melancólico, aturdido, arrebatado. Fuera de sí, ahora su ánimo y sus pensamientos están sujetos “al imperio de la naturaleza”.

Y también lo está su escritura, de modo que el viajero se enfrenta a serias dificultades a la hora de poder describir desde ese estado de arrebatado intelectual y emocional lo que en numerosas ocasiones llama el “espectáculo de la naturaleza”. A medida que la naturaleza se hace más y más salvaje el viajero se desplaza más y más de su eje ontológico en una dramatización de sí mismo, a tal punto que las descripciones del entorno natural se convertirán, en realidad, en exposiciones del efecto que ese entorno tiene en su ánimo. Esta dramatización despunta en el libro de viaje y será, en la novela, la nota característica de las descripciones allí volcadas: en *Les incoherentes* el paisaje, por ejemplo, “era grande y melancólico, sobre todo al aproximarse la noche, y me sentí invadido por una necesidad de ensueño y soledad”.⁹ En el libro de viaje, esa conmoción ontológica se manifiesta en descripciones algo huecas como “nunca me había parecido tan bella la naturaleza y la contemplaba en sus menores detalles con la misma admiración que el primer día”,¹⁰ hasta que se acercará a la inefabilidad al truncarse el despliegue paratáctico con frases que recorren la imposibilidad desinencial: “indescriptible”, “inexpresable”, “inexplicable”, será aquello que forma parte de la naturaleza y que no le es posible describir.

⁹ Morelet, *Les incobérences*, 98. La traducción es de la autora.

¹⁰ Véase capítulo XV “Las colinas” en este mismo volumen, página 101.

La novela, que podría, por su condición literaria, ofrecer un espacio adecuado para un desarrollo más sostenido y expandido de redes descriptivas, reitera las fórmulas del relato de viaje usando símiles que no desarrolla en proyecciones analógicas amplias y claudicando finalmente de la descripción:

feliz [...] de contemplar con tranquilidad el más maravilloso paisaje que la imaginación de un pintor puede soñar. ¡Qué campo se abre ante mí para la descripción! De un lado el mar azul de las Antillas, semejante a un zafiro brillante [...] Pero el género descriptivo no gusta mucho en nuestros días, se quieren emociones y no cuadros, se debe suprimir todo aquello que frene la acción.¹¹

Por supuesto, cabe pensar que Morelet evita, al cabo, las descripciones porque sencillamente no tenía cualidades literarias para afrontarlas, y toda esta queja contra las demandas literarias de los tiempos modernos, y todos sus roces con la inefabilidad no sean más que fórmulas que maquillan una incompetencia. Pero descripciones muy bien logradas como el ejemplo que sigue permiten pensar lo contrario:

Conforme avanzábamos, el río se hacía más sinuoso y más rápido, las montañas más abruptas y el paso más estrecho. Muy pronto nos vimos apresados entre unas altas rocas grisáceas cuyas aristas se introducían verticalmente en el agua; algunas parecían torres almenadas o murallas a medio derribar. Sin darnos cuenta, los despeñaderos se acercaban, el espacio se estrechaba aún más, desaparecía el sol y la sombra de las *sierras* se extendía sobre nosotros como un velo.¹²

La écfrasis se cumple aquí perfectamente y nosotros, como espectadores, tenemos una potente y clara imagen de ese paso montañoso por el río. Morelet sabe describir y conoce, además, la pragmática dentro de los géneros que encara: en el relato de viaje, en donde la descripción tiene un papel preponderante frente a la narración, habla de un personaje, declara que contar las vicisitudes de su vida sería “materia para un capítulo novelesco de gran interés [...] Pero semejante digresión me arrastraría lejos

¹¹ Morelet, *Les incohérences*, 68. La traducción es de la autora.

¹² Morelet, *Viaje a América Central*, tomo I, 331.

del objeto de mi estudio y, por otra parte, no me corresponde llevarla a cabo";¹³ en la novela ocurre —y debe ocurrir— lo contrario cuando afirma, como vimos poco más arriba, que no se puede demorar en el lento tiempo descriptivo porque debe suprimir “todo aquello que frene la acción”. No creo, en síntesis, que Morelet acuda a la inefabilidad por incompetencia literaria y quiero pensar que tampoco lo hizo como un modo de elipsis. Quiero pensar que él se encontró con una naturaleza tan poderosa y superlativa en América que esto lo conmovió por momentos muy profundamente y esa conmoción tuvo, al menos, tres consecuencias entrelazadas: primero, pierde la capacidad de nombrar porque lo nombrado excede el nombre; segundo, este exceso dispara en Morelet una fuerte conciencia de la pequeñez humana ya insinuada en su libro sobre los moluscos; y tercero, la magnificencia, la potencia de la naturaleza americana sobrepasa no sólo al hombre sino a la misma naturaleza. Morelet, en síntesis, cae en un naturalismo teológico tan intenso que ya no verá en la naturaleza las huellas de Dios sino a *Dios*.

En este punto de mi lectura, vuelvo a repasar todos los indicios des-puntados y comienzo a percibir su viaje como una camino espiritual de raigambre mística, igual a la *Subida al Monte Carmelo*, de san Juan de la Cruz: el viaje se convierte en una sucesión de pruebas que Dios le pone al viajero en su camino para fortalecer así su ánimo y dejarlo en disposición mística para recibir a Dios a través de la naturaleza. Voy a re-trazar estos índices desde esta perspectiva según estricto orden de aparición en *Viaje por América Central, isla de Cuba y Yucatán*, para poder percibir cómo se va realizando la vivencia mística de la naturaleza americana. Ante ese escenario, vimos, el viajero primero está “aturdido”, “embriagado” y declara que aquello es “un verdadero *delirio* que ninguna lengua puede expresar”, cae en la *inefabilidad* que será sostenida en el relato. Luego se despierta en él la fuerte conciencia de la “corta duración de la vida”; siente su propia “debilidad” frente a la “*grandeza* de la creación”. En una noche donde no puede conciliar el sueño, sentado frente a un lago solitario, es “*penetrado* por un sentimiento profundamente religioso”; queda luego “confundido”, “deslumbrado” por estar en una “escena” que “parecía pertenecer a la primera edad del mundo” y cae en un “éxtasis” tal que ni siquiera siente las picaduras de los mosquitos. Poco después se queda “sin opinión” sobre

¹³ Morelet, *Viaje a América Central*, tomo I, 327.

todo lo que había aprendido de ese rincón del mundo. Su alma, en Palenque, se encuentra “agitada” por una “turbación *inexplicable*” que lo lleva a un estado de “admiración respetuosa hacia la inteligencia omnipotente, que parecía sacar de la nada un mundo ignorado por mí”. Su “espíritu” se “abandona” a las diversas impresiones de la naturaleza. Ese abandono, ya a comienzos del segundo tomo de *Viaje*, hace que sienta “la fuerza omnipotente” y agradece a la “Omnipotencia” por haberlo fortalecido en “esta primera prueba”; la naturaleza se convierte en un “santuario” y el libro termina con un *casamiento místico* porque el espíritu del viajero está “penetrado” de Dios:

En medio de esas magníficas regiones en las que el dominio del hombre es tan limitado, donde el hombre mismo se ve reducido a proporciones tan mínimas, la imagen del Creador se me ha aparecido en toda su majestad y cayendo de rodillas por un movimiento irresistible, he gritado con el Salmista: “Señor, os alabaré, porque vuestra grandeza se ha mostrado de una manera sorprendente; vuestras obras son admirables y han fortalecido mi alma” (Salmo 138).¹⁴

Idénticos tópicos retoma en la novela *Les incohérences de la vie*: el alma también se siente embriagada, finita, humilde, se siente que es nada en el “santuario” de la naturaleza, y se deja “caer en una aniquilación deliciosa” que concluye, cerca del final del libro, con una declaración: el Dr. Drivon, personaje que es *alter ego* de Morelet en la novela, le dice al protagonista: “Usted no encontrará ateos entre los verdaderos naturalistas [...] su admiración reflexiva por las maravillas del mundo y la armonía que preside sus leyes lo conducen irrefutablemente a la fe”.¹⁵

Concluyo este breve ensayo que invita a continuar con el segundo tomo de *Viaje a América Central, isla de Cuba y Yucatán*, la lectura de un testimonio de viaje magnífico. Sólo pretendía con él trazar una suerte de guía que, desde el molusco más insignificante a la manifestación divina más sublime, siguiera los pasos de Arthur Morelet por Portugal y América Central de la mano de la naturaleza.

¹⁴ Véase capítulo XXII “La ruta del Golfo” en este mismo volumen, página 257.

¹⁵ Morelet, *Les incohérences*, 203. La traducción es de la autora.

Referencias

MORELET, ARTHUR

Description des mollusques terrestres et fluviátiles du Portugal. Paris: J-B Baillières, 1845.

Les incohérences de la vie. Dijon: Lamarche éditeur, 1980.

Viaje a América Central, isla de Cuba y Yucatán, tomo I, edición de Carolina Depetris. Mérida: CEPHCIS-UNAM, 2015.

TODOROV, TZVETAN

Las morales de la historia. Barcelona: Paidós, 1993.

Morelet: el “descubridor” de una región de frontera

Rosa Torras Conangla

El 10 de julio de 1847, el diario oficial de Guatemala reportaba:

A fines de mayo último ha llegado al Petén M. A. Morelet, naturalista francés. Viene a reconocer las antigüedades de aquel Distrito. Trae recomendación de Mr. Guizot [ministro de Francia] para los Ministros y Cónsules; y pronto le tendremos en esta ciudad a donde se dirige por la Verapaz.¹

Era una pequeña nota publicada en la última página del periódico que, si bien consignaba que Morelet era un naturalista, también fijaba el objetivo de su misión en aquello que en esos años condensaba el anhelo de los políticos latinoamericanos en pos del reconocimiento de sus recién estrenadas repúblicas: el “descubrimiento” de vestigios arqueológicos. Éstos aportaban legitimidad a la opción de construirse como naciones independientes, pues les otorgaba un pasado glorioso que dotaba de historia al nuevo país. En ese sentido, el impulso a las expediciones arqueológicas en el mundo maya prehispánico también fue una constante en los políticos liberales guatemaltecos, sobre todo a partir del decreto emitido por Mariano Gálvez en 1834, urgidos por justificarse como nación diferenciada frente a México, mientras la República mexicana hacía lo propio alrededor de la civilización azteca.² Idearios nacionalizantes que se iban forjando poco a poco sobre un espacio que habría que delimitar territorialmente.

¹ *Gaceta de Guatemala*, núm. 16 (10 julio 1847): 64.

² Chinchilla, “Nacionalismo y arqueología”, 1-9.

El propósito de las siguientes líneas se desdobra en dos momentos. El primero procura acercarse al momento histórico en el cual Morelet hizo su viaje y luego lo relató; el segundo pretende seguir su mirada para aproximarnos a su visión sobre el territorio recorrido, un espacio geohistórico relevante conformado como región de frontera entre México y Guatemala. De hecho, se trata de una introducción al texto en su valor como testimonio y como hacedor de la construcción histórica de un espacio vivido e imaginado, sujeto a disputas políticas a lo largo del siglo XIX.

Historiar el relato

Procedente de La Habana, sabemos que Morelet entró el 19 de febrero de 1847 al puerto de Sisal, Yucatán, con el objetivo primordial de explorar el desconocido Petén pues, según nos dice él mismo: “los más ilustrados ignoraban hasta el nombre de aquella tierra y sostenían con una sonrisa que yo la descubriría”.³ Ese desconocimiento real, Morelet lo fue constatando hasta que llegó a la región de Los Ríos de Usumacinta, pues fue en Palizada, centro neurálgico en esos años del auge de la economía del palo de tinte, donde lo pudieron orientar en el camino desde Tenosique hacia el Petén a pesar de las pocas relaciones, según indicaba, entre tabasqueños y peteneros.

En el tomo I de su relato, Morelet describió con lujo de detalle el *boom* tintero en la región surcada por el sistema fluvial del río Usumacinta cuyo origen se encontraba en el Petén. Un territorio tabasqueño vertebrado por los ríos, cuya riqueza forestal lo convirtió en área de conflicto con Campeche hasta quedar dividido jurisdiccionalmente entre ambos estados mexicanos gracias a los quehaceres de la élite de Ciudad del Carmen, que se apropió de esta manera de los bosques tintóreos de la cuenca del río Palizada, brazo del Usumacinta, y a las estrategias de los gobiernos centrales para integrarlo al territorio mexicano frente a las exigencias de soberanía de los díscolos yucatecos.⁴

A esa contienda interna en el seno mexicano se le aunaron las necesidades de ejercicio de soberanía de las repúblicas nacientes, tanto mexi-

³ Véase capítulo XIII “La selva” en este mismo volumen, página 43.

⁴ Véase Torras, *La tierra firme de enfrente*, 2012.

cana como guatemalteca, seccionando un amplio territorio que en tiempos inmemoriales enlazaba las actividades comerciales de los chontales, habitantes de la región de Los Ríos con Yucatán, el Caribe y el istmo centroamericano, sirviéndose para ello de la extensa red de aguas y caminos interiores. Rutas que durante el periodo colonial continuaron siendo utilizadas y que en el imaginario de aquellos viajeros extranjeros que las surcaron ya en tiempos republicanos configuraban una sola región.

Si bien en periodos prehispánicos el Petén fue una región de gran dinamismo, el colapso de la civilización maya clásica de las tierras bajas la deshabitó. Más tarde, fue ocupada por los itzaes procedentes de Chichén, a quienes se sumarían, después de 1847, los mayas yucatecos que huían de la Guerra de castas.⁵ La región de Los Ríos en la Nueva España también fue un espacio de refugio de mayas yucatecos del norte peninsular y de cimarrones de origen africano que huían de la esclavitud, quienes cohabitaron con la escasa población chontal que sobrevivió a los avatares coloniales. Vicisitudes que el mismo Morelet relata —y que, confiesa, le apasionan—, destacando las permanentes dificultades que tuvo el poder español por mantener su hegemonía sobre esas selvas, azuzado también por la presencia inglesa desde la costa caribeña. Partiendo de que el Petén no era un territorio rico en minas, la principal razón para colonizarlo fue geopolítica, en la medida en que permitía un camino entre Yucatán y Guatemala, “a fin de que hubiera continuidad territorial entre aquella provincia y el reino de Guatemala”,⁶ con el propósito de favorecer la evangelización, el control del contrabando y la lucha contra la expansión inglesa. Dicha “continuidad” tuvo sus dislocaciones, pues el Petén funcionó como satélite eclesiástico y comercial de Yucatán, y como subordinado político, administrativo y militar de Santiago de Guatemala.⁷ Contradicciones que se acentuaron en tiempos republicanos y que la construcción del Estado nacional exigió a ambos países solucionar con sus propios medios.

El interés de tabasqueños, campechanos y yucatecos por las selvas peteneras era notorio en los años 40 del siglo XIX, en pleno auge de la explotación del palo de tinte y del corte de maderas preciosas. Jan De Vos⁸

⁵ Rugeley, *De milagros y sabios*, 295-297.

⁶ Angulo, *Los mayas del Petén*, 209.

⁷ Angulo, *Los mayas del Petén*, 34 y 106.

⁸ De Vos, *Oro verde*, 41-52.

documentó el uso frecuente del sistema fluvial del Usumacinta por los tabasqueños, el cual los enlazaba con las aldeas del Petén suroccidental, así como la participación económica de comerciantes campechanos para abrir caminos por la selva Lacandona que unieran Chiapas con Tabasco y los puertos de Frontera y Ciudad del Carmen, soñando con su explotación forestal en la que eran expertos. Según reporta De Vos, la primera solicitud de permiso de un tabasqueño al corregidor del Petén para cortar árboles de caoba y cedro cerca del nacimiento del Alto Usumacinta, en jurisdicción guatemalteca, data de 1859. Ésta se dio gracias a la iniciativa del mencionado comerciante Felipe Marín, originario de Balancán: “los tabasqueños ven la posibilidad de conquistar esa remota parte de la selva Lacandona. La conquista no tarda en verificarse”.⁹ No obstante, años antes de la licencia de corte mencionada, Morelet describía con lujo de detalle el avance de los madereros desde el golfo de México, remontando los ríos, hacia el Petén al ritmo de la deforestación. La bonanza maderera también era señalada por el corregidor petenero, el coronel Modesto Méndez, cuando en 1847 informaba a su superior sobre los beneficios que ésta reportaba al sistema de trabajo forzado imperante en la época: “por fortuna, de pocos años a esta parte ha desaparecido la vagancia porque tanto los cortes de palo de tinte de Tabasco cuanto los cortes de caoba en Belize convidan y comprometen a los ociosos y muchos más cuando éstos son perseguidos como inútiles a la sociedad”.¹⁰

Aunque el mismo Morelet afirma en su texto que en Guatemala no existía el trabajo forzado, esta herencia colonial fue impulsada en esos años a través del trabajo vial y de la persecución a la vagancia a la que sí se refiere Méndez. Precisamente, el Decreto de la Asamblea Constituyente del 2 de octubre de 1839 facultó a los corregidores como responsables de perseguir a quienes la misma ley considerase como “vagos”.¹¹ La tardía colonización del Petén y su escasa población indígena parece que habían librado a los pobladores de la selva del trabajo forzado en tiempos españoles,¹² pero precisamente su calidad de zona de refugio le daba mayor sentido a la nueva legislación conservadora en materia de control laboral.

⁹ De Vos, *Oro verde*, 54.

¹⁰ Archivo General de Centroamérica, Gobernación, Signatura B, leg. 28537 exp. 23, f. 3.

¹¹ Pineda, *Recopilación de las Leyes*, 506.

¹² Schwartz, *Forest Society*, 39.

La figura de Méndez tiene especial relevancia en el texto de Morelet, aunque éste nunca menciona su nombre. Descrito como de humor jovial, buen platicador y generoso, la positiva actitud con que el hombre fuerte del distrito del Petén recibió a nuestro ilustre forastero es claro síntoma de los anhelos europeizantes que movían el accionar de los políticos del momento. "Se sentía halagado en su amor propio nacional por mi viaje; creía que yo iba a ilustrar su país",¹³ narra Morelet. Nacido en Flores y con estudios cursados en Mérida, Yucatán, Méndez fungió como corregidor del Petén durante el gobierno del conservador general Carrera (1838-1865), a quien loa en su discurso patriótico del 15 de septiembre de 1846:

Ensalcémole [a Dios] al mismo tiempo, porque bajo su amparo y protección al Estado de Guatemala, eligió entre sus hijos más humildes uno que pusiese término a las continuas guerras, y restableciese la paz y la seguridad necesaria a nuestras personas y propiedades. Este es el Excmo. Sr. General Presidente D. Rafael Carrera, el mismo que no olvidó benignamente nuestras continuas plegarias sobre que se os pusiese un hijo del país al frente de los pueblos de este distrito.¹⁴

De hecho, Carrera, denostado en todo el texto por Morelet, había nombrado a Méndez como corregidor y administrador de rentas del distrito del Petén.¹⁵ La separación de buena parte del territorio del occidente guatemalteco con la fundación en febrero de 1838 del Estado de Los Altos (con los departamentos de Sololá, Totonicapán y Quetzaltenango), obligó a Carrera a una reorganización jurisdiccional del reducido Estado de Guatemala. Uno de esos cambios fue hacer depender del gobierno central el distrito del Petén, hasta entonces anexado al departamento de Verapaz.¹⁶ En una estructura político-administrativa de departamentos, solamente los extensos Petén —fronterizo con México— e Izabal —única salida de Guatemala al Caribe— pasaron a ser *distritos* dependientes directamente del presidente, figura administrativa que en México sería denominada como *territorio* y que sería aplicada al rico partido del Carmen.

¹³ Véase capítulo XIV "El Petén" en este mismo volumen, página 65.

¹⁴ *Gaceta Oficial*, Guatemala (28 noviembre 1846): 205.

¹⁵ *Guía de forasteros de Guatemala de 1853*, edición de J. H. Taracena.

¹⁶ Taracena, *Los departamentos*, 4 y 18.

Méndez encarnaba el Estado centralista en el remoto Petén y personificaba el poder absoluto de los corregidores en sus jurisdicciones:

Españoles bajo los virreyes, mexicanos después de la liberación de las colonias, más tarde federados, hoy día ciudadanos de una república independiente, los habitantes del Petén se han sometido a la ley del más fuerte sin tomar parte en la lucha. El corregidor y los alcaldes, con su paternal administración, resumen a sus ojos todos los poderes, todas las dignidades del Estado.¹⁷

Méndez no sólo fue un corregidor muy activo en tareas como impulsar la eterna colonización de la remota selva o negociar acuerdos de paz con los mayas rebeldes durante la Guerra de castas,¹⁸ ya fuera en ese cargo o como alcalde, juez de circuito y administrador de correos, sino que ha pasado a los anales de la historia como el “descubridor” de Tikal. Así lo publicaba la *Gaceta de Guatemala* el 18 de abril de 1848, transcribiendo el informe del viaje expedicionario que Méndez rendía ante el Ministerio de Gobernación y en el que describía el impacto al ver el primer palacio; también el de “los mismos indígenas que me acompañaban, decían en su idioma que los dueños de aquella casa debieron ser grandes hombres que tendrían millones de operarios”.¹⁹ Como parte de la descripción, Méndez también consignaba que se habían visto muchos “rastros de lacandones” y al mismo tiempo exhortaba a que, siguiendo el ejemplo de Morelet,

otros curiosos extranjeros vengan a dar publicidad a los objetos que estoy viendo y palpando. Vengan enhorabuena esos viajeros con mayores posibles [*sic*] y facultades intelectuales, hagan excavaciones al pie de las estatuas, rompan los palacios y saquen curiosidades y tesoros, que no podrán llevar sin el debido permiso; jamás podrán nulificar ni eclipsar el lugar que me corresponde al haber sido el primero que sin gravar a los fondos públicos, les abrí el camino.²⁰

¹⁷ Véase capítulo XIV “El Petén” en este mismo volumen, página 65.

¹⁸ Véase Rugeley. *De milagros y sabios*, 2012.

¹⁹ *Gaceta de Guatemala* (18 de abril de 1848): 15.

²⁰ *Gaceta de Guatemala* (25 de mayo de 1848): 32-33.

Sabemos que quien encontró la ciudad maya fue Ambrosio Tut, nombrado por el mismo Méndez como comisionado militar y gobernador de los pueblos peteneros de San Andrés y San José, a quien le había encomendado dicha misión. El mismo Méndez anunciaba en diciembre de 1847, que había sabido de la antigua ciudad de Tikal por informe de Tut y que en breve iría él mismo para verificarlo añadiendo: "Ya tendrán los Peteneros el gusto de ser visitados de los curiosos viajeros de Europa y se conservarán estos monumentos bajo las instrucciones que se sirva prevenirme el Gobierno".²¹

Como bien concluye Carlos Navarrete después de haber revisado la correspondencia oficial cruzada entre dos corporaciones municipales del Petén y el Ministerio de Gobernación y Justicia:

No hay mérito que restarle a Modesto Méndez [...] Tampoco busqué reavivar la discusión sobre en quién recae la gloria de ser el verdadero descubridor de Tikal. Creo que en todos. Pues si el Corregidor patrocinó aquella entrada y redactó con su informe el acta de nacimiento de las ruinas, a Ambrosio Tut y sus indios les tocó partir brecha y desmontarla; y en los munícipes y peones recae el haber hecho posible el cumplimiento material de una idea.²²

Pero el mismo Navarrete se lamenta de no poder comprender cuáles serían las motivaciones íntimas, no políticas, que llevaron a Méndez a organizar la expedición y enviar a Tut a tierras inhóspitas ocho días antes de iniciarla personalmente. Sobre ello, nos da pistas Morelet cuando describe su estrecha comunicación con el corregidor y cómo, pocos meses antes de que éste anunciara su "descubrimiento",²³ su precario estado de salud le impidió seguir con la tarea de caminar por la selva en busca de los vestigios mayas de los que le hablaban los indígenas. "¡Ojalá que algún viajero más dichoso, guiado por mis indicaciones, pueda cumplir la tarea que me había impuesto y salvar del olvido, si aún estamos a tiempo, los últimos vestigios de la civilización Maya en esta zona!", se lamentaba el francés cuando, después de encontrar los restos arqueológicos ubicados a las orillas del lago Yaxhá (que ya habían sido visitados por Galindo en 1831), no pudo seguir las pistas de las que le habían hablado:

²¹ *Gaceta de Guatemala* (2 de diciembre de 1847): 158.

²² Navarrete, "Otra vez Modesto", 17.

²³ *Gaceta de Guatemala* (7 de octubre de 1847): 116.

Supe también que a dos días de San José se encontraban, en medio del bosque y en dirección sureste, tres edificios adornados de esculturas y grandes figuras en relieve, semejantes a las que decoraban los monumentos de Palenque. Nadie, ni siquiera el corregidor, había oído hablar de ello en Flores; el azar y la destreza me llevaron a tan interesante descubrimiento. Bien se sabe que los indios se muestran muy reservados en todo lo que concierne a su antigua nacionalidad; aunque esas ruinas eran conocidas por muchos de ellos, ni uno solo había traicionado el secreto de su existencia.²⁴

Aunque él no pudo continuar, y con ello completar las investigaciones de Jean Frédéric Waldeck y John Lloyd Stephens como era su deseo, cuenta que se extendió por la ciudad de Flores la noticia de la expedición y “en una parte de la población nació una pasión repentina hacia la arqueología”. En ese punto, previa despedida de su amigo el corregidor Méndez, Morelet abandonó Flores en dirección a las Verapaces. No parece descabellado, por tanto, deducir la fuerte influencia que Morelet ejerció sobre Méndez y el impulso en seguir las expediciones, siendo que el francés era muy consciente de que su misión se sumaba a la de aquellos que lo habían antecedido. De este esfuerzo colectivo dejaría constancia años más tarde el historiador estadounidense Hubert H. Bancroft en su obra *The Native Races of the Pacific States of North America*,²⁵ quien ponía nombre al personaje descrito por Morelet como “un observador ilustrado, arrebatado por desgracia de su país y de la ciencia por el furor de las discordias civiles”. Se refería al irlandés Juan Galindo (o John Gallegher), jefe departamental del Petén que en 1831 realizó un viaje de reconocimiento a Palenque y se le asignó la tarea de “poner a los lacandones bajo jurisdicción guatemalteca”.²⁶ Cabe decir que el informe de viaje que realizó Galindo por el Petén fue publicado en ese mismo año en el periódico oficial mexicano *Registro Oficial*²⁷ por parecer interesante su contenido a los editores, dos meses después de que apareciera en la prensa oficial guatemalteca.²⁸

En ese momento, la afición personal de Galindo por las exploraciones arqueológicas impulsó, como Morelet había hecho con Méndez,

²⁴ Véase capítulo XIV “El Petén” en este mismo volumen, página 65.

²⁵ Londres: Longmans, Green and Co., 1875, 133-139.

²⁶ Taracena, *Invencción criolla*, 192.

²⁷ *Registro Oficial* (27 noviembre 1831): 351-352.

²⁸ *Gaceta Federal* (29 septiembre 1831): 257-260. Citado en Brunhouse, *En busca de*, 191.

los esfuerzos liberales liderados por el presidente Mariano Gálvez por dotar a la nueva República de un instrumento cultural nacionalizante y, al mismo tiempo, territorializar su región fronteriza;²⁹ Méndez haría lo propio bajo, esa vez, las directrices del conservador Rafael Carrera. Ambos fueron promotores de proyectos de colonización y ambos promovieron las expediciones arqueológicas conscientes de que el pasado prehispánico era fundamental en la construcción del relato histórico nacional; todo ello en el marco de continuos litigios con el vecino México por la demarcación del límite fronterizo que hacía de imperiosa necesidad para los gobiernos guatemaltecos tomar acciones de afianzamiento de su propia territorialidad.

Como bien argumenta Oswaldo Chinchilla, el impulso dado por la presidencia de Mariano Gálvez a los trabajos arqueológicos estaba motivado por la voluntad estatal de dotar a Guatemala de una historia. El decreto emitido el 19 de enero de 1834, mencionado al inicio de este texto, recogía de forma expresa dicha voluntad: "la historia del Estado debe ser ennoblecida con las descripciones de los monumentos y antigüedades".³⁰ En ese mismo año, Galindo recibiría una concesión de 404 000 hectáreas de tierra en el Petén para colonizarla con inmigrantes extranjeros.³¹ Gálvez otorgó tres grandes concesiones de colonización a tres empresarios con conexiones británicas, entre ellos Galindo, las que cubrían los departamentos de Petén, Verapaz, Chiquimula y Totonicapán completos, más una franja al norte del lago de Izabal. Se apostaba a la modernización del país a partir de la inmigración europea, a la ocupación efectiva del espacio por medio de colonias para afianzar el territorio que cimentaba a la nueva nación. Treinta años más tarde, Méndez seguía apostándole a la colonización como base para el desarrollo nacional y el afianzamiento del territorio, pero sin concesiones extranjeras fracasadas, sino con los mayas yucatecos que huían de la Guerra de Castas para que, como colonos, refundaran los pueblos del colonial Camino Real que unía el Petén con Yucatán y garantizaran la soberanía guatemalteca.³²

²⁹ Graham, "Juan Galindo", 19 y 32.

³⁰ Archivo General de Centroamérica, B95.1, leg 1398, exp 32617. Citado en Chinchilla, "Nacionalismo y arqueología", 2.

³¹ Dávila, "Forjando una nación", 196 y s.

³² Véase Torras, "Los refugiados mayas", 15-32.

Relatar la historia

Es sabido que la literatura de viajeros, como fuente histórica, debe partir de la reconstrucción de la percepción del propio viajero,³³ tanto de sus visiones como de sus intenciones, para luego poder acercarnos a su influencia en la construcción del relato histórico sobre los territorios visitados. El mito de la riqueza americana mal explotada por los pobladores de esas tierras y sus ineptos líderes políticos permanentemente recreado por esos “ojos imperiales”, usando la figura acuñada por Marie Louise Pratt,³⁴ aparece también en el relato de Morelet, como queda consignado en los ensayos que acompañan la edición del primer tomo.

Siendo la región visitada por Morelet una zona de frontera entre dos Estados-nación en periodo de construcción de su soberanía territorial, quisiera ahora centrarme en la visión que sobre el espacio geográfico y los pobladores que lo habitaban tenía nuestro viajero francés. La conciencia de ese rol era notoria en aquellos viajeros que, como Morelet, no sólo utilizaron la palabra escrita para dibujar territorios sino que los cartografiaron. Del mismo modo que sirven a la investigación histórica como fuentes de comprensión de los procesos de configuración territorial de los Estados-nación, en sí mismos adquirieron autoridad en el momento de ser difundidas las imágenes que crearon sobre los lugares como parte fundamental del conocimiento que orientaba las prácticas de esos Estados.³⁵ Por ello, van algunas reflexiones sobre las imágenes territoriales de Morelet referidas al espacio transfronterizo narrado.

En primer lugar, tenemos un fragmento del plano elaborado por el mismo Morelet, incluido en su libro de viajes, en el cual hemos resaltado la ruta pero puede consultarse completo y sin editar al final de este volumen.³⁶ El mapa reza “Carte du Yucatan et du Guatemala desinéé par A. Morelet pour l’intelligence de son voyage”, lo que nos indica que su propósito era ayudar al lector a visualizar el recorrido realizado. Pero el mapa dice mucho más. De hecho, si nos fijamos no sólo en las líneas delgadas que marcan su trayecto sino

³³ Bernecker, “Literatura de viajes”, 42.

³⁴ Véase Pratt, *Ojos imperiales*, 1997.

³⁵ Zusman, *Viajes y geografía*, 68.

³⁶ Véase página 331.



también en las más gruesas, el naturalista francés nos entrega una propuesta de división jurisdiccional precursora en aquellos tiempos de indefinición de límites.

Si damos un rápido vistazo a mapas elaborados sobre la región justo antes del que nos ocupa y desde el momento en que finalizó el dominio español, muy difícilmente encontraremos trazados los límites jurisdiccionales. Guatemala hizo su primer atlas en 1832,³⁷ en el cual el agrimensor Miguel Rivera Maestre dejó abierto el espacio petenero por el norte y lo consignaba como “lindero indefinido”. Un año después, Juan Galindo elaboraba otro mapa señalando con gran precisión el curso del río Usumacinta, desde su nacimiento en territorio guatemalteco hasta su desembocadura en el golfo de México.³⁸ Del lado mexicano, contamos con el plano elaborado por el sacerdote y diputado por Yucatán, Domingo Fajardo, comisionado en 1827 por el presidente para indagar sobre el avance de los ingleses en el Petén. En lugar de cumplir con su misión, se centró en elaborar un acucioso informe sobre el Petén y dibujar un mapa señalando la ubicación de los pueblos peteneros y los límites del distrito guatemalteco.³⁹ Al margen de que su intención era justificar la anexión de dicho territorio

³⁷ *Atlas guatemalteco, 1832*, edición facsímil 2001. Guatemala: Ministerio de Relaciones Exteriores.

³⁸ Juan Galindo, “Sketch of the Course of the Usumasinta, Central America, to illustrate Colonel Galindo’s Paper”. *Journal of the Royal Geographical Society of London*, 3 (1833): 59-64.

³⁹ Zorrilla, *Relaciones de México*, 210-211.

a México, es importante señalar que el mapa⁴⁰ es la primera representación cartográfica que tenemos con los límites sobre terreno de la jurisdicción petenera, bajo el ejercicio de las autoridades políticas de Guatemala y religiosas de Yucatán. La línea punteada en la imagen resalta —como lo haría Morelet años más tarde— que la jurisdicción petenera incluía los pueblos del Camino Real hasta Nohbecan.



No sabemos si Morelet conoció el mapa de Fajardo. Más bien sostiene en su texto que su viaje seguía los pasos de su antecesor inglés Stephens, pero el mapa que éste realizó sobre la región no incluía ninguna línea demarcadora de límites jurisdiccionales más allá, por razones obvias, del “asentamiento británico” de Walix.⁴¹ Lo que sí es muy probable, aunque

⁴⁰ Domingo Fajardo, “Mapa del Petén”, 1827. En Zorrilla, *Relaciones de México*, 210 (imagen editada).

⁴¹ John Lloyd Stephens, *Incidents of Travel in Central America, Chiapas, and Yucatan*. London: Arthur Hall, Virtue & Co., 1854, s/n.

no lo menciona en su texto, es que conociera los escritos y el mapa de Galindo, pues éste los difundió por Europa y Estados Unidos. Concretamente en 1832, la *Société de Géographie* de París tradujo al francés la memoria del viaje de Galindo donde narra sus hallazgos arqueológicos y las rutas seguidas al atravesar Tabasco, Yucatán, Chiapas y el Petén, así como su acuciosa descripción de la cuenca del Usumacinta.⁴² En 1836, Galindo fue nombrado corresponsal extranjero de la institución francesa en San Salvador, a la vez que lo premiaba por sus descubrimientos arqueológicos.⁴³ También sabemos que en 1839 el irlandés naturalizado guatemalteco mandó una caja con documentos sobre Centroamérica acompañados de itinerarios, mapas, planos y dibujos de sus viajes.⁴⁴ Muy probablemente, Morelet tuvo acceso a los artículos impresos y, tal vez, a dicha documentación manuscrita antes de emprender su viaje comisionado por la Academia de Ciencias de Francia.

Si, como hemos dicho, Guatemala en 1832 ya contaba con un atlas que reflejara su idea de Estado-nación, México inició en 1833 el proceso de topografiar su territorio con la creación del Instituto Nacional de Geografía y Estadística para tener una primera versión de carta general en 1846, misma que tuvo que ser sometida a una modificación sustancial tras la guerra con Estados Unidos, cristalizando, finalmente, en la de 1857 que elaboró Antonio García Cubas.⁴⁵ El mismo *Bulletin de la Société de Géographie* reconoció el vital papel de los viajeros europeos, quienes suplieron la escasez de representaciones cartográficas elaboradas por los recién estrenados Estados americanos al aportar sus propios trabajos topográficos.⁴⁶ Asimismo, dejaba constancia de la comunicación entre ellos, cuando explicaba que el geógrafo y cartógrafo alemán Heinrich Kiepert se sirvió de los previos de Carl Bartholomeus Heller, George Thompson, Stephens y Galindo, entre otros viajeros, para elaborar el mapa sobre la América tropical que fue publicado el año 1858 en Berlín.⁴⁷

De la necesidad de conocer el territorio sobre el que los Estados cimentaban su soberanía, surgió la problemática sobre la definición de

⁴² *Bulletin de la Société de Géographie* (1832): 198-214.

⁴³ *Bulletin de la Société de Géographie* (1836): 121 y 125.

⁴⁴ *Bulletin de la Société de Géographie* (1839): 397.

⁴⁵ Betancourt, *Círculos letrados*: 47-51; Craib, *México cartográfico*, 46-53.

⁴⁶ *Bulletin de la Société de Géographie* (1857): 461.

⁴⁷ *Bulletin de la Société de Géographie* (1859): 192-198.

sus límites. Para el caso de Guatemala y México, la línea de separación no quedaría diplomáticamente definida sino hasta el llamado “Acuerdo Final” de 1895, en el cual ésta variaría sustancialmente de las marcadas tanto por Fajardo como por Morelet. De hecho, se debe de recordar que mientras para los gobiernos centrales tanto mexicanos como guatemaltecos esa frontera era catalogada como “desierto” o quedaba incluso fuera de los mapas como “línea indefinida”, insinuando un espacio vacío, tanto para Fajardo como para Morelet, la región estaba llena de sujetos históricos —mayas, mestizos, afrodescendientes y blancos— cuya vida estaba inserta en una estructura jurisdiccional que normaba el día a día, o, por lo menos, intentaba hacerlo. Para Fajardo primaba la organización territorial eclesiástica, articulada a Yucatán; para Morelet la gestión territorial civil ejercida por las autoridades guatemaltecas. Sobre esa dislocación nos advierte el naturalista francés, no sin antes transmitirnos cuál era, a su modo de ver, el sentir de la población local:

Las borrascas políticas que resuenan en Guatemala producen aquí solamente un eco lejano que se debilita gradualmente por las montañas. A nadie le preocupa la forma de gobierno ni se discute el valor de sus actos; grandes palabras como humanidad y libertad, cuya puesta en práctica es engañosa tanto en América como en Europa, no vibran por estos lares.⁴⁸

Es claro que los procesos de construcción de filiaciones nacionales fueron procesos lentos, que requirieron de estrategias de control político articulado al ordenamiento territorial de los residentes. Ello se enfatiza en una región muy alejada de los polos de poder, cuya estrategia consistía en organizar el despliegue de sus soberanías con base en lógicas de expansión, propias de la época, y que la concebían como marginal. A pesar de que el mismo viajero definía ese espacio selvático como “la tierra del olvido y de la indiferencia”, su testimonio muestra una sociedad dinámica y diversa, articulada y compleja, aferrada a ese terruño ubicado en los márgenes de dos Estados que la necesitaban conocer.

⁴⁸ Véase capítulo XIV de este mismo volumen, página 65.

Referencias

ANGULO UC, SERGIO

Los mayas del Petén y el Presidio de Los Remedios. Historia de una colonización tardía, 1700-1760. México: Senado de la República, 2013.

BANCROFT, HUBERT HOWE

The Native Races of the Pacific States of North America. Londres: Longmans, Green and Co, 1875.

BERNECKER, WALTHER

"Literatura de viajes como fuente histórica para el México decimonónico: Humboldt. Inversiones e intervenciones". *Tzintzun. Revista de Estudios históricos* 38 (2003): 35-64.

BETANCOURT MENDIETA, ALEXANDER

Círculos letrados y conocimiento. Las Juntas Auxiliares de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística en San Luis Potosí, 1850-1953. México: El Colegio de San Luis, 2016.

BRUNHOUSE, ROBERT L.

En busca de los mayas. Los primeros arqueólogos. México: Fondo de Cultura Económica, 1989.

CHINCHILLA MAZARIEGOS, OSWALDO

"Nacionalismo y arqueología en la Guatemala de la Independencia". En *VII Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala, 1993*, edición de J. P. Laporte y H. Escobedo, 1-9. Guatemala: Museo Nacional de Arqueología y Etnología, 1994.

CRAIB, RAYMOND B.

México cartográfico. Una historia de límites fijos y paisajes fugitivos. México: UNAM, 2013.

DÁVILA, ROXANNE

"Forjando una nación (1830-1839): la obra de Juan Galindo dentro del proyecto de colonización del Jefe de Estado de Guatemala Mariano Gálvez". *Anales de la Academia de Geografía e Historia de Guatemala* LXXXV (2010): 189-200.

DE VOS, JAN

Oro verde. La conquista de la Selva Lacandona por los madereros tabasqueños, 1822-1949. México: Fondo de Cultura Económica, 1988.

GRAHAM, IAN

“Juan Galindo, Enthusiast”. *Estudios de Cultura Maya* 3 (1963): 11-35.

NAVARRETE, CARLOS

“Otra vez Modesto Méndez, Ambrosio Tut y el descubrimiento de Tikal”. *Boletín de la Escuela de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Yucatán* 9, núm. 52 (1982): 12-19.

PINEDA MONT, MANUEL

Recopilación de las Leyes de Guatemala, tomo I, vol. III. Guatemala: Imprenta de la Paz, 1869.

PRATT, MARIE LOUISE

Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 1997.

RUGELEY, TERRY

De milagros y sabios. Religión y culturas populares en el sureste de México, 1800-1876. Mérida: UADY, 2012.

SCHWARTZ, NORMAN B.

Forest Society. A Social History of Peten, Guatemala. Pennsylvania: University of Pennsylvania Press, 1990.

TARACENA ARRIOLA, ARTURO

Invencción criolla, sueño ladino, pesadilla indígena. Los Altos de Guatemala: de región a Estado, 1740-1871. Guatemala: CIRMA, 1999.

Los departamentos y la construcción del territorio nacional en Guatemala, 1825-2002. Guatemala: ASÍes/SOROS, 2002.

TORRAS CONANGLA, ROSA

La tierra firme de enfrente. La colonización campechana sobre la región de Los Ríos (siglo XIX). México: UNAM, 2012.

TORRAS CONANGLA, ROSA

"Los refugiados mayas yucatecos en la colonización de el Petén: vicisitudes de una frontera". *Boletín Americanista* LXIV, 69: 15-32, 2014.

ZORRILLA, LUIS G.

Relaciones de México con la República de Centro América y con Guatemala. México: Editorial Porrúa, 1984.

ZUSMAN, PERLA *ET AL.* (COMP.)

Viajes y geografía. Exploraciones, turismo y migraciones en la construcción de lugares. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2007.

Arthur Morelet

Viaje a América Central,
isla de Cuba y Yucatán

Tomo segundo

Sentir y conocer son las aspiraciones
más vivas de nuestra naturaleza.

Capítulo XIII

La selva

Al desembarcar en La Habana, estaba convencido de que podría recopilar en dicha ciudad suficientes datos como para dirigirme al cercano continente; esperaba entre otras cosas conseguir información acerca del Petén, pues consideraba que aquel lugar era el objeto principal de mi viaje; pero los más ilustrados ignoraban hasta el nombre de aquella tierra y sostenían con una sonrisa que yo la descubriría. En Campeche, adonde llegué después, la situación del Petén era más conocida, aunque nadie pudo indicarme el camino; sólo al llegar a Palizada obtuve informaciones precisas que me condujeron hasta la población de Tenosique; de allí en adelante, reinaba una nueva oscuridad. Estimulado por una ardiente curiosidad, me admiraba de la indiferencia de poblaciones tan cercanas sobre un punto geográfico que tan directamente les concernía; aun así, aquella ignorancia me proporcionó agradables sorpresas, porque vi desvanecerse día a día, entre los misterios del camino, los obstáculos y peligros con que habían intentado asustarme.

Se ve, por lo que precede, que las relaciones entre el Petén y Tabasco no son frecuentes: de vez en cuando una pequeña caravana se dirige desde el interior hacia el Usumacinta con tabaco, quesos y algunos artículos procedentes de Belice, que cambia por sal y cacao; rara vez se aventura más allá de Tenosique. Por otra parte, estas relaciones eventuales no aumentan por falta de reciprocidad, porque los habitantes de la costa creen con razón que los beneficios del viaje compensarían difícilmente los gastos y fatigas que ocasionan. Nos costó, pues, mucho trabajo alquilar a ocho piastras por bestia, tres mulas y dos caballos, que nos eran indispensables:

cada *arriero*¹ recibió además una suma equivalente, independientemente de sus víveres, durante el viaje. El gasto total ascendió a 550 francos.

Me llamó la atención, durante la expedición, el vigor y elasticidad que pueden desplegar, en un clima ardiente, hombres acostumbrados desde su niñez a un continuo ejercicio. Aquellos arrieros, en apariencia de débil constitución y de los cuales uno ya no era muy joven, desempeñaron durante 12 días consecutivos una tarea muy penosa sin mostrarse más abatidos que nosotros. Todas las mañanas, al amanecer, acomodaban el equipaje sobre las mulas y ensillaban los caballos; cargados con los objetos más frágiles dirigían la marcha del convoy, estimulaban incesantemente las mulas, corrían a su lado, las excitaban con la voz, reparaban las averías y despejaban el sendero retirando los obstáculos que impedían la marcha. Al llegar al lugar donde pensábamos acampar, procedían a la instalación general, encendían fuego, iban en busca de agua, y terminadas estas primeras faenas, todavía trepaban a los árboles para conseguir el ramaje que en la espesura suple la falta de forraje. Tales son las principales ocupaciones de los *arrieros* durante largos viajes, con un salario bajo, un alimento escaso, sin quejarse ni solicitar aumento en el precio convenido. Yo tenía dos a mi servicio, indio el uno y criollo el otro; a nuestra caravana se había sumado además un personaje del que hablaré más tarde ampliamente. Era español y, como nosotros, extranjero; la víspera de nuestra partida, había solicitado unírse nos, favor que le concedí.

Pero he aquí la selva que despliega hasta perderse de vista su solitaria inmensidad; tan pronto llana como montuosa, accidentada por rocas o bañada por ciénagas, reina a lo largo de 80 leguas, desde las últimas chozas de Tenosique hasta las sabanas incultas del Petén.

Llevábamos una hora de camino cuando llegamos al borde de un barranco estrecho y profundo, donde se corrompían las aguas de un riachuelo llamado *Polva*, que estaba en su época de menor estiaje. Fue preciso aligerar la carga de las mulas y hacerlas llegar a la otra orilla, operación tanto más difícil cuanto que los animales no se prestaron gustosamente a ello; por último, transportamos nosotros mismos nuestro equipaje cruzando el riachuelo sobre un tronco de árbol carcomido. El sendero que seguimos del otro lado del Polva nos hizo comprender inmediatamente cuál iba a ser el género de dificultades que tendríamos que

¹ En español en el texto original [N. de las E.].

vencer. En esa parte tan poco poblada de América, el cuidado de mantener en buen estado las vías de comunicación se traslada a los caminantes, y éstos rara vez pierden el tiempo en ello. Pasarán quizás muchos meses antes de que una cuadrilla de viajeros abra su camino a través de la espesura del bosque, podando lo estrictamente necesario. Resulta difícil imaginar cuántos obstáculos se pueden ir acumulando en el intervalo, bajo el imperio de una naturaleza indomable como es la de aquellas regiones. Quien viaje modestamente a pie aún puede salir de apuros; pero hay que compadecer al jinete privado de la libertad de sus movimientos viéndose expuesto a las más aciagas desventuras. Desgraciado de él si su mirada distraída ha apreciado mal la altura o la resistencia de las lianas tendidas como lazos a través del camino; su caballo, que nunca conoció el freno, dirigido con un sencillo roncal, obedecerá demasiado tarde al impulso que él le imprima; deseoso de unirse a las mulas cuyas campanillas oye sonar, caerá torpemente en la trampa y derribará a su jinete. Cuando las lianas son espinosas y su picadura especialmente irritante como la de ciertas acerolas, el viajero debe sin vacilar echarse sobre el cuello de su montura, agacharse, disminuir de volumen todo lo que le sea posible para evitar su doloroso contacto. Difícilmente podrían contarse las variedades de espinas que erizan los vegetales de esos bosques; rectas o ganchudas, planas o angulosas, ofrecen una muestra de todas las formas punzantes, desde la de un gran clavo hasta la de la aguja más larga y afilada. De repente, el sendero o, mejor dicho, las huellas que se siguen se pierden en un caos inextricable; la causa es un árbol colosal que ha cesado de vivir y se ha desplomado, arrastrando en su caída parte de la espesura. El sol sumerge ávidamente sus rayos en el vacío, un ensamblado confuso de ramas y troncos mutilados que impiden el acceso por largo tiempo. A la espera de que estos restos se reduzcan a polvo, cada cual se abre paso a través de los matorrales y busca a tientas su camino.

Después de ocho horas de una marcha excesivamente penosa, que fue preciso interrumpir varias veces para permitirme reponer fuerzas, llegamos a un claro donde se veían, diseminados, algunos árboles de tronco alto. Al saber que se había terminado la brega del día, me sentí aliviado de un peso insoportable. Morin me ayudó a echar pie a tierra; se extendió una estera sobre el pasto y permanecí allí algún tiempo, rendido de cansancio. Mi energía física se había agotado pero sentía en mí una fuerza

omnipotente; volviendo la mirada hacia la majestuosa copa de las ceibas y hacia el cielo, cuyo intenso color azul empezaba a empañarse de nubes blancas, daba gracias al Todopoderoso por haberme fortalecido en aquella primera prueba. Rara vez he gozado en el curso de mi vida de la sombra, del reposo, del verdor de los árboles, del canto de los pájaros, en fin, de la naturaleza entera, con una satisfacción tan tranquila y tan íntima; había en el menor rayo de sol que doraba la yerba, y hasta en la chillona voz de las cigarras, un atractivo que me ligaba tan poderosamente a la existencia que, a fuerza de desearlo, acabé por persuadirme de que no podía morir.

Habíamos pagado Morin y yo, con algunos percances, la ventaja de viajar a caballo y cuidar nuestras piernas: la ropa estaba hecha jirones, nuestros miembros más o menos contusos, las manos y la cara desgarradas por las espinas; además, mi tarro de arrope (que el lector en buen estado de salud me perdone este pesar) se había perdido entre la maleza. El que salió airoso de la situación fue el compañero que el azar nos había dado: era raudo, activo, ligero de equipaje y sobre todo de provisiones, porque había contado con las nuestras; era un hombre joven todavía, aunque sus facciones inspiraban alguna duda acerca de su edad; flaco, ágil como una comadreja, dotado de excelentes piernas, iba vestido a la ligera y calzado con alpargatas al estilo de su país. Su bagaje, de poco valor, se limitaba a un simple paquete que llevaba colgado del extremo de un palo y que más tarde colocó sobre el lomo de nuestras mulas, conservando únicamente una vieja mandolina en la espalda. Morin me dijo que se llamaba Diego y que poseía una infinidad de habilidades.

Las nubes blancas que observé después de nuestra llegada se habían extendido por grados; la copa de los árboles empezaba a estremecerse y grandes hojas coriáceas desprendidas de sus ramas caían con un ruido seco y melancólico. El trueno rugía en lontananza. Era el 17 de mayo y el cambio de estación se efectuaba con la admirable regularidad que caracteriza a este fenómeno en los trópicos. Los indios del pueblo de Tenosique habían paseado la víspera con gran pompa la imagen de san Isidro, patrón de los labradores; mi oído ha conservado largo tiempo el recuerdo de aquella ruidosa solemnidad, que coincidió milagrosamente con el regreso de las lluvias. Durante tres días y tres noches consecutivas, el sonido de las campanas, del pífano y del tambor había retumbado sin tregua y sin descanso. Los españoles, que enseñaron tales prácticas

a los indios, son ahora sus víctimas; en vano se esfuerzan cada año por moderar su celo y persuadirles que abrevien ese piadoso ejercicio; todo se estrella ante la inflexible rutina, la lección del pasado ha quedado tenazmente grabada en sus cerebros. Los regocijos fueron acompañados aquella vez de libaciones tan copiosas que las tiendas de vinos espirituosos se agotaron bien pronto; nuestros músicos se vieron reducidos a mendigar subsidios a domicilio, lo que los llevó a visitarme; pero al no poder ofrecerles más que una decocción de ruibarbo, me vi librado bien pronto de su importunidad. Admiré la filosofía con la que supieron prescindir del cura que halló un pretexto para huir lo más lejos que pudo; un anciano indio ocupó su lugar y si no ofició poco faltó para ello. El aspecto de los asistentes era por otra parte poco edificante; pero la vista que ofreció la procesión cuando recorrió las calles de la población, cubiertas de ramos de palmeras, me pareció en cambio muy pintoresca. Observé a dos niñas adornadas para la solemnidad, con un peinado de gusto egipcio, cuya moda existió antaño en Yucatán, como lo atestiguan ciertas terracotas que he visto en una colección de Campeche.

La tempestad estalló hacia el atardecer: felizmente, en el sitio donde habíamos parado había un *rancho*,² un cobertizo elevado sobre estacas que los municipios, o en su defecto los viajeros, construyen a trechos en los caminos solitarios; cubiertos con ramas de palmera, estos refugios son suficientes para resguardar de la lluvia, pero es frecuente que se desplomen sobre sus postes carcomidos o que necesiten reparaciones. En tales casos los indios son un excelente recurso; es un tipo de labor que cumplen con gran habilidad.

Durante la noche me dio una ardiente fiebre que me dejó tan débil, tan indispuerto y desanimado que pensé regresar a Tenosique. Pero cuando llegó la mañana con su frescor balsámico, me sentí renacer y ordené seguir adelante. Seguimos por un camino que sería superfluo describir después del esbozo que ya he trazado. La comitiva había cenado muy mal el día anterior pues nuestros *arrieros*, a causa de la precipitación de la partida, habían olvidado la provisión de carne en Tenosique; para colmo de desgracia, las legumbres secas que debían suplirla se mostraban rebeldes a la cocción. Sin embargo, ese contratiempo a nadie había desanimado; todos se disponían a desquitarse con la caza que abunda en esos bosques,

² En español en el texto original [N. de las E.].

y que según se decía era un deleite para todos los viajeros que iban al Petén. Morin, entre otros, no podía disimular su alegría al saber que iba a comer faisán y pavipollo durante una parte del camino; sin embargo, por esta vez fue preciso contentarse con un asado menos apetitoso: un desgraciado mono al que su mala fortuna condujo a nuestro encuentro, llamó la atención de los arrieros con los agudos gritos que el espanto le arrancaba; aquellos avisaron a Morin, quien echó pie a tierra y le disparó. El animal, mortalmente herido, rodó de rama en rama, viniendo a caer a orillas del sendero; era una hembra que, a pesar de la extrema gravedad de su lesión, procuraba proteger al pequeño que llevaba en brazos; la solicitud materna era más fuerte que el dolor. Al ver sus ojos moribundos tristemente fijos en nosotros, al oír el estertor doloroso que se le escapaba con borbotones de sangre, me sentí conmovido y ordené a los *arrieros* que rematasen prontamente a su víctima; pero este recurso era superfluo: la mirada del pobre animal se empañó y quedó inmóvil; un último estremecimiento recorrió sus miembros y la vida se apagó sin que los brazos que servían de asilo al joven mono dejaran de estrecharlo. Nuestros *arrieros* no se preciaban de ser muy sensibles y demostraron francamente su satisfacción. No bien acampamos encendieron fuego para chamuscar la caza y desollarla; luego la vaciaron, la lavaron y aderezaron el hígado para su cena; después prepararon con leña verde una especie de parrilla, sobre la que asaron el resto a fuego lento. Me veo obligado a confesar que el asado exhalaba un olor bastante agradable. Tendido sobre mi estera a algunos pasos de distancia, olvidaba con esa agilidad del espíritu que es un don de la naturaleza, el primer acto de ese drama para lamentar que la severidad de mi régimen me privase de tomar parte en el último. En cuanto a Diego, nuestro compañero de aventuras, declaró que era un caso de conciencia para él y juró por Santo Domingo que haría abstinencia antes que poner el diente sobre una criatura tan parecida a nuestra especie; no se le rogó demasiado, pero cuando llegó la hora de cenar, después de algunas ceremonias a las que se creía obligado, se vino a razones y acabó reconociendo que la comida estaba sabrosa. Morin fue del mismo parecer y yo no dudé de la veracidad de sus comentarios. Ese mono pertenecía a una familia parecida a la de los araguatos, que los indios distinguen con el nombre de *mico*;³ tenía aproximadamente dos pies de largo sin incluir

³ En español en el texto original [N. de las E.].

la cola y el pelaje era de un pardo rojizo, negruzco en las extremidades y leonado en el vientre.

Seguimos viajando varios días sin ningún incidente notable. Todas las tardes llegábamos al lugar que habíamos previsto para acampar, una o dos horas antes de ponerse el sol; había poca agua y en general de bastante mala calidad. Por la mañana se cargaban las mulas que caminaban durante interminables horas sin que la perspectiva de los bosques variase en nuestro entorno. La excitación febril producida por los movimientos del caballo me había dado fuerzas para soportar hasta entonces el cansancio; pero a consecuencia del roce, mi herida empeoraba y los dolores se me hacían insoportables.

—Señor caballero —me dijo un día Diego, cuando caminaba ágilmente a mi lado, salvando con destreza los obstáculos que encontraba en su camino—, si hubiese a mi disposición dos dracmas de alumbre e igual cantidad de trementina, lo dejaría antes de tres días más ágil que un *arriero*.

—Y yo, señor Diego —respondí con melancolía—, si tuviese en mi botiquín lo que desgraciadamente me falta, estad seguro de que no permanecería mucho tiempo en este estado.

—He aquí, *caballero*,⁴ lo que yo llamo una desgracia; ¿conocer el remedio y conservar la enfermedad! ¿Y si me atreviese, a falta de otra cosa mejor, a proponeros un remedio?

—Atreveos, señor Diego, porque en el estado en que me hallo poco me queda que temer. ¿Pero cómo no he sabido antes que contábamos con un médico entre nosotros?

—Y también un cirujano, *caballero*; si su merced necesita una sangría puede fiarse de mi lanceta.

—Os lo agradezco; pero ahora no tengo mucha sangre en las venas. Pero ¿me permitiréis, señor médico, preguntaros dónde habéis obtenido vuestros grados? ¿Ha sido en la Universidad de Toledo o en la de Salamanca?

Diego movió la cabeza y respondió negligentemente, al mismo tiempo que daba con su palo en la maleza:

—A nadie debo, *caballero*, mis conocimientos y habilidades. Mi padre, don Antonio de la Cueva, tuvo la desgracia de estar toda su vida reñido

⁴ En español en el texto original [N. de las E.].

con la fortuna y la Universidad de Toledo. Lo mismo que la de Salamanca, no gradúan sino a cambio de buen dinero.

—Y por consiguiente, prescindisteis de la universidad. ¿Sois andaluz, señor Diego? Los andaluces son un pueblo ingenioso.

—Me glorio de ello, señor; Ronda es mi país natal.

—Conozco Ronda —proseguí—: es una ciudad curiosa y pintoresca, famosa en otro tiempo por la valentía de sus guerreros, y hoy por la belleza de sus mujeres.

—Y por la excelencia de sus jamones, señor. Si volvéis allá algún día, informaos de los Cuevas y os dirán que no datan de ayer: nos remontamos hasta el rey Fernando I y aún creo que algo más.

—Os creo, señor Diego, porque no es muy probable que vuelva a ver vuestras montañas pedregosas y tostadas por el sol.

—Aquellas montañas, señor, producen deliciosos pastos. ¿Os han enseñado la *Sierra Bermeja*, donde fue muerto don Alonso de Aguilar en una carga contra los moros? Uno de mis antepasados, don Juan de la Cueva, se ocultó en una cueva después de la batalla. Allí vivió durante tres años con bellotas y raíces burlándose de los infieles.

—Ése es un verdadero timbre de nobleza, que según parece os ha sido transmitido con vuestro apellido.⁵ ¿Me permitiréis haceros una pregunta indiscreta, señor Diego de la Cueva?

—Hablad, señor, estoy a vuestra disposición.

—Pues bien, apostarí, al encontrarme en este país perdido con un hidalgo de vuestra alcurnia, que un encadenamiento de aventuras muy extrañas debe haberlo conducido lejos de Ronda.

—Muy extrañas, en verdad, *caballero*, pues me parece inexplicable, sin un esfuerzo de reflexión, el hallarme en medio de esta selva en un país tan poco cristiano, y cuya existencia ni siquiera sospechaba.

—¿Pero tendréis algún propósito al dirigiros a Tenosique?

—He oído decir en mi infancia, señor *caballero*, que pobreza no es vileza. Éste era el adagio favorito de mi padre, pero yo nunca lo he creído, y aún hoy día pienso que cuando menos es un gran defecto. El deseo de corregirme de él me ha impelido a correr el mundo y he aquí cómo corriendo, tras la fortuna, he llegado hasta Tenosique, donde me ha encontrado su señoría.

⁵ El autor explica en la versión original que “cueva”, en español, significa *caverne* en francés, para esclarecer el juego de palabras [N. de las E.].

—Evidentemente os habéis equivocado en la elección del lugar, pues no conozco otro alguno que ofrezca menos recursos.

Aquí comprendió Diego que una explicación era necesaria; le gustaba hablar y viéndome en la mejor disposición que pudiese desear, después de un preámbulo acerca del origen y antigüedad de los Cuevas, empezó la relación de su propia historia. Al principio le escuchaba con alguna distracción, pero fue despertando mi interés y acabó por cautivar del todo mi atención.

Nuestro aventurero salió de España después de diversos incidentes que es inútil referir, en compañía de unos artistas dramáticos que iban a La Habana. La compañía hizo durante un invierno las delicias del teatro Tacón; el público se mostraba indulgente, las entradas eran buenas; todo, en fin, salía perfectamente cuando, en la primavera, el *vómito*⁶ vino a turbar esta felicidad. Los tres primeros actores murieron casi repentinamente y apoderándose la consternación de los demás, rompieron sus escrituras y volvieron a embarcarse presurosamente para Cádiz. Poco deseoso don Diego de volver a su país, y seducido por el prestigio de lo desconocido, imaginó ir en busca de fortuna a Yucatán. Ciertos informes erróneos le habían hecho creer que allí encontraría una mina tanto más productiva cuanto menos explotada estaba. Esta ilusión se disipó en Mérida, pueblo en el que sus conocimientos como médico, cirujano y artista no fueron apreciados en todo su valor. Por otra parte no tardó en reconocer que las onzas de oro eran allí mucho más escasas que en La Habana. Tales consideraciones le llevaron a cambiar de oficio; echó sus cuentas y considerándose con cierta inclinación al comercio, compró una mula, la cargó con algunas baratijas y se dirigió a Valladolid acompañado por una cuadrilla de arrieros. El viaje se realizó sin inconvenientes, pero la operación fracasó por no haber indagado lo suficiente cuáles eran las necesidades del lugar. Evidentemente se había engañado acerca de sus reales aptitudes; los alimentos se pudrieron, la mula cayó enferma y Diego contempló bien pronto la ruina completa de sus intereses.

Pero era hombre de recursos y no se acobardaba fácilmente. Renunciando provisionalmente al comercio, se proporcionó bien pronto un nuevo modo de subsistencia. Valladolid, ciudad retirada en el interior y rara vez visitada, hacía mucho tiempo que no veía un personaje tan nota-

⁶ En español en el texto original [N. de las E.].

ble. Algo charlatán, muy flexible, dotado de industria y perseverancia, con necesidades limitadas y mucha filosofía natural, debía salir de apuros y así sucedió.

Diego llegaba a este punto de su relato al que empezaba a prestar atención, cuando el resto de la comitiva, que nos precedía, se detuvo; vi a Morin bajar del caballo y a José, uno de los arrieros, hacerme gestos misteriosos. En el mismo instante resonó un disparo y dos minutos después salía la perra de la espesura arrastrando una presa de un volumen bastante considerable. Al aproximarnos reconocimos un guaco en toda la belleza de su plumaje. El aspecto de esta ave arrancó a mi compañero una exclamación que no supe cómo debía interpretar.

—Apuesto, señor Diego —le dije—, que en vuestro interior echáis de menos, al considerar este bípedo, la caza de larga cola que tan inoportunamente se parece a nuestra especie.

—De ninguna manera, señor, os lo juro, porque siento mi corazón próximo a desfallecer al recuerdo de aquella comida de caníbales; lo que me causa pesar es haber llegado demasiado tarde para oír la voz de tan soberbia ave.

—Consolaos —le respondí—, no se parece a la del ruiseñor.

—¿Y qué importa? —replicó Diego con prontitud—, basta con que nunca la haya oído.

Miré a mi interlocutor procurando adivinar su pensamiento.

—Veo vuestra admiración, señor *caballero* —contestó al mismo tiempo que emprendíamos de nuevo nuestra marcha—; sabed, pues, que el lenguaje de los pájaros me es tan familiar como el idioma castellano: ciertamente no me lisonjeo de comprenderlo —añadió con un gesto parecido a una sonrisa—, pero lo imito con mucha verdad y de ello juzgaréis ahora mismo.

Al acabar estas palabras, emitió un silbido agudo, seguido de dos o tres trinos fuertemente acompasados y de una lluvia de notitas variadas en todos los tonos; le contemplé con admiración.

—De todos los talentos que debo a la naturaleza o al trabajo —prosiguió modestamente—, éste es el único que ha sido apreciado en Valladolid. El mérito, señor, es un pobre recurso en un país bárbaro como en el que nos hallamos; me hubiera muerto de hambre sin mi mandolina y, sobre todo, sin la flexibilidad de mi garganta; pero esta

novedad tuvo su éxito y todos querían oírme y recibir lecciones. ¡Ah! ¡Qué bellas piastras, qué bellos doblones y, sobre todo, no me han costado duras penas!

—Si he de juzgar por las apariencias, señor Diego, de todo eso sólo ha quedado un agradable recuerdo.

Nuestro aventurero permaneció un momento silencioso y como absorto en la contemplación de lo pasado; sin embargo, no había olvidado mi observación porque bruscamente gritó, con irónica carcajada:

—Por Santo Domingo, señor, eso es demasiado cierto; creo que me costaría trabajo mostraros un *cuartillo*.⁷

—La ambición —repliqué—, os habrá seducido probablemente y habréis tentado a la inconstante fortuna; se juega mucho entre los españoles.

—No, no, no soy tan loco; mis desgracias tienen otro origen. Pero ya empieza el sol a declinar y no tardaremos en llegar al punto de parada; por consiguiente, os propongo, si os agrada, aplazar esta conversación.

—Perfectamente —respondí—; ya he abusado demasiado de vuestros pulmones.

Llegamos al cabo de una hora a un lugar montuoso surcado por manantiales, donde encontramos mariscos del género *Melania* que nos proporcionaron un suplemento de provisiones. Mi cena se limitó como siempre a una calabaza en agua tibia, en la cual diluí una pequeña cantidad de azúcar y harina de arroz. Mis compañeros se deleitaron con el guaco y haciendo alabanzas se comprometieron, para el día siguiente, a una caza sostenida de estas aves.

Cuando Diego hubo satisfecho su apetito, vino a reunirse conmigo al lado del fuego, encendió un *cigarrito*⁸ y continuó su historia en el punto donde la había interrumpido.

—Sabréis, señor, que Valladolid es una ciudad de viciosos muy aficionados a divertirse y a trabajar poco. Si por casualidad pasáis por ella, oiréis el ruiseñor, el pinzón y la curruca a todas horas; por lo menos, así sucedía en la época en que estuve allí.

Aquí Diego hizo una ligera pausa, sacudió artísticamente la ceniza de su *cigarrito* y dirigiéndome una mirada llena de secreta satisfacción:

⁷ En español en el texto original [N. de las E.].

⁸ El autor escribe “cigarito”. En español en el texto original [N. de las E.].

—Puedo vanagloriarme —dijo—, de haber sido el iniciador de ese canto en el Nuevo Mundo; ¿ya habréis notado, seguramente, señor, que ninguna de esas especies existe en el país?

Hice una señal de asentimiento y proseguí:

—Me convenía, sin embargo, imitar el canto de los que en él existen para dar una prueba de mi talento: todas las mañanas iba a pasearme por los bosques cercanos a la ciudad y escuchaba cantar a los pocos pájaros que allí se encontraban.

Esta observación de Diego trajo a mi memoria un recuerdo y le interrumpí:

—Me recordáis —le dije—, una aventura que me sucedió en la selva de Palenque, donde tuve la gran fortuna de dar, sin buscarlo, con el más hábil cantor del Nuevo Mundo; pero he pagado muy caro el placer de oírle pues sufrí una caída persiguiéndole, siendo la causa de la herida que ahora me hace padecer.

—También yo, señor, he pagado muy caras mis lecciones, como vais a ver. Un día me extravié buscando un arroyuelo para saciar mi sed. Creí que me sería fácil volver a mi senda, pero tras haber subido a una prominencia con el fin de orientarme, me desengañé tristemente; en lugar de apereibir los campanarios de la ciudad, como creía, sólo vi una explanada gris cubierta de maleza, sin indicio alguno de cultivo y al parecer deshabitada. Mi vista vagó largo tiempo por aquel desierto, hasta que al fin se fijó sobre un grupo aislado de árboles, cuyo intenso verdor cautivó mi atención. Sospeché que debía haber agua cerca y quizás alguna casa. Con esta esperanza, emprendí la marcha sin separarme de la línea recta y sin medir los obstáculos; el calor era abrasador, creía respirar fuego. Llegué por fin a un *cenote*⁹ excavado en las rocas y sombreado por grandes tamarindos, no sin haberme detenido varias veces para cobrar aliento. Ya era hora; mis piernas vacilaban como las de un beodo y los árboles giraban en torno mío. Al ver brillar el agua con los rayos del sol, sentí redoblar mi sed y sin perder tiempo en buscar un sendero, me abrí paso a través de la maleza. Juzgad, señor, mi estupor cuando percibí en este solitario lugar a una joven, casi sumergida en el agua y que me miraba ansiosamente. Al verme en el borde de la escarpada, lanzó un grito de espanto, se sumergió precipitadamente, indicándome por

⁹ El autor escribe “senote”. En español en el texto original [N. de las E.].

señas que no me acercase. A mi vez, quedé sobrecogido hasta el punto de olvidar mi sed y, sin embargo, señor, más que un hombre parecía un perro rabioso.

Diego calló al llegar ahí, ya fuese para recoger sus ideas o para tranquilizar su espíritu exaltado con tan agradable recuerdo; mientras liaba maquinalmente otro cigarrillo, reanudé el hilo de la conversación.

—Hasta ahora, señor Diego —le dije—, vuestra aventura nada tiene de aterradora.

—Tenga paciencia, *caballero*; rara vez se juzgan las consecuencias de las cosas humanas sin engañarse; su señoría se sorprendería mucho si le fuese posible regresar al pasado: ¡quién sabe!, quizás descubriese que los sucesos más importantes de su vida han tenido por origen un hecho al parecer insignificante.

Nuestro aventurero pronunció estas palabras con la seriedad de un doctor y en seguida prosiguió en estos términos:

—La joven que había conocido en circunstancias que jamás olvidaré vivía en la aldea de *Cuncunul* a una legua de Valladolid. Era hermosa, tratándose de una india, y tuve la debilidad de enamorarme... Pero verdaderamente, señor, temo perder vuestro aprecio si os digo lo que sucedió después...

—¡Vamos!, señor Diego, hasta ahora nada veo de malo.

—Pues bien, adivinaréis que la aldea de *Cuncunul* fue el objeto de mis paseos, lo cual hizo que descuidase completamente mis estudios. Bien recibido por los parientes de mi novia, cuya buena voluntad me había ganado con ayuda de pequeños regalos, noté en ella cierta reserva que, lejos de calmar mi pasión, por desgracia la encendió más. ¿Qué decirnos?, preciso fue tomar partido, porque yo había perdido el reposo, y me presenté al jefe de familia; esto naturalmente le halagó y me dio a su hija sin muchos preámbulos. Dos días después se celebró el matrimonio con gran descontento de un joven aldeano que, siendo mi rival, se convirtió en mi enemigo. Tuve algunos escrúpulos, porque nunca había habido en nuestra casa un casamiento desigual; los Cuevas pueden vanagloriarse de tener sangre azul en sus venas, pero mi mujer era buena católica y más de un hidalgo, en tiempo de la conquista, hizo otro tanto cuando aún los indios eran criaturas sin razón.

—Podría —dije— citarse a Cortés, que casó con la famosa Marina.

—En verdad, señor, he oído decir que el gran Cortés no llegó hasta ese punto; fue un hidalgo castellano de nombre Jaramillo quien dio su mano y nombre a doña Marina.¹⁰

—En fin, señor Diego, suplantasteis a vuestro rival y aquí estáis casado, triunfante y vecino de Cuncunul.

—Vecino de Valladolid, señor, pues allí continué viviendo. Sin duda hubiese sido feliz si algunas inquietudes no hubiesen venido a turbar mi tranquilidad; a partir de aquí empiezan sucesos más graves. Hacía tres meses que me había casado, cuando fue turbada la paz del país por disturbios originados algunos años antes. Valladolid participó de esas agitaciones; yo, enemigo de las discordias y por otro lado extranjero, me retraje prudentemente de toda participación en ellas. No dejé, sin embargo, de conservar mi opinión. Seguramente, *señor*,¹¹ no se hubiera fiado el rey de España en la lealtad de los indios, ni tampoco les hubiera dado las armas. ¡No, por Santo Domingo, el rey hubiese sido más cauto! Esos paganos, sumisos y obedientes bajo el antiguo régimen, se envalentonaron cuando se vieron fuertes; conspiraron y un día, aprovechándose de la emoción ocasionada por la llegada de las tropas de Campeche a la ciudad, pusieron en ejecución sus malos designios y degollaron a un gran número de habitantes.

—¡Cómo, señor Diego! —exclamé interrumpiéndole—, ¿estabais en Valladolid, durante aquellos días de crisis? Contadme pues lo que allí pasó, ya que en Mérida, donde acababa de desembarcar, circularon las noticias más contradictorias.

—¿Lo que allí pasó, señor?, en dos palabras os lo diré: los indios fingieron equivocarse y dispararon contra nosotros. Como muchos otros, me paseaba en busca de noticias cuando se propagó el rumor de que estaban saqueando los arrabales; efectivamente se oía en esa dirección un rumor extraordinario, mezclado con algún tiroteo. Temiendo alguna catástrofe, me dirigí apresuradamente a mi casa que estaba próxima a la puerta de Mérida; ¡juzgad, señor, mi consternación al encontrarla vacía y desierta! Mi residencia había sido saqueada y mi mujer había desaparecido. Aniquilado por este golpe imprevisto, me senté a la puerta de mi casa, procurando en vano coordinar mis ideas, cuando pasó por allí don Juan Gutiérrez,

¹⁰ “Xaramillo” en el texto original [N. de las E.].

¹¹ En español en el texto original [N. de las E.].

vecino mío, apostrofándome: “¿En qué pensáis, don Diego? —exclamó sin detenerse—; ¡sois hombre muerto si permanecéis aquí un momento más!”. Con estas palabras me levanté maquinalmente y le seguí corriendo. Apenas había andado cien pasos cuando silbó una bala en mis oídos, rozando el ala de mi sombrero. Volví precipitadamente la cabeza y vi a un indio, lleno de sangre, de terrible aspecto y cargando su fusil en la puerta de mi casa. Era Ambrosio, mi antiguo rival; por lo menos así lo creí, pues no me detuve a reconocerle. Muy pronto llegamos al campo, donde nos encontramos con otros caballeros tan sorprendidos e indefensos como nosotros, huyendo de Valladolid. Felizmente, los infieles no se atrevieron a perseguirnos; fueron contenidos por los de Campeche que a su vez empezaban a alarmarse. Sin embargo, tal era nuestro temor que no paramos hasta Tekax;¹² algunos se detuvieron en esa población con el objeto de esperar acontecimientos, otros volvieron a la ciudad. Por mi parte, habiéndolo perdido todo y figurándome todavía en la puerta de mi casa la cara diabólica de Ambrosio, preferí seguir a don Juan Gutiérrez hasta la aldea de Iturbide, donde tenía ciertos intereses. Tomé entonces la dirección de Champotón con el proyecto de ir a Campeche y permanecer allí hasta que las circunstancias me permitiesen regresar a Valladolid. Pero al presentarse la oportunidad de ir a La Laguna,¹³ me dejé seducir por la tentación de las ganancias que, según dicen, se realizan allí con las maderas.

—Pero —interrumpí—, ¿qué clase de ganancias pretendíais realizar sin dinero?

—¡Ay, señor!, me habían engañado; pues bien veis que he permanecido poco tiempo en El Carmen.

—Es en verdad un desenlace muy triste y que yo no esperaba, señor Diego; ¿qué es lo que os proponéis ahora?

—Mi propósito, *caballero*, es volver a Valladolid con la protección de la Santísima Virgen y de Santo Domingo.

—Me parece que no lleváis el verdadero camino, y que contáis demasiado con la protección de santo Domingo.

—Perdonad, señor; desde el Petén, a donde llegaremos pronto, podré dirigirme a Bacalar y de allí a Valladolid. Es el camino que me indicó un arriero de Iturbide que ha hecho varias veces este viaje.

¹² “Tecax” en el texto original [N. de las E.].

¹³ Se refiere a isla del Carmen, en la laguna de Términos [N. de las E.].

—En hora buena, pero no habéis elegido el más corto de los caminos.

—He elegido el más seguro, *caballero*; por otra parte, nadie me apura.

Después de esta respuesta que puso fin a la conversación, di las buenas noches a nuestro aventurero y el sueño no tardó en sorprenderme en medio de las diversas impresiones que su narración había producido en mi imaginación.

La selva que hacía días estábamos atravesando carece de la magnificencia de la que crece en las bajas y húmedas llanuras de Tabasco; las condiciones del suelo son, en efecto, muy diferentes; sin embargo, algunos de los vegetales que la componen conservan también sus hojas todo el año. Lo que les da, por otra parte, un carácter de grandeza desconocido en nuestros climas es que desde la creación del mundo nada les ha estorbado en su libre desarrollo; los árboles mueren naturalmente y se renuevan sin cesar, sin que la bóveda de la selva haya dejado de dar sombra y de fertilizar la tierra con sus despojos. Esta continua transformación, este círculo perpetuo donde la muerte se encadena a la vida, sorprende singularmente al viajero, quien se maravilla de ello como si ésta no fuese la gran ley de la naturaleza. A veces le sorprenden las dimensiones colosales de un tronco que no es más que un cadáver en completa destrucción, devorado silenciosamente por millares de insectos: una sola gota de agua precipitará su ruina. Yo mismo he oído, después de prolongados aguaceros, el estruendo de árboles seculares que turbaban con su caída la religiosa calma de los bosques; los helechos, las piperáceas, los yaros, mimados por el aire y la luz, vegetan con vigor sobre estos escombros, esperando que broten nuevos árboles y llenen el vacío existente en derredor.

Aunque el terreno sea generalmente seco y pedregoso entre Tabasco y el Petén, se encuentran, sin embargo, árboles de gran magnitud. Se mide con asombro su gran circunferencia y la prodigiosa altura de su cima perdida en las regiones superiores de la selva. Muchos de aquellos colosos llaman la atención por cierta particularidad de su base; a dos o tres metros del suelo parten de su superficie largas protuberancias en forma de hojas que, rodeando el tronco, contribuyen a fortalecerlo. El espectáculo de las lianas también es muy curioso: unas veces escalando o enrollándose como cables, otras veces suspendidas en guirnaldas, se las ve torcerse, redondearse, anudarse, trepando hasta la cima de los árboles, donde se abren sus flores antes de caer a tierra, arraigándose nuevamente. Las hay

que presentan un tejido de hilos artísticamente trenzados; otras, como el banchinia,¹⁴ muestran alternativamente, sobre un tallo comprimido, inflexiones cóncavas y convexas del aspecto más singular. Pero nada sorprende tanto como ver un gran número de ellas, fijas por su extremidad a una elevación considerable, semejantes a cuerdas colgantes que hace oscilar el vientecillo más ligero. Es difícil explicar a primera vista cómo un tallo blando y flexible puede llegar hasta la copa de los árboles más elevados, sin ningún punto intermedio de apoyo; sin embargo, observando las evoluciones de la tierna planta, se nota que empieza por agarrarse al tronco por medio de las raíces aéreas distribuidas a lo largo de su eje; su incremento, durante ese período de su existencia, tiene lugar en las alturas. En cuanto halla aire y luz en cantidad suficiente, engruesa, se ramifica y se enlaza con las ramas cercanas; las fibras radicales que han favorecido su ascensión se ajan, y al romperse la dejan suspendida de la cima. A veces las palmeras se apoderan exclusivamente del terreno; entonces la espesura se aclara, troncos esbeltos y delgados sustituyen a los gruesos y ramosos; elegantes abanicos se dibujan en el azulado cielo y las masas de luz, penetrando por los intervalos, inundan una parte de la selva.

Estas soledades en las que el reino vegetal despliega libremente su exuberancia, a pesar de la admiración que inspiran, dejan en el alma una tristeza y un vacío indescriptibles. No despiertan en nosotros ese movimiento de simpatía que nace de las formas familiares a nuestra vista, modificadas por nuestras manos, acomodadas a nuestras necesidades, asociadas a nuestra existencia y que celebran como en un perpetuo concierto nuestra supremacía en la creación. Aquí, el hombre no es más que un accidente; su papel es tan insignificante que apenas parece necesario para la armonía general del mundo. Preocupado con esta idea proseguía mi camino, bajo la bóveda secular en la cual luchamos como otros tantos pigmeos, contra obstáculos que renacen sin cesar. Me parecía que por primera vez se presentaba en mi pensamiento el enigma de la existencia humana; nada respondía en torno mío a las ideas que la educación imprime y que el orgullo desarrolla en nuestro espíritu. “¡Cuántos siglos han pasado —me decía—, desde que estos bosques dan su sombra y vegetan en toda su magnificencia, sin provecho para la humanidad! Aún no

¹⁴ *Banhinia* en el texto original [N. de las E.].

existía el hombre y ya los fenómenos actuales se producían exactamente como el día de hoy. Por otra parte, ¡qué infinidad de seres comparten con él este mundo del que cree ser el dueño soberano y viven a veces a sus expensas, sin que la imperfección humana le permita dominarlos! ¿Creeremos, pues, que el mundo sólo existe para nosotros y que la creación entera está subordinada a nuestra humilde condición? ¿Que el insecto, cuyo aguijón nos hiere, que la planta cuyo veneno nos mata, hayan salido de la nada para nuestro daño? ¿Que los millares de estrellas que brillan en el firmamento hayan sido allí colocadas para hermosear nuestras noches? ¿Creeremos, en fin, en la exclusiva importancia de nuestro globo, cuya historia y cuya extensión parecen imperceptibles átomos en el espacio y en el tiempo, o más bien que cada partícula de la creación tiene un destino independiente y se muere en su propia esfera hacia un fin que le es propio y cuyo misterio no podemos sondear?”

Estos pensamientos no son nuevos, sin duda, pero se aglomeran en la imaginación del viajero quien, abriéndose paso a través de estos solitarios lugares solamente conocidos de Dios y que solamente su inteligencia puede medir la extensión, vuelve la mirada sobre sí mismo con un sentimiento de humildad sincera y la conciencia de su pequeñez.

Observé en la orilla del sendero que seguíamos la flor colosal de la *aristolochia grandiflora* Sw., que tiene por lo menos entre 40 y 50 centímetros de diámetro. El cáliz, cuyos limbos están adheridos al principio, se asemeja maravillosamente, en este primer estado, a un cisne suspendido por el pico. Cuando llega a abrirse, el ave despliega sus alas y se transforma en un casco forrado de terciopelo morado. No se ven sin asombro las enormes flores, cuyos lóbulos inferiores se prolongan a manera de lengüetas, suspendidas de los troncos caducos; su color sombrío, su amplitud y el olor venenoso que exhalan hieren la imaginación del viajero cuando las mira y se aleja sin atreverse a tocarlas.¹⁵

Al pasar por estos bosques rectificué una opinión errónea que había traído de Europa y muy pronto me convencí de que el viajero extraviado no encontraría, como en los del Viejo Continente, recursos suficientes para satisfacer su hambre. El zapote, el mamey y otro fruto con hueso, llamado *limoncillo*,¹⁶ fueron las únicas especies comestibles que encon-

¹⁵ Los españoles llaman a esta planta, *montera del demonio* [N. del A.].

¹⁶ En español en el texto original [N. de las E.].

tramos. Por otra parte, como la vegetación nunca descansa, los árboles producen sin cesar ramas y hojas y dan con menos frecuencia flores y por consiguiente frutos. En cambio, el naturalista hará grandes adquisiciones, sobre todo entre los animales articulados. En el mes de mayo, época de las primeras lluvias, se ven brillar en medio del verdor de la naturaleza multitud de coleópteros exóticos que tanto admiramos en las colecciones; los longicornios, entre otros, son tan numerosos y variados que sin apearme, lo que me hubiera costado gran trabajo, recogí 33 especies, muchas de ellas admirables. Desgraciadamente, estos frágiles tesoros fueron víctima de la putrefacción durante mi enfermedad en el Petén y ya no se me presentó la oportunidad de renovarlos. En esta estación, que es la de los amores, las grandes especies gallináceas encaramadas en la cima de los árboles se ofrecen con sus gritos y caen fácilmente, víctimas del plomo del cazador. El ave más bella de esta tribu es una especie de *meleagris* que los españoles llaman *pavo del monte*:¹⁷ su plumaje es de un verde oscuro con reflejos metálicos y violáceos; las plumas de la cola, teñidas de azul en los extremos, se ven cobrizas en los bordes; finalmente, su cabeza viene coronada de tubérculos rojizos cuyo color contrasta con la tinta azul claro del cuello. Pude ver este volátil domesticado en casa del corregidor del Petén, quien pensaba entregarlo al presidente de la república como una preciosa muestra de la ornitología del país.

El séptimo día de nuestro viaje acampamos a orillas del *Yalchilán*, pequeño riachuelo tributario del río San Pedro, que marca los límites de Tabasco con Guatemala. Ochenta leguas de soledades separan las aldeas más próximas de estos dos estados, lo que en nada perjudica la buena armonía de sus relaciones. La sequía era tan intensa que nos vimos obligados, para procurarnos un poco de agua, a caminar una legua más arriba. En la estación de las lluvias, este riachuelo cuyo lecho estaba entonces seco, se convierte en un furioso torrente que interrumpe la circulación; el único recurso que les queda a los viajeros es el de construir con sus propias manos una balsa y echar sus mulas en medio de las espumosas olas donde estos animales pierden frecuentemente la vida. A partir del *Yalchilán*, término medio de nuestro viaje, el camino pareció mejorar; sin embargo, aún fue muy penosa la jornada, porque carecimos de agua. Al entrar la noche, hicimos alto en un terreno seco y agrietado, sembrado

¹⁷ En español en el texto original [N. de las E.].

de rocas calizas de estructura cavernosa y semejantes por su apariencia a escorias volcánicas. Los arrieros temían este punto de descanso, llamado *Dolores*; en la época del año en que nos hallábamos, se puede padecer una sed cruel en aquel lugar. Sin embargo, de tanto agujerear el suelo en ciertos puntos que les eran conocidos, acabaron, al cabo de media hora, por sacar una calabaza de agua turbia que compartimos entre todos. Las pobres mulas tuvieron que aguantar la sed y esperar otra oportunidad. Hacía un mes que una mujer y sus dos hijos habían estado a punto de morir de sed en esta soledad. Volví al Petén, de donde era oriunda, después de haber perdido a su marido en Tenosique. Conocía mal el camino y aún menos los lugares donde podía proveerse de agua, que en la estación de la sequía son difíciles de descubrir, y hubieran perecido ella y su familia sin el recurso de las benéficas lianas, pues desde su infancia había aprendido a reconocerlas en medio del bosque. La savia en algunos de esos vegetales (los *cissus cordifolia* e *hidrophana*, por ejemplo) es tan abundante que cuando se corta su tallo en trozos brota como un manantial.

Hacia media noche nos despertó una espantosa explosión; la atmósfera temblaba a causa de repetidos truenos. Muy pronto el cielo se des hizo en agua, para felicidad de los animales y viajeros que pudieron saciar su sed sin reparos. En la noche del día siguiente acampamos a orillas de un gran lago cuya superficie triste y solitaria comunica, según dicen, con el río San Pedro. Se veía a cierta distancia una cadena de montañas de mediana elevación y de aspecto salvaje, dibujada de este a oeste en la dirección de Yucatán. Aquel fue el único punto de vista que alegró nuestra larga travesía.

El undécimo día, pasadas las doce, el aspecto del bosque empezó a modificarse; los troncos se veían menos apiñados, el cielo se iba despejando, el aire circulaba con más libertad y la maleza de un verde claro, formada en gran parte de bambús, alternaba con los sotos que se aclaraban de forma evidente. Todo anunciaba una transformación próxima: los *arrieros* cantaban por primera vez desde nuestra salida de Tenosique; las mulas levantaban las orejas y aspiraban el viento; Diego corría de una a otra animándolas con el gesto y la voz, interpeándolas sucesivamente por sus nombres.

—Señor Diego —le grité—, economizáis poco vuestras fuerzas; aún tenemos que andar tres leguas en la sabana antes de salir de la selva.

—No os preocupéis —respondió alegremente—, vamos a hacer un alto para dar de beber a los animales y dejar pasar el calor.

Nos detuvimos en efecto no lejos de un pantano donde, a pesar de mis exhortaciones y del parecer de nuestros guías, Diego bebió sin moderación. Finalmente, dejamos detrás de nosotros el último árbol y el último matorral; nuestra vista erró libremente sobre una sabana rasa donde veíamos algunas colinas alzarse bajo el azulado cielo que nos parecía sin límites. Esta perspectiva abierta más allá de la inmensidad de los bosques no carecía de prestigio; por mi parte, experimentaba un goce de un orden completamente nuevo, que compararía con el que experimenta el navegante cuando descubre una tierra desconocida. Tres horas después, habíamos llegado a la primera aldea del Petén, que lleva el nombre de *Sachuc*.

No bien llegamos, descansamos con un profundo sentimiento de dicha y de quietud. Todos se regocijaban al haber cumplido su tarea y contemplar un país habitado; sólo Diego parecía insensible al mejoramiento de nuestra posición; envuelto en una vieja manta y acostado entre los equipajes, con una albarda por almohada, no mostraba la alegría ni la actividad a las que nos tenía acostumbrados. Inquieto ante este cambio, me aproximé a él y le pregunté qué tenía: le dolía la cabeza, se quejaba de un cansancio extremo y deseaba dormir. Durante la noche tuvo fiebre y vómitos; le hice tomar una dosis de ipecacuana que le alivió, y como no estaba en estado de seguirnos, lo dejé con algún dinero y medicamentos al cuidado del arriero más joven; envié además a Morin para que diese aviso al gobernador de la aldea y le proporcionase todos los cuidados que su estado exigía.

Es imposible, en medio de los espesos bosques de que está cubierto el país sin interrupción desde Tenosique, apreciar la configuración y dirección de las montañas que accidentan el camino del Petén; las empinadas cuestas que se cruzan parecen correr hacia el noroeste, para expirar en los confines de Yucatán; no bien se sale de la selva, aquellas *sierras*¹⁸ desaparecen; sólo se ven un número infinito de colinas, generalmente cónicas y aisladas, que nacen, como en la isla de Los Pinos, en una llanura plana y uniforme. Estas prominencias, frecuentemente llenas de árboles, aparecen en todas las direcciones y por espacio de varias leguas se agrupan circularmente en el horizonte del espectador.

¹⁸ En español en el texto original [N. de las E.].

Todavía pasamos por algunos bosques antes de llegar a la meta de nuestro viaje, pero su aspecto no aterraba; interrumpidos por sabanas, atravesados por caminos largos y abiertos, eran verdaderas florestas pobladas de pájaros, esmaltadas de flores y embalsamadas con los más suaves olores. Se distinguía entre todos el de la vainilla, cuyas cáscaras maduras se pudrían al pie de su tallo. Los españoles estiman poco el perfume de esta planta; prefieren la baya del *mirtus pimiente*,¹⁹ cuyo sabor aromático se parece al de la canela. Por fin, la sombra de los bosques desapareció definitivamente: llegamos a orillas de un lago azul, cuya superficie era tan brillante como un espejo; un islote pedregoso, teñido de púrpura por el sol poniente, se elevaba con débil pendiente a 500 metros de la orilla; en él se veían unas casitas apiñadas como colmenas, desde el nivel de las aguas hasta el punto culminante donde había una iglesia y unos cocoteros; teníamos ante nosotros la aldea de Flores, cabeza del distrito, con una población de 1200 almas y construida sobre las ruinas de una antigua ciudad indígena.

Ya era hora de que llegásemos: la energía que me había sostenido declinaba y mis fuerzas estaban próximas a desfallecer. Por otra parte, mi herida envenenada con el ejercicio y frotamiento continuo tenía un aspecto gangrenoso que me inspiraba serios temores. Me condujeron a un barco y cinco minutos después, sostenido por Morin, desembarcaba en medio de una población ociosa, que la noticia de un acontecimiento tan notable había reunido en la playa. En cuanto al pobre Diego, que habíamos dejado en la aldea de Sacluc, se me aseguró más tarde que había muerto muy cristianamente. Sentí de todo corazón la pérdida de aquel compañero de aventuras, cuyo carácter original y alegre humor habían disipado más de una vez la melancolía de mi viaje.

¹⁹ "Myrtus pimienta" en el texto original [N. de las E.].

Capítulo XIV

El Petén

La antigua crónica de Yucatán refiere que en torno al año de 1420 se hundió la monarquía feudal que existía en esta Península desde hacía mucho tiempo y que Mayapán, capital del estado, fue completamente destruida por una coalición de caciques rebeldes.²⁰ A consecuencia de esta revolución, sobre la que reina mucha oscuridad, el *Canek* de los itzaes,²¹ uno de sus principales jefes, emigró hacia el sur con su tribu y llegó, después de haber andado errante muchos años en soledad, a orillas del lago donde nos encontrábamos ahora. Seducido por la belleza del lugar y más aún por la seguridad que prometían las islas, se instaló en la más importante, de donde le vino el nombre de *Petén Itzá* (isla de los itzaes), una denominación que más tarde se extendió a toda la comarca. La colonia prosperó tanto que en la época en que fue invadida, 277 años más tarde, existía en las islas una población de 25 000 habitantes, sin contar las numerosas aldeas que florecían en tierra firme.²²

Puede uno preguntarse cómo los españoles, quienes por su carácter belicoso y ardiente fanatismo jamás se cansaban de conquistar tierras ni de salvar almas, permitieron a los indios del Petén vivir durante un siglo y medio a la sombra de su propia nacionalidad: la pobreza de un país

²⁰ Véase capítulo X “Las ruinas de Palenque” [N. del A.]. En Arthur Morelet, *Viaje a América Central, isla de Cuba y Yucatán*, tomo I, edición de Carolina Depetris. Mérida: CEPHCIS-UNAM, 2015: 269 [N. de las E.].

²¹ *El rey Canek*, dice Cogolludo, pero el digno franciscano ha tomado por nombre propio el título que correspondía al de cacique entre los mexicanos [N. del A.]. “Itzas” en el original [N. de las E.].

²² Villagutierre nos ha transmitido estos detalles, aunque ha exagerado sin ninguna duda la población de las islas [N. del A.].

desprovisto de metales preciosos explica esta longanimidad pero sólo fue una tregua; vemos en efecto hacia el año 1618 a la orden de los franciscanos preparando la vía de la conquista y dirigiendo hacia el lago de Itzá audaces misioneros que aspiran a recoger la palma del martirio.²³

Merece ser referido aquí un rasgo curioso de la sencillez de los indios. Visitando los templos que se elevaban en la isla principal, los monjes se sorprendieron al encontrar allí la efigie de un caballo, hecho de piedra y mortero con bastante realismo. He aquí lo que averiguaron acerca de este ídolo: cuando Hernán Cortés pasó por estos lugares en su marcha hacia Honduras, se vio forzado a abandonar allí un caballo herido; los habitantes, a los que recomendó el cuidado del animal, se comprometieron a cuidarlo y cumplieron concienzudamente su promesa. El forraje hubiera sido un alimento demasiado grosero para un huésped tan distinguido; le ofrecían flores y aves, como acostumbraban a hacerlo con las personas ilustres cuando enfermaban. El resultado de tan delicado trato no se hizo esperar: el cuadrúpedo murió de hambre y el suceso llenó de consternación a todo el pueblo. En tan grave conflicto, se reunió el gran consejo y decidió de forma unánime que se hiciesen grandes demostraciones de estima y desolación hacia el difunto; los artistas más hábiles recibieron la orden de reproducir su imagen con el nombre de *Tziminchak* y fue elevado al rango de los dioses. Los historiadores no hablan de la etimología de este glorioso nombre; se contentan con decirnos que la nueva divinidad, por un raro capricho, presidía las tempestades y dirigía el trueno.

Sin embargo, el Consejo de Indias, cansado de las quejas que recibía acerca de los lacandones y los itzaes, cuyas reiteradas incursiones afligían a Yucatán, decidió llevar a cabo la conquista de su país. Con todo, la voluntad real quiso que se procediese con dulzura; las tribus debían ser convertidas por la palabra evangélica y no sujetadas por las armas; su sumisión debía ser obra de corporaciones religiosas y no de soldados, cuyo cometido debía limitarse a proteger a los misioneros. Pero sucedió, como era de esperar, que el elemento pacífico no fue suficiente.

Yucatán y Guatemala tuvieron que obrar conjuntamente para llevar a cabo la empresa; sin embargo, Yucatán fue el primero que se halló en estado de tomar las armas. En el año de 1662 partieron de Mérida 50

²³ Véase el relato de sus aventuras en Villagutierre, *Historia de la conquista de la provincia de el Itzá*. L. II. c. 2, 3 [N. del A.].

españoles bajo las órdenes del capitán Mirones y avanzaron hasta *Zaclum* (¿Sacluc?)²⁴ venciendo increíbles obstáculos; mientras estaban acampando en esta localidad, esperando refuerzos, olvidaron el carácter de su misión para preparar un acto de violencia y fueron sorprendidos por los indios, quienes los asesinaron hasta no quedar ninguno. El misionero que escoltaba aquella tropa tuvo una suerte más cruel si cabe; capturado a orillas del lago, lo llevaron a la isla y lo inmolaron con toda la ferocidad del rito mexicano.

Los esfuerzos de Guatemala no tuvieron mayor éxito; dificultades de todo género, entre las que debe contarse la resistencia de los indios, hicieron fracasar las dos expediciones dirigidas contra el Petén en 1695 y 1696. El capitán Díaz de Velasco, quien dirigía a cien hombres en la vanguardia, llegó con su gente a la misteriosa ribera del lago; pero pagó esta temeridad con la vida, como todos los que le acompañaban. Aproximadamente en la misma época, un hidalgo de Mérida llamado don Martín de Ursúa proyectó establecer definitivamente en aquellas comarcas la dominación española. Aspiraba al gobierno de Yucatán y buscaba la oportunidad de hacerse notar con el objeto de que el Consejo de Indias aprobase sus acciones; ofreció construir a sus expensas una vía de comunicación a través del Petén que terminase en Guatemala: esa era, según él, la mejor manera de someter a las tribus hostiles que residían entre las dos provincias. Aquel plan fue aprobado por el Consejo Real y se dieron órdenes para facilitar su ejecución; el gobernador de Guatemala contribuyó a la empresa dirigiendo fuerzas hacia el Petén mientras el obispo de Mérida estimulaba el celo de las corporaciones religiosas y el virrey de la Nueva España proporcionaba los víveres y municiones necesarias a un precio más que asequible. Al poco tiempo, don Martín de Ursúa fue elevado al puesto que ambicionaba.

En cuanto tomó posesión de su cargo, el nuevo gobernador ordenó el inicio de la obra. Se emplearon dos años para terminarla, es decir, para establecer un camino practicable entre Yucatán y el Petén. En este intervalo se llevaron a cabo negociaciones que no tuvieron resultado; nada se consiguió de los indios. Por último, el 24 de enero de 1697 don Martín salió de Campeche a la cabeza de un pequeño ejército; la vanguardia se había adelantado con orden de acampar a orillas del lago y construir allí

²⁴ En referencia a la población de Sacalum [N. de las E.].

una goleta. En los primeros días de marzo, este destacamento se unió al cuerpo principal. Los españoles, que hacía más de un mes caminaban a través de los bosques, no se cansaban de contemplar la extensión de las aguas, las islas cubiertas de *teocallis*, cuyos tejados brillaban al sol, el cultivo de las riberas, es decir, el movimiento y la vida que animaban estos lugares tan profundamente aislados; en aquella época de su historia, si se ha de creer lo que narran los anales del país, ofrecían un espectáculo más atractivo que el de hoy día. No es mi intención insistir sobre los acontecimientos que influyeron en su transformación, sería alargar mi libro sin interesar al lector; me limitaré, pues, a la relación sumaria de la conquista...

Como habían fracasado los intentos preliminares de conciliación con los indios, el general español dispuso lo necesario para el asalto. Se pusieron los cañones en batería sobre la playa, mientras se disponía a aparejar la goleta. El 13 de marzo, al salir el sol, subía a bordo don Martín de Ursúa y dirigía su rumbo hacia la isla principal con la mitad de sus tropas, que ascendía a 108 combatientes. El lago y la orilla estaban desiertos; no se veía una embarcación ni un enemigo. Cuando de repente, en medio del silencio y de la emoción general, las trompetas y tambores resonaron en el puente y don Juan Pacheco, vicario apostólico, de pie sobre la popa, dijo: "Hijos míos —dijo con voz fuerte—, aquellos de vosotros que sientan un sincero remordimiento por haber ofendido a Dios y que imploren el perdón de sus pecados, levanten el dedo y digan: Señor, pequé, ¡tened piedad de mí!"; y habiendo obedecido todos, según parece, recibieron la absolución del vicario, continuando después alegremente su navegación.²⁵

Poco faltaba para llegar al término, cuando una flotilla oculta en las desigualdades de la orilla apareció de repente; una lluvia de flechas silbó en los aparejos y surgió una multitud de guerreros en todos los puntos de la isla dando aterradores gritos. En ese momento abordaron, y a los proyectiles de los indios, los soldados españoles contestaban con descargas de arcabucería. Sucedió lo que siempre sucede en las luchas desiguales: los itzaes, aterrados con el ruido de las descargas y sus mortíferos efectos, perdieron prontamente el valor abandonando la isla y arrojando las armas; se precipitaron al agua en tan gran número, según dice la historia, que la superficie del lago desapareció un momento bajo la masa de los fugitivos.

²⁵ Villagutierre, l. VIII, c. 8, p. 475 [N. del A.].

Los españoles, habiendo hallado desierta la ciudad, tomaron posesión de ella en el nombre de la corona; hincaron el estandarte real en el punto más alto y dieron gracias a Dios por la victoria. En seguida, animados por un santo furor, se desparramaron por los templos y santuarios privados donde rompieron tal cantidad de ídolos que jefes y soldados no descansaron ni un instante desde las siete de la mañana hasta las seis de la tarde. La isla cambió de nombre conforme a las leyes de la conquista y recibió el de *Nuestra Señora de los Remedios y San Pablo*; pero su antigua denominación ha prevalecido contra tan extraño nombre, aunque los dos se asocian a veces en la forma abreviada de *Remedios Petén*.²⁶ Allí fundaron los españoles un puesto militar (*presidio*)²⁷ destinado a proteger la futura colonia contra un ataque de los legítimos dueños del suelo.

Estas reminiscencias históricas alimentaron mi espíritu durante los primeros días de la larga enfermedad que me retuvo cautivo en Flores. Era tan vivo el interés que esto me generaba que ni el recuerdo de los antiguos romanos me hubiese inspirado más en medio de las llanuras clásicas del Lacio. Me prometía con íntima satisfacción buscar, después de mi curación, los restos librados del furor de los soldados de Ursúa y visitar las islas más distantes, pues quizás disimularían los elementos de algún descubrimiento; pero la repetición de las mismas ideas acabó por cansarme y ya no tuve por distracción, para llenar el vacío que dejaron en mí, más que la variedad de mis sufrimientos. El deseo de recobrar prontamente la salud me había hecho adoptar un severo régimen, la dieta y la inmovilidad; mientras fijaba la vista en dirección al lago, del que atisbaba un retazo, interrogaba 20 veces por día los latidos de mi pulso y la sensibilidad de mi herida. Flotando entre el temor y la esperanza, veía correr el tiempo sin otro recurso contra el fastidio y el desaliento que los sueños de mi imaginación, el encanto de mis recuerdos y la atenta observación de los síntomas de mi enfermedad.

El corregidor del distrito era hombre de humor jovial, sin que su gordura menoscabase la dignidad de su cargo. Activo, generoso, buen platicador, algo ceremonioso como los españoles de los buenos tiempos, me demostró desde nuestros primeros encuentros una simpatía que nunca se desmintió. Se sentía halagado en su amor propio nacional por mi viaje;

²⁶ La ciudad india se llama *Tayasal* [N. del A.].

²⁷ En español en el texto original [N. de las E.].

creía que yo iba a ilustrar su país; también le conmovía sinceramente mi crítica posición, en primer lugar, por humanidad y además por patriotismo. En efecto, ¡que desgracia si llegase a desfallecer mi pobre naturaleza! el Petén, próximo a brillar en el horizonte, caería de nuevo en la oscuridad. Educado en Yucatán, donde había pasado su juventud y no exento de cierta instrucción, el buen corregidor demostraba una gran curiosidad respecto del Viejo Continente; como por mi parte deseaba ardientemente instruirme, se estableció entre nosotros un intercambio de noticias que me procuró los momentos más agradables de que he gozado en esta tierra de amarguras. Un día en que me hallaba más abatido que de costumbre entró en mi habitación con el semblante alegre y desde el umbral:

—Y bien, señor —dijo frotándose las manos—, ¿cómo va esa salud tan preciosa?

—De mal en peor, señor corregidor —respondí con tono lastimero—; mucho temo, a no ser por un milagro, no salir nunca de vuestra isla.

—Sería una honra para el país —exclamó como iluminado por un rayo de luz—; sin embargo —añadió después de una pausa—, en conciencia no lo deseo.

Además de este funcionario, recibía regularmente la visita del alcalde, anciano tan sencillo, tan enjuto y tan delgado como grueso era su superior; llevaba, al estilo del país donde la edad no introduce modificaciones en el traje, un pequeño chaleco de tela blanca, que terminaba hacia la mitad de la espalda, y un pantalón muy ajustado de la misma tela. La reunión de las dos autoridades de la ciudad, cuando se presentaban con este sencillo traje, formaba un contraste bastante divertido, aún a los ojos de un enfermo. El alcalde nunca dejaba de recomendarme la tisana de llantén como un remedio soberano cuya eficacia garantizaba. Un día le enseñé mi botiquín, explicándole la naturaleza y propiedad de cada medicamento: “¡Ah *señor* —exclamó admirado de mi ciencia y de la virtud de mis drogas—, con vos lleváis la salud y estáis enfermo!”.

El descubrimiento de semejante tesoro pronto se convirtió en la novedad de la isla, y vi afluir a mi domicilio todos los enfermos que tenía. Hasta los que gozaban de buena salud de repente se sintieron enfermos; todos se creyeron obligados, como caso de conciencia, a aprovechar la oportunidad. La tarea era superior a mis fuerzas; después de haber medi-

cinado a los que lo necesitaban (de forma algo aventurada, lo confieso), hice cerrar mi puerta a los demás hasta el restablecimiento de mi propia salud. Se me presentó en seguida una nueva distracción que estuvo a punto de echarlo todo a perder, manteniendo en mí una continua excitación. Había empezado a tratarme con el maestro de escuela, hombre de recursos limitados y de pocos conocimientos, pero del que saqué un partido tan valioso como inesperado. Cuando estuvieron bien consolidadas nuestras relaciones, le comuniqué mi idea: se trataba de llevar al campo, durante las horas de recreo, a la cuadrilla de muchachos que dirigía y hacerla contribuir en todo lo posible al aumento de mis colecciones. El dómine se dejó persuadir y hasta pareció interesarse en el adelanto de la Historia Natural cuando le prometí tener en cuenta su celo. Nadie mejor que los escolares podían servirme para el objeto que me proponía; desde aquel día no tuve un momento de descanso: los pájaros agarrados en el nido, los lagartos, las culebras, los insectos, en una palabra, todo lo que daba señales de vida en los alrededores, vino a amontonarse a mi casa. Apenas escapaba de clase, la cuadrilla vagabunda se desparramaba por el lugar, arrasando con todo lo que encontraba; la isla se vio librada en muy poco tiempo de gran número de animales dañinos o incómodos que hasta entonces la habían infestado. Sucedió que los padres, satisfechos con la pequeña ganancia que este género de ocupación procuraba a sus hijos, les enviaron a recorrer los bosques, en lugar de llevarlos a la escuela; el dómine se quejó conmigo, pero era demasiado tarde; él mismo había dado el impulso, ¿cómo detener el movimiento? Muy pronto, los padres entendieron cuáles eran las ventajas de ese nuevo comercio y se desarrolló en ellos una gran emulación; las mujeres, por su parte, me trajeron los animales de corral y llenaron mi casa con todo lo que pudieron imaginar. Se vio de este modo florecer, durante mi permanencia en este país, un ramo de lucrativa industria, quizás la única que germinó en Flores. Ya no me faltaba ocupación y el fastidio desapareció por mucho tiempo; pero la fatiga que me causó el estudio y la preparación de tan diversos objetos influyó en el restablecimiento de mi salud y comprometió mi convalecencia.

Una mañana me trajeron un cocodrilo vivo, de tres metros de largo aproximadamente, que pescaron en el lago; los pescadores se valieron de un gancho en forma de anzuelo y por cebo el corazón de un buey. Lo

hice amarrar con la misma cuerda con que lo tenían sujeto a una prudente distancia de nuestras hamacas; durante todo el día dio señales manifiestas de irritación, lanzándose como una flecha a todo lo que le permitía la cuerda y volviendo a caer con el hocico abierto en una espantosa inmovilidad. Cuando llegó la noche, le administré una gran dosis de jabón arsenical; esperaba encontrarlo muerto al despertar y pensaba prepararlo con todo el cuidado posible para evitar su descomposición, que se produce con rapidez en los trópicos. Los efectos del veneno redoblaron su furor; corría en todas direcciones y dejaba oír un estertor formidable que turbaba penosamente nuestro reposo. Sin embargo, Morin dormía y yo también dormitaba hacia una hora, cuando creí oír un ruido sordo e inexplicable muy cerca de mí; al mismo tiempo un olor nauseabundo hirió mi olfato. Me desperté y sentándome, encendí una luz. ¡Júzguese mi espanto al percibir al horroroso reptil debajo de mi hamaca que rozaba con su espina dorsal! Ante esta situación, reuní todas mis fuerzas y con un esfuerzo prodigioso para el estado en que me encontraba, trepé por las cuerdas que sostenían aquella débil defensa y llegué hasta las vigas del techo, desde cuyo lugar llamé a Morin. Él dormía profundamente, según su dichosa costumbre; algo sorprendido al oír mi voz, que partía de las regiones superiores, se frotó los ojos para asegurarse de que no soñaba. Precisamente, le había hablado el día anterior sobre las eventualidades de nuestra situación, prescribiéndole los deberes que tenía que cumplir, si mi viaje se detuviese en Flores; se había dormido con las fúnebres ideas que agitaban su cerebro. Cuando le convencí de que estaba lleno de vida y le puse al tanto de lo que sucedía, saltó de la hamaca apoderándose de un hacha que solía dejar al alcance de su mano. Nos encontrábamos en completa oscuridad y los preciosos fósforos habían quedado muy cerca del monstruo; Morin atravesó resueltamente la habitación y abrió la ventana que daba al lago. Una débil claridad penetró con la frescura de la noche y pudimos reconocer la posición del enemigo: continuaba inmóvil; su hocico de bronce se dilataba por intervalos y dejaba escapar entre vómitos una especie de chillido inarticulado de dolor; sin duda, a consecuencia de un espasmo del estómago se había desprendido del paladar el gancho mal asegurado. Era menester tomar inmediatamente una decisión, porque mi situación se volvía insostenible. He aquí lo que ideamos, después de habernos puesto de acuerdo: Morin me tiraría una cuerda terminada

por un nudo corredizo y yo me encargaría de colocarla en el cuello del animal. Lo conseguí en efecto, después de algunas pruebas, e izamos este incómodo huésped hasta la viga, de la que quedó suspendido. Ya la muerte había domado su energía, pues se movía débilmente y al cabo de una hora expiró. Este cocodrilo figura hoy en el Museo de París y como se ha reconocido en él una nueva especie, los sabios profesores de este establecimiento me han hecho el honor de darle mi nombre.²⁸ Tal ha sido la recompensa de una empresa en la que había gastado mi energía, mi salud y mi fortuna; creo, sin menospreciarla, que no despertará muchas envidias. Habiendo corrido por la ciudad una duda acerca de nuestra aventura, crearon los habitantes con algo de malicia una comedia al respecto, en la que Morin y yo desempeñábamos un papel nada glorioso.

Finalmente, al cabo de mes y medio, abandoné mi hamaca y pude contemplar los lugares que hacía tanto tiempo habitaba sin conocerlos. En primer lugar me llamó la atención la magnificencia del paisaje; por todas partes agua, islas, riberas llenas de árboles, de ensenadas y de cabos perfectamente dibujados sobre la viva transparencia del horizonte. Con todo, el punto de vista que se goza desde las alturas se ve limitado por un promontorio que penetra profundamente en el lago, quitando al espectador parte de su perspectiva. La isla, regularmente oval, se eleva con dulce pendiente y termina en la plataforma coronada de rocas calizas. Se le puede dar la vuelta en un cuarto de hora sin esfuerzo. El suelo está cubierto de una cantidad considerable de cascajos, sin duda procedentes de la destrucción de antiguos edificios. Los itzaes tuvieron excelentes razones para asentarse en esta loma peñascosa, desde donde podían desafiar las flechas de sus enemigos; pero no comprendo el motivo que ha impedido a los españoles asentar sus cabañas sobre las ruinas de las cabañas indias y encerrarse, teniendo enfrente una ribera maravillosa, en un círculo tan rigurosamente limitado. Demasiado cercanos a la tierra firme para hallar en su aislamiento una garantía de completa seguridad, están demasiado lejos para poder gozar de ella. Verdad es que allí todos saben manejar el remo; hasta las mujeres lo hacen de maravilla, según confesión de Morin que juzgaba con conocimiento; ¿pero se puede realmente disfrutar de los campos, de los bosques y de la campiña si uno expone su vida a cada rato en un peligroso barquichuelo para acceder a ellos?

²⁸ *Crocodylus moreletii*, Dum [N. del A.].

La ciudad de Flores está construida con mucha irregularidad; las casas, distribuidas sin orden, forman dos calles principales: una sigue el perímetro de la isla, mientras la otra, en escalera, llega a la cumbre y la divide en dos. La iglesia y el ayuntamiento, un edificio muy amplio donde estábamos alojados, se elevan sobre la cumbre; la descripción que podría dar de estos dos edificios no resarciría al lector de la pérdida de 21 *adoratorios*²⁹ cuyo lugar ocupan probablemente y que han desaparecido sin dejar el menor vestigio. En cuanto a las habitaciones particulares, son verdaderas cabañas y algunas veces chozas, sin más abertura que la puerta. Las mejores tienen una capa de cal y arena en el exterior; las otras se ven descubiertas como las casas indias; todas tienen un cobertizo de hojas de palmera. De vez en cuando la lluvia se cuele por los tejados cuya armadura ensamblada sin clavos ni clavijas sólo se sostiene con unas cuerdas. Esta parte de la vivienda me ha parecido curiosamente irregular; no aplica ninguna regla fija y depende del espíritu inventivo del arquitecto, de tal manera que un problema determinado se resuelve de 20 formas distintas. El uso de las chimeneas, lo mismo que el de los vidrios, se desconoce; la misma abertura sirve a la vez para el humo y la luz. No dudo de que la ciudad india, destruida hace siglo y medio, valiese más que la de nuestros días, aunque esté lejos de darle la importancia que le atribuyen ciertos arqueólogos. Un pequeño número de árboles frutales, calabaceros, corosoles y frangipanes, diseminados sin orden alrededor de las moradas, arrojan aquí y allá algunas sombras sobre un suelo desnudo, pedregoso y resplandeciente por el reflejo de la luz.

No se ven en las calles de Flores artesanos ni tiendas; tampoco hay un mercado para la provisión de los habitantes; el comercio interior o exterior es inexistente; cada uno vive de su propia industria y de intercambios con sus vecinos. Si alguien necesita dinero, fabrica algunos objetos de consumo usual, como el chocolate, el pan o unas velas que los niños van ofreciendo de casa en casa hasta que dan con un comprador. De vez en cuando, los más emprendedores toman el camino de Belice y llevan a aquella colonia un buey o un caballo cuyo valor emplean en mercancías inglesas: la población se conforma con poco, pues sólo aspira a una vida sin esfuerzo. La actividad europea, que se afana sin descanso en crear riquezas sin cesar no se entendería en el Petén; pero en cambio, no se

²⁹ En español en el texto original [N. de las E.].

conocen allí los infinitos dolores que engendra la fermentación laboriosa del Viejo Continente. Allí nadie piensa en especular para hacerse más rico; no hay ambición ni grandes pasiones en los corazones; la subsistencia asegurada constituye la felicidad de cada uno porque la tierra es fértil y, por decirlo así, sin límite. La posesión es el único título que los habitantes reconocen; el que desmonta un terreno se hace dueño de él todo el tiempo que quiera; si por casualidad se traba una disputa, la autoridad paternal del corregidor basta para calmarla. La lejanía y la dificultad de los transportes justifican en cierto modo la indolencia de esta población y explican la falta absoluta de comercio. ¿Qué interés puede tener en producir más de lo que puede vender? Cierto es que su miseria no tiene remedio cuando la intemperie de las estaciones amenaza la cosecha; los caminos son tan malos que el alto precio de los transportes paraliza la abundancia en los mercados más próximos. Fui testigo de ello durante mi permanencia en el lugar; la carga de maíz que de ordinario costaba de dos a tres reales subió a tres piastras en la ciudad mientras que 25 leguas más lejos costaba la cuarta parte y, algo más lejos, la duodécima.³⁰

Sobra decir que el distrito es un lugar muy pobre; el habitante más rico apenas podría alcanzar los 25 000 francos de capital. En cambio, en lugar del discordante ruido del martillo, de la sierra y de los molinos de azúcar, se oye perpetuamente en Flores la armonía de los instrumentos musicales. Con la puesta del sol llega el frescor y en seguida se escuchan por la ciudad alegres canciones y explosiones de alegría que se prolongan hasta una hora avanzada de la noche. Así corre la vida, con una quietud y una indiferencia completa ante el porvenir: la necesidad de novedades o de perfeccionamiento, el deseo de lo desconocido o la aspiración al cambio no son objeto de preocupación; como todos han recibido la misma educación y han gozado del derecho a no hacer nada, reina en la sociedad una igualdad natural que jamás ha sido cuestionada por las pretensiones del nacimiento, del saber o de la fortuna.

Pocos son los días que pasan en Flores sin que el sonido de las *marimbás*³¹ convide a los habitantes a algún nuevo regocijo. No se necesita invitación; la puerta está abierta para todos; en el umbral se agrupan los

³⁰ La carga de maíz corresponde a una *fanega* o a doce *almudes*; se compone aproximadamente de 240 espigas [N. del A.].

³¹ En español en el texto original [N. de las E.].

curiosos y gozan del espectáculo comentándolo en voz alta. Allí veis al alcalde o al corregidor alternar en un mismo *fandango*³² con el ciudadano más insignificante del distrito; la madre sucede a la hija, la mulata a la blanca; rangos, edades, castas, todo lo que en otras partes separa tan profundamente a los hombres se ve allí confundido. No se trata de brillar, sino de experimentar un goce físico del que nadie quiere ceder su parte. Con la misma falta de pretensiones, los dueños de la casa hacen sus honores; una docena de veladoras, un suplemento de sillas que se piden a los vecinos, algunos refrescos preparados en familia, uno o dos músicos de *marimba*, éstos son los preparativos de la fiesta. Admito que la delicadeza de nuestras costumbres se averdría mal a ciertos usos debido a su sencillez primitiva; por ejemplo, el mismo vaso circula hasta que esté vacío, y la misma cuchara pasa alternativamente de mano en mano con el tarro de dulce. Las bailarinas no vacilan en adquirir nuevas fuerzas con una copa de ron y encienden excelentes cigarros que avergonzarían a nuestros fumadores. Añadiré, por decir dos palabras acerca de su atuendo, que la moda del corsé aún no ha llegado al Petén; ese aspecto de las mujeres está en perfecta armonía con el calor del clima: una camisa de tela fina con el cuello y las mangas guarnecidas de encajes o bordados y una simple saya de muselina sin cuerpo forman los principales elementos de su vestido. Los cabellos adornados con una cinta caen en largas trenzas sobre sus espaldas; una ancha peineta brillante como una media luna y un collar de perlas o monedas de oro completan el adorno de las doncellas morenas del lago. El buen tono no les prohíbe, como a las fastuosas habaneras, llevar muchas veces el mismo vestido; si tuvieran que mudar de traje cada día festivo, no bastarían los depósitos de Belice.

Por intervalos cesan las *marimbas* y se oye preludiar una guitarra; en seguida, una o varias mujeres unen sus voces a los sonidos del instrumento; cantan sin embarazo y sin timidez sencillas poesías cuya expresión es a veces algo picante. Voces más varoniles se mezclan a estos acentos y muy pronto el concierto se hace general. Entonces se anima el *fandango*; las *marimbas* resuenan con un vigor creciente; bailarines y espectadores acompañan la orquesta y marcan el compás con las palmas de las manos; todo respira pasión, embriaguez del alma y de los sentidos. El *fandango* es el verdadero baile de las regiones tropicales donde el hombre, excitado

³² En español en el texto original [N. de las E.].

por el clima, no tiene energía sino para la voluptuosidad; el pensamiento de este baile es sencillo, pero fecundo: un amante se esfuerza por ganar la voluntad de su novia; la bella se muestra al principio insensible y acaba por ablandarse. Cada cual puede, según su gusto y temperamento, hacer variaciones sobre este tema desde la reserva de un amor tímido y respetuoso hasta los más apasionados arrebatos.

La primera fiesta de este género a la que asistí fue dada por el ayuntamiento para celebrar una victoria nacional, cuya noticia llegó algunos meses después a la cabecera del distrito. Lo más notable de la ciudad y sus alrededores estaba reunido allí. Cuando el corregidor y yo llegamos reinaba en la asamblea un recogimiento desusado; todos los ojos estaban fijos en un joven que cantaba acompañándose de una guitarra. Tenía gusto y sobre todo seguridad. El corte elegante de sus vestidos de dril perfectamente blanco, el charolado de su calzado, su natural galantería con las mujeres, todo anunciaba que era un forastero. Terminó con grandes aplausos por parte del público, hizo una señal a los músicos y ofreciendo la mano a una de sus vecinas, empezó un *fandango*, de una ligereza, de una corrección, de una variedad de pasos que excitaron altamente el entusiasmo. Bravos frenéticos acogieron esta ejecución; el bailarín dio gracias con una sonrisa, pasó negligentemente un pañuelo bordado por su frente y fue a sentarse en medio de un grupo de jóvenes que parecían encantadas con su gracia y su talante. “¿Quién es este maravilloso bailarín?”, pregunté volviéndome hacia mi vecino. “Es —me respondió— el cura de Honduras”.

Este rasgo pinta un país. Disimulé mi sorpresa; el tono y aspecto del *padrecito*³³ (así se le llamaba) no eran menos extraños que sus habilidades pero nadie, exceptuándome, se escandalizó: “No olvidarán nuestros jóvenes esta lección —me dijo al salir el corregidor, a quien yo consideraba, no obstante, como un hombre razonable—; ¿no estáis encantado como yo con el *padrecito*?” ¿Qué hubiera podido responderle? Guardé silencio, pues sabía que no podría convencerle y consideré que sería vano contradecirle.

Tiempo es de dar a conocer la *marimba*, instrumento musical muy sencillo y no desprovisto de armonía, aunque exclusivamente fabricado de madera. Imagínense mis lectores una serie de tubos verticales, abier-

³³ En español en el texto original [N. de las E.].

tos por su extremidad superior y decreciendo gradualmente, como en la flauta de Pan; su base redondeada tiene lateralmente una pequeña abertura cubierta con tripa de buey; con cada tubo corresponde una tablilla horizontal, de madera dura y elástica, colocada sobre dos travesaños en el borde del orificio superior. Se hace sonar el instrumento golpeando el teclado con un pequeño mazo fijado en la extremidad de una varilla; la columna de aire expulsada por el movimiento brusco de las teclas hace vibrar la membrana, y ésta da un sonido musical correspondiente a la longitud del tubo. No entra un clavo en la confección de este aparato, cuyas piezas van sujetas por simples ligaduras. Se hacen *marimbas* de diversas magnitudes; el modelo más usado tiene 50 centímetros de altura y un metro con 25 centímetros de desarrollo. Se compone de 22 tubos del mismo diámetro que crecen progresivamente en longitud desde 10 hasta 40 centímetros, hasta formar tres octavas completas sin medios tonos. Las teclas de cinco centímetros de ancho son de una madera que se llama *chactecoc* y los tubos de *cedrela odorata*. El método usado para afinar la *marimba* no es menos original que el instrumento. Se comprende que la cualidad del sonido depende de que se cierren con más o menos exactitud los tubos en el momento en que las teclas bajan hacia los orificios correspondientes; ahora bien, como estas últimas piezas se ven expuestas a los cambios atmosféricos, se las conserva en buen estado untándoles cera en la superficie inferior. Así pues, añadiendo o quitando cierta cantidad de esta materia, es como los *dilettanti* consiguen acordar de antemano los instrumentos.

He visto además, en Flores, otro instrumento de cuerdas, bastante primitivo, que pertenece a los indios lacandones: es una especie de mandolina de doble mango en forma de cono truncado. La particularidad verdaderamente nueva que ofrece este instrumento poco musical es la de componerse de una sola cuerda que pasa cuatro veces sobre el puente.

La *marimba* es también de origen indio; no pienso que se deba atribuir su invención a Yucatán, donde hoy no se la conoce, sino más bien a los indígenas de Verapaz que la habrán introducido en el Petén hará aproximadamente 80 años. Este instrumento se toca con dos manos como el órgano y el piano; creo que se puede perfeccionar y no dudo que nuestros fabricantes pudiesen sacar buen partido de él. Sin *marimba* no hay placeres en Flores; es el elemento esencial de las serenatas, es la compañía del

viajero, es el órgano en la iglesia y es la orquesta en el baile muy superior, por su sonoridad y por el vigor de su sonido, a los débiles acentos de nuestros pianos. La *marimba* ha desarrollado, entre los habitantes del Petén, el sentimiento de la música hasta un grado muy notable; no solamente ejecutan sus aires nacionales con mucho tacto y perfección, sino que algunas veces adaptan acompañamientos armoniosos. Son capaces de repetir un tema y variarlo en seguida; también saben tocar a cuatro manos sobre un mismo instrumento y armonizar los sonidos de dos *marimbas*, de tal manera que una lleva la voz y la otra acompaña. Durante mi viaje, sólo en Flores he oído coros ejecutados correctamente. ¡Cuántas veces en mis horas de insomnio he oído aquellos alegres conciertos, cuya armonía se elevaba desde las orillas del lago hasta la cima de la isla donde yo habitaba! Tomé apuntes de los aires cuya expresión me agradaba más; el lector, al verlos, podrá formarse una idea del genio musical de esta pequeña sociedad aislada y de las inspiraciones que ha tenido en un medio tan diferente al nuestro.³⁴ Un viajero obraría mal, a mi parecer, si despreciase estos detalles; pertenecen a la historia de la humanidad y nos proporcionan nuevas luces sobre sus tendencias morales, su aptitud y progreso en los diferentes países del globo. Se notará que las canciones del Petén tienen un aire vivo y brillante que se aproxima más a la música francesa que a la melodía sentimental de los españoles. Algunos de ellos están en tonos mayores. Los indios tienen también canciones nacionales; pero las cantan pocas veces. He recogido una de carácter muy notable en las montañas de Verapaz; se remonta, según la tradición local, al tiempo del rey Moctezuma: los indígenas la llamaban *La Malinche*, sin atribuirle a este nombre ninguna significación ni recuerdo alguno; es el de la famosa india que guió al ejército de Cortés en la conquista de México.³⁵ Los lacandones se muestran muy sensibles a los acentos de esta melodía, cuya expresión sencilla y tierna tiene un significado que ellos no comprenden; la tocan con la *chirimía*,³⁶ instrumento de viento semejante al clarinete. No he podido descubrir ninguna poesía nacional que se relacione con este antiguo documento.³⁷

³⁴ Véase nota G [N. del A.].

³⁵ B. Díaz, c. LXXIV *Malinche*; Herrera, Dec. II, l. v, C. 2, *Molinche* [N. del A.].

³⁶ En español en el texto original [N. de las E.].

³⁷ Véase nota G, n. 2, al final del volumen [N. del A.].

Desde la época de don Martín de Ursúa casi no se ha escuchado el ruido de las armas en el tranquilo distrito del Petén.³⁸ Las borrascas políticas que resuenan en Guatemala producen aquí solamente un eco lejano que se debilita gradualmente por las montañas. A nadie le preocupa la forma de gobierno ni se discute el valor de sus actos; grandes palabras como humanidad y libertad, cuya puesta en práctica es engañosa tanto en América como en Europa, no vibran por estos lares. Españoles bajo los virreyes, mexicanos después de la liberación de las colonias, más tarde federados, hoy día ciudadanos de una República independiente, los habitantes del Petén se han sometido a la ley del más fuerte sin tomar parte en la lucha. El corregidor y los alcaldes, con su paternal administración, resumen a sus ojos todos los poderes, todas las dignidades del Estado. Hasta el nombre que lleva la villa atestigua el espíritu pacífico y de concordia de sus habitantes: Cirilo Flores fue una víctima de la furia popular; cuando triunfó el partido *federalista*,³⁹ al cual él pertenecía, sus amigos quisieron honrar su memoria dando su nombre a una ciudad donde la discordia nunca había hecho correr la sangre de sus ciudadanos.⁴⁰ Fui testigo de esta filosófica indiferencia cuando llegó a la cabecera del distrito la noticia de la ruptura del pacto federal y de la constitución del Estado en República independiente. Además, tal es el exceso de lentitud en las comunicaciones con la capital que un acto político, consumado el 21 de marzo de 1847, no fue conocido en Flores hasta el 10 de julio, tres meses y medio después.

Este lugar, donde se respira una calma tan perfecta y donde se vive en una ignorancia tan profunda sobre la marcha del mundo, es al mismo tiempo uno de los más hospitalarios que he visitado. Nunca olvidaré ni la benevolencia con que fui recibido ni la armonía que me pareció reinaba en el seno de la población. La igualdad de condiciones e inteligencias contribuye sin duda a este feliz concierto; la vanidad, la envidia, esos tristes disolventes de las sociedades humanas, hallarían efectivamente poco alimento en Flores; los más ilustrados me confesaban su ignorancia rogándome les instruyese, pero pronto conocí que la ligereza de su espí-

³⁸ Fue cuando los españoles trataron de apoderarse de Belice, hacia mediados del siglo XVIII [N. del A.].

³⁹ *Fédéraliste* en el texto original [N. de las E.].

⁴⁰ Cirilo Flores, vicepresidente de Guatemala, masacrado en 1826 a instigación del partido *centralista* por el populacho de Quetzaltenango [N. del A.].

ritu paralizaba en ellos toda aptitud. Añadiré también que las costumbres son muy pacíficas en toda la extensión del distrito, y que nunca se oye hablar de un atentado contra las personas.

El día que siguió a mi primera salida fue un día memorable; la fiebre me había abandonado y debía probar fuerzas. Se trataba de un viaje de circunnavegación con el que soñaba desde hacía mucho tiempo y que iba a emprender bajo la dirección de mi viejo amigo el alcalde. El sol empezaba a aparecer y ya penetraba la atmósfera; la temperatura era deliciosa, todo me embriagaba, todo me parecía encantador. No me cansaba de admirar la transparencia de las olas, las plantas que tapizaban el fondo del lago, las verdes islas, las riberas cubiertas de vegetación y la perspectiva aérea de los promontorios bañados por el vapor de la mañana. Pero mientras me alejaba de la tierra, feliz por poder vivir y sentir, un sonido fúnebre partía de la ciudad y parecía unirse a nosotros, como para mezclar un pesar con la alegría cuyo exceso me agobiaba. La campana de la iglesia tañía: un pobre viajero, extranjero como yo, acababa de pagar su tributo al clima. Era un inglés de Belice arruinado por una inesperada baja en las maderas; en su desaliento, había venido a buscar refugio en Flores y allí había logrado olvidar sus pesares. Dos días antes, se había dirigido a mí como el náufrago se agarra a cualquier elemento, ¡y por conducto del alcalde me había suplicado le salvase! Aquel recuerdo, reanimado con el melancólico sonido de las campanas, arrojó un velo de tristeza sobre mi paseo; me vi a mí mismo, tan endeble aún, y pensé que la suerte de aquel desconocido podría haber sido la mía.

Desde que el viajero se aleja de la isla a la longitud de un remo, el suelo declina rápidamente y desaparece bajo el agua; la profundidad del lago se hace súbitamente aterradora. Esta particularidad, que recuerda la conformación de los terrenos de origen volcánico, me ha llamado la atención en los diferentes puntos de la ribera que he visitado; sin embargo, nada manifiesta la acción del fuego en la constitución mineralógica del lugar, cuyos elementos principales son la caliza ordinaria, el yeso y el sílex. Una cintura de colinas cubiertas de árboles limita en todas direcciones el amplio recinto; ningún junco aparece en la superficie, exceptuando la parte más cercana a la tierra, donde además se ven hermosas ninfeas blancas semejantes a las de Palizada. En las épocas de escasez, los más pobres recogen la semilla de esta planta, la reducen a harina y preparan pan a la manera

de los egipcios y los chinos. Es un alimento insípido, poco alimenticio y ligeramente astringente, según dicen. El fondo del lago, dondequiera que alcance la vista, está tapizado con ciperáceas, confervas y otros vegetales acuáticos, un escondrijo movedizo para los cocodrilos.

Cuando estuvimos a alguna distancia, los alcaldes me hicieron admirar la imagen de la ciudad y convine en que aquella vista era realmente agradable. El espeso follaje de los arbustos cubría la desnudez de la isla, así como los restos acumulados en su pendiente. Las chozas más endebles tomaban una apariencia más pintoresca; los miserables cocoteros diseminados en la playa se agrupaban con cierta gracia; en fin, todos los detalles vulgares se perdían en un armonioso conjunto de habitaciones y de verdor. Esta graciosa ilusión era consecuencia de la distancia. ¿No sucede lo mismo en el camino de la vida, y no es un fenómeno psicológico cuyo parecido es notable, que el pasado y el porvenir revistan en nuestra imaginación formas más seductoras que el presente?

Después de haber visitado diversos islotes incultos, maravillosamente situados para proveer a Flores de frutas y verduras, proseguimos nuestra navegación hacia el escarpado promontorio que divide el lago en otros dos de desigual dimensión. Algunos pequeños plantíos aparecen sobre aquel suelo virgen alternando con la vegetación silvestre, las anchas hojas de plátano y el pálido verdor de la caña. Abordamos una ensenada solitaria y escalando por un terreno seco y pedregoso donde crecía una especie de inga cuya vaina sirve para la tintura, nos dirigimos hacia un grupo de cabañas que me habían sido señaladas como el establecimiento industrial más importante del lugar. En efecto, allí se fabricaba la mayor parte del azúcar consumido en la comarca. Imagínense tres cilindros verticales de madera, a una distancia de cuatro dedos cada uno; dos bueyes conducidos por un niño hacen girar el del medio, que a través de un engranaje muy sencillo arrastra en sentido contrario los otros dos. Así es el molino de azúcar (*trapiche*).⁴¹ El mecanismo puede perfeccionarse más o menos y puede variar el motor, pero el plan del sistema es idéntico en todas partes. Introducida en el intervalo de los cilindros, la caña es arrastrada por el movimiento de rotación y perfectamente comprimida. El jugo que de ella sale cae en un recipiente, de donde es recogido para someterlo a la acción del fuego; la evaporación le quita los principios acuosos que

⁴¹ En español en el texto original [N. de las E.].

contiene y la convierte en jarabe; finalmente, cuando al cabo de algunas horas de ebullición este jarabe ha adquirido la consistencia conveniente, se vierte con un gran cucharón en los bebederos de madera groseramente moldeados. Esta materia, al enfriarse, toma la forma de pequeños cilindros de un color marrón y terroso (*panelas*)⁴² que tienen un sabor pronunciado de melaza y enturbian el agua que los disuelve imperfectamente. No se conoce otro azúcar en el Petén, en Tabasco, en Guatemala y en una parte de los afortunados países que ven florecer la caña. La operación del lavado, que tiene por objeto quitarle las partes grasas o viscosas perjudiciales para la cristalización, y aquella que consiste en purgarle de su jarabe, son misterios generalmente ignorados. Nada admira tanto a los consumidores indígenas como oír alabar la blancura, la dureza, la pura cristalización del azúcar, las cualidades, en suma, que distinguen esta sustancia cuando ha sido tratada por el procedimiento del refinado.

Después de habernos hecho cargo de esa pobre industria, continuamos subiendo la colina y muy pronto descubrimos una extensión inmensa de agua a la que servía de marco el verdor de los bosques y que reflejaba como un espejo todos los resplandores del sol naciente; ni un soplo de viento turbaba su palidez. Por otra parte, nada recordaba en aquel paisaje la proximidad del ecuador; los grandes árboles que nos prestaban su sombra, las flores esparcidas por el suelo, las gramíneas que hallábamos podían pertenecer, a la vista de un observador superficial, tanto a Europa como al Nuevo Mundo. Se distinguían enfrente, a legua y media de distancia, las aldeas indias de *San Andrés* y de *San José*, asentadas en la pendiente de la ladera y pobladas cada una por 5000 almas. Ninguna señal de cultivo, ningún movimiento, ningún ruido, siquiera el del remo, animaban las aguas o la tierra. En aquellas riberas florecieron en otros tiempos los *coboxes*, una de las tribus más poderosas de los itzaes;⁴³ sus hijos degenerados viven hoy día en la más completa ociosidad y se aprovechan de su aislamiento para abandonarse completamente a la embriaguez, que es su pasión dominante. Desde el punto en que nos habíamos detenido, se descubre al noroeste una isla plana, inculta, cubierta de árboles más grandes que aquéllos de Flores. Me aseguraron que no contenía ruina

⁴² En español en el texto original [N. de las E.].

⁴³ Los coboxes ocupan doce aldeas en la Riviera septentrional del lago. Cogolludo, trat. v, c. 5, p. 146 [N. del A.].

ninguna, aunque es probable que haya estado habitada. Mientras admiraba la imponente inmovilidad del lago, los alcaldes me describían las aterradoras tempestades que a veces lo conmocionan profundamente. Cuando los vientos del noreste, en invierno, barren las nubes del Atlántico y las precipitan sobre el Petén, se empaña la superficie de las aguas, las riberas desaparecen, las olas rompen como en el océano. ¡Desgraciado al que arrastran estas ráfagas de viento mar adentro! Ya no volverá a ver la tierra. Se distingue, cuando renace la calma, un barco flotando a la aventura; el punto blanco que parece inmóvil es un sombrero de paja. En cuanto al cadáver, el abismo no lo devuelve; los cocodrilos se encargan de la sepultura. Desgracias semejantes son muy frecuentes y sobre todo los indios se ven más expuestos a ellas a causa de su intemperancia: no hay año en que los de San Andrés y de San José dejen de pagar tributo a los monstruos acuáticos.

Ese hermoso lago, según una tradición conservada en el lugar, llevaba entre los itzaes el nombre de *Nobukén* (*beber mucho*,⁴⁴ según los españoles) como para expresar de una manera metafórica la considerable masa de agua acumulada en su cuenca. Los cronistas lo llaman indiferentemente lago de Itzá, de los Lacandones o del Petén; pero como la tribu de los lacandones tenía su asiento en un punto diferente y como en el Petén hay otros lagos, se debe preferir el nombre de Itzá, que por otra parte trae a la memoria el recuerdo de sus antiguos moradores. La sección correspondiente a la isla de Flores sólo tiene 3 leguas de longitud y unos tres cuartos de legua aproximadamente de ancho; la otra, mucho más amplia, mide de 10 a 12 leguas de extensión y una legua y cuarto de ancho en promedio. El perímetro se calcula que mide unas 26 leguas; en cuanto a la profundidad, en general es mayor de 30 brazas. La ribera está accidentada por unas colinas calizas más o menos silíceas. Ningún río ni riachuelo importante le dan tributo; sin embargo, no se ha observado que bajase sensiblemente el nivel de las aguas durante la época de la sequía, mientras que las crecidas extraordinarias han amenazado a veces las construcciones asentadas en el límite inferior de la isla. Al oriente del lago Itzá reina una serie de lagos menores que se prolongan en dirección al río *Hondo* bañando regiones desiertas y poco conocidas; forman una cadena de corta extensión, cuyos anillos se reúnen periódicamente unos con otros durante

⁴⁴ En español en el texto original [N. de las E.].

las estaciones de las lluvias. Esta circunstancia quizás contribuya algún día a sacar al Petén de su aislamiento, reuniéndole con el Atlántico.⁴⁵

Después de haber apreciado largo tiempo la grandeza solitaria del lago, descendimos de la colina para volver a nuestra embarcación. Este paseo era suficiente como primer ensayo y hasta había abusado de mis fuerzas; sin embargo, no tuve que arrepentirme. Encontramos al volver una banda de peces argentados, conocidos en el país con el nombre de *cilis*; esta especie no se come en Flores, porque se le atribuyen propiedades nocivas, resultantes de una secreción lechosa de la piel. Me cercioré de que semejante opinión no tiene fundamento, aunque la carne del *cilis* posee un ligero sabor amargo; este prejuicio no tiene otro origen. Rara vez aislado o confundido con otras especies, siempre se ve este pez en compañía de los suyos, en los sitios que prefiere. Me costó mucho trabajo procurármelo, porque no muerde el anzuelo y en la localidad se desconoce el uso de las redes: los pescadores tuvieron que emplear el arpón y no se olvidaron de hacerme pagar su trabajo.⁴⁶

Pocos días después de esta excursión, hicimos otra en la ribera opuesta al lago y visitamos la *cueva de Jobitsinal*, caverna espaciosa, adornada con hermosas estalactitas y digna de mencionarse entre las curiosidades de la comarca; es un lugar de paseo para los habitantes de Flores que se muestran singularmente celosos de la preeminencia de esta gruta sobre todas aquellas de que han oído hablar.

El Petén, por su geografía, su historia y población, pertenece a Yucatán, constituyendo su parte más elevada y meridional. Ningún accidente importante en la configuración del terreno estorba las relaciones de los dos países; el clima y las producciones son aproximadamente las mismas; las mismas cadenas de montañas poco elevadas surcan los dos territorios; los mismos valles les dan acceso; sólo los separa la inmensidad de los bosques. Si por el contrario se vuelve la vista hacia Guatemala, del que depende políticamente el Petén, se ve elevarse una cordillera abrupta

⁴⁵ Desde la extremidad oriental del lago de Itzá al de *Sacpetén* (isla Blanca), se cuenta solamente media legua; desde este punto hasta el lago de *Macanché*, dos leguas; desde éste hasta el lado de *Yax-haa*, 12 leguas interrumpidas por pantanos; este último sólo está separado por un pequeño intervalo del lago de *Sacnab*, que a veces mezcla sus aguas con las del *rio Hondo* [N. del A.].

⁴⁶ El *cili* pertenece al género *Chataessus*, que forma parte de la sección de los salmónidos; la especie de que se trata parece ser nueva [N. del A.].

como una muralla natural entre los dos países. El comercio y la circulación desaparecen ante este obstáculo, que ni los arrieros pueden salvar. Ríos de gran corriente y una masa considerable de bosques concurren además a aislar profundamente una región que no está ligada a los Estados de América Central por ningún interés político, ninguna relación comercial ni simpatía de origen.

La crónica del país refiere que, habiendo agotado el vencedor de los itzaes, don Martín de Ursúa, su bolsa y la de sus amigos, se halló en un gran apuro a la hora de organizar la conquista. En este apuro, recurrió a la cancillería de Guatemala y ésta se encargó de todos los gastos, tomando posesión del país.⁴⁷ Tal fue el origen de una anexión que nunca ha sido completada porque el clero del Petén, por una extraña anomalía, depende todavía del obispado de Mérida. Hoy día también se observa una diferencia sensible entre las costumbres dulces y hospitalarias del distrito y la barbarie grosera de los indios de Verapaz, que pertenecen a una familia distinta por su lenguaje y su pasado.

El rasgo más notable de la comarca es el de ofrecer, sobre todo hacia el centro, un amontonamiento de colinas llenas de árboles, entrecortadas por sabanas planas, cuyo aspecto varía constantemente. Marchando hacia el sureste, muy pronto se encuentran verdaderas montañas, desprendidas de las grandes cadenas de *Cababón*. Cerca de Dolores, dan nacimiento al Usumacinta y al Machaquilán, así como al *Mopán* y a otros ríos menos conocidos que nacen en la vertiente opuesta. Las aguas se dirigen en todas direcciones a partir de este punto central que da, aunque sea poco elevado, un tributo a los dos mares; riegan espacios solitarios que ni los mismos habitantes del Petén han visitado jamás. Añadiré, para ilustrar sus pocos conocimientos geográficos, que se descubrió no lejos de *San Luis*, aproximadamente en la época de mi viaje, un hermoso río cuyas aguas corren en dirección al Atlántico y cuya existencia nadie había sospechado hasta entonces. Los más emprendedores resolvieron explorar su curso; pero renunciaron a ello al cabo de algunos días, por su carácter de inconstante movilidad.

El territorio del Petén es muy fértil; el maíz da por lo regular 200 por 1 sin abono; independientemente de la especie común o *maíz blanco*⁴⁸

⁴⁷ Juarros, tratado V, c. 5, p. 147 [N. del A.].

⁴⁸ En español en el texto original [N. de las E.].

que se siembra en marzo o en mayo para recogerlo tres meses después, se cultiva una variedad que madura en el intervalo de siete semanas. El cacao crece espontáneamente en los bosques, sobre todo en las cercanías de San Luis y da un producto de excelente calidad; el tabaco, muy aromático, vegeta con exuberancia hasta en las calles de Flores; el árbol del café fructifica desde el primer año; la vainilla y el chile de Tabasco aromatan los bosques; el copal, el *nabá*, el guayaco, el palo de tinte, la zarzaparrilla, una multitud de vegetales cuya simiente, cáscara o raíz hallan su empleo en las artes o en la industria, pueblan igualmente el distrito. Finalmente, los rebaños que durante todo el año pacen en magníficas praderas, gozan en Belice de una reputación merecida. El gobierno español había apreciado en su justa medida el Petén cuando creó alquerías para la cría de ganado mayor; aquellos establecimientos produjeron en el país un bienestar que ya no se conoce. La carne era por tanto barata; la leche, la manteca, el queso, hoy día objetos de lujo, formaban parte de la alimentación general; los caballos del distrito, cuyo casco era tan duro que podía pasar sin herraduras, eran apreciados. Estas riquezas verdaderamente nacionales, porque a todos beneficiaban, fueron presa, cuando las colonias se emanciparon, de un pequeño número de hombres ávidos que las dilapidó estérilmente. Aún no se ha consolado de ello la generación actual; estos recuerdos le arrancan, de vez en cuando, algunos gemidos, y creo que cambiaría todas las libertades con que la han gratificado, por la dependencia fructífera del tiempo pasado.

Por el Petén, aunque sumamente aislado, cruzan sin embargo cuatro grandes vías de comunicación que, partiendo de Flores, se dirigen poco más o menos hacia los cuatro puntos cardinales: los caminos de Yucatán y de Tabasco al norte y al occidente; el de Belice al este; finalmente, el de Guatemala hacia el sur. Daré alguna información acerca de estas diferentes rutas poco frecuentadas, añadiendo, además, para utilidad de los viajeros futuros, los itinerarios que he intentado establecer.⁴⁹

El camino de Yucatán es menos desierto y menos sombreado que el de Tabasco; se cuentan 138 leguas o 16 días de marcha desde el lago de Itzá hasta Campeche. Durante la primera semana se atraviesan soledades, en las que muchas veces se hace sentir la carencia de agua; el séptimo día se llega a la aldea de *Concepción* y, luego, los lugares habitados se

⁴⁹ Véase nota H [N. del A.].

van sucediendo hasta el término del viaje. Una singularidad que me ha hecho conocer el análisis de este itinerario es que el territorio del Petén se prolonga hasta el centro de Yucatán en la forma de una larga cinta de un ancho indeterminado; la última cañada perdida en la extremidad de esta línea, *Nohbecan*, está a 10 jornadas de Flores y sólo a seis de Campeche. Se explica esta anomalía, poco favorable a la buena administración e integridad de los dos lugares, por el derecho anterior de los itzaes, cuyo dominio se extendía hasta esos lares.

Hace 35 años que habiéndose aventurado algunos habitantes del distrito hacia el este, siguiendo el curso del Mopán, se admiraron grandemente de encontrar a orillas del mar una ciudad que les pareció un nuevo mundo: era la colonia inglesa de Belice.⁵⁰ Llevaron a Flores la noticia de su descubrimiento y la administración local, viendo en ello una manera de fomentar el comercio, se apresuró a abrir una vía de comunicación entre los dos países. Los ingleses correspondieron fríamente a este deseo; estimaban poco la *marimba*, y no simpatizaban con una población que nada producía y que consumía poco. La opinión no ha variado; la rectificación reciente del antiguo trazado que acorta tres días de viaje les ha dejado tan indiferentes como los primeros trabajos del camino. Afirman que los habitantes del Petén no van a Belice sino con la pretensión premeditada de sorprender su buena fe, y que les sucede, por ejemplo, en materia de ventas o intercambios, olvidar frecuentemente la reciprocidad de los compromisos. No me atrevo a decir que estas quejas estén mal fundadas; pueden creerse si se considera el carácter de una población que tiene toda la inconstancia de la infancia y cuyos principios no parecen ser muy firmes.

El antiguo camino de Belice se pierde hacia el norte siguiendo el curso del río; el nuevo se dirige directamente al este a través de los bosques. Después de seis días de marcha, se llega al primer *banco*⁵¹ (así llaman los españoles a las estaciones inglesas, escalonadas a lo largo del Mopán). Allí se hallan canoas para continuar el viaje, que por lo regular se termina en 10 días.

⁵⁰ La existencia de Belice no ha sido siempre un misterio en el Petén, puesto que el gobierno español, a mediados del siglo pasado, reunió allí tropas para atacar la colonia inglesa; pero las generaciones siguientes habían perdido su recuerdo según se me ha dicho [N. del A.].

⁵¹ En español en el texto original [N. de las E.].

Si el lector ha conservado el recuerdo de las nociones geográficas esparcidas en esta obra, observará que la colonia de Belice, en tales circunstancias, podría sacar un excelente partido de la hidrografía del país. Efectivamente, desde el momento en que el Mopán deja de ser navegable, sólo se cuentan tres días de marcha hasta el río San Pedro. Ningún obstáculo serio podría alargar este plazo y hasta es probable que un reconocimiento profundo de los lagos condujese a algún descubrimiento que facilitara la unión de las dos corrientes. Así, el golfo de México y el de Honduras podrían enlazarse por un sistema de navegación casi continuo; admito que la soledad y el abandono de las regiones intermedias hace muy poco atractiva, por ahora, la perspectiva de esta unión.

El camino a Guatemala, que sólo he mencionado pero que muy pronto describiré detalladamente, es el más largo y penoso; hay por lo menos 180 leguas españolas desde Flores hasta la capital del Estado.

En tales circunstancias, se ve que a partir del Petén, cualquiera que sea la dirección que se siga, es menester cruzar una zona completamente desierta antes de llegar a un país habitado. Una causa independiente de la soledad y mal estado de los caminos limitará siempre el desarrollo del distrito y la salida de sus productos hacia el norte: hablo de la competencia con Yucatán y Tabasco, cuyas riquezas naturales son aproximadamente idénticas y cuyos mercados están perfectamente situados. Siendo el camino a Guatemala impracticable para el comercio, queda el de Belice que representa, según creo, todo el porvenir del lugar, salvo si la región inexplorada que se extiende al sureste ofrezca un medio de comunicación más fácil, sea con el lago de Izabal o con el golfo de Honduras. Si el gobierno construyese algunas aldeas en el solitario camino que termina en el Mopán, contribuiría útilmente a sacar al Petén del inmovilismo en el que se encuentra; la circulación sería más activa, no faltarían recursos a los viajeros, la vía pública mejoraría; además, los productos podrían aumentar porque su venta quedaría asegurada. Se puede afirmar que los géneros del distrito darían con muchos compradores si fuesen mejor conocidos. El río San Pedro merecería también ser un foco de atención no sólo para el Petén sino para Tabasco; si bien es cierto que a 12 leguas de Sacluc y sólo a 3 del lago Itzá ya es navegable, se puede decir que la propia naturaleza ha preparado la unión de los dos países. Confieso que estas consideraciones no despertarán un

gran interés; ¡queda tan lejano este lugar y el interés es tan pequeño! En resumidas cuentas, espero que el lector no me reproche haber dedicado algunas líneas al porvenir de este pequeño lugar del globo, en memoria de la hospitalidad recibida.

El Petén es un territorio generalmente seco y uno de los más salubres de América Central, que los españoles han calificado con la denominación de *tierra caliente*.⁵² Sin embargo, la disentería, así como otras enfermedades inflamatorias que tienen su asiento en los órganos abdominales, se manifiestan periódicamente en la estación de las lluvias. Pocas veces tienen graves consecuencias estas afecciones; sólo se vuelven mortales a causa de la ignorancia y negligencia de los enfermos. No hay médicos ni boticarios en todo el distrito; los habitantes salen del paso ayudados de ciertas prácticas que deben a la experiencia propia o a la que han tomado de sus vecinos. Así, la disentería se trata con la ipecacuana; si se agrava el peligro, se administra una infusión de sal de nitro y tamarindo; para las gastroenteritis se hace uso de lavatorios emolientes y mucilaginosos preparados con hoja de nopal; el sulfato de quinina se emplea en las calenturas intermitentes que reinan en marzo y abril, cuando la sequía ha reducido las aguas a su mínima altura, aunque de este medicamento casi nunca pueden disponer los enfermos. Tales son las principales afecciones del lugar. No hablo del contagio que se ha introducido procedente de Belice y que en el Petén atribuyen inocentemente a una causa diferente de la verdadera. Durante mi estancia me consultaron varias veces, especialmente los enfermos de esta última categoría, y aun cuando no haya tenido la felicidad de hacer una sola cura, no por eso dejé de adquirir la reputación de ser un gran médico.⁵³

No se esperan, sin duda alguna, grandes progresos en ciencias e industria en una pequeña sociedad perdida en estos desiertos; la lectura, la escritura y las tres primeras reglas de la aritmética resumen toda la instrucción de los habitantes de Flores. El maestro de escuela recibe cada mes la módica suma de real y medio por alumno, cuya tercera parte es pagada por la familia y el resto por la caja comunal. Existe una escuela en cada aldea del distrito, pero los indígenas se niegan obstinadamente a enviar allí a sus hijos. Ningún estímulo les convence para que cultiven

⁵² En español en el texto original [N. de las E.].

⁵³ Véase nota I [N. del A.].

su inteligencia, ni siquiera el deseo de librarse de la tutela de los blancos adquiriendo los modestos conocimientos exigidos por el gobierno a los funcionarios municipales. Por lo demás, toda la población vive en un estado casi increíble de ignorancia; apenas sabe sacar partido de los dones gratuitos de la naturaleza: el tabaco, por ejemplo, no se exporta aunque su calidad sea muy apreciable y se consume, sin preparación, en el estado en que se recoge; en vano la vainilla perfuma los bosques, se la deja pudrir sobre su tallo; con excelente cacao se fabrica un detestable brebaje; las frutas y verduras son escasas a pesar de la fecundidad de un suelo que sólo desea producir. Para suplir la carencia de vegetales en una población cuya afición a las conservas dulces es, por decirlo así, nacional, se confita el tomate, la carnosa flor del *plumiera*, el pan y hasta los huevos, preparación gastronómica muy estimada cuya receta olvidé anotar. Desde el descubrimiento de Belice, es conocida en Flores la harina de trigo y hasta muy apreciada; con ella se hace el pan, o más bien una especie de pastel que se acostumbra servir con el chocolate. Las *tortillas*⁵⁴ de maíz constituyen, sin embargo, la base de la alimentación conocida en toda la *tierra caliente*.

Cuando se hizo el último censo (1839), la población del Petén ascendía a 6 327 habitantes repartidos en una superficie de 2 280 leguas cuadradas. Esta cifra mínima no da por legua cuadrada más que dos habitantes y fracción, es decir que la comarca está poco menos que desierta, ocupando el último lugar entre las provincias de la república. Los indios son mayoritarios, como en Yucatán. En cuanto a las producciones naturales, su análisis confirma la relación que establecí anteriormente entre los dos lugares; del mismo modo, las esperanzas que yo había puesto en el aislamiento del Petén y en el misterio que rodeaba a esta región se han visto en parte frustradas.

No hay muchos animales carnívoros en los bosques del distrito, salvo hacia el este donde se encuentran los jaguares; en cambio, los animales rumiantes se multiplican considerablemente en un país lleno de bosques y praderas, donde la yerba reverdece varias veces al año y donde, por otra parte, cuentan con pocos enemigos. Los itzaes, por una extraña superstición que habla bien de sus costumbres, asociaban estos cuadrúpedos al culto que rendían a la divinidad y estaba prohibido turbar su pacífica

⁵⁴ En español en el texto original [N. de las E.].

existencia; de manera que cuando los conquistadores se adentraron por primera vez en las soledades del Petén, los venados se mostraban tan confiados que los jinetes los alcanzaban a caballo.⁵⁵ Hoy la caza exige más precauciones; no se persigue ya a estos animales pues se han vuelto desconfiados, sino que los cazadores los esperan al acecho y les disparan cuando salen a descubierto, sobre todo después de las primeras lluvias cuando bajan a las praderas.

Los habitantes conocen tres especies de cérvidos: el más grande, al que llaman *ciervo*,⁵⁶ y del que sólo he visto a la hembra, se parece mucho al *cervus mexicanus* de Carlos Linneo. He observado, al disecar una cierva, una glándula subcutánea situada en medio del pecho que contiene una materia sebácea, inodora, de un pardo verdoso, cuyo uso desconozco. La segunda especie es un corzo de la sección de los cervatos, que los indios distinguen con el nombre de *puusnac*. La última no la he podido localizar: es, según dicen, más pequeña que las otras dos; los criollos la llaman *cabra montesa*⁵⁷ y los indígenas *chacyuc*.

El tapir (*danta*), que vive solitario en la profundidad de los bosques, y el pécarí (*jabalí*),⁵⁸ aficionado a los pantanos, representan en la parte meridional del Nuevo Mundo los paquidermos del Viejo Continente. Las costumbres de estos animales, que he observado por primera vez en el Petén, y las particularidades de su organización son conocidas por todos los lectores.

Un conejo, poco diferente del nuestro, un armadillo y un agutí (*pieseco*)⁵⁹ temido por los cultivadores cuyas cosechas destroza, completan la lista de los mamíferos más importantes de los que he oído hablar en la comarca. El armadillo de Petén vive de frutos, retoños y raíces en los bosques, donde construye su madriguera. Se le persigue con perros y se le agarra, fácilmente, ahumando su guarida. Es caza muy estimada cuya carne, de un blanco rosado, está recubierta en el lomo de una capa de grasa untuosa y fina. Los cazadores lo asan en su escamoso caparazón

⁵⁵ *Yendo per aquellos campos rasos, avia tantos de venados y corrían tan poco, que luego los alcançavamos a cavallo y se mataron sobre veinte.* B. Díaz, c. CLXXIX [N. del A.]. En español en el texto original [N. de las E.].

⁵⁶ En español en el texto original [N. de las E.].

⁵⁷ El autor escribe en el texto original "cabra montes" [N. de las E.].

⁵⁸ En español en el texto original [N. de las E.].

⁵⁹ En español en el texto original [N. de las E.].

después de abrirlo en canal y conservan la grasa para untar sus armas; esta sustancia tiene un gran valor en el Petén.

Me detendré más en el *geomys mexicanus*, roedor muy singular, descubierta por primera vez en México como nos lo indica su nombre.⁶⁰ El *geomys* es un animal fornido de un pardo rojizo, del tamaño de un gran ratón, con apariencia de topo. Una cabeza cónica y deprimida, ojos pequeños y afeado por grandes mejillas colgantes, un cuerpo cilíndrico de pelo tieso, largo y escaso, terminado por una colita pelada, enormes dientes salientes que ocultan la abertura de la boca, patas armadas de uñas largas y cónicas componen un conjunto poco gracioso que por lo demás está en armonía con los hábitos del animal. El juego de los dientes incisivos de este roedor es sólo exterior, su función se limita a cortar las raíces como lo indican su localización y su forma cortante; introduce inmediatamente las sustancias vegetales en la cavidad de la boca y las tritura con los molares. El *geomys*, que se llama *tuzá*⁶¹ en el Petén, lleva una vida subterránea en los plántíos de plátanos y caña de azúcar, donde hace mucho daño; los habitantes aprecian mucho su carne; yo la he probado algunas veces, pero no me ha gustado tanto como a ellos. Los tres ejemplares que he descrito presentan una particularidad distinta en el color de su pelo: el primero es uniforme, los otros dos vienen marcados con una faja transversal y blanquecina que corta al primero en el tercio superior y al otro en el tercio inferior de su cuerpo.

Los bosques del Petén parecen ser más ricos en gallináceas que los de Yucatán; los lagos, por el contrario, profundos y desprovistos de plantas herbáceas, no atraen tan gran cantidad de pájaros como la ciénaga de la zona marítima. Me limito a citar, entre las zancudas, una pequeña garza real (*ardea exilis*, Gm.), que conservé viva un mes y que me divertía por su humor belicoso. En el momento en que me acercaba al refugio que ella había escogido en un oscuro rincón de la casa, veía a este ser diminuto adoptar una actitud ofensiva: con las alas desplegadas, el cuello muy contraído y los ojos fijos en mí, balanceaba su cuerpo de izquierda a derecha, como para intimidar al enemigo; después, su largo cuello se estiraba con

⁶⁰ El *geomys mexicanus* fue descrito por primera vez por el señor Brants en 1827, según un espécimen conservado en el Museo de Berlín; es el *tucán* de Hernández (*Hist. anim. Novæ Hispaniæ*). Hoy este género consta de cuatro especies, esparcidas desde la bahía de Hudson hasta el centro de Guatemala [N. del A.].

⁶¹ En español en el texto original [N. de las E.].

la espontaneidad de un resorte y su pico me alcanzaba instantáneamente. Le di libertad cuando salí de Flores. Dos clases de golondrinas (h. *purpurea* L. y *leucoptera* Gmel.) construyen sus nidos en la isla; emigran en octubre con el primer sople de viento norte y vuelven, según dicen, a finales de enero. Entre los pájaros mosca nativos mencionaré el *orn. Devillei* Bourc., una especie poco común sin ser notable que he matado en los jardines de la ciudad.

La familia de los reptiles, limitada en sus medios de locomoción y protegida por sus costumbres nocturnas y sedentarias, debía ofrecerme un campo más amplio de descubrimientos; en efecto, un buen número de especies nuevas o poco conocidas ha sido el objeto de mis investigaciones. Señalaré, entre los saurios, al cocodrilo del lago Itzá, el *coritófano de cresta* y el *basilisco listado*⁶² como los más interesantes. El primero es un verdadero cocodrilo que posee todos los caracteres del género;⁶³ llega a tener un gran desarrollo, pues capturamos uno que tenía por lo menos cinco metros de longitud, pero la cuerda se rompió antes de que pudiésemos arrastrarlo hasta la orilla. Los huevos de ese reptil no son mucho más grandes que los del pato doméstico y tienen su misma forma; como la carne del animal, despiden un olor a almizcle tan penetrante que es imposible comerlos. No creo que vivan solamente en el lago Itzá; es probablemente la misma especie que se encuentra en el río Usumacinta y lagunas circunvecinas, sin embargo, no lo puedo afirmar, pues no he tenido la oportunidad de comprobar su identidad.

El coritófano de cresta⁶⁴ es un lagarto muy singular, que por su forma recuerda al camaleón. Antes de mi viaje, su origen era desconocido. Por otra parte, no se poseían más que dos o tres especies descoloradas por el alcohol. He observado que este saurio cambiaba sensiblemente de color, no como el camaleón, bajo la influencia de afecciones morales sino, a la manera de ciertos batracios, según la intensidad de la luz. En los oscuros bosques donde lo he hallado tenía un color pardo uniforme; se notaban

⁶² *Corythophane à crête* y *basilic à bandes* en el original [N. de las E.].

⁶³ La cabeza de los cocodrilos es más larga, menos obtusa en su extremidad que la de los caimanes; la cresta recortada que acompaña el borde externo de las patas traseras, la membrana que reúne mejor sus dedos, la disposición de los cuartos dientes que, en lugar de penetrar en las cavidades de la mandíbula superior, pasan por simples muescas, son los caracteres que diferencian los dos géneros [N. del A.].

⁶⁴ *Cor. cristatus*, Boié [N. del A.].

en su piel algunas manchas más oscuras que la salpicaban. Más tarde, expuesto a la luz, tomó un tinte verde agrisado que se degradaba insensiblemente hacia el abdomen, donde pasaba al blanco; pero observé que todas las tardes, al ponerse el sol, recobraba su color primitivo que ya no se aclaraba completamente sino hasta las 10 de la mañana. Excesivamente lento en sus movimientos, como el camaleón, el coritófano permanece inmóvil durante horas enteras; sin embargo, puede, manifestar emociones bastante fuertes y lo he visto lanzarse con furor a varios centímetros del suelo, para morder a un niño que lo hostigaba.

El basilisco de fajas⁶⁵ pertenece, como la especie anterior, a la tribu de las iguanas; también es poco común en las colecciones donde existe la misma incertidumbre acerca de su país de origen y su color. El cuerpo de ese lagarto está sembrado de rayitas negras sobre un fondo verdoso, que puede pasar al azul según la dirección de la luz. La cabeza es parda con dos líneas blancas laterales que se extienden desde la nariz hasta el nacimiento del cuello; la cola tiene anillos de color morado y el abdomen es de un blanco lívido. Una excrescencia cutánea delgada y triangular, que se eleva verticalmente encima del occipucio, distingue al macho de la hembra y le da un aspecto particular. El basilisco es la plaga de los jardines de Flores, donde devora las frutas, las plantas leguminosas y especialmente los tomates, que le encantan. Corre con agilidad por los arbustos y las tapias. Cuando se le agarra, el espanto lo paraliza y queda inmóvil, pero no tarda en tomar a su vez la ofensiva, echando mano de todos sus recursos y muerde con rabia los objetos colocados a su alcance.

Poco tengo que decir acerca de los quelonios del Petén, que, sin embargo, me han proporcionado una especie inédita,⁶⁶ ni sobre los ofidios que son muy numerosos en el distrito donde se halla el temible trigonocéfalo jararaca que los indios llaman *kancicib*.

El lago Itzá alimenta 15 clases de peces, casi todas distintivas de este gran criadero. Se dice que cuando llegaron los españoles eran más grandes que hoy en día y he aquí cómo se explica su degeneración: no teniendo a su alcance los indios que habitaban las islas terreno adecuado para las inhumaciones, solían deshacerse de sus muertos dándoles el lago por sepultura; de esos restos se aprovechaban los peces engordando

⁶⁵ *Bas. vittatus*, Wiegmann [N. del A.].

⁶⁶ *Emys aercolata*, Duméril y Bibron [N. del A.].

con mucho gusto; intuyo, sin embargo, que los cocodrilos se llevarían la mejor parte. Sea como fuere, instruidos los conquistadores de esa circunstancia, sintieron un asco mortal hacia los peces y dejaron de comer durante mucho tiempo un alimento tan execrable.⁶⁷ No obstante, parece que los soldados de Cortés se habían mostrado menos delicados algunos años antes porque, según dice un testigo ocular, atraparon una gran cantidad de esos peces antropófagos, a los que nuestro autor compara con insípidos sábalos.⁶⁸ Reuní la colección completa de sus especies. La mayor parte pertenece a los géneros cromis y pecilia; se parecen mucho a nuestras percas aunque provistos solamente de una aleta dorsal. La que se llama *blanco*⁶⁹ (*cichla sp.*) es la más grande y la más estimada; según dicen alcanza metro y medio de longitud, aunque no he visto ninguno de esa dimensión. También es notable la *copetuda*⁷⁰ (*chromis sp.*) que puede reconocerse por su prominencia frontal. Citaré entre las especies más curiosas *el chulchi*, pececito de 15 centímetros, sumamente voraz y parecido al lucio en miniatura, pero que constituye un nuevo género, y una anguila parecida a los murénidos que puede alcanzar dos metros de longitud. Todos esos peces tienen la carne seca y poco sabrosa durante una parte del año; sólo se vuelven exquisitos cuando las lluvias arrastran hasta su territorio los desechos y el lodo de las pendientes cercanas. En general, tienen pocas espinas, como los que viven en agua salada; por otra parte sus colores son chillones y contrastados, entre los que dominan el amarillo y el azul. Al observarlos, me llamaba la atención la independencia que muestra la naturaleza tropical en los detalles; se diría que las fuerzas generadoras, en las regiones cercanas al ecuador, no se ven sujetas a leyes tan rigurosas como las que las encadenan en nuestros climas. Allí, la misma especie se reviste a veces de matices muy diferentes; el *blanco*, por ejemplo, brilla tanto como una lámina de plata coloreándose de una hermosa tinta anaranjada, el *buul* (*chromis sp.*) es de un amarillo brillante, mezclado con bandas transversales pardas, y también se presenta con un color uniforme de salmón. Lleva en el dorso un punto azul con un anillo blanco que reaparece, aunque accidentalmente, en el nacimiento de la

⁶⁷ Villagutierre, l. 1, c. 2 [N. del A.].

⁶⁸ B. Díaz, c. CLXXIX [N. del A.].

⁶⁹ En español en el texto original [N. de las E.].

⁷⁰ En español en el texto original [N. de las E.].

cola; los *fultas*⁷¹ (*¿anostoma?*) tienen en la aleta caudal una gran mancha rojiza, un adorno que no existe en la hembra. En una palabra, casi todos ofrecen en su color alguna particularidad notable, al paso que nuestros peces de agua dulce sólo reflejan tintas indecisas cuyo efecto en general es monótono.

Sólo me resta hablar de los animales invertebrados y especialmente de los insectos que merecen todo el interés del naturalista por su brillo, sus proporciones y lo singular de su estructura. Todavía echo de menos hoy día la pérdida de la preciosa colección que había reunido en el trayecto de Tenosique a Flores, destruida por la humedad mientras estuve enfermo. Entre las curiosidades que sobrevivieron a este desastre, mencionaré el *inca weberi* Latr. y el *plusiotis auripes* Gr., admirables insectos de un verde malaquita cuyo abdomen tiene el brillo metálico de la plata. Los grandes coleópteros de Guyana y de Tabasco, el prion gigante, el acrocina de largos brazos, los titanes, los megalizomos, así como las *fyllas* y los fásnicos, viven igualmente en los bosques de esa región, donde los he encontrado con otras especies más sedentarias y menos conocidas. Al lado de esos prodigiosos insectos que producen cierta impresión en el viajero pero que son inofensivos, pululan las tribus ínfimas y dañinas que infestan los países cálidos. Una chinche, semejante a la de nuestras casas, visita las habitaciones de Flores introduciéndose hasta en las hamacas por la cuerda que las sostiene; las mallas de la red, apretadas por la tensión, se convierten pronto, si no se tiene cuidado en evitarlo, en foco de propagación de una actividad increíble. Las paredes viejas y los rincones oscuros sirven de refugio a un insecto plano, rugoso, coriáceo, de color gris lívido, de aspecto repugnante que pertenece a la familia de los arácnidos. Los naturales lo llaman *kulim* y temen su mordedura cuya gravedad exageran. Ciertamente produce, sobre todo si se repite, una dolorosa inflamación de los tegumentos acompañada de movimientos febriles, pero no tiene otras consecuencias. El *kulim* rara vez aparece a la luz del día; sale durante la noche como la chinche, guiada por el mismo instinto y la misma sed inexplicable de sangre humana; el jugo de limón es considerado el mejor antídoto contra el veneno de ese acárido.⁷² Ya

⁷¹ "*phullas*" en el texto original [N. de las E.].

⁷² Es el *argas-talaje*, descrito por el Sr. Guérin en la *Revista zoológica* de Julio de 1849 [N. del A.].

empieza a verse aquí la pulga microscópica, conocida en América Central con el nombre de *nigua*, que se introduce en los tejidos subcutáneos fijándose particularmente en la planta de los pies, junto al dedo pulgar donde deposita sus huevos. Por un fenómeno muy extraño, el saco que los contiene adquiere al cabo de pocos días el volumen de un guisante; entonces, un dolor sordo sucede a la incomodidad que desde el principio señala la presencia del insecto. Es preciso apresurarse a extirpar ese receptáculo antes de que salgan los insectos de los huevos, porque entonces los tejidos son invadidos por varios centenares de animalillos roedores; hay que cicatrizar la llaga en seguida con ceniza de tabaco. La *nigua* (*pulex penetrans*, L.) se ha propagado, según dicen, de Guatemala al Petén, desde donde ha llegado hasta la colonia inglesa de Belice.

Siento, sobre todo después de haber estado en condiciones tan favorables para ello, no poder añadir nada a las pocas informaciones que tenemos sobre las antigüedades de la comarca; de mí no ha dependido. No ignoraba la importancia del campo de exploración que se hallaba a mi alcance y hasta dispuse todo, durante mi inacción forzada, para explotarlo fructuosamente; no fracasé en el intento por la dificultad de la empresa sino por el temor de echar a perder en un solo día el beneficio de una larga convalecencia. Cuando salí de Flores todavía estaba muy delicada mi salud y me era imposible hacer excursiones a pie. Habría que haberse visto en mi situación, amenazado durante un mes por la gangrena sin poseer ningún remedio ni esperar ningún recurso, para comprender el sentimiento que me paralizaba; temblaba al pensar en una recaída, como el que acaba de escapar del naufragio y oye todavía los mugidos del océano. Por otro lado, lo avanzado de la estación no me permitía permanecer por más tiempo en el lago sin comprometer los resultados generales de mi viaje. Me costó mucho abandonar en el Petén las esperanzas que había albergado; pero supe resistir a la tentación. ¡Ojalá algún viajero más dichoso, guiado por mis indicaciones, pudiera cumplir la tarea que me había impuesto y salvar del olvido, si aún estamos a tiempo, a los últimos vestigios de la civilización Maya en esta zona!

A dos días hacia el oriente, partiendo de la extremidad del lago, hay otra laguna conocida con el nombre de *Yax-Haá*. En ella se ven, sobre una isla desierta, las ruinas que un observador ilustrado, arrebatado por desgracia de su país y de la ciencia por el furor de las discordias civiles,

indicó al mundo ilustrado, hace aproximadamente 20 años. Una torre cuadrada de 15 metros de altura y compuesta de cinco pisos es lo más notable que aún subsiste al día de hoy. Hay, además, en la ribera meridional, un edificio bien conservado cuya situación es conocida únicamente por los indígenas; fue descubierto accidentalmente, cuando se trabajaba hace pocos años en la rectificación del camino a Belice.

Supe también que a dos días de San José se encontraban, en medio del bosque y en dirección sureste, tres edificios adornados de esculturas y grandes figuras en relieve, semejantes a las que decoraban los monumentos de Palenque. Nadie, ni siquiera el corregidor, había oído hablar de ello en Flores; el azar y la destreza me llevaron a tan interesante descubrimiento. Bien se sabe que los indios se muestran muy reservados en todo lo que concierne a su antigua nacionalidad; aunque esas ruinas eran conocidas por muchos de ellos, ni uno solo había traicionado el secreto de su existencia; pero su jefe, menos escrupuloso, no pudo resistir el incentivo que le presenté y terminó haciéndome confidencias. Después de muchos rodeos, obtuve de él todo lo que deseaba conocer e hicimos un trato formal cuyas arras recibí solemnemente: se comprometió a hacer practicable el camino y a proporcionarme guías y peones; yo me encargaría de los víveres, de las herramientas y del sueldo de toda esa gente. Habiéndose extendido por la ciudad la noticia de mis preparativos, observé a mi pesar cómo en una parte de la población nació una pasión repentina hacia la arqueología y por acompañarme; pero la empresa fracasó como he dicho anteriormente y ese contratiempo desvaneció los sueños dorados de mi escolta que, con la esperanza de descubrir un tesoro, se preparaba a disputármelo.

Las ruinas que acabo de mencionar parecen vinculadas, como los anillos de una cadena hecha pedazos, a otros vestigios diseminados en la dirección de río Hondo y Balacar; su estudio podría arrojar alguna luz sobre la emigración de los itzaes y completaría las investigaciones que los señores Waldeck y Stephens han efectuado en la península yucateca. En cuanto a la isla de Flores, una sola ojeada es suficiente para juzgar que un terreno tan poco vasto nunca pudo contener más que una pequeña población y nunca hubo en él un establecimiento considerable. Ningún fragmento de arquitectura o de escultura ni ningún resto digno de atención, de entre los que cubren el suelo, testimonian en favor de los antiguos

edificios y existen motivos para dudar de que los 21 *adoratorios*, mencionados por los historiadores, fuesen monumentos tan importantes como nos han dado a entender. Añadiré que las figuritas de arcilla, que de vez en cuando se exhuman, son muy burdas e incorrectas. Solamente he oído mencionar un objeto de valor, encontrado al remover esos escombros: era una vasija de una materia dura, transparente y de delicada ejecución, cuya ornamentación parecía inspirada en las formas originales del tatú. Vendida como una bagatela a un arriero de Tenosique, que a su vez la cambió por un caballo, esa vasija cuyo valor creció progresivamente, llegó finalmente a Tabasco y fue a parar a manos de un comerciante de Jonuta.

En cuanto a la existencia de una ciudad misteriosa habitada por indígenas que vivían en el centro de Petén en las mismas condiciones que antaño, es una creencia que hay que atribuir a los delirios de la imaginación. Ese cuento tuvo su origen en Yucatán y los viajeros, sólo con prestarle atención, le han dado demasiada importancia.⁷³ Los indios del distrito sólo poseen humildes aldeas; obedecen la ley del país y los pocos que se han librado de la dominación española sólo consiguen conservar su independencia permaneciendo dispersos y miserables.

Me sentí por fin lo suficientemente restablecido como para pensar en mi partida. Mis colecciones cuidadosamente empaquetadas sólo esperaban una oportunidad para dirigirse a Belice. Lamentaba tener que separarme de ellas y exponer a tantos azares los resultados más positivos de mi viaje; pero como desde Tabasco habían aumentado considerablemente, tuve que decidirme a aligerar nuestro equipaje. Morin empleó algunos días en hacer lavar y arreglar nuestra ropa, así como en reparar todo tipo de averías. Al finalizar de los preparativos y después de haber comprobado cuál era el estado del material, fui a despedirme del buen corregidor y demás conocidos. Llegó la última noche que iba a pasar en Flores y me dormí soñando con los misteriosos Alpes en los que bien pronto nos íbamos a adentrar.

⁷³ Stephens, *Incid. of travels*, t. II, c. 2 [N. del A.].

Capítulo XV

Las colinas

Estaba amaneciendo cuando vi entrar en mi casa al corregidor con un par de pistolas en la mano; la fisonomía del digno magistrado expresaba una solemne gravedad:

—¡Santo Dios! —exclamé incorporándome en mi hamaca—, ¿está amenazada la isla que os vemos armado a esta hora?

—No —me respondió con melancólica sonrisa—, la isla de Flores no corre ningún peligro; estas pistolas son para vuestro uso y os ruego las aceptéis.

Las rehusé pero insistió diciéndome:

—Salís de Yucatán, los indios que vais a encontrar de ahora en adelante son medio salvajes; estad alerta y desconfiad sobre todo de la población mezclada que vive alrededor de las ciudades; os advierto que es muy sospechosa.

Di gracias a ese excelente hombre por todos los consejos que su benevolencia le sugirió y terminé por aceptar las pistolas. Su ofrecimiento coincidía, por otra parte, con mi deseo secreto pues desde Tenosique, donde me habían dado el mismo consejo, habían resultado vanos mis esfuerzos y los de Morin por adquirir a cualquier precio lo que la Providencia nos ofrecía en el momento oportuno. Tres meses después, una circunstancia favorable me permitió enviar al Petén las armas que tan generosamente me habían sido entregadas.

Los habitantes de Flores tienen una pretensión singular; viven convencidos de que uno no puede abandonar su isla sin que se les humedezcan los párpados y se les oprima el corazón. Aunque se me acuse de ingratitud, no ocultaré que mis ojos estaban secos y mi corazón franca-

mente alegre cuando me senté en la barca que iba a transportarme lejos de ellos. Aquel instante me pareció tan delicioso que olvidé volver la cabeza, según costumbre de los viajeros, para saludar por última vez a la ciudad que no volvería a ver.

Al pisar tierra firme, con el equipaje cargado sobre las mulas y después de abrazar al enternecido corregidor, lancé mi caballo al galope, deseoso de disfrutar del campo, de mi salud y de mi libertad. Nunca olvidaré el primer momento de mi independencia; mis sensaciones se multiplicaban y parecían desbordarse. Era la embriaguez del prisionero que ha roto sus cadenas; volvía a nacer, por decirlo así, por efecto de una creación nueva y la existencia volvía a empezar para mí con sus más encantadoras ilusiones. Algunas cosas habían cambiado mucho durante mi estancia en Flores; las lluvias habían transmitido frescura y un nuevo brillo a la vegetación; las flores que conocía se habían convertido en frutos y a otras especies, abiertas recientemente, las veía por primera vez. Nunca me había parecido tan bella la naturaleza, y la contemplaba en sus menores detalles con la misma admiración que el primer día.

Después de haber caminado durante cinco horas por la espesura, llegamos muy a tiempo a la aldea de *Santa Ana* para ponernos al abrigo de la tempestad. Ahí empieza lo que se llama la sabana,⁷⁴ es decir, un terreno raso interrumpido por masas de árboles y colinas muy diferentes a los tristes *llanos*⁷⁵ de la costa y de las *pampas*⁷⁶ monótonas del Plata.⁷⁷ A fines de julio, época en que atravesábamos esos lugares, el suelo estaba revestido de gramíneas de hermoso color verde, pero no vimos ningún rebaño; la soledad sólo era interrumpida por el vuelo de los estorninos (*st. ludovicianus*, L.) y por una moscareta de larga cola (*m. tyrannus*, Gm.) que revoloteaba de matorral en matorral. Descubrimos también algunos corzos en las extremidades del bosque; espiaban nuestros movimientos con la solicitud instintiva que hace estremecer a esos animales cuando sienten cerca al cazador. Esos lugares, en su belleza primitiva, pare-

⁷⁴ *La Savane* en el texto original [N. de las E.].

⁷⁵ En español en el texto original [N. de las E.].

⁷⁶ En español en el texto original [N. de las E.].

⁷⁷ Se distinguen, en la América Central, tres modificaciones principales del terreno, que corresponden a las denominaciones siguientes: *serranía*, *monte* y *sabana*; país montuoso, arbolado y raso [N. del A.]. "*Serranía*", "*monte*" y "*sabana*", en español en el texto original [N. de las E.].

cen creados tan a propósito para el hombre que se espera ver en cada momento el humo de una cabaña o escuchar el ladrido de un perro; pero los accidentes del terreno se suceden, las colinas alternan con el arbolado y las horas pasan sin que surjan nuevos incidentes.

Me sentí lo suficientemente fuerte, cuando cesó la lluvia, para continuar la marcha hasta la aldea de *Junteccholol*, de la que distábamos dos leguas; llegamos al anochecer. Las colinas pedregosas que encontrábamos al acercarnos me recordaban la aridez de Yucatán. Volví a ver las yucas de tronco elevado así como matas pequeñas y tortuosas de hematóxilos; divisamos también, a lo lejos, árboles de copa ancha y majestuosa que nuestros guías llamaban encinas, pero no aseguro que lo fuesen pues estábamos en plena *tierra caliente* y en la zona de palmeras y ecitamíneas.

Nos dieron hospitalidad con la sencillez patriarcal propia de las tribus pobres y aisladas: agua, fuego, forraje para nuestras bestias, maíz que molieron al momento; en fin, un refugio para la noche. Era mucho en verdad, pero no lo suficiente; necesitábamos descanso y fue lo que nos faltó. El domicilio que nos habían destinado estaba ocupado por otros huéspedes; sin hablar de los monstruosos sapos que se arrastraban en los oscuros rincones, vimos con terror huir una multitud de cucarachas y desaparecer en las hendiduras de las paredes. En cuanto apagamos la luz oímos crujir el bálago por el contacto de estos insectos y otros muchos que las tinieblas envalentonaban; pero pronto cubrió esos ruidos el formidable croar de una rubeta que habita la sabana y se complace sobre los tejados de las casas. El concierto duró hasta el amanecer; tuvimos tiempo de disfrutarlo y de preguntarnos cómo tan miserable animal había sido dotado de una voz tan vigorosa. La obligación de vivir en sociedad con criaturas tan inmundas y dañinas, de compartir con ellas su hogar, su cama, su alimento y aún servirles accidentalmente de pasto, altera un poco la poesía de los viajes; sin embargo, después de algunas noches de ansiedad, la imaginación acaba por calmarse, los nervios irritados se dilatan, el cansancio atrae el sueño, y la costumbre, que todo lo vence, conduce finalmente al estoicismo.

Fui recompensado, al amanecer, por un espectáculo que apenas podía creer. ¿Era quizás la niebla la que envolvía de aquel modo el campo? Oía mugir a las vacas perdidas en el vapor, y experimentaba al contacto del aire una sensación nueva de frescor. Aquella escena agreste, al recor-

darme el otoño de nuestros climas, despertó en mi corazón mil recuerdos adormecidos; ¿quién creería que después de algunos años, cuando sueño por casualidad con los países que he recorrido, es hacia ese punto oscuro y desprovisto de interés que me place dirigir mis pensamientos? Revivo la cabaña, los árboles y la niebla; oigo el mugido de los rebaños y los gritos de los pastores; me estremezco aún con la voz de Morin, que interrumpe mi sueño trayéndome una taza de leche... Difícilmente se comprenderá que elementos tan sencillos hayan dejado en mi memoria un trazo indeleble; ¡pero qué valor dan a las circunstancias en que nos encontrábamos! Tenían el mérito de colorear con sorprendente vivacidad la imagen de la patria, en el momento en que la mejora de mi salud despertaba en mi alma todas las esperanzas.

A dos leguas de *El Julek*, rancho donde almorzamos, se deja atrás la sabana para entrar en la arboleda. La naturaleza vuelve a tener un aspecto tropical y se borra cualquier recuerdo de Europa. Miles de cocoteros, cuyas ramas miden 50 pies, dibujan, encorvando sus penachos, magníficas arcadas que se prolongan en la selva. Ninguna descripción daría una idea de aquella vegetación exuberante que nos arrancaba a cada paso una exclamación de sorpresa o admiración. El *cocos butyracea*, que teníamos a la vista, lleva en el Petén el nombre de *corozo*.⁷⁸ Se extrae de su fruto, por medio de la ebullición, una sustancia oleaginosa que sirve para el alumbrado y para la fabricación de jabón; los niños comen la pulpa azucarada que cubre la simiente y hasta la almendra contenida en el hueso. Si la oreodoxa de Cuba, por su esbelta forma y gracia majestuosa, ha merecido el nombre de *reina* de las palmeras, ese cocotero, por su vigor e imponente corona, es ciertamente el *rey* de la tribu.

Nos detuvimos al ponerse el sol en un *rancho* construido en medio del bosque y conocido con el nombre de *El Chal*, tomado del arroyo cercano. Dos caravanas nos habían precedido, una procedente de Belice y otra de Dolores. Cada una se preparaba para la noche, contaba sus aventuras, describía los obstáculos que había vencido y se alegraba por haber llegado a buen puerto: “¿Qué tal es el camino, señores?”, es la primera pregunta que se hace en semejante circunstancia. Les contamos lo que habíamos visto y recibimos por parte de ellos indicaciones que parecieron satisfacer a nuestros guías; les hago justicia al decir que no eran gente exigente.

⁷⁸ *Coroso* en el texto original [N. de las E.].

Al día siguiente, muy temprano, cruzamos el *San Juan*, un hermoso riachuelo que corre sobre un lecho de grava y desemboca en el Usumacinta; más tarde abandonamos la línea directa de *San Toribio* para ir a dormir a una *hacienda*⁷⁹ perteneciente a nuestro arriero. El rancho de *Yax hé* es una parada conocida en el camino de Belice a Flores; el viajero se regocija cuando descubre ese punto blanco que brilla como un faro en la cima de una colina. Ya se nota en el frescor de las noches un cambio notable en el clima. Aunque la elevación del suelo sea poco considerable basta, sin embargo, para dividir las aguas: al pie de la *hacienda* nacen dos arroyos, el *Yax hé* y el *San Domingo*; el primero desemboca en el Usumacinta y el segundo es tributario del Mopán. Vecinos en su nacimiento y, por decirlo así, gemelos, recorren trayectos diametralmente opuestos, pues uno termina en el golfo de México y el otro en la bahía de Honduras.

Para juzgar mejor este fenómeno y dar cuenta de la configuración del país, subí a una altura no muy alejada de la habitación. Desde allí divisé innumerables colinas que llenaban el espacio como las olas de un mar alborotado. Hacia el norte y hacia el este, esos grupos desaparecían en la sombra de los bosques; pero se los veía alejarse en dirección al sur hasta los límites del horizonte. A la vista de esas grandes soledades, de aquellos cerros sin nombre amontonados confusamente por el camino que iba a recorrer, experimenté una triste sensación y comprendí el vacío de un país que carece de recuerdos. Esta reflexión ya me había entristecido durante mi enfermedad al leer un libro que me prestó el cura de Flores; con el título de *Tierra Santa*, la obra ofrecía fragmentos de las mejores páginas que hayan sido escritas sobre Oriente. Al leerlas olvidé América para extraviarme en las orillas del Jordán, entre los verdes bosquecillos de Damasco, a través de los escombros de Tiro y Sidón. Allí, cada colina, cada piedra, el menor hilo de agua tiene su historia escrita en todas las lenguas del universo. Mientras duró su lectura, tuve una deliciosa ilusión; al cerrar el libro y reencontrarme conmigo mismo, solo y embargado por impresiones tan intensas en el centro de un mundo sin pasado, advertí que faltaba en mi viaje un interés poderoso, y por primera vez sentí el desaliento. La magia de los grandes nombres que hemos deletreado en nuestra infancia da un encanto infinito a los pasos del viajero; olvida su cansancio al aproximarse a lugares famosos. La emoción, el entusiasmo

⁷⁹ En español en el texto original [N. de las E.].

y los movimientos que le animan colorean su narración y se comunican al lector. Pero aquí nada de esto es de esperar: Flores, Tenosique, Palenque y otros 100 pueblos que podría citar no ejercen sobre la imaginación ninguna influencia atractiva. Los anales de este mundo lejano se enlazan con los nuestros casualmente y, por otra parte, ¿qué nos enseñan a través del crepúsculo de los siglos que han precedido su descubrimiento? ¡El hombre salvaje en combate perpetuo con la naturaleza, en la mayor parte del territorio, y despojándose apenas de su rudeza primitiva en algunos puntos privilegiados!

La noche caía cuando bajé de la altura; me costó trabajo encontrar el camino, aunque el rancho estaba cerca y había tenido el cuidado de estudiar la dirección. Es muy fácil extraviarse en medio de esos despoblados en que la vista resulta limitada constantemente por elevaciones cónicas que se confunden con facilidad. Ejemplo tuvimos de ello aquella misma tarde: una mujer y un niño que estaban trabajando en el campo se perdieron a pesar de su conocimiento del terreno; gracias a los disparos de nuestras escopetas pudieron regresar, ya tarde, a la vivienda.

Nos metimos al día siguiente en el laberinto de colinas que había observado desde la altura de Yax hé. Algunas, sin arbustos, sólo ofrecían a la vista conos de verdor; otras, más escasas, se veían erizadas de árboles; el bosque se concentraba sobre sus laderas, a manera de un bordado irregular, o formaba una faja en su base o una corona en su cima. En las gargantas intermedias, un cocotero de forma elegante (*c. aculeata* Plum.) se cernía sobre las masas de los arbustos cuyas flores se parecían a las lilas; finalmente, el aire quedaba impregnado de emanaciones de calabaza madura que, pudriéndose al pie de los árboles, exhalaba un olor semejante al del membrillo. Los frutos del calabacero son muy buscados por las vacas, que los devoran con avidez, pero suelen pagar cara su glotonería. En efecto, la dura piel de la calabaza, cuya textura es elástica, se comprime al deshacerse y el fruto queda implantado en las mandíbulas del animal, cuyos esfuerzos para arrojarla resultan vanos. Se prepara con la pulpa de la calabaza un jarabe y una conserva, muy recomendados para las contusiones.

De allí en adelante el paisaje toma un aspecto más crítico. Las colinas se engrandecen y se cubren con una vegetación frondosa; los contornos pierden su suavidad; profundos barrancos y escarpas indican que el

levantamiento del terreno no se ha realizado sin esfuerzos. Esta escena pintoresca y salvaje cautivaba toda nuestra atención cuando entramos en un bosque que se prolonga hasta Dolores. El camino, regular hasta entonces, cambió bruscamente de naturaleza y sólo ofreció una sucesión de barrancos y lodazales donde las bestias se hundían hasta el jarrete. Los caballos del Petén, de raza pequeña pero valiente, salen con alegría de este paso peligroso; los arrieros no se inquietan tampoco. Por mi parte, debutante en ese modo de viajar, me encontré al principio un poco desconcertado: caminar en tales condiciones me parecía un prodigio. Sin embargo, como uno no podía pensar en apearse, me encomendé a la Providencia y dejé completa libertad de acción a mi cabalgadura; antes de anochecer ya estaba suficientemente entrenado. Pero el pobre Morin, al ser un jinete con menos experiencia, no se resignó tan fácilmente; la lección le parecía dura y de haber podido elegir hubiese preferido el vaivén de su embarcación a esa clase de ejercicio, y hasta las eventualidades de una tempestad, al peligro que imaginaba estar corriendo. Me divertía con su perplejidad cuando mi caballo, al tropezar contra un tronco de árbol y fallarle las patas delanteras, me tiró al barro. Cuando me quejé en Dolores del mal estado del camino me contestó el gobernador, para consolarme, que en septiembre y octubre las bestias se hunden hasta el vientre y a veces hasta el pecho.

La incomodidad de la lluvia y la concentración de todas nuestras facultades en un único objetivo no nos permitían gozar de las maravillas del reino vegetal que continuamente pasaban ante nuestros ojos. En ninguna parte he visto caobas tan hermosas, guapinoles tan majestuosos ni tal profusión de plantas aromáticas. Se reconocía el mirto de pimienta por la blancura de su corteza, enrollada sobre sí misma, como la del canelo. Observamos también un árbol muy elevado que cuando se le hace una incisión suelta un jugo lechoso, amarillento, algo amargo; es un remedio eficaz, según dicen, para las heridas; en el Petén lo llaman leche María,⁸⁰ creo que pertenece a la familia de las lauríneas.

Sin embargo, los obstáculos crecían. Subíamos y bajábamos a cada momento pendientes rápidas llenas de lodo; pero nada presagiaba aún la proximidad de las altas montañas. Estaba convencido de que la aldea de Dolores debía estar situada a gran altura. Me habían anunciado aguas

⁸⁰ *Lecce María* en el texto original [N. de las E.].

vivas, un cielo nebuloso y bosques de pinos; ya no era la zona tropical, ni la región templada, sino un país frío, *tierra fría*,⁸¹ como la llaman los habitantes de Flores. Por todo ello, presentía una penosa ascensión. Viendo que las condiciones del camino no variaban, interpelé a nuestros arrieros:

—¡Hace ya ocho horas que caminamos —les dije—, y no diviso todavía las montañas!

—¿De qué montañas —respondieron ellos—, quiere hablar vuestra señoría?

—Pues, de aquéllas de Dolores.

—¡Abra los ojos, *señor*, estamos en ellas!

Efectivamente, salimos del bosque y desembocamos en un terreno cubierto de yerba en el que estaban diseminadas algunas casitas.

Antes de entretener al lector con algunas particularidades relativas a la aldea de Dolores, una de las más importantes del distrito, conviene echar una ojeada sobre los incidentes relacionados con su descubrimiento, en el año 1695. En aquella época ya se había conquistado una gran parte de Verapaz. Los indígenas habían resistido tenazmente a la violencia y se sometían a la influencia de una política hábil, cuyo objeto no estaba al alcance de su inteligencia. Abandonaron voluntariamente los bosques, donde el temor los tenía desterrados, para fundar aldeas bajo la tutela de las órdenes religiosas; pero la comarca que se extendía al norte de *Caba-bón*, asentamiento provisional de los dominicos y que incluía la región de Dolores y de los itzaes, era entonces muy poco conocida. Allí vivían los *choles*, los belicosos y feroces *mopanes*, los *lacandones* y algunas otras tribus más desconocidas, ignoradas por la historia. Audaces misioneros habían expuesto sus vidas en tan lejanas regiones; pero todas las tentativas de conversión fracasaron ante la obstinación de los indios.

Sin embargo, la junta de Guatemala, impulsada por el Consejo Real y firmemente requerida por el obispo, resolvió por fin prestar un verdadero auxilio a las órdenes religiosas; un pequeño ejército reclutado en Verapaz se dirigió al país de los lacandones. Las razones que motivaban a aquella tropa debían de ser muy poderosas, pues las pruebas que tuvieron que afrontar son verdaderamente increíbles.⁸² Cada paso por esos bosques enmarañados costaba muchos esfuerzos, cada legua era

⁸¹ En español en el texto original [N. de las E.].

⁸² Villagutierre, l. IV, c. 10, p. 254 [N. del A.].

una victoria comprada a precio de infinitos sudores, y algunas veces más cara aún. Yo mismo he podido apreciar en el transcurso de mi viaje los obstáculos que la naturaleza había acumulado en el camino pues aún subsisten hoy, al menos en parte. Los españoles caminaban desde hacía un mes sin haber visto a ninguna criatura humana cuando, el viernes santo, los guías observaron que les había acompañado una huella de pie descalzo. La siguieron atentamente, perdiéndola y volviéndola a encontrar de vez en cuando; más adelante, vieron leña recién cortada; al día siguiente, descubrieron un sendero; finalmente, el sexto día, los exploradores señalaron una aldea compuesta de un centenar de cabañas, sin contar los tres grandes edificios de apariencia rústica de los cuales uno estaba consagrado al culto. Más tarde se supo que la aldea pertenecía a los lacandones, cuyos habitantes habían huido con tal precipitación que las casas aún estaban equipadas con todos los enseres domésticos. Encontraron maíz, algodón, telares, cerbatanas, hachas y otras herramientas de pedernal, también pájaros y especialmente guacamayos enjaulados. Los dominicos tomaron posesión del templo, destrozaron los ídolos y dieron a la aldea el nombre de *Nuestra Señora de los Dolores*, en conmemoración del día en el que se habían encontrado los primeros vestigios. Se levantaron algunas construcciones de defensa custodiadas por unos 30 soldados, tras lo cual el jefe español dio por concluida la campaña y regresó a Verapaz, dejando a los misioneros con la responsabilidad de consolidar su obra. La expedición se había llevado a cabo con una moderación poco común y la victoria, esta vez, no fue mancillada por ningún exceso.

Animado por ese exitoso comienzo, el presidente de Guatemala resolvió aprovechar la ventaja adquirida sobre los indios y completarla, si fuese posible, con la conquista del Petén. Se formaron dos pequeños ejércitos que debían operar simultáneamente, penetrando en el terreno enemigo por puntos diferentes. La primera tropa, siguiendo el mismo camino que el año anterior, llegó sin incidentes a Dolores y encontró la colonia en estado satisfactorio: los lacandones habían regresado a sus hogares y vivían tan apaciblemente como en el pasado; los misioneros estaban satisfechos con su docilidad, catequizaban y bautizaban sin obstáculo alguno. Después de haber constatado estos resultados, el jefe de la expedición prosiguió hasta las aldeas de *Mop* y *Peta*, que hoy ya no existen. Supo ahí

que los itzaes formaban una nación muy numerosa, que habitaba en la orilla de un gran lago con islas que también estaban habitadas.

Según estas noticias, dice el historiador Juarros, el capitán Alcayaga mandó construir 15 piraguas, y se embarcó con su tropa sobre el gran río de los lacandones (R. Usumacinta), para ir en busca del famoso lago Itzá. Pero habiendo avanzado un buen número de leguas arriba y abajo del río durante dos meses, y no habiendo descubierto ni oído decir nada acerca de dicho lugar, desistió de su empresa y volvió a Dolores.⁸³

Sin embargo, el general Amézquita, al mando de la segunda tropa expedicionaria, siguió una dirección más acertada. Después de recorrer 80 leguas de selva en país enemigo, llegó por fin a la frontera de los itzaes. Fue entonces cuando el capitán Díaz de Velasco, haciendo un reconocimiento hasta las orillas del lago, fue sorprendido por los indios de *Puc* y de *Chata*, que lo asesinaron junto con todos sus soldados. Después de tan grave derrota, el general español no se sintió lo bastante fuerte como para sostener la campaña y se replegó a Cahabón, desde donde rindió cuentas al gobierno del resultado de su expedición. Tan tristes noticias desanimaron singularmente a la Audiencia Real de Guatemala; se debatió nuevamente en un consejo de guerra la oportunidad de la conquista y se decidió aplazarla. En esos momentos, don Martín de Ursúa emprendía a su vez una expedición y la llevaba a buen fin con sus propios recursos, como lo hemos visto ya en el capítulo precedente.

Según testimonio de Juarros, hace 40 años existían aún tribus independientes de lacandones, choles, acalanes⁸⁴ y mopanes en los confines del Petén y de Verapaz.⁸⁵ La mayor parte de esos indios viven ahora bajo las leyes de la República, pero el estado ha ganado poco; su territorio permanece en el mismo abandono. No han mejorado sus caminos, ni aumentado sus necesidades; su industria se ha quedado estancada como la cifra de su población; por lo demás, no se distinguen unos de otros por ninguna particularidad notable y hasta sus nombres se hubieran olvidado, si los riachuelos de la comarca de donde han tomado los suyos, no perpetuasen su recuerdo.

⁸³ Juarros, trat. 5, c. 4, p. 140 [N. del A.].

⁸⁴ "Alcalaes" en el texto original [N. de las E.].

⁸⁵ Juarros, trat. 1, c. 3, p. 30 [N. del A.].

La población de Dolores es una de las que más ha prosperado; de 400 almas que allí vivían en un principio, ha ido aumentando progresivamente hasta las 1300 con que cuenta hoy. Mi permanencia en esta tribu figura entre los más agradables recuerdos de mi viaje. Ciertamente es que mi salud iba mejorando y que sólo el ejercicio de mis facultades físicas bastaba para alegrarme pero, sin embargo, encuentro además de esta influencia, otros motivos para explicarme esta predilección. He visitado pocas localidades tan ricas en productos diversos y creo que, junto con San Luis, Dolores es el mejor lugar del Petén para un naturalista. Se podría comparar este sitio con Palenque si el horizonte fuese más extenso; pero la selva que intercepta la vista hace la analogía menos exacta. Aquí, por otra parte, se enriquece el reino vegetal con nuevos elementos que dan un carácter especial al paisaje. La vista, acostumbrada a las formas tropicales, no se fija sin asombro en los grandes bosques de pinos que sombrean las alturas. No hay que engañarse, sin embargo, pues éstos no son todavía indicios de un clima templado ya que las palmeras, los melastomos y las gramíneas leñosas crecen con igual vigor y en las mismas condiciones. Estas coníferas, como las de la isla de Los Pinos, son especies realmente tropicales; pueblan los valles más templados, siguiendo el curso del Mopán y descienden hacia el sur hasta las orillas del lago Izabal.⁸⁶ Dolores, sin embargo, puede considerarse como una transición entre la llanura ardiente y la región templada de las montañas. La sombra de los bosques mantiene allí una perpetua humedad que se condensa cada día con la puesta del sol. Este fenómeno confunde agradablemente al extranjero: cuando ve la silueta desvanecida de las colinas y la copa de los pinos perdidos en la niebla, se cree transportado a una región fresca y salubre. Después de un día caluroso, es tal la densidad de los vapores que no se distingue objeto alguno a 25 pasos. Una humedad tan permanente no está exenta de inconvenientes para la salud. El primer período de la vida es peligroso para sus habitantes y el último rara vez se prolonga; los órganos de la respiración son los más afectados por el clima. No hay pues un lugar, en toda la extensión de *tierra caliente*, donde el hombre pueda vivir

⁸⁶ Probablemente serán las mismas especies que se encuentran en la isla de *Guanaja*, llamada por Colón *isla de Pinos*, cuando arribó a ella en su cuarto viaje. No se debe confundir esta isla, situada en frente de Trujillo, a 12 leguas del cabo de Honduras, con la antigua Evangelista, hoy isla de Los Pinos [N. del A.].

con seguridad, sobre todo cuando ha nacido en un clima más benévolo. El litoral es pestilente, particularmente en las cercanías de las corrientes de agua, y los terrenos arbolados, fértiles, que contienen mucho humus, son un foco de fiebres biliosas y perniciosas; los lugares secos están asolados por la disentería; finalmente, los terrenos medianamente elevados, expuestos a variaciones bruscas de temperatura, abundan en neumonías. He visto subir el termómetro en Dolores, a finales de julio, de 14° a 23°: a las seis de la mañana penetraba el frío en mi hamaca y al mediodía estaba agobiado por el calor. Sin embargo, con el tiempo puede el hombre modificar hasta cierto punto esas condiciones desfavorables. Desgraciadamente se apresura a gozar, y ésta es la razón por la que todos los intentos de colonización hechos en la América tropical han fracasado de una manera desastrosa.

Las colinas de Dolores dan nacimiento a diferentes manantiales que, serpenteando de prado en prado, se reúnen cerca de la aldea para seguir la dirección del Mopán. Estas aguas son frescas si se las compara con las de la sabana inferior; corren sobre un lecho de grava y su murmullo suena agradablemente. Entiendo la sensación que experimenta el habitante de Flores cuando deja la ardiente orilla del lago para subir a las modestas alturas; el nombre de *tierra fría* es más un reflejo de dicha sensación que de la realidad. Se llegaría indudablemente a modificar el clima de Dolores, y especialmente a disminuir la intensidad de las nieblas, talando los bosques y alejando más sus límites; pero la transformación del territorio quizás originase otros inconvenientes. Por otra parte, el misterio de esta comarca agrada mucho al indio; no le gusta cultivar la tierra a la luz del día, a la vista de todos. Celoso de su independencia y siempre inquieto por lo que posee, se aleja de los lugares frecuentados y oculta en el fondo de los bosques su escasa industria y trabajo. Alrededor de su aldea sólo se percibe la naturaleza salvaje y en vano se busca el campo que la alimenta; este campo está oculto en lo profundo de la selva. A veces dista algunas jornadas y mañana estará en otra parte si la tierra ya no produce con la misma fertilidad o si el cultivador ha sentido algún temor. Pudimos observar esas costumbres antisociales porque entramos en el dominio de los indígenas; la raza española empieza a desaparecer y la sangre americana domina casi sin mezcla, desde el punto en el que nos hallábamos hasta el centro de Verapaz.

Entre las producciones interesantes de Dolores, menciono en primer lugar un pececito de la familia de los ciprinoides, que puebla las aguas de la localidad. Es de un azul muy bello. La aleta dorsal, elegantemente recortada, es delgada, transparente y salpicada de puntos anaranjados; el lóbulo inferior de la cola, de un vivo color amarillo con un cordoncillo negro, se prolonga como hilo por toda la longitud del cuerpo; en una palabra, es tan notable por la singularidad de su forma como por sus vivos colores. Villagutierre hace mención en su crónica de otro pez llamado *chillan* en lengua *chole*,⁸⁷ esa especie todavía lleva el mismo nombre en Dolores, por lo menos entre los indígenas, porque los españoles, poco escrupulosos con su nomenclatura, le dan el de *sardina*.⁸⁸ Pertenece a la tribu de los salmonoides. Si de la orilla de los arroyos nos transportamos a los jardines húmedos y sombríos, encontraremos un animal no menos curioso: es un tritón que ya antes de mi viaje era considerado como de un género particular, pero aún existían dudas acerca de la realidad de los caracteres orgánicos que se le habían atribuido. Con los ejemplares que he traído, la exactitud de las observaciones anteriores confirma definitivamente el género *ædipus* de Tschudi. Este batracio, como las salamandras, tiene movimientos excesivamente lentos; para andar, procede avanzando alternativamente una pata delantera y en seguida la correspondiente posterior; se agarra además a los objetos cercanos con la extremidad de la cola para asegurar mejor sus movimientos.⁸⁹

Me ha parecido que la comarca producía gran cantidad de árboles frutales. Además del zapote, del guayabo, del mamey, del árbol del cacao y de algunos otros menos interesantes, se encuentra una especie de anonácea llamada *pochté* por los indígenas, cuyo fruto madura en mayo y excede, por su exquisito gusto, a todas las conocidas en los alrededores. Vimos también hermosos aguacates en el interior del bosque. El aguacate es un fruto carnoso de piel delgada, lisa y coriácea, salpicada sobre un fondo verde de manchas rojizas, semejante a una pera de volumen regular. Tiene en su

⁸⁷ Villagutierre, l. III, c. 1, p. 255 [N. del A.].

⁸⁸ En español en el texto original [N. de las E.].

⁸⁹ El *ædipus platidactilus* varía a veces de color pero siguiendo una ley que me ha parecido constante. Tan pronto el animal está adornado, sobre un fondo chocolate, de tres bandas rosa-pálido más o menos interrumpidas que se confunden en el nacimiento de la cola; tan pronto domina el color rosa por una disposición inversa, y el tono de chocolate se vuelve a su vez secundario. La piel es suave y satinada [N. del A.].

interior un gran hueso de forma esférica; cuando éste se destaca y resuena en el interior del fruto, el aguacate está maduro. La pulpa es entonces de color café con leche, untuosa, se deshace al comerla, es inodora y semejante a la manteca fresca; se come con cuchara. Este fruto, sin comparación con los nuestros, difícilmente gusta la primera vez. Como no tiene sabor pronunciado parece insípido; sin embargo, un paladar delicado no tarda en encontrarle un gusto exquisito, agradable, especial, que lo hace muy apreciado. Es uno de los que recuerdo con más agrado. Los perros devoran los aguacates y también les gustan mucho a los caimanes, lo que explica el nombre de *alligator's pear*⁹⁰ que los ingleses le han dado. Las hojas se emplean como revulsivo entre los medicamentos del país.

En una excursión que hicimos a los manantiales del Mopán en compañía del gobernador de Dolores, encontramos otra especie de aguacate; el fruto se distinguía del anterior por el estrangulamiento del vértice, por la forma cónica de la base, por su piel rugosa, gruesa, de un verde claro y por los duros filamentos adheridos a la pulpa. Los indios llaman este aguacate *omtchon*.

Por último, una tercera especie crece en los bosques del Alto Petén, donde pudimos observarla cuando íbamos de Dolores a *Poptún*. El fruto de esta última es el menos apreciado; tiene un sabor particular que le ha valido el nombre de *anisón*.

El gobernador, durante este paseo, nos habló de una flor que probablemente pertenece a la familia de las aroideas y que llaman *flor de la calentura*⁹¹ porque desprende, en ciertas horas del día, una cantidad sensible de calor. Hace aproximadamente 30 años que fue observada esta notable propiedad en ciertos vegetales en el momento de su fecundación, especialmente en el *caladium pinnatifidum*; pero solamente se pudo hacer prestándole a la física sus instrumentos más delicados. Los indios han observado el mismo hecho sin el auxilio del termómetro, lo que da una idea de lo que resalta este fenómeno. La muerte, por una triste compensación, sucede rápidamente en la flor de la *calentura*⁹² con esta aceleración de la vida; así es que la buscamos en vano en los árboles cubiertos de otras mil plantas parásitas.

⁹⁰ En inglés en el texto original [N. de las E.].

⁹¹ En español en el texto original [N. de las E.].

⁹² En español en el texto original [N. de las E.].

Dejamos Dolores sin que nos hubiesen cansado sus sitios agrestes, sus pinos, sus nieblas, ni la inmensa paz que es el carácter dominante de la comarca. Para la mayor parte de los habitantes que no ha conocido nunca un horizonte distinto al de la cima verde y movediza de los bosques, todo el universo está encerrado en aquel pequeño espacio. Ignoran que existen tierras donde no crece el plátano, donde el hombre trabaja sin estar obligado, donde sus necesidades son innumerables, sus goces infinitos, donde el estudio abre una esfera sin límites a su inteligencia y la fecunda, pero donde también ha perdido, para compensar tantas ventajas, la paz del alma y del corazón. La carencia absoluta de energía, de actividad, de previsión que he señalado en Flores se constata aquí lo mismo que en todo el Petén; es la tierra del olvido y de la indiferencia, no me atrevo a decir de la felicidad.

He hablado en el capítulo precedente de la escasez de granos que afligió al distrito en la época de mi viaje. Dicha circunstancia adelantó nuestra partida, puesto que los alimentos disminuían alrededor nuestro día a día. En las aldeas indias no hay carniceros, ni por consiguiente una venta regular de carne; los dueños de animales matan y venden por su cuenta, cuando quieren obtener algún dinero. Cuando está descuartizado el animal, cada cual hace su provisión; trocea lo que ha comprado, lo sala y lo expone al sol. En Dolores, cuya población es superior a los 1300 habitantes, bastan dos cabezas de ganado para el consumo mensual. Por desgracia, durante nuestra permanencia no se mató ninguna res; las aves de corral y los huevos escaseaban; legumbres no había; diferentes variedades de pimientos, el achiote, el calabacero y una menta llamada *yerbabuena*⁹³ son las únicas plantas que he visto cultivar alrededor de las casas para el uso doméstico. Nos vimos obligados a comer guacamayos, que íbamos a matar en los pinares vecinos, y yemas de palmera que nos traían del bosque. El pobre Morin hacía todo lo posible por sacar el mejor partido de esos elementos culinarios variando el modo de sazonzarlos, pero por más que hacía, los vegetales conservaban su sabor amargo y la carne de los pájaros no dejaba de ser seca y correosa.

Hacia fines de julio nos dirigimos, escoltados por el gobernador, a la *hacienda de Poptún*. Ese trayecto me proporcionó otra ocasión de admirar la sagacidad de la mula y la circunspección de sus movimientos en

⁹³ En español en el texto original [N. de las E.].

los malos caminos. La mula jamás avanza un pie sin haber juzgado el terreno; no sigue maquinalmente al animal que le precede ni pierde la cabeza, como el caballo, cuando en presencia del peligro sólo piensa en evitarlo por el camino más corto. Si el paso es sospechoso se detiene, piensa, escoge su dirección y pocas veces se equivoca. Prefiere las orillas del camino donde encuentra un punto de apoyo más firme. No cuida de su carga, que hace chocar contra cada tronco de árbol y cada saliente de las rocas; ello es un inconveniente que en algo compensa la firmeza de sus piernas y la seguridad que inspira al viajero.

A la hora en que el sol llegaba a su cenit y enviaba sus más ardientes rayos, descansamos a la sombra de un bosque poblado de gran variedad de palmeras. Un licópodo de tallos rastreros cubría la tierra con un tapiz fino y aterciopelado; desde el seno de este elegante follaje, se precipitaba por centenares de delgadas ramas llenas de espinas, de las que pendían frutos también espinosos. El corifa de tronco rígido reinaba entre esta multitud de arbustos que se inclinaban, por decirlo así, ante la majestuosa grandeza de su corona; por todas partes crecían nuevos tallos cuyas hojas partían del suelo y se encorbaban sobre nuestras cabezas como prodigiosos abanicos. El gobernador de Dolores nos hizo notar el *jalacté*, cuyas hojas se asemejan a las de la caña y cuya corteza, cuando es nueva, se ennegrece en contacto con el aire cuando es herida por un instrumento cortante. Se cuenta que un jefe español sacó partido de esta propiedad en una circunstancia crítica, trazando en un fragmento de este vegetal algunas instrucciones que escaparon a la perspicacia del enemigo. Todo llama la atención en tan espléndidos lugares; todo cautiva en alto grado el interés del viajero. Miles de plantas parásitas poseen en la sombra el brillo y el perfume de las que otras carecen a la luz; la más notable es una orquídea cuya flor, de la magnitud de un lirio de extremada blancura y salpicada de puntos rosáceos, despidе un olor penetrante de benjuí (*stanohopea*) cuando se abre. Sus suaves emanaciones atraen una multitud de mariposas de formas esbeltas, de alas matizadas o transparentes como el cristal, casi todas de la tribu de las helicónidas.

Internándonos en el bosque encontramos enormes piedras calizas que, como otros tantos pedestales, sostenían zapotes, laureles y anacardos de imponente magnitud. Por un camino interesante y pintoresco llegamos hasta la orilla del Machaquilán, ignorando aún si el vado era practicable.

El río, como todos los que corren por las montañas, crece de una manera rápida y se convierte en un torrente en el intervalo de algunas horas. El pasajero sólo puede contar, en la orilla, con una balsa destrozada; le queda entonces la elección entre acomodarse con esa clase de transporte o acampar al pie de un árbol y esperar con paciencia que se calme la violencia de la corriente. Algunos han perdido aquí la vida; nosotros no expusimos la nuestra, pues el río corría apaciblemente dentro de los límites trazados por la naturaleza. A partir del Machaquilán, todas las aguas pertenecen a la cuenca del Usumacinta y ya no se dirigen hacia el golfo de Honduras.

Apenas llegamos al otro lado del río, vimos el campo cambiar de aspecto inopinadamente. Estábamos en la región de los pinos y de las sabanas: terreno llano, cubierto de gramíneas, accidentado a lo lejos por colinas; árboles dispersos de ramaje elevado, de aspecto piramidal, reunidos a veces por bosquecillos o condensados en el horizonte, formaban un panorama que contrastaba singularmente con la perspectiva de la orilla opuesta. En esa localidad, las coníferas tienen 150 pies de altura y pueden dar vigas de 40 a 45 metros. Son las más elevadas que he visto en América. Los habitantes distinguen dos especies, una y otra de tres hojas distintas por su color y por la densidad de su madera, pero muy cercanas por la semejanza de su forma, de sus frutos y de su ramaje. Su corteza es gris, rugosa y dividida por placas simétricas; sus conos algo prolongados se parecen a los del pino marítimo (*p. pinaster*, Sol.); sus hojas son ásperas y delgadas, algo más largas en una especie que en la otra; en conclusión, las diferencias entre sus rasgos exteriores parecen insignificantes. Sin embargo, la madera del *pino colorado*⁹⁴ es rojiza, muy densa y tan resinosa que se parece al cuerno, mientras que la del *pino blanco*⁹⁵ es amarillenta, más ligera, quebradiza y mucho menos resinosa. Las dos difieren de las especies de Cuba y parecen aproximarse por el contrario a las de la llanura de México.

Media legua antes de Poptún, se hace más extensa la sabana y se allanan las colinas; los árboles se reúnen y los últimos llanos están enteramente cubiertos por la vegetación de los pinos. Es todo lo contrario a la idea que generalmente se tiene de un paisaje tropical; el viajero puede

⁹⁴ En español en el texto original [N. de las E.].

⁹⁵ En español en el texto original [N. de las E.].

creerse transportado a las llanuras del noreste de Europa, tan distantes del centro de América. Cuando cruzamos esa cortina de vegetación reaparecieron las ondulaciones del terreno en todas las direcciones y vimos a la derecha las casas blancas de la *hacienda*. Había llegado la noche, las nubes se extendían por encima de los bosques; un viento fresco hacía estremecer el follaje de los árboles confundiendo con el lejano murmullo de la marea. Me gustaba aquella armonía pues me recordaba otros tiempos, otros lugares y otras sensaciones que se han borrado y cuyo recuerdo ha desaparecido como desaparecerán éstas.

Poptún, más que una aldea, es una alquería aislada en uno de los puntos más agradables que he visitado. Durante los pocos días que residimos allí, no dejé de subir cada tarde, al ponerse el sol, a una loma donde se respiraba una frescura deliciosa. El lugar me atraía casi tanto como la brisa: desde las alturas se descubría la inmensidad de la sabana, salpicada con grupos de pinos y verdes colinas de una regularidad perfecta. A un cuarto de legua de distancia reinaba una gran zona de colinas que se acumulaban hacia el norte; al sur, las copas de los pinos ondulaban como un mar de esmeralda hasta los límites del horizonte. Por aquel lado no aparecía ninguna cima que turbase la uniformidad de los bosques. Ignoro cuál era la extensión del mismo, pero se supone que desciende por una pendiente impasible hasta el golfo de Honduras. Yo le había propuesto al gobernador de San Luis, nuestro huésped, llevar a cabo una exploración; al principio le entusiasmó mi idea pero me presentó mil dificultades en el momento de llevarla a cabo. La cuestión no carece de interés para el Petén, que quizás halle algún día hacia esa dirección la vía de comunicación que necesita.

Poptún y Dolores tienen aproximadamente el mismo clima. Durante el día padecen el calor de la zona tórrida y con la noche vuelve el frescor y la humedad de las nieblas. El suelo cubre una capa considerable de agua que se encuentra a dos metros de profundidad, dando a las praderas la lozanía de una perpetua juventud. Allí vegeta el pino vigorosamente y desde el primer año la joven planta alcanza un metro de altura; pero el maíz, que es más ávido de humedad, sólo madura después de cinco meses y la caña emplea diez en lugar de ocho, lo que explica la calificación de *tierra fría* que emplean los habitantes de las llanuras cuando hablan de dichos terrenos.

Abandonamos el lugar agreste una mañana sombría que presagiaba una jornada muy triste. Nuestro huésped expresó la intención de acompañarnos e hizo desaparecer todas nuestras objeciones, añadiendo que aprovecharía el viaje para hacer algunos negocios en la aldea de San Luis; en efecto, después de muerta y vendida ganó 30 piastras con una vaca que le había costado ocho.

Sólo llevábamos una hora de viaje cuando nos cayó una tempestad en los linderos de un espeso bosque que cubría el lugar a lo lejos; el trueno, al principio lejano, rugió muy pronto por todas partes. La sabana, surcada por el rayo, se incendió y las mulas espantadas huyeron deshaciéndose de su carga; finalmente, cayeron torrentes de agua sobre la tierra y al formidable estruendo de la tempestad le sucedió el monótono ruido de la lluvia. Los mismos habitantes de Dolores coinciden en que el camino de Poptún a San Luis no es el mejor. Imagínense una cañada surcada por las aguas, estrecha, ardua, erizada de rocas, interrumpida por barrancos y tendrán una idea bastante exacta del antiguo camino. Llovía a cántaros, el agua corría desde las alturas hasta el lecho de la cañada y para colmo de desgracias, nos veíamos obligados a pararnos a cada paso para aligerar las mulas y asegurar las cargas.

Mientras concentrábamos toda nuestra atención en el desorden de los elementos y las dificultades del camino, divisé un vegetal raro y al mismo tiempo agradable que por primera vez se presentaba a mi vista y creí reconocer el delicado follaje de los helechos arborescentes; pero esta visión desapareció en medio de la tempestad sin dejar una idea exacta en mi imaginación. En la segunda mitad del día, caminamos por un terreno llano y cenagoso, obstruido por bambúes, en el que nos asaltaron nubes de mosquitos. Finalmente, después de 11 horas de marcha y varios incidentes incómodos, llegamos a la aldea de San Luis un poco antes de ponerse el sol.

“Ya veis el país que administro —me dijo el gobernador cuando nos acercábamos—; felizmente no me veo en la obligación de residir aquí.” En un terreno montuoso, lleno de cañadas y malezas, se elevaban por todas partes cabañas de apariencia miserable; algunas criaturas humanas agrupadas cerca de esas tristes moradas, con su traje primitivo, nos miraban silenciosamente al pasar. Un prodigioso bosque en forma de anfiteatro, alrededor de la aldea, se prolongaba por el accidentado terreno

de las *sierras* que circunscribían el horizonte. Nunca me había parecido más severo el aspecto de los bosques; se distinguía a más de un cuarto de legua, sobre un pico escarpado, una ceiba que extendía sus ramas en el espacio como un inmenso candelabro. Hacia el occidente una sombra vigorosa, interrumpida sobre la vegetación, indicaba un corte en la montaña; era el camino de Guatemala, cubierto de palmeras que los rayos del sol poniente hacían aparecer iluminado. Viendo el profundo aislamiento y el carácter salvaje de esa localidad, comprendí el razonamiento del gobernador de no cambiar sin pesar las hermosas colinas y los frondosos pinos de Poptún, con sus ventiladas sabanas, por esta residencia.

Los indios de San Luis no piensan así; se han hecho vanos esfuerzos intentando convencerles para que vivan en las cercanías de la hacienda, donde sus brazos podrían ser muy útiles para la agricultura. Si alguna vez lo hicieron, fue para desertar al poco tiempo. Y es que en Poptún se encuentran privados de su independencia, mientras que entre los bosques de San Luis nadie los observa, nadie critica sus gustos ni sus actos. Se embriagan cuando quieren, trabajan o permanecen ociosos; gozan, en suma, de la disposición absoluta de su ser y al parecer son dichosos, pues tienen un semblante animado y no desean mudar de costumbres. He observado entre la raza indígena mucha más alegría cuando vive en estas condiciones que cuando está mezclada con los blancos, de quienes siempre toman prestados nuevos deseos y necesidades; sin embargo, sus goces morales son limitados y los materiales, bien modestos. De hecho, el indio de San Luis vive casi desnudo, sin abrigo ni alimento; podría criar ganado, pero ese trabajo le costaría muchos esfuerzos. El maíz y el frijol que produce por sí sola la tierra, el plátano que crece sin cultivo y las yemas de palmera bastante abundantes en los bosques, resumen todos sus recursos alimenticios. Su comercio en el distrito consiste en una pequeña cantidad de tabaco que siembra en su *milpa*⁹⁶ y en el cacao que recoge en los bosques. El árbol del cacao rara vez crece aislado; los granos que escapan a la avidez de los indios y papagayos⁹⁷ germinan a la sombra de los antiguos

⁹⁶ En español en el texto original [N. de las E.].

⁹⁷ Los papagayos son muy aficionados a la semilla del árbol de cacao. Se puede ver en los escritos referentes a la conquista de México una curiosa demanda de los jefes de Atitlán (Guatemala) en la que exponían al rey, entre otras quejas, que por falta de esclavos para cuidar los plantíos, sus cosechas de cacao habían sido devoradas por los papagayos. Ternaux Compans, *Mém. Orig.*, p. 423 [N. del A.].

troncos y forman matas que pertenecen al primero que las descubre. Ese título de propiedad es suficiente; no sólo es respetado sino que se transmite de padres a hijos. El cacao de San Luis goza en el Petén de una reputación merecida; cuando llega el tiempo de la cosecha cada cual hace sus preparativos y dispone lo necesario para un viaje que exige, algunas veces, hasta siete u ocho días de marcha. El indio, en tales circunstancias, despliega mucha actividad y pone en juego facultades y recursos que son desconocidos para el hombre civilizado.

El cura de Dolores viene todos los años a San Luis a celebrar la misa, a bautizar niños y a consagrar enlaces que se han hecho durante la ausencia de su ministerio. El sacerdote es indulgente a causa de tan escasas ocasiones; en cuanto a los indios, dan realmente valor no al sacramento sino a la ceremonia del casamiento.

Padecimos mucho, en estos parajes, la incomodidad de los insectos y del clima; el calor y la humedad están aquí concentrados en alto grado. La atmósfera es pesada, estancada, impregnada de emanaciones mórbidas a las cuales no podría resistir por mucho tiempo la constitución de un extranjero. Nos habían alojado en la casa común, una barraca derruida cuyo uso compartíamos con una docena de indígenas medio desnudos, frecuentemente ebrios y siempre de buen humor. Por ellos supimos que representaban la fuerza pública, encargada de hacer ejecutar las órdenes del gobernador durante su estadía. Como el magistrado cambiaba pocas veces de residencia, se encontraba en cada uno de sus pocos viajes con tanto trabajo como el cura; así es que desde el amanecer se sentaba en su tribunal. De ese modo se me apareció, sentado entre sus dos alcaldes, en el ejercicio de sus funciones cuando abrí los ojos al día siguiente de nuestra llegada. Su semblante tenía toda la seriedad que requería el acto; los dos indios, sus acólitos, sólo parecían pendientes de su bastón con puño de plata, insignia de su dignidad. La fuerza pública, en estado próximo a la embriaguez, estaba tendida en el suelo y dormía debajo de la mesa; finalmente, algunos curiosos componían el auditorio y llenaban la habitación. La audiencia estaba abierta: en frente de ese areópago debatían sus intereses dos litigantes; eran una mujer y un anciano. Nada es más asombroso que la facilidad de elocución de los indios; pronuncian largos discursos con imperturbable seguridad y sin la menor vacilación. Lo que no es menos notable es la paciencia y sangre fría con que escu-

chan hasta el fin la réplica de su adversario. He sentido muchas veces no poder juzgar por mí mismo su elocuencia y verme obligado a admitir, sin examen, que cambiaban entre sí muchas palabras y pocas ideas. Al ignorar su idioma, tuve que contentarme con la interpretación lacónica del gobernador; supe que la mujer demandaba y acusaba al anciano de haber embrujado cruelmente a su marido.

Durante el debate, sentí el deseo profundo de dejar mi hamaca, en la que me tenía confinado la ligereza de mi indumentaria. Por otra parte, nada dejaba entrever el final de la discusión, pues la justicia tenía que hacer una larga transacción. Tomé, pues, una determinación y saltando resueltamente a tierra, me apoderé de la ropa indispensable y proporcioné a los concurrentes el espectáculo de mi aseo. Fue una diversión de la que el público pudo disfrutar todo el tiempo que permanecí en San Luis. El paso de un extranjero, sobre todo de mi color, era un acontecimiento demasiado poco común para no despertar el interés general. ¿Es realmente extraña dicha actitud? ¿No hemos experimentado nosotros, alguna vez, la misma curiosidad frívola e inoportuna, sin tener un motivo tan legítimo como el de esos hijos de la naturaleza? Esta pregunta me la he hecho a menudo, y me ha llevado a ser muy indulgente con ellos.

San Luis es el paraíso del conquiliólogo. ¡Cuántas horas he pasado en los bosques circunvecinos explorando, desde la aurora, las grietas de las rocas y levantando una por una las hojas muertas que tapizaban el suelo, las piedras cubiertas de musgo y las cortezas secas, experimentando sucesivamente el deseo, la sorpresa, la alegría y participando, en fin, de más emociones en un día que las que podrían proporcionar varios años de una vida en su curso natural! ¡Ah! ¡Qué poco pensaba en las privaciones, en las fatigas, en lo peligroso del clima, en los reptiles que pueblan esos bosques! Es menester ser naturalista para comprender esos goces misteriosos y para considerar que no se han adquirido por medio de grandes sacrificios. ¿Cuál es, pues, se me dirá, el secreto de tan vivo interés? ¡Si el objeto fuese al menos de un orden más elevado! ¿Puede excitar tales traslados la investigación y el descubrimiento de ínfimos seres, relegados al último grado de la escala animal? Responderé brevemente que nada es despreciable en la naturaleza; nada debe desdeñarse, porque nada está aislado. Añadiré, con Hobbes, que Dios no es menos grande en sus más mínimas obras que en la inmensidad del universo; que el estudio de los

más insignificantes seres organizados es un asunto fecundo en pensamientos elevados; que, en fin, la historia de estas pacíficas conquistas y su cuadro variado tranquiliza el espíritu cansado por las tristes agitaciones del mundo, abriéndole una esfera infinita más calmada y radiante que aquella en la que se debaten los intereses humanos. Tengo derecho a expresarme así, sin causar sospecha de un entusiasmo exagerado, puesto que me he hecho naturalista por estar convencido de estas verdades.

Los reptiles venenosos no son pocos en el bosque de San Luis; inspiran mucho miedo a los indígenas que no conocen ningún remedio contra su mordedura. En una de mis excursiones maté a un hermoso trigonocéfalo que encontramos dormido al pie de una roca; el indio que me acompañaba lo había visto primero, pero nunca pude persuadirle para que hiciese uso de su cuchillo de caza. Otro día capturamos una *boa constrictor*, que nos llevamos viva. Mi guía, esta vez, demostró una mayor resolución; agarró la serpiente y la neutralizó para que no pudiese dañarnos. Es cierto que esa caza no presentaba ningún peligro. Resulta imposible imaginar cuánta vida y poder hay en esos grandes ofidios; el trigonocéfalo que he mencionado procuraba morder aún después de la separación de la cabeza del tronco. El *crotalus horridus* me ha dado un ejemplo aún más curioso sobre la difusión de la vida en los puntos más lejanos del centro. Poseíamos uno de esos animales que parecía muerto desde hacía algunas horas y lo habíamos colgado para desollarlo. Morin, encargado de la operación, empezó por separar la cabeza de las vértebras cervicales; mientras separaba la piel tirando de arriba a abajo, la extremidad inferior del reptil se movía con una facilidad sorprendente y se enredaba alrededor de su brazo. Luego, cuando esa porción del cuerpo se vio aprisionada como en un saco, fue la mitad superior la que manifestó la misma irritabilidad. Aún más, ese miserable reptil, completamente desollado, pareció reanimarse al caer al suelo y se arrastró durante algunos instantes. Este hecho no asombrará a los naturalistas que conocen qué grado puede alcanzar la irritabilidad muscular en los reptiles.

Los indios, además del temor legítimo que sienten frente a los reptiles venenosos, tienen preocupaciones ridículas que demuestran la inconsistencia de su juicio. Los mismos españoles, al vivir entre pueblos ignorantes, han llegado a participar de su credulidad. El gobernador de San Luis fue el primero en hablarnos de una especie de lagarto llamado *escorpión* en

el país, cuya mordedura era tan temida como la de la serpiente cascabel.⁹⁸ La medicina, según él, no bastaba; nada podía salvar al paciente y este aserto, reforzado por 20 cuentos trágicos minuciosamente detallados, se veía confirmado también por el testimonio de los habitantes. Un hecho tan nuevo logró picar mi curiosidad. Puse pues un precio a la cabeza del peligroso reptil y juré no salir de San Luis sin atraparlo muerto o vivo. Dos días después nos avisaron de que habían visto un *escorpión* en la iglesia. Yo había salido; Morin se encargó y obtuvo el honor de dicha empresa. Sabía como yo que los lagartos no son venenosos. Los indios admiraron mucho su valor al verle dirigirse hacia la iglesia. Entró en ella, seguido de algunos de ellos, y uno de los más valientes se le acercó señalándole, con el dedo hacia la pared, el objeto que tanto terror les causaba. Era efectivamente un lagarto de la sección de los gekocianos, muy feo en verdad pero inofensivo como todas las especies de su orden y de su tribu. Morin lo agarró sin preámbulos por la nuca y se lo presentó victoriosamente a los espectadores. La noticia de la expedición había producido cierta sensación en la aldea, y cada cual comentaba el resultado; pero muy pronto todos se pusieron de acuerdo y atribuyeron la valentía de Morin a la influencia de alguna protección secreta. El gobernador escuchó nuestras explicaciones con una sonrisa incrédula; en una palabra, la preocupación que habíamos encontrado en San Luis siguió tan arraigada como podía estarlo antes de nuestra llegada.⁹⁹

⁹⁸ El nombre de *escorpión* se aplica también, en Carolina del Sur, a un lagarto de un género diferente, que parece ser un anolis Bertram. *Voyage*. T. I, p. 299 [N. del A.].

⁹⁹ Este saurio ha sido recientemente descrito en el *Catálogo del Museo*, según la descripción que yo he dado, con el nombre de *gymnodactylus scapularis*, Dum. El gecko de los muros inspira el mismo asco y los mismos temores tan mal fundados en el sur de Europa [N. del A.].

Capítulo XVI

Aventura en la selva

Entre San Luis y Cahabón las dificultades del camino se acumulan hasta el punto de hacerse insuperables para caballos y mulas. Cincuenta leguas de bosques separan las dos poblaciones, la última del Petén y la primera de Verapaz. En verano se hace el trayecto en 10 días y como el transporte sólo se hace a lomo de hombres, se puede presenciar el triste espectáculo de criaturas humanas transformadas literalmente en bestias de carga. Los indios, sobre todo los de las provincias centrales, están acostumbrados a este trabajo al que se dedican desde siempre. No sólo llevan mercancías y equipaje, sino también a los viajeros en sillas de madera que suspenden de sus hombros. Es permitido dudar de que sea agradable este medio de locomoción, prescindiendo de la penosa impresión que naturalmente hace nacer en el espíritu; no titubeé un momento en rechazar a los conductores que quiso proveerme el gobernador de San Luis, por más que en aquel momento estuviésemos todos en condiciones lamentables para viajar a pie. Morin tenía fiebre, Fida cojeaba y yo tenía buenas razones para desconfiar de mis fuerzas.

Don Luis, el gobernador, se había encargado de nuestra escolta y nos había prometido escogerla entre la gente más honrada del país; así que me sorprendió y me extrañó mucho ver que detuvieron a dos de estos hombres de élite la misma noche de nuestra partida. Mi admiración creció cuando vi que un tercero se dirigía hacia la cárcel por su propia voluntad. Turbado por el incidente, me informé y supe que solamente se trataba de una medida disciplinaria: nuestros guías, según se acostumbra, habían percibido su salario por adelantado y no hubiesen dudado en embriagarse, olvidando así su compromiso, si hubiesen gozado de una hora más

de libertad. “Veis —añadió Don Luis—, que ellos mismos reconocen la utilidad de esta precaución, pues obedecen con gusto”; y me mostró a su propio criado quien, con aspecto contrito, procedía a constituirse en prisionero. Lo habíamos tomado como intérprete por recomendación de su amo, lo cual no fue un obstáculo para que permaneciese preso hasta el día siguiente por la mañana.

Acabamos nuestros preparativos durante la noche, con toda la seguridad que nos inspiraban estas prudentes disposiciones, pero cuando llegó el momento de la partida faltaban dos de los guías; se habían olvidado de apresarles la víspera y se ocultaron tan bien que fue imposible descubrir su escondrijo. Para mayor inconveniente, la partida del gobernador a Poptún nos dejó negociando nuestros intereses con dos alcaldes que no entendían ni una palabra de español. Apenas el magistrado se alejó de la población, que se había mantenido desde hacía cinco días en los límites de una rigurosa sobriedad gracias a su presencia, se entregó de lleno a la intemperancia: hombres, mujeres, niños, ancianos, guardias y prisioneros, todos estaban ebrios antes de culminar el día, todos balbuceaban, se tambaleaban y vociferaban por las calles del pueblo. El espectáculo de la multitud privada de razón era inquietante; ¿cómo íbamos a salir de tan crítica situación? Por una casualidad providencial, pasó por allí el correo de Guatemala, acompañado por tres indios de Cahabón; vio nuestro apuro y nos dio un consejo que nos apresuramos a seguir. Mandé llamar al primer alcalde y después de haberle amonestado rudamente, pronunciando con voz elevada el nombre del corregidor, le comuniqué mi resolución de llevarme por su cuenta la escolta del correo si la mía no estaba preparada para partir al día siguiente. Esta amenaza y el tono con que la pronuncié produjeron más efecto del que esperaba; el alcalde que por casualidad estaba en ayunas, me prometió toda clase de satisfacciones disculpándose humildemente y puedo añadir que cumplió su palabra. El correo nunca atraviesa solo el espacio que separa San Luis de Cahabón; tampoco los indios emprenden aisladamente el viaje, caminan en pequeñas caravanas para prestarse auxilio mutuo en circunstancias difíciles. Pero como el camino de Flores no presenta ningún peligro, podía apoderarme de la escolta sin comprometer la seguridad del correo.

La noche nos libró de una parte de los borrachos que habían invadido nuestro domicilio; en cuanto a los más tenaces, en el momento en que uno

de ellos se volvía insoportable, Morin lo agarraba y lo echaba sin miramiento... No oponían resistencia y permanecían inmóviles como piedras en el lugar en que habían caído. Cuando empezó a brillar el sol, aún yacían todos sobre el campo de batalla, en posturas más variadas que elegantes; entonces se abrió la prisión y nuestros compañeros de viaje fueron saliendo sucesivamente. Estando repartido el equipaje desde el día anterior, cada uno sólo tuvo que reconocer su carga y echársela a la espalda.

A pesar de su débil apariencia, los indios de San Luis son capaces de transportar pesados fardos por caminos horribles y a largas distancias. Es suficiente que la carga no exceda el peso de cuatro *arrobas*¹⁰⁰ (50 kilos). La cuelgan de su espalda por medio de una tira de corteza que pasan por la frente en la que se apoya; de esta manera los músculos cervicales y la columna vertebral hacen el principal esfuerzo. Los montañeses de América Central despliegan, en el ejercicio de este penoso oficio, una fuerza y elasticidad sorprendentes. Dudo que estas facultades sean un atributo de su raza porque sus brazos, que ejercitan menos, son relativamente débiles; pero creo que las han desarrollado como resultado de una larga práctica hasta el punto de hacerse hereditarias.

Tomé a mi servicio a siete de estos hombres: tres para llevar mis colecciones y mi mobiliario de viaje, dos para las maletas que contenían nuestra ropa, otro para las hamacas y demás efectos necesarios para acampar; el último, como Esopo, estaba encargado de las provisiones: *tortillas*, carne salada, azúcar en bruto y una docena de plátanos verdes; esto fue lo que pudimos procurarnos en San Luis. Nuestros indios, por su parte, se proveyeron de harina de maíz, frijoles, pimientos y sal, contando para lo demás con las eventualidades del camino. Cualquiera que sea la afición de los indígenas a los licores fermentados, nunca se abandonan a ella en ocasiones semejantes; no ignoran que un momento de extravío puede costarles la vida. Su salario es muy módico; de San Luis a Cahabón ganan tres piastras o, lo que aproximadamente es lo mismo, 30 céntimos por día, comiendo por su cuenta a la ida y a la vuelta.

Finalmente, llegó el momento de partir y la pequeña caravana empezó a moverse. Desnudos hasta la cintura, armados con su cuchillo de caza y provistos de una capa de hojas de palmera enrollada militarmente en la espalda, nuestros hombres presentaban un aspecto bastante pintoresco

¹⁰⁰ En español en el texto original [N. de las E.].

cuando bajaron el sendero que conduce al bosque. Sus amigos y parientes, agrupados en las alturas, les dirigían despedidas conmovedoras; cuando pasábamos cerca de alguna cabaña, nos ofrecían refrescos, colmándonos de votos exagerados; en una palabra, toda la aldea parecía animada de un sentimiento de benevolencia expansiva, lo cual me hubiera emocionado mucho si no hubiese conocido el origen verdadero de estas demostraciones: un anciano que tenía mi edad triplicada, me llamaba su padre y me besaba las manos; otro se arrastraba a mis pies regándolos con sus lágrimas. Estos desgraciados, a pesar de ser tan temprano, estaban todos embriagados.

El correo nos había aconsejado que nos mantuviéramos prudentemente en guardia; no porque fuesen malos los indios de San Luis, de quienes no debíamos temer ninguna violencia, sino porque en manera alguna respondía de su fidelidad y les creía muy capaces de abandonarnos apropiándose de nuestros efectos. Por consiguiente, Morin y yo nos coordinamos para establecer desde el primer día en la marcha y en el campamento, una disciplina regular: uno de nosotros se ponía a la cabeza de la columna y el otro seguía en la retaguardia, de tal forma que ninguno de sus movimientos escapaba a nuestra vigilancia. Durante la noche, la perra ejercía a su vez de policía vigilante. Este animal parecía comprender nuestros temores; a nadie permitía separarse del campamento ni salirse de su hamaca; toda infracción era denunciada con repetidos ladridos. En vano intentaron acariciar su debilidad compartiendo con ella su magro alimento que aceptaba sin escrúpulo, pero también sin reconocimiento. No dudo que tuviese conciencia de su condición subalterna. También hacía distinciones entre Morin y yo; no obstante, sin importar el desprecio, su juicio no carecía de fundamento: ella consideraba que el amo era quien disponía de las provisiones.

Nada notable nos ocurrió en la primera jornada, si no fuera porque al entrar en una espesura para abreviar el camino, nos vimos asaltados por unas pequeñas avispas negras con cuyo nido tropezamos y que nos hicieron pagar cara nuestra inadvertencia. Perseguidos con singular encarnizamiento, a Morin y a mí nos picaron en las sienas y cerca de los párpados; como resultado tuvimos una inflamación dolorosa que nos incomodó durante dos días. Algo más lejos, nuestros indios recogieron, al pie de un árbol hueco, tres huevos de un ave de un azul bellissimo.

El sol dominaba todo el horizonte cuando llegamos a una explanada cubierta de plantas herbáceas, donde se erguía el primer *ranchito*. Gracias a la buena administración de nuestro amigo el corregidor, debíamos hallar de trecho en trecho, por toda la extensión del distrito, cobertizos parecidos bien contruidos, bien cubiertos, lo suficientemente grandes para abrigar a una quincena de personas y siempre situados cerca de un arroyo.

Lo primero que hicieron nuestros compañeros, después de haber depositado sus fardos en el suelo, fue encender algunas ramas secas y colgar sus hamacas cruzándolas alrededor del fogón. Este puesto pertenece por derecho a los indios, no sólo por su ligero traje, sino porque tienen que alimentar el fuego durante la noche. Cuando han terminado estos preparativos, van en busca de agua, comen, beben, enrollan una hoja de tabaco y se esparcen por el bosque para buscar frutos, miel, yemas de palmera y conchas del género *Melania* que se encuentran en los arroyos. Es en ese momento que parecen gozar plenamente de la existencia, tomando posesión de la soledad. Cada uno, por turnos, se queda para preparar los alimentos; lo ponen todo en común, sin ocuparse de la desigualdad de las partes, repartiéndolo entre ellos con el mayor desinterés lo que les restó del viaje. La batería de cocina se limita a una cazuela, rara vez dos, y una calabaza de que está provisto cada uno. A pesar de comer y beber poco, lo hacen continuamente y a la manera de los animales, sin consultar las horas; en cada parada sacan del depósito común una *tortilla*, fruta, una espiga de maíz y rara vez dejan detrás de sí un arroyo sin humedecer en él los labios. Si tienen fuego, templan la bebida, costumbre excelente porque combate con más eficacia la sed, que en los países cálidos es inextinguible. Nunca se les ve apresurarse para partir temprano, como si juzgasen que la acción de los rayos solares es necesaria para purificar el aire estancado de los bosques. Dóciles con su amo, están dispuestos a prestarle, cuando les trata con dulzura, toda especie de servicio compatible con sus aptitudes. Así los he visto en el Petén y en Verapaz, siempre cuidadosos, siempre de buen humor, viviendo entre ellos con la misma unión fraternal, sin que la menor nube viniese a turbar esta concordia. Algunas veces me interrogaban acerca de mi país; se informaban del valor del maíz y de la abundancia de árboles de cacao en los bosques. Lo que más les confundía era la distancia: inútilmente procuraban comprobarla por su método de cómputo ordinario, midiendo

el espacio por la duración del viaje; en efecto, a siete leguas por día, la longitud del camino se hacía incalculable.

Durante esta primera noche no cesó de rugir el trueno ni de caer la lluvia con violencia; así fue que, al día siguiente, hallamos el camino en un estado difícil de describir. Las pendientes resbaladizas, los terrenos pantanosos y los barrancos que se sucedían a cada paso, hacían tan difícil la marcha que apenas nos atrevimos a separar la vista del sendero. Llegamos al *rancho de Tzunkal* no sin habernos caído varias veces y cubiertos de sudor, de sangre y de lodo. Morin había perdido su calzado, Fida se arrastraba sobre sus patas y yo estaba extenuado. Tuvimos, en medio de nuestros infortunios, la dicha de matar un guaco cuya carne coriácea nos proporcionó un caldo excelente.

A pesar de esas miserias, me acordaré siempre con una felicidad infinita de nuestras caminatas y acampadas en la selva. ¡Qué goce experimentábamos descansando de nuestras fatigas, abandonando nuestros vestidos mojados, refrescándonos en el arroyo, preparándonos nuestra comida por la tarde, al llegar al hospitalario *rancho*! Si aún no se había puesto el sol después de algunos momentos de reposo, cogía mi fusil y exploraba las cercanías, animado por el mismo ardor que nuestros guías y trayendo siempre de mis excursiones algún objeto interesante y nuevo. ¿Si ya era de noche?, voluptuosamente recogido en mi hamaca, gozaba de una dulce quietud, de esa satisfacción secreta y profunda que aumenta el encanto de todos los ruidos y del espectáculo de la naturaleza. Los incidentes de la jornada venían a mi memoria sin que por eso perdiese ni un detalle de la escena que pasaba a mi vista: aquí estaba Morin haciendo la cena con la indiferencia de un marino; encadenada a su lado por las emanaciones de la cocina, Fida seguía sus movimientos con notable interés; más lejos, distinguía a nuestros indios rodeados de una aureola de luz que departían al lado del fuego. Insensiblemente se despertaban las mil voces de la noche; un estremecimiento inmenso llenaba el espacio y se propagaba a distancias infinitas. A esta hora deliciosa en que desaparece el sol, los seres invisibles que pueblan el bosque manifiestan su existencia. Todos tienen su acento particular, todos tienen un fin semejante; guiados por el sentimiento del oído, las especies se buscan, se persiguen y llegan a encontrarse en medio de la confusión producida por tantos lenguajes diferentes... Pero un grito mejor articulado resuena en lontananza: es

el de la *perdiz de los bosques*; nos estremecemos involuntariamente, tanto es su parecido con la voz humana; se diría que es el grito angustiado de un viajero perdido. Cuando el cielo lucía transparente, los rayos de la luna pasaban como brillantes columnas a través de los árboles; entonces las lianas trepadoras, las grandes hojas recortadas, los agrisados troncos de formas indecisas, se destacaban de la profundidad del bosque como misteriosas apariciones. Cuando, por el contrario, nos rodeaban las nubes con sus masas eléctricas, todo desaparecía a nuestro alrededor: los animales callaban en el fondo de sus guaridas, un silencio solemne se apoderaba de la soledad, sólo se oía en el *rancho* el monótono balanceo de las hamacas. De repente soplabla el viento, los árboles doblaban sus copas, profundos gemidos partían del seno del bosque, la tempestad rugía con toda su majestad y nuestras almas se sentían elevadas, como por un sublime impulso, hacia la eterna sabiduría que preside estos imponentes conciertos, lo mismo que los más ligeros rumores de la noche.

En el tercer día de nuestro viaje pareció modificarse el aspecto de la región y el suelo se hizo más seco. Atravesamos una cadena de montañas poco elevadas, aunque abruptas, cuyos flancos erizados de rocas calizas parecían murallas en ruinas. Me acordé que el correo nos había prometido buen camino hasta el día sexto y me pregunté, mientras me encaramaba agarrado a las lianas durante esta penosa ascensión, qué nos reservaría la Providencia para el séptimo. Se encuentra en estos parajes gran número de árboles de cacao fáciles de reconocer por sus florecillas blancas y sus cápsulas angulosas, que algunas veces nacen directamente del tronco. Era la primera vez que observaba esta planta en su verdadero terreno. Al pie de la *sierra*, la pobre vegetación de los acerolos y de las aroideas sucede a los árboles de altos troncos; muy pronto la humedad del suelo, invadido por una profusión de arundináceas gigantescas, anuncia la cercanía del río Usumacinta, que allí lleva el nombre de *Santa Isabel*.¹⁰¹ Acampamos en la orilla hasta el día siguiente por la mañana.

En este punto el río mide de 12 a 15 metros de ancho, dicen que ya tiene cocodrilos. Lo vadeamos al apuntar el día, auxiliándonos de los bancos de rocas que en varios puntos se oponen a la corriente; la ribera opuesta pertenece a Verapaz. En cuanto la alcanzamos, nuestros indios sorprendieron a un pecarí y lo mataron. Esto les alegró mucho; destripa-

¹⁰¹ *Santa-Ysabel* en el texto original [N. de las E.].

ron el animal, lo cortaron en siete trozos, en seguida cada uno agarró su parte, la sujetó a su carga y reanudamos el viaje con alegría. Llegamos así a orillas de un pequeño río llamado *Muchanja*, con un apetito formidable, animados ante la perspectiva de un buen almuerzo. Nuestros cazadores encendieron fuego y en seguida prepararon con la sangre y el hígado del pecarí un plato que me no me apeteció demasiado. Por su parte, Morin no estaba sin ocupación; se disponía a preparar unos supuestos filetes, de los que se jactaba exageradamente, pues la carne del animal resultó ser tan correosa que no hubo forma de comerla. Era demasiado tarde para buscar una compensación; tuvimos que contentarnos con algunas *tortillas*, que comimos filosóficamente reblandeciéndolas en el agua.

La lluvia nos había sorprendido mientras terminábamos esta comida de anacoretas; los indios se apresuraron a desplegar sus mantos, especie de estera fabricada con los peciolos de una palmera. He apreciado el valor de esta prenda ancestral, que cuesta un *medio*¹⁰² (30 céntimos) en el país, al atravesar Verapaz; me ha prestado más servicios que el tejido impermeable que había comprado en París. Nada es mejor que el caucho en estas latitudes, pues el calor lo ablanda hasta la fusión. Viajamos durante el resto del día por una región baja, pantanosa, cortada por numerosos riachuelos tributarios del Usumacinta. Un árbol caído y colocado sobre estos arroyos, generalmente encajonados, forma un puente natural; a veces la madera está podrida y el pasajero se percibe de ello demasiado tarde. Empleamos la noche acecinando la caza. Yo no tenía una muy buena opinión acerca de esta preparación culinaria, que consiste en exponerla durante varias horas consecutivas al humo de la madera verde, pero pronto me libré de ese prejuicio; la carne del pecarí se hizo más tierna, mejoró y terminó pareciéndose a la del ternero.

Al día siguiente apareció el cielo cubierto de nubes y muy pronto empezó a caer una lluvia fina, que al parecer debía durar todo el día. Entonces me decidí a quitarme parte de la ropa e ir como los indígenas. En estos climas agradables la lluvia, naturalmente tibia, no tiene los mismos inconvenientes que en Europa; por otra parte, el menor rayo de sol basta para que la humedad se evapore. Me encontré también con este nuevo sistema, que no dudo en recomendarlo a los que viajen en circunstancias análogas. En efecto, ¿qué necesidad hay de conservar bajo

¹⁰² En español en el texto original [N. de las E.].

un cielo ardiente vestidos humedecidos por la transpiración o la lluvia? Tan pronto llegaba al campo, me ponía un chaleco de franela bien seco y esta simple precaución bastaba para mantener en equilibrio las funciones de la piel.

Caminando a la vanguardia, hacia la mitad del día, sorprendí a orillas del sendero una boa perezosamente replegada sobre sí misma, en un estado de perfecta quietud. Nuestros indios se disponían a maltratarla, pero yo me opuse. Como el terreno era descubierta, sin rocas ni malezas, la ocasión me pareció oportuna para poner a prueba la prudencia tan pregonada de la serpiente y quise ver cómo salía de apuros en tan difícil coyuntura. Al principio permaneció inmóvil buscando quizás alguna estratagema; pero más probablemente era a causa de su espanto. Sin embargo, muy pronto la vimos moverse y arrastrarse con circunspección; abría la marcha la cola y la cabeza protegía la retirada; el cuello, durante esta maniobra estratégica, estaba fuertemente contraído, de manera que podía distenderse como un resorte a la primera señal de peligro. Mi perra hizo la prueba: habiéndose aproximado, algo aturdida para oler el sospechoso animal, recibió una mordedura en el hocico: fue como el trazo de una ballesta. La boa volvió a tomar su actitud defensiva y ganaba terreno; por último, al pie de un árbol, la cola se introdujo en un agujero, el cuerpo se deslizó por él poco a poco y la cabeza, todavía amenazante, acabó por desaparecer, habiendo operado su retirada hasta el final en el mismo orden de batalla.

Por la tarde, el bosque, invadido por una multitud de plantas criptógamas, tomó un aspecto extraordinario. Una prodigiosa variedad de helechos, los unos rastreros o parásitos y los otros casi arborescentes, se mezcló con las palmeras. Hallamos en el musgo huevos de un color rosado hermoso y aterciopelado, algo menores que los de una gallina, que los indios atribuyeron a la *perdiz de los bosques*. Nunca he visto este pájaro que pertenece al orden de las gallináceas, aunque frecuentemente haya oído su grito melancólico después de la puesta del sol.

En cuanto llegamos al *rancho de Chichac*, uno de los nuestros comenzó a vomitar y se quejaba de un fuerte dolor de cabeza; tenía fiebre y ya me disponía a medicinarle cuando se apoderó de él el doctor de la cuadrilla para sangrarlo. Ninguno de ellos ignoraba que yo poseía medicamentos; pero rara vez se dirigen los indios a los blancos para curarse. Al mismo

tiempo que reconocen su superioridad en otros muchos puntos, prefieren, cuando están enfermos, recurrir a sortilegios, a prácticas supersticiosas y recetas empíricas que les han sido transmitidas por sus antepasados. Su lanceta consiste en un pedazo triangular de vidrio, sujeto con cera a la extremidad de un mango. Un ligero golpe, dado en este instrumento, lo hace penetrar en la vena e impulsa una solución mínima por la que corre la sangre gota a gota. La operación de la que era testigo fue practicada con mucha destreza en la vena dorsal de la mano, después de la cual el cirujano echó un poquito de sal en la herida y el paciente se fue a comer.

Habíamos hecho ya la mitad del viaje sin accidente alguno y todos nos sentíamos animados, con la mejor disposición para cumplir nuestra tarea hasta el fin. La estación nos favorecía, ciertamente, pero la Providencia había allanado muchos obstáculos y todas las noches le daba gracias especialmente por la cura de mi herida.

El sexto día entramos en una parte del bosque tan impenetrable a los rayos del sol como hasta entonces no habíamos visto ninguno. Un débil crepúsculo, parecido a los primeros resplandores de la mañana, pasaba a través del espeso follaje y comunicaba a nuestros pensamientos una tenue sensación de tristeza. A las habituales dificultades del camino se unió muy pronto el obstáculo de una vegetación que, invadiéndolo todo, nos cerraba el paso por todas partes. Hacía tres años que estaba abandonada la vía, y en ese intervalo apenas se había visto contrariada la naturaleza en su libre expansión por el paso de algunos viajeros. Ya la aldea de Cahabón justificaba su mala reputación; nuestros indios tomaron este pretexto para alabar al Petén a expensas de Verapaz.

En medio de esos bosques corre un río pequeño cuyo cauce está accidentado por rocas negruzcas, de lechos muy inclinados; los cambios que han modificado la configuración del suelo se hacen también patentes por amontonamientos calizos caprichosamente agrupados que se observan de vez en cuando. En todas partes, una espesa capa de detritus oculta a la vista el misterioso trabajo de edades primeras. Un silencio aterrador reina en esta soledad que parece exclusivamente reservada al desarrollo de la vida vegetal. No vimos ni un pájaro, ni un reptil; no oímos ningún canto, ningún murmullo, ni siquiera el de las aguas cuyo seco cauce seguíamos. Sin embargo, en el momento en que detiene sus pasos el viajero se ve rodeado de nubes de mosquitos que existen en todas partes, aunque en

ninguna se ven. A veces la tierra está cubierta de hojas secas, análogas por su forma a las de nuestros bosques, aunque de dimensiones sorprendentes.¹⁰³ Frutos singulares que rara vez se pueden comer, se pudrían o germinaban al pie de los árboles que los habían producido. Hice notar a nuestros guías unas huellas apenas visibles que cruzaban nuestro camino y se perdían entre la maleza; las atribuyeron al paso de los indios lacandones que viven independientes en la montañosa región del *Chisec*.¹⁰⁴

Al fin de la jornada no hallamos cobertizo alguno para abrigarnos; tuvimos que dirigirnos al sur y aproximarnos a las orillas accidentadas del *Boloncob*, donde pasamos la noche en una caverna. El camino se pierde en seguida a través de un pantano seco donde yacen rocas negruzcas, acribilladas de cavidades celulares de un aspecto muy particular. La permanencia de aguas en aquel lugar se manifestaba por las señales impresas en la piedra y por numerosas conchas del género *ampulario* que habían abandonado al retirarse. La mayor parte de estas masas rocosas estaban perforadas por cavernas que parecían prolongarse, como enormes hendiduras, en las profundidades del suelo. Se ven allí, cuando penetra el sol, aguas cristalinas donde nadan peces; nuestros guías nos aseguraron que también contenían cocodrilos. Cuando llegan las lluvias de septiembre, el agua se eleva en estos depósitos subterráneos, se desborda por mil sitios y sumerge el bosque. En esa época los viajeros tienen que ser muy circunspectos y resolverse a dar grandes rodeos, si quieren evitar los peligros del camino.

Abandonamos el lecho de la ciénaga para seguir el de un torrente igualmente seco y durante el resto del día caminamos de barranco en barranco, a través de terrenos muy accidentados, de pedruscos amenazando desplomarse, de troncos de árboles desarraigados, amontonados, en un desorden inexplicable. Este caos que nos ofrecía una imagen de las convulsiones de la naturaleza en las épocas primitivas del mundo se prolongó hasta la estación de *Campamac*, que alcanzamos felizmente después de haber superado tan formidables obstáculos antes del anochecer.

Campamac está señalado en los mapas como una localidad con cierto interés; media docena de postes carcomidos, plantados en medio del bosque y sosteniendo un techo de bálago, algunos árboles cortados y los ves-

¹⁰³ Las del *bop*, por ejemplo, recortadas como las de la encina, tienen, sin embargo, dos pies y medio de largo por seis pulgadas de ancho [N. del A.].

¹⁰⁴ *Chisec* en el texto original [N. de las E.].

tigios de un sendero son lo único que revela el paso accidental del hombre por este lugar completamente desierto. Había creído encontrar un refugio mejor, cuando estudiando mi itinerario en Francia, encontré en mi ruta este nombre preciosamente anotado. Por lo demás, experimenté una secreta satisfacción al pensar que estaba en un punto oscuro y perdido en el espacio, que en otros tiempos había fijado mi atención.

No fue sin esfuerzos ni desventuras que logramos salir del lodo de Campamac. Media legua más adelante se eleva una cordillera extremadamente empinada corriendo en dirección suroeste, cuyas vertientes recubiertas de fina arcilla roja son muy difíciles de vencer. Pasamos sucesivamente los *cerros de Sakikib*, de *Chouytau* y de *Fierro*,¹⁰⁵ haciendo uso de pies y manos, y a favor de pequeñas cavidades en escalera practicadas en los flancos de la montaña por muchas generaciones de viajeros. Por otra parte, no se encuentra ningún escarpado que merezca el nombre de precipicio; las caídas pueden multiplicarse pero sin peligro. La vista se ve constantemente limitada, aún desde las alturas, por la espesa vegetación de los bosques; valles, colinas, rocas, todo desaparece bajo un inmenso manto de follaje en el que nunca penetra el sol. En dos puntos diferentes observamos profundas excavaciones circulares, parecidas a pozos y rodeadas de rocas; una de estas cavidades, abierta en la cumbre de la montaña, mostraba una capa de arcilla de cinco a seis metros de espesor.

Al pie de la *sierra* corre el arroyo *Chimuchuch* que atravesamos por medio de un puente singularmente pintoresco. Estaba formado por un gigantesco *bop* derribado por una tempestad sin que por eso hubiese dejado de vivir; tendido de una a otra orilla, este árbol ofrecía al pasajero el apoyo de sus ramas que, partiendo verticalmente del tronco, diseñaban un paso regular. Resolví detenerme en este paraje; todos estábamos muy fatigados, de suerte que mi determinación fue acogida con satisfacción general. Se construyó un refugio para nosotros en el centro de una pequeña explanada y en seguida nuestra gente se ocupó de sus propias cosas. Pasamos muy bien el día; vimos un gran número de culebras de la especie llamada *coral*¹⁰⁶ y recogí un magnífico insecto con reflejos metálicos de la sección de los longicornios.¹⁰⁷

¹⁰⁵ *Jierro* en el original [N. de las E.].

¹⁰⁶ En español en el texto original [N. de las E.].

¹⁰⁷ *Mallaspis moreleti*, Lucas [N. del A.].

Hacia la tarde los ladridos de la perra, que se precipitó con furor fuera del *rancho*, vinieron a sacarnos de nuestra seguridad habitual, y nos alertaron de algún nuevo incidente; efectivamente, vimos salir del bosque en dirección a Cahabón, tres personajes cuyo aspecto no era tranquilizador. El primero era un *ladino*,¹⁰⁸ como podía reconocerse por su vestimenta, sus facciones y el color particular de su tez; sus labios delgados, sus pómulos salientes, su nariz ligeramente encorvada, sus ojos pequeños y penetrantes; todo en su fisonomía revelaba la astucia y la audacia; llevaba fusil, y en la cabeza una tela blanquecina enrollada como un turbante. Un mulato de elevada estatura y un indio de facciones embrutecidas, armados uno con un hacha y con un largo cuchillo de caza el otro, seguían al forastero que parecía ser su jefe; su equipaje consistía en un voluminoso paquete que el último llevaba sobre los hombros. Se acercaron a nuestros indios sin manifestar sorpresa alguna, intercambiaron con ellos algunas fórmulas de cortesía y escogieron un lugar para acampar. En seguida procedieron a la construcción de un cobertizo muy semejante al nuestro. Esta vecindad desagradó a Fida, que estuvo gruñendo toda la noche. Por nuestra parte, sin temer mucho a estos desconocidos, les consideramos sospechosos y tomamos medidas en consecuencia: colocamos el equipaje en el interior del cobertizo, las cajas sirvieron para fortificar el espacio, pusimos las armas a nuestro alcance y nos dormimos con la confianza que nos inspiraban tales precauciones, contando con la vigilancia de Fida y sin sospechar lo que nos esperaba al despertar.

Cuando abrimos los ojos, el sol doraba la cima de los árboles y penetraba ya en la explanada. Admirados al no escuchar ningún ruido, salimos de nuestras trincheras; aún humeaban las cenizas, pero el campamento estaba desierto; un silencio solemne reinaba en el bosque. Rara vez se aceptan las desgracias imprevistas sin conservar al principio algunas ilusiones. Por consiguiente, nos persuadimos de que nuestra gente se había separado de nosotros por cualquier motivo; pero como también habían desaparecido sus efectos sin dejar nada, ni siquiera sus bastones de viaje, no pudimos dudar de la triste realidad: decididamente nos habían abandonado. Podrá el lector imaginar qué impresión produjo entre nosotros semejante descubrimiento y las mil conjeturas a que nos entregamos para explicar una traición tan odiosa como inesperada.

¹⁰⁸ En español en el texto original [N. de las E.].

Sin embargo, como nada podíamos esperar de la solución de este enigma, dejamos de pensar en ello para reflexionar acerca de nuestra posición. Morin proponía seguir adelante; ésta no fue mi opinión: no podía renunciar tan pronto a la esperanza de volver a ver a nuestros guías, ni decidirme a abandonar nuestras pertenencias. ¿Quién sabe si los indios esperaban esta ocasión para despojarnos? Además, nos hallábamos en un punto al que quizás llegarían otros viajeros. Estas razones convencieron a mi compañero de infortunio. Hicimos el inventario de nuestras provisiones: nos quedaban víveres para cuatro días; los moluscos y yemas de palmeras que recogiésemos en las cercanías podían darnos un suplemento para otros días; por último, la caza nos proporcionaría indudablemente otros recursos con los que no contábamos. Decidimos por consiguiente esperar tres días, y si en este intervalo nada nos sucedía de nuevo, buscaríamos dirigirnos hacia Cahabón.

En cuanto tomamos la decisión, salimos a hacer cada cual su tarea; dejé a Morin preparar trampas para cazar mientras yo exploraba el camino que debíamos seguir ulteriormente. Tuve cuidado, para no perderme, de romper las ramas de los matorrales y de señalar los árboles colocados a mi paso. Al cabo de un cuarto de legua se acumularon los obstáculos y el sendero desapareció tan completamente entre los barrancos que desgarraban el suelo, que me vi obligado a retroceder después de largos e inútiles esfuerzos para asegurar mi dirección.

El día pasó sin incidentes; comimos sobriamente, esperando la caza que prometían las disposiciones de Morin y nos acostamos con la puesta del sol. Hacia la mitad de la noche me despertó, sobresaltado, un rugido lejano; la perra, valiente animal, empezó a ladrar furiosamente, sacudí a mi compañero dormido. Un segundo rugido más distinto y más próximo me dispensó de toda explicación. Salimos del *rancho* para evitar una sorpresa; pero ya no volvió a ser turbado el silencio de la noche. Era un jaguar cazando en las cercanías y probablemente nos había descubierto. Arrojamus algunas ramas al fuego y estuvimos despiertos hasta la mañana.

Con los primeros resplandores del alba Morin corrió a comprobar las trampas que había preparado; pero volvió muy disgustado con un ratón que sostenía por la cola; era lo único que había capturado. Ese roedor estaba dotado de una fisonomía especial por la magnitud de sus orejas, y lo consideré digno de formar parte de mi colección.

Agarré mi fusil hacia el mediodía, con la esperanza de ser más afortunado que el día anterior, me dirigí al puente de Chimuchuch. Cuando iba a cruzar, divisé a un indio en la orilla opuesta y reconocí a nuestro intérprete. El hombre parecía querer avanzar; pero al percibir aparentemente en mi rostro síntomas de mal augurio, cambió de intención y se arrojó a la espesura. Irritado por este contratiempo, disparé mi fusil con un movimiento espontáneo, aunque sin apuntarle. El fugitivo soltó un grito: corrí hacia él y hallándole en tierra casi muerto de espanto, lo levanté rudamente y lo conduje al campamento.

Grande fue la sorpresa de Morin; había oído la explosión, pero no contaba con caza de esta especie. Nos reunimos al instante en consejo de guerra para proceder al interrogatorio del prisionero. Habíase calmado mi resentimiento desde que lo tenía en mi poder, y por otra parte la prudencia nos aconsejaba muchas precauciones. Intenté tranquilizarlo, lo cual no era muy fácil.

Cuando se recuperó de su espanto, le pregunté de dónde venía; me respondió que de la *sierra*.

—¿Y tus compañeros? —proseguí—, ¿qué ha sido de ellos?

—Están en la *sierra*, *señor*.

—¿Por qué nos han abandonado?

El indio guardó silencio; yo repetí mi pregunta sin obtener respuesta. Entonces Morin, que conocía mejor su debilidad, le dio un vasito de ron.

—¿Tienen los indios de San Luis alguna queja contra nosotros? —pregunté.

—No, *señor*.

—¿Les pareció mucha la carga?

—No, *señor*.

—¿Les hemos maltratado?

—No, *señor*.

—¿No les he pagado adelantado, al salir de la aldea, el precio que habíamos convenido?

—Sí, *señor*.

—¿No les he gratificado además, cada vez que me traían algún producto del bosque?

—Sí, *señor*.

—¿No he compartido con ustedes, sin estar obligado a ello, mi azúcar, mi aguardiente, mi tabaco y mi caza?

—Sí, *señor*.

—¿Entonces de qué se quejan?

—No se quejan, *señor*, solamente dicen: el precio es corto y el camino largo.

—¿Y por qué no me han hecho esa observación en San Luis?

—*Señor*, no se les ha ocurrido; pero se lo advirtieron los de Cahabón diciéndoles: los blancos se burlan de vosotros; marchaos a la *sierra* y ocultaos en ella; tendrán miedo y os darán más.

—Ese es un mal consejo y una acción ruin —dije.

Era evidente que nuestros vecinos de la noche anterior habían concebido la idea de robarnos, y que habían incitado a nuestros hombres a desertar con la esperanza de hacer nacer una ocasión propicia. Sin duda estaban en las cercanías esperando el resultado de sus maniobras; pero los indios habían perdido la paciencia y ya provocaban una negociación. Nos aprovechamos de estas disposiciones; procuramos convencer al prisionero de que no conservábamos ningún resentimiento y, regresando sus compañeros, olvidaríamos todo lo ocurrido. Acordamos que les transmitiría nuestra firme promesa de que así sería; pero como la movilidad de su carácter me inspiraba una justa desconfianza, convencí a Morin de que debía acompañar al intérprete, mientras yo cuidaba del campamento. Inmediatamente se pusieron, pues, en camino hacia la *sierra* de Sakikib.

Cuando llegó la noche, hacía ya cinco horas que habían partido los dos mensajeros. Los quehaceres que habían llenado este intervalo me habían hecho olvidar mi soledad. Transcurrió el tiempo mientras redactaba notas o recogía plantas e insectos sin alejarme mucho; pero cuando oscureció y al no poder distinguir los objetos cercanos, tomé conciencia de mi aislamiento; entonces ciertas ideas que apenas me atrevía a confesarme se deslizaron en mi espíritu. Por mucho valor que demos a la luz del día, no temo afirmar que somos menos valientes entre tinieblas. Eché madera al fuego y me senté, armado con mi fusil, escuchando con cierta emoción los ruidos que salían de los diferentes puntos de la selva. Intentaba distinguir entre los rumores desconocidos aquellos que podían revelar un peligro; a veces me parecía oír pasos sobre las hojas, como si caminasen con precaución; mi perra levantaba perezosamente la cabeza, aplicaba el oído, entreabría los ojos y recobraba su actitud indiferente: no era un enemigo. Otras veces me imaginaba que un rugido formidable iba

a despertar los ecos de la espesura, y mi mano se acercaba instintivamente al fusil. Sin embargo, poco a poco mis impresiones se modificaron y mi sangre circuló con más libertad; las armonías de la noche acariciaron mi oído sin inquietarlo. Mi meditación se hizo pasiva, mis ideas se volvieron confusas y me adormecí, o mejor dicho caí en un estado intermedio entre la vigilia y el sueño.

Ignoro cuánto tiempo pasé en esta situación, cuando resonó el estruendo de un arma de fuego en dirección a Cahabón. Me estremecí y me levanté precipitadamente prestando oído con mucha atención. Todo estaba silencioso y en calma; ni una hoja se movía en la cima de los árboles; la naturaleza estaba sepultada en un profundo recogimiento. Reanimé el fuego que arrojaba una claridad moribunda y escuché de nuevo: esta vez me pareció oír un rumor sordo y lejano. ¿Era alguna fiera a la que no había alcanzado el plomo de un cazador o de mis indios que volvían al campo? ¿Cómo llegaban por un camino opuesto? Fida, con las orejas tiasas, la mirada fija y el pelo erizado, aspiraba el viento, pero no ladraba; me oculté entre los matorrales y esperé.

De repente, un resplandor rojizo disminuyó la oscuridad y el bosque se iluminó como por efecto de un incendio; una cuadrilla de hombres con antorchas desembocaba en la explanada. De haber conservado algunas dudas, las demostraciones de mi perra que se lanzó alegremente al encuentro de Morin las hubiera disipado inmediatamente. Todo fue explicado, hasta el rodeo que habían dado nuestros guías para evitar un pasaje peligroso entre tinieblas. Añadiré que la reconciliación fue sincera y que se consolidó con el ron que me quedaba. Nos considerábamos muy dichosos por salir de este mal paso, de forma que no conservamos resentimiento alguno por nuestro infortunio.

A la mañana siguiente pasamos el *cerro de Chimuchuch*, cuya base trabajada por las aguas había detenido mi exploración de la víspera. Esta montaña, revestida como la precedente de una arcilla roja, fina y dura, es muy difícil de escalar, sobre todo con tiempo lluvioso. Se sigue el barranco principal costeano los escarpados socavados por los torrentes. En estos sitios es preciso no distraerse en la contemplación del paisaje, porque la menor distracción podría ser fatal. Nuestros mismos guías, a pesar de su experiencia, concentraban toda su atención en el pequeño espacio que ocupaban sus pies desnudos.

Atravesamos sin detenernos el *cerro del Agua*, punto culminante de la cordillera. Desde la cima de las rocas calizas que coronan la cumbre, se contemplaría un inmenso panorama si el rayo visual no se viese interceptado por el eterno obstáculo de la vegetación. Apenas pueden verse, trepándonos a los árboles, algunos desgarros azulados en el manto oscuro de la selva. La jornada fue muy penosa y por primera vez sorprendí ligeras señales de mal humor y de impaciencia entre nuestros compañeros.

El decimotercer día por la mañana, llegamos al último estribo de la cordillera, después de haber pasado una peligrosa escarpadura donde, durante varios minutos, se queda el viajero suspendido en el vacío, sin saber uno si debe avanzar o retroceder. De repente, a través de un clareo de árboles, escalonados de precipicio en precipicio, nuestros ojos pudieron contemplar espacios azulados, cuando el indio que caminaba adelante gritó: ¡*Sabana!*¹⁰⁹ Y sus compañeros le respondieron con un gran grito. ¡Ni aun aquellos educados a la sombra de la selva y endurecidos por la fatiga, veían con indiferencia los esplendores del sol y el término de su viaje! Diez minutos después se corrió el velo: una apertura practicada en el follaje del bosque por la caída de un árbol secular nos permitió entrever un mundo nuevo que contemplamos ávidamente. Se descubría una masa confusa de valles, montañas y lejanos horizontes que nadaban, por decirlo así, en un océano de luz. La aldea de Cahabón, asentada en un grupo de colinas, ocupaba el centro del cuadro. En el último plano, una cadena de montañas azuladas, uniforme, semejante a una prodigiosa muralla, la cordillera, en fin, se elevaba insensiblemente hasta la región de las nubes. A la vista del imponente espectáculo, todos nos detuvimos espontáneamente: los indios depositaron su carga y se entregaron a un gozo desmedido; Morin, menos expansivo, se sentó y prendió su pipa mientras yo disfrutaba, en un éxtasis mudo, de la primera cara de las altas mesetas, que me sonreían como una visión de la tierra prometida.

Cuando se calmó un poco nuestro entusiasmo y repusimos fuerzas con aquel descanso, empezamos a bajar alegremente. Muy pronto nos hicimos paso a través de los espesos matorrales de aroideas y bambúes que obstruían la falda de la montaña y nos internamos en el valle. El calor concentrado en las cavidades de los barrancos nos parecía intolerable y nuestros ojos, habituados al crepúsculo de los bosques, se veían doloro-

¹⁰⁹ En español en el texto original [N. de las E.].

samente afectados por el brillo de los rayos solares. Al salir de estos desfiladeros me detuve para considerar la sombría perspectiva de las *sierras* acumuladas en el camino del Petén, y experimenté un ligero movimiento de orgullo al pensar que llevaba conmigo el secreto de esas soledades.

Una hora después, subíamos las pendientes de Cahabón. De vez en cuando veíamos aparecer sobre una roca, detrás de un muro o de un matorral, grupos de curiosos que nos dirigían una furtiva mirada desapareciendo en seguida como sombras. Convengo en que nuestro atuendo, nuestras armas, nuestros rostros, nuestro aspecto exterior, en su conjunto podía justificar las más extrañas suposiciones. Dos mujeres que se bañaban en un arroyo mostraron, sin embargo, más determinación; se limitaron a ocultarse el rostro. Proseguimos de esta manera nuestro ascenso hasta la cima de la colina, donde se erguía la casa común, hospedería ordinaria de viajeros. No fue larga mi permanencia en este refugio; instruido el cura de mi llegada, me envió a buscar reclamando como una de sus prerrogativas el derecho de ofrecerme hospitalidad. Hallé en el convento un cuarto limpio, bien ventilado, desde cuyas ventanas se contemplaba un paisaje encantador, una cena que me pareció deliciosa y, por último, una verdadera cama con un colchón y sábanas. Para apreciar todo el valor de estos elementos de bienestar, que dejamos de notar cuando disponemos de ellos a diario, es suficiente, querido lector, no haber disfrutado de ellos durante seis meses. Sin embargo, tal es la tiranía del hábito que, después de haber cambiado 20 veces de posición sin poderme dormir, me levanté silenciosamente y volví a tomar posesión de mi hamaca, con gran mortificación por parte del cura cuando, al día siguiente, me encontró profundamente dormido en ella.

Capítulo XVII

La caverna

Al llegar a Cahabón, después de haber atravesado la selva, el viajero queda, por decirlo así, deslumbrado. Pasea la mirada por el espacio, mide la extensión del horizonte y experimenta esa mezcla de placer y admiración que nace de un contraste agradable y fuertemente determinado. La selva no extiende más, en torno suyo, su manto secular, el sol brilla en todo su esplendor; la bóveda del cielo parece inmensa, el universo aparece. Todo cambia de aspecto, todo se anima, todo resplandece y el movimiento de la vida participa en esta transformación recibiendo un impulso nuevo. Tales fueron las sensaciones que me acogieron al despertar.

El paisaje que tenía a la vista era admirable. Me parecía un lugar de los Apeninos, no de la severa región a la que dan sombra los abetos, sino de las faldas cálidas y risueñas de la Sabina. Estaba colocado en una atalaya central, dominando una vasta cuenca, accidentada por las ramificaciones de las sierras. La iglesia y el convento coronaban su cumbre; algo más abajo, se desplegaba el contorno irregular de la aldea; las casas aparecían en un desorden pintoresco mezcladas con jardines, tan pronto en la pendiente de una colina como sobre un punto elevado, otras, en el fondo de una oscura garganta, cuando no estaban cubiertas con la sombra de una vegetación impenetrable. Puede evaluarse en media legua la circunferencia que describen y es preciso emplear una hora para rodearlas, a causa de las dificultades del terreno. Un profundo barranco, junto al cual corre un pequeño río que se llama *Actel-ha'* (agua fría) divide el todo en dos partes; el lecho de este arroyo, formado de una caliza de transición, termina en una escarpadura y una cascada de dos metros, de un efecto bastante agra-

dable. Todos estos detalles que la vista puede apreciar desde la explanada del convento están rodeados, como la selva y las lejanas colinas, por una cadena de montañas recortadas de flancos profundamente desgarrados, aunque con vegetación abundante. Se observa hacia el sureste una línea continua: por allí soplan los vientos fríos de la costa; llegan impregnados de miasmas y humedad, sembrando a su paso las fiebres, los reumatismos y las afecciones catarrales. Cinco días bastan para llegar por esta dirección al lago y puerto de Izabal; el camino es análogo al del Petén, es decir, que está totalmente descuidado.

No podía dejar de contemplar esta cuenca extraordinaria por la que paseaba mi vista, descubriendo sucesivamente valles, arroyos, jardines, masas compactas de vegetación e innumerables casitas condensadas, por decirlo así, a mis pies, como en el fondo de un cráter. El canto del gallo y los rumores de la vida social se propagaban de ladera en ladera y distinguía como otros tantos puntos blancos, criaturas humanas que se movían sobre rápidos senderos. Esas retiradas gargantas, esa espesura, esas aguas vivas ejercen al principio una atracción irresistible. Uno desearía recorrer los valles, explorar los barrancos, seguir el curso del río, pero desde los primeros pasos la transpiración inunda al viajero: una perezosa languidez se insinúa en sus venas, sus músculos han perdido su elasticidad, y vencido por el clima, ya sólo aspira al reposo.

Había llegado a Cahabón, con graves prevenciones contra sus habitantes, que me habían descrito en el Petén como bárbaros ingobernables, inaccesibles a los elementos más sencillos de la civilización; el corregidor, con sus paternales instrucciones, no se había olvidado de ponerme en guardia contra sus malas disposiciones. Pero reconocí, una vez más, con qué excesiva reserva es preciso acoger los informes tomados en regiones que, aunque limítrofes, sólo mantienen relaciones limitadas. El mal renombre del país es ciertamente el castigo de un crimen que los indígenas cometieron unos años atrás, masacrando a su cura en un furioso delirio provocado por la embriaguez. Más toscos y menos industriosos que sus vecinos, no son peores que ellos, por más que su ignorancia y su desenfrenada pasión por los licores alcohólicos los hagan más difíciles de disciplinar. Por otra parte, nunca presentan una abierta resistencia a las leyes, sino una fuerza de inercia frente a la cual las incitaciones, los rigores, los consejos, todo en suma se amortigua y fracasa.

Esos indios pertenecen a una raza distinta a la de los mayas, sin que se sepa exactamente con qué linaje relacionarlos, ni ellos mismos puedan dar información alguna acerca de su origen. Se presume que descienden de los *k'iche'*,¹¹⁰ que en otro tiempo habitaban las provincias septentrionales de Guatemala, de donde emigraron en tiempo de la Conquista. Su lengua es el *q'eqchi'*,¹¹¹ que parece ser una corrupción de *k'iche'*;¹¹² carece de gramática y de diccionario, aunque los dominicos la hablaban y hasta dejaron, como testimonio de su erudición, una traducción del Génesis en dicho idioma. Los habitantes de Cahabón me parecieron de un color más oscuro que los mayas, con formas más fornidas y facciones más irregulares. Entre ellos, la infancia tiene un aspecto salvaje y la vejez carece de dignidad: en los hombres deja las huellas de una degradación vulgar y repugnante y entre las mujeres, la vejez es verdaderamente espantosa. Todos tienen estrecha la frente, los pómulos salientes y el vértice de la cabeza sensiblemente cónico. Su traje, sin ser notable, es mejor que la flotante camisa del Petén y de Yucatán, desde el punto de vista de lo pintoresco: un pañuelo de algodón enrollado como un turbante, unos calzoncillos anchos y cortos, una amplia camisa, ceñida a los riñones, y habitualmente echada sobre la espalda, les dan a cierta distancia la apariencia de campesinos árabes; el parecido es mayor cuando se agrupan bajo la sombra de algún viejo muro, en perezosa actitud. El traje de las mujeres, completamente primitivo, se compone de un sencillo taparrabo azul que anudan por encima de las caderas y que sólo alcanza a la rodilla. La camisa, introducida por los misioneros, ha caído en desuso: los domingos se la ponen, pero modificando su empleo transformándola en una especie de manteleta. En cuanto a los niños, los vestidos no privan la libertad de sus movimientos.

Existe en Cahabón una costumbre que he encontrado entre todos los indios que hablan la lengua *q'eqchi'*. Apenas llegan los niños a la edad de 9 o 10 años, ya sus padres se preocupan de su establecimiento futuro; las mujeres se encargan de este importante asunto, cuya iniciativa per-

¹¹⁰ *Quiché* en el original [N. de las E.].

¹¹¹ *Quec-chi* en el original [N. de las E.].

¹¹² El *q'eqchi'* se habla en *Cahabón, Lanquín, San Pedro Carchá, Coban y San Juan*, en Verapaz, así como en Chinautla y Mixco, en el departamento de Guatemala, [N. del A.]. En Chinautla y Mixco el idioma hablado es el poqomam, no el *q'eqchi'*, [N. de las E.].

tenece generalmente al bello sexo tanto entre los pueblos salvajes como entre los civilizados. Terminadas las negociaciones y salvados los últimos obstáculos por medio de presentes, la niña abandona el techo paterno para habitar bajo el de su futuro esposo. Pero como la ley eclesiástica no permite contraer matrimonio a los hombres hasta la edad de catorce años cumplidos, pasa un intervalo bastante grande durante el cual ella crece y se desarrolla con sus cualidades y defectos de tal manera que, al finalizar el término, ya no agrada a su esposo o a su familia adoptiva. Entonces se la envía de regreso con sus padres reclamando los obsequios que cimentaron el contrato. La negativa es inevitable; se traba la querella, se discute, se llega a los golpes y el resentimiento provocado por esta injuria se perpetúa durante muchas generaciones.

Al infatigable celo de los dominicos se debe no sólo la fundación de Cahabón, sino también la de la mayor parte de las ciudades y aldeas de Verapaz. Estos intrépidos apóstoles, que fueron los primeros que penetraron en esta comarca salvaje, hicieron abandonar a los indios la existencia precaria en los bosques, los reunieron en sociedad y consiguieron disciplinar a los bárbaros que consideraban su independencia como el mayor de los bienes. Sorprendidos y encantados los indios al escuchar los cantos religiosos que habían compuesto en la lengua local, se reunieron alrededor de una humilde cruz.¹¹³ Los niños recibieron muy pronto los primeros gérmenes de sumisión y obediencia, las mujeres aprendieron a hilar el algodón y a tejer telas, y los hombres fueron iniciados en las diversas prácticas de la agricultura y diferentes oficios; en conclusión, se formaron pequeñas comunidades de artesanos y labradores que fueron el núcleo de poblaciones regulares. Los misioneros no se limitaron a hacer de los indios hombres industriosos, se dedicaron con una perseverancia poco común a desarrollar sus cualidades morales y a ilustrarlos. No intentaron despojarlos violentamente de sus errores y prejuicios, sino que aplicaron la persuasión y la dulzura; y si no consiguieron despojar su inteligencia de los pañales en que estaba envuelta, fue sin duda, porque la tarea exigía mayores esfuerzos. No por eso fueron menos notables los frutos que recogieron. Un día, vieron elevarse sobre un montículo central una iglesia de imponente arquitectura; el altar mayor fue enriquecido con ricos ornamentos, de los que aún hoy se muestran los habitantes más celosos

¹¹³ Juarros, trat. V. c. I. p. 121 [N. del A.].

que de sus propios bienes. La voz de los piadosos arquitectos completó el ordenamiento de la plaza, el convento y los edificios comunales; varias capillas y diversos edificios de utilidad pública fueron construyéndose sucesivamente en las cercanías y más de 500 casas se agruparon en ese espacio. Todos estos trabajos salieron, como por arte de magia, de las manos de la población indígena.

La administración de los dominicos estaba basada en la inferioridad de la raza americana, de la cual estaban concienzudamente convencidos. Pensaban, y con razón, que una institución rigurosa es necesaria en la infancia de las sociedades lo mismo que en la de los individuos. No puede negarse que su sistema se armonizó muy bien con el carácter de los indios; consistía en una tutela absoluta pero benévola, semejante a la que ejerce el padre de familia sobre sus hijos. Para que los indios fuesen verdaderamente felices, los dominicos querían que trabajasen y no dejaban impune la ociosidad.¹¹⁴ La disciplina que introdujeron en Cahabón dejó impresas señales profundas que aún no han desaparecido completamente. Habían dividido la comunidad en seis parroquias colocadas cada una bajo el patronato de un santo. Las casitas, cuya blancura vestía la pendiente de las laderas, son otras tantas capillas donde se conservan religiosamente las imágenes de los protectores de la población; los indios persisten en venerarlas y van allí a orar algunas veces. Pero realmente, los esfuerzos de los misioneros sólo han conseguido cambiar el objeto de su idolatría. Nunca se ha elevado su inteligencia a la altura de una religión completamente espiritualista, y no temo afirmar que el cristianismo de los menos infieles sólo es un paganismo exteriormente cristianizado.

Para combatir con más eficacia la pereza y movilidad de espíritu de su rebaño, los religiosos sometieron a sus miembros a una regla uniforme. Todos participaban sucesivamente en el mantenimiento de la iglesia, del convento y de todo lo relativo a la existencia material de la comunidad. Esta costumbre de Verapaz ya no subsiste más que en Cahabón, *San Agustín Lanquín* y *San Pedro Carchá*.¹¹⁵ Ocho hombres designados por los alcaldes van cada mañana a ponerse a disposición del cura que los

¹¹⁴ Los jesuitas, cuya habilidad no es dudosa, gobernaron a los indígenas de Brasil según los mismos principios. A. Saint-Hilaire, *Viaje al interior de Brasil*. 2ª parte, t. II, c. 1. [N. del A.].

¹¹⁵ *San-Agostino-Lanquin y San-Pedro-Carcha* en el texto original [N. de las E.].

emplea en diferentes trabajos de utilidad pública, bajo la dirección del más capaz. Éste, a quien se le confieren además las funciones de mayordomo, asiste con la seriedad conveniente, cruzado de brazos, el manto sobre los hombros y el cuchillo en la cintura, a la comida de su pastor. No renunciaría con agrado a esta parte de sus atribuciones, a pesar de ser sólo honorífica, a causa de la importancia y realce que le otorga. Las jóvenes, por su parte, muelen el maíz, preparan las *tortillas* y lavan la ropa blanca. Independientemente de estos servicios, la población entera contribuye a la subsistencia y demás necesidades del cura, conforme a un estatuto tradicional. Es así como los alcaldes suministran la madera de pino que se consume en la cocina y sirve para el alumbrado; las doce hermandades están alternativamente encargadas de la provisión de maíz, de huevos y frijoles; los pescadores pagan su renta con pescado y langostas de agua dulce; finalmente, el resto de los habitantes dona frutos y legumbres, especialmente yemas de palmera, que son muy apreciadas en Cahabón.

Se equivocaría mucho el que imaginase que estas cargas pesan sobre los indígenas; no sólo las satisfacen como una obligación natural, a la cual nadie piensa sustraerse, sino que las cumplen sobre todo porque respetan mucho las viejas costumbres. ¿Cómo no admirar a los dominicos que supieron obtener tanto de un pueblo pobre y sin industria y que consiguieron crearse, en un país completamente aislado, recursos de los que aún se aprovechan sus sucesores después de tres siglos? En cuanto a los resultados morales, que fueron el principal objeto de sus trabajos, apenas subsisten débiles señales. Emancipados antes de tiempo, los indios han vuelto a caer bajo el yugo de sus burdos instintos. Al perder la afición al trabajo han contraído la de la embriaguez y han dejado de ser hombres útiles y hasta criaturas razonables: *gente de razón*,¹¹⁶ por tomar prestada de los españoles su famosa expresión. A medida que decrecían sus producciones, decrecía su población.¹¹⁷ Al mismo tiempo, se despertó en ellos esa inclinación por la independencia que había sido domada por los religiosos con esfuerzos tan ingeniosos; frente a la opresión más nimia huyen a las montañas, desapareciendo por algún tiempo, a veces para siempre, de la sociedad. El gobierno ha considerado que el daño es bas-

¹¹⁶ En español en el texto original [N. de las E.].

¹¹⁷ La cifra de 4000 almas, que consta en los registros de la parroquia de Cahabón, ha disminuido hasta 3000 en el intervalo de medio siglo [N. del A.].

tante grave, pero no ha sabido encontrar un remedio; el celo de los corregidores, que se intenta reforzar, no podría suplir, aunque lo intentasen estos magistrados, el principio de cohesión cuyo germen ya no existe.

Es un espectáculo bastante nuevo para un europeo, el de 3000 individuos que viven en sociedad sin ejercer ninguna profesión industrial. Sucede a veces que los habitantes de Cahabón se ocupan accidentalmente en el comercio, cuando, por ejemplo, necesitan sal o licores; pero nunca extienden sus operaciones más allá de lo estrictamente necesario y vuelven a sumirse en la inacción desde que han conseguido su objetivo. De esta manera exportan en pequeña cantidad algodón, hilo de agave, cestas y calabazas pintadas que venden en Cobán. La fabricación de este último artículo les pertenece sólo a ellos; su procedimiento consiste en trazar con un instrumento agudo, dibujos más o menos incorrectos sobre la convexidad del fruto, dando un ligero relieve a estos adornos ahuecando los intervalos y tiñéndolos con diversos colores, de azul con el índigo, de rojo con achiote, de negro con índigo mezclado con jugo de limón. El principio colorante se fija por medio de una sustancia grasienta que se obtiene por la ebullición de un insecto llamado *age*.¹¹⁸ Prefieren a toda profesión mecánica o industrial el oficio de costaleros; hasta se les ve cargar sobre sus espaldas y transportar por cuenta de los *ladinos* la zarzaparrilla que produce su territorio, en lugar de obtener con sus propias manos una cosecha que les aseguraría ganancias mucho mayores. Entre ellos la propiedad, lo mismo que en el Petén, no descansa en títulos escritos, sino se reconocen derechos antiguamente establecidos que se transmiten por herencia y son susceptibles de enajenación.

La mayor parte de estos datos me los proporcionó mi anfitrión, un joven eclesiástico nacido bajo un cielo más feliz, quien salió de las llanuras de Italia hacia tan lejanas tierras movido por el noble deseo de sacar de la barbarie a estas tribus olvidadas por la civilización. Hacía dos años que el padre Balduini residía en Cahabón; no me ocultó la esterilidad de sus esfuerzos y comprendí su desaliento cuando me hallé en estado de apreciar la tarea que se había impuesto. Sin intentar nuevas conversiones había querido moralizar a sus ovejas, extirpar la embriaguez, reanimar la afición al trabajo, reconstruir, en fin, la obra de los antiguos misioneros: tentativa quimérica muy superior a sus fuerzas y de la que ya empezaba

¹¹⁸ Juarros menciona el *age* entre las drogas de Verapaz. I, c. 3.

a desesperar. Hoy, muy pocos hombres pueden compararse con aquellos ardientes apóstoles que plantaron por primera vez en el Nuevo Mundo el estandarte de la fe.¹¹⁹ Caracteres semejantes pertenecen a épocas o fases de la historia humana que han tenido sus evoluciones y su duración. El padre Balduini era simplemente un hombre de su tiempo; su carácter era sutil y delicado, abierto a la exaltación, pero impropio para los esfuerzos de una lucha tenaz que acabaría muy pronto con su resistencia. Me confesó que el aislamiento era una prueba muy dura; ¡con qué efusión me habló de sus pesares, de sus proyectos y esperanzas, confiando a mi alma todo lo que la suya había guardado tanto tiempo! Tenía en la mirada aquella austeridad noble y dulce que sólo pertenece a las pasiones reprimidas, pero cuando llegaba a animarle el fuego del sentimiento, por ejemplo, cuando recordaba su país natal y sus primeros años, todo parecía revelar en su fisonomía, en sus gestos y en la voz que no había obtenido sin combates la calma y resignación del misionero.

La vida en Cahabón, para un hombre como él, me pareció más espantosa que la de Tebaida. En la soledad, el alma puede elevarse a Dios libremente, mientras que allí la paz era incesantemente turbada por la voz estridente de los borrachos que, inclinados sobre la escarpadura de los barrancos, se insultaban de una colina a otra a todas horas del día y de la noche. No residí mucho tiempo en este lugar deplorable; tres días después de mi llegada, fue llamado el cura para las funciones de su ministerio, en una sucursal vecina y me propuso acompañarle. Como la aldea de *Lanquín* estaba en mi camino, acepté su invitación; partimos con una escolta de indios encargados de transportar los ornamentos sacerdotales durante la primera mitad del camino, porque el resto del mismo concernía a los habitantes de Lanquín, según una costumbre tradicional.

La mañana era extremadamente agradable, la temperatura fresca, el cielo estaba cubierto y el valle bañado en el vapor. Seguimos un sendero que dibujaba rápidas sinuosidades sobre el flanco de las colinas. Desde su cumbre se abraza de una mirada toda la cuenca de Cahabón: de este conjunto sólo pudimos ver la cresta de las montañas que en varios sitios atravesaban la niebla. El terreno era siempre arcilloso; pero el suelo formado de una caliza grisácea de color ferruginoso, de estratos contorneados y que también seguían su corte, anunciaba la vecindad de cadenas de

¹¹⁹ Véase lo que dice Juarros, trat. III, c. 3, p. 310 [N. del A.].

montañas primitivas. Observamos pequeños lugares en que se cultivaba el algodón y el maíz, animados de vez en cuando con la perspectiva de una casita; la mayor parte de estos campos pertenecen a los indios de *San Pedro Carchá*, mucho más industriosos que sus vecinos.

Después de una marcha de tres horas, llegamos al río Cahabón, cuyas olas se quebraban con horrible estruendo en espuma, al pie de una cadena escarpada. Este río nace del monte *Sulín*, en la cordillera del *Patal*, riega a *Taltique*, *Santa Cruz*, *Cobán* y, dirigiéndose bruscamente al sur después de haber pasado entre las montañas, prosigue su curso hacia el lago Izbabal. Se distinguía a lo lejos la garganta que atraviesa el Cahabón después de habersele unido el *río de Lanquín*, torrente aún más impetuoso. El brillo deslumbrante de las aguas, su rapidez, su volumen y los pinos que desde lo alto de las *sierras* empezaban a aparecer entre la niebla, formaban un cuadro de carácter agreste que no carecía de grandeza.

Seguimos, a orillas del río, un sendero magníficamente sombreado pero estrecho, desigual y minado por la corriente. El padre Balduini no caminaba tranquilamente; abandonaba el estribo en el momento en que el terreno se hacía escabroso. Para Morin y para mí, era un camino real. Cuando se ha viajado por el continente americano no hay mal paso que espante y se exigen del caballo servicios que en otra parte parecerían exorbitantes. En cada alto, nuestros portadores descargaban y se lanzaban, empapados de sudor, al oleaje; aunque eran buenos nadadores, el criado del cura, mulato alto y vigoroso del Estado de Nicaragua, los dejaba a todos atrás. Este hombre cruzaba el torrente en línea recta con un vigor prodigioso, jugaba con la impetuosidad de las aguas y sólo parecía a gusto en medio de los rápidos. Sus atléticas formas imponían de una manera singular a nuestra escolta; por otra parte, sabían que tenía la mano pesada, sin hablar de un cuchillo bien afilado que brillaba en los pliegues de su cinturón. Aunque con trabajo, habíamos dejado las orillas del río y nos aproximábamos a Lanquín. Algunos pinos proyectaban su pobre sombra sobre un terreno montuoso y abarrancado; el calor reflejado por las rocas era intolerable.

Ya el sonido de las campanas, propagado por el eco de las montañas, celebraba el importante acontecimiento de nuestra llegada; pronto encontramos un grupo de indios, apostados cerca de un arroyo, que se disponían a arengarnos. Estos personajes, todos de edad respetable y ves-

tidos a la manera de Cahabón, se parecían bastante por su cara imberbe, sus facciones ajadas, su color de hollín y la especie de turbante que recubría a su jefe, a los eunucos despedidos del serrallo; era el cuerpo municipal acompañado de sus alcaldes. Delante de estos magistrados, apoyados en bastones blancos, estaba un muchacho con el traje primitivo de la edad de oro, tocando fuertemente un tambor. Su aspecto era bastante decente hasta que se dio la vuelta; no pude, entonces, más que dirigirme al cura: “¡Por caridad —le dije—, regaladle otro tambor!”. Pero el padre Balduini tenía otras preocupaciones; sorprendido de improviso, se apresuraba a colocar bien su alzacuello y a ocultar su chaqueta blanca bajo los pliegues de una vasta capa. Cuando le pareció que su dignidad estaba cubierta, atravesó majestuosamente el arroyo, fingió que escuchaba la arenga, que fue larga, a la cual respondió con su bendición; en seguida espoleamos nuestras cabalgaduras y trotamos hasta la aldea a través de un pueblo tan notable por su aspecto salvaje como por la ligereza de su traje.

Echamos pie a tierra a la puerta del presbiterio. Todo había sido dispuesto para recibir al digno sacerdote: el suelo estaba cubierto de ramas de pino y la comida ya preparada. Para el postre, se sirvieron anonas que se deshacían en agua, perfumadas, deliciosas, cuyo valor es bien conocido en la provincia.

La población de San Agustín Lanquín, exclusivamente indígena como la de Cahabón, cuenta con 2500 almas; esta aldea, perdida como una colmena solitaria en la concavidad de las montañas, debe al camino de Cahabón el poco movimiento que la anima. Por otra parte, posee un objeto digno de curiosidad: es una caverna que me pareció muy notable para que me limite solamente a mencionarla, a pesar del poco interés que presentan ordinariamente las descripciones de esta naturaleza.¹²⁰

La *cueva*¹²¹ se abre al pie de una montaña caliza en forma de cerro, situada a un cuarto de legua de la aldea; allí nace el río Lanquín y brota con tal impetuosidad y estruendo que sobrecoge fuertemente al espectador. La masa de agua tiene por lo menos 10 metros de ancho; en cuanto a la profundidad, es difícil de juzgar. Grandes árboles arraigados en las

¹²⁰ Juarros presenta la caverna de Lanquín como una de las principales curiosidades de Verapaz, trat., v, c. 3, p. 129. Herrera hace una descripción de ella; pero carece de exactitud. Dec. IV, I, x, c. 13 [N. del A.].

¹²¹ En español en el texto original [N. de las E.].

hendiduras de la roca se inclinan para buscar la luz y parecen próximos a abismarse en el torrente, mientras una multitud de lianas, que han crecido bajo su égida, los enlazan uno al otro y los mantienen, por una suerte de reciprocidad, en esta peligrosa situación.

Subimos una pendiente que domina la caída de agua y nos deslizamos por una estrecha abertura practicada en las laderas de la *sierra*. Algunos debilitados rayos de sol venían a morir en estas profundidades, colorando de una tinta azulada los salientes de la bóveda que la imaginación de los indígenas transforman en santos y vírgenes. Pero si creen entrever algún objeto de mal augurio en lugar de bellas apariciones, por ejemplo, el ojo terrible del *Dueño de la Cueva*, personaje misterioso que domina en el fondo del abismo, ninguna exhortación, ninguna promesa los convencerá de seguir adelante.

De repente se encendieron 20 antorchas y desapareció la oscuridad que nos rodeaba. Entonces se destacaron en una especie de crepúsculo, las rocas bizarramente amontonadas, los precipicios, las escarpadas, las ruinas, caos vasto y sublime que me recordó las pinturas sombrías de Dante.¹²² El vacío parecía inmenso; sin embargo, a invitación del cura, dos de nuestros guías tomaron la delantera y sus antorchas se elevaron poco a poco en el espacio, disminuyendo de brillo y de volumen. Parecían escalar una montaña subterránea; la antorcha que les alumbraba no resplandecía más que como una débil estrella cuando se detuvieron en el punto culminante.

En ese momento nos preparamos también nosotros para una aventura más peligrosa: a algunos pasos se abría una cavidad, tallada perpendicularmente en la roca, de donde salía el sordo rugido de las aguas. Nos dispusimos a seguir a nuestros indios hacia el fondo del abismo con alguna emoción; los más ágiles quedaron encargados de iluminar el paso y empezamos a descender agarrándonos de las rocas. Cuando vencimos las primeras dificultades, se estrechó el vacío y las paredes de la sima formaron una gigantesca escalera que, de precipicio en precipicio, nos condujo al lugar donde nacía el torrente. Estábamos a orillas de un arroyo, en una gruta digna de las hadas, enriquecida con profusión de conos, de dentellones, de piochas que ninguna mano profana había deshonrado. El alabastro vegetaba bajo todas las formas, ya plegándose como una fina

¹²² *Dell' Inferno*, c. XII [N. del A.].

muselina, ya afectando la elegante estructura de políperos. La bóveda, las paredes y el suelo todo estaba incrustado de laminillas cristalinas que brillaban como diamantes. Se apoderó de mí una respetuosa admiración; me parecía que acabábamos de penetrar en el santuario de la naturaleza y que la sorprendíamos en sus más misteriosas operaciones. Por todos lados se oía el ruido de las aguas filtrándose y abriéndose paso por mil salidas secretas, para confundirse en una sola corriente antes de salir a la luz del día. El trabajo incesante y oculto que se produce en las entrañas de la montaña, tiende a colmar estas singulares lagunas; se diría que la materia inorgánica participa allí del beneficio de la vida, tanto es lo que despierta la idea de la vegetación verdadera el fenómeno que se ve allí.

Cuando estuvo satisfecha nuestra curiosidad y volvimos nuestros ojos hacia la aterradora grieta que debía conducirnos a la luz, impresiones menos agradables sucedieron a las que acabábamos de experimentar. Al resplandor de las antorchas escalonadas por el camino, se distinguía la sombra de las masas pedregosas que íbamos a escalar: algunas se destacaban perfectamente, otras sólo aparecían de una manera confusa, los niveles superiores se perdían en la oscuridad. Sin embargo, nuestra ascensión se efectuó sin contratiempo y salimos de la cima maravillados de lo que habíamos visto.

Recorriendo la galería superior, erizada en ciertos lugares por una multitud de rocas agudas que sólo puedo comparar con las agujas de un glaciar, llamó nuestra atención un objeto introducido en una hendidura, y cuya forma se distinguía imperfectamente. Uno de nuestros guías se le aproximó; pero retrocedió súbitamente diciendo que era un cadáver. Al oír esto, el cura y yo nos apoderamos cada uno de una antorcha y franqueamos, con peligro de matarnos, los obstáculos que nos separaban de él. El indio no se había equivocado; reconocimos en efecto un cadáver, o, mejor dicho, una momia completamente conservada por la sequedad del aire. El cráneo estaba comprimido por las rocas y el vientre violentamente hundido. Un desgraciado, en época ya lejana, había encontrado allí su sepultura. ¿Sería el resultado de un crimen o de una imprudencia? Nos hicimos en vano esta pregunta a la que nunca contestarán las silenciosas bóvedas de la caverna. Nuestros guías se miraron con estupor pronunciando entre dientes el nombre del *Dueño de la Caverna*. Tratamos de persuadirles que estos restos podían pertenecer a un mono. La hipótesis

no era enteramente inverosímil, y como no hicieron objeciones, creímos que estaban convencidos; pero el padre Balduini me aseguró que no volverían en mucho tiempo a la *cueva*.

Dos días después de nuestra excursión subterránea quisimos subir a la *sierra*, cuyas profundidades habíamos sondeado. Se llega a la cima por un sendero muy inclinado, sombreado por árboles tortuosos y achaparrados, de hojas quebradizas y corteza negra. Desde este punto culminante se descubre al noreste el valle que conduce a Cahabón; el horizonte está limitado en las otras direcciones por una cordillera de montañas, cuyas crestas están coronadas de pinos fáciles de reconocer por sus siluetas piramidales. La cuenca del Lanquín aparece bajo la figura de un triángulo; su aislamiento es aterrador. Encontramos en las rocas un cactus de ramas rastreras y acanaladas que producía un fruto rojo, muy espinoso, ligeramente azucarado, de la magnitud de un melocotón: los indios lo aprecian poco; nos vieron comerlo, pero sin imitarnos.

Sin embargo, había decidido mi partida con gran sentimiento del padre Balduini; me instaba para que la difriese hasta la fiesta de San Agustín, que no estaba lejana. Esta solemnidad atrae a un gran número de visitantes a Lanquín, y la aldea toma durante algunos días un aspecto muy animado. Estaba impaciente por cambiar el clima ardiente que agotaba mi energía por la saludable frescura de las montañas; me armé pues de determinación y resistí los ruegos de mi huésped. Cuando ya me vio decidido, quiso él mismo ocuparse de mis preparativos de viaje: no contento con proporcionarme alimentos, hizo llenar mis maletas de vainilla, de copal, de muestras diversas de la industria del lugar, en fin, de todos los objetos que le parecieron apropiados para despertar mis recuerdos de Lanquín; y cuando al llegar a Cobán quise pagar a mi escolta, me di cuenta de que ya lo había hecho él.

Han pasado años desde el día en que, apremiando mi cabalgadura, dirigí al misionero un mudo y postrero adiós. Nunca olvidaré su sonrisa afectuosa ni la mirada melancólica y resignada que me dirigió hasta el momento en que desaparecí en el encajonado camino que costea el presbiterio. El padre Balduini no había nacido para la soledad. Dotado de facultades eminentemente sociales y de una gran sensibilidad, había errado su vocación. Por desgracia, ¿qué diferencia había entre las risueñas llanuras de su país natal y las montañas salvajes de Verapaz!

Capítulo XVIII

*La tierra templada*¹²³

De los aluviones de Yucatán nos hemos elevado gradualmente, subiendo el curso del Usumacinta, hasta el centro del Petén, cuyo suelo accidentado en todas direcciones se fracciona, por decirlo así, en millares de colinas; hemos visto prolongarse estas ondulaciones del terreno cada vez más, avanzando hacia el occidente, de Flores a Dolores y de Dolores a San Luis; en fin, más allá de esta última población, hemos franqueado verdaderas montañas, todavía pertenecientes al terreno terciario, pero tocando a las grandes cordilleras primitivas cuyos flancos les sirven de apoyo: desde ahora viajaremos por grandes mesetas y sólo pasaremos accidentalmente por la *tierra caliente*. Las lagunas, las sabanas, los bosques seculares desaparecen, el horizonte se aclara, la atmósfera se refresca y purifica, la población se condensa, los lazos de la sociedad se hacen más estrechos, el hombre recobra parte de su energía y actividad; se hace más industrial, más previsor, menos enemigo del trabajo; su dominio aumenta, sus esfuerzos pueden apreciarse, ya no lucha con la naturaleza, la vence y hace de ella su esclava.

El camino que seguimos, a partir de Lanquín, atraviesa una serie de gargantas y valles que suben progresivamente hasta Cobán; no se descubre ninguna cima importante, sino muchas colinas y *sierras* pequeñas asentadas sobre una meseta de 700 a 800 metros. El trabajo agrícola prestaba a este territorio no sé qué atractivos, cuya novedad nos encantaba: no sólo estaba desmontada la llanura sino las pendientes más rápidas, trabajadas por el arado, sólo conservaban un grupo de pinos o encinas en la cima; nuestras miradas se paseaban por el ondeante verdor del maíz

¹²³ En español en el texto original [N. de las E.].

que llegaba hasta siete y ocho metros de altura. En los valles, este cereal produce por lo menos, de 300 a 400 con un solo abono: si el cultivo cesa, el suelo no tarda en cubrirse de gramíneas o de otras plantas herbáceas; desde lejos se cree ver una pradera; al aproximarse, tanto el que camina a pie, como el que lo hace a caballo, desaparecen en el seno de una vegetación gigantesca. A veces las malváceas, las borragináceas, los helianteos arborescentes suceden en los terrenos de barbecho, en los bosques que la agricultura ha destruido.

El movimiento inusitado del camino también cautivaba nuestro interés. De tiempo en tiempo, tropezábamos con indios viajando en caravana, cargados de algodón, de maíz, de esteras y de otras producciones de la comarca, o con familias que se dirigían a los campos para empezar sus trabajos del día; todos, hasta los más jóvenes, estaban provistos del *suyaca*¹²⁴ (capa de hojas de palmera) cuidadosamente enrollada sobre los hombros; todos caminaban a pie, no se veía ni una bestia de carga. Muy pronto comprendimos la causa: al pasar la primera garganta, fue preciso echar pie a tierra y estimular vivamente nuestras cabalgaduras, espantadas de lo rápido de la pendiente; más lejos aumentaron las dificultades, la vía estaba interceptada por escarpaduras casi verticales. Los que viajan a pie salvan estos obstáculos con la ayuda de troncos de árboles, especies de escalas groseras y primitivas, apoyadas contra las paredes de las rocas; pero la circulación queda completamente interceptada para los animales, que se ven obligados a dar un gran rodeo antes de llegar al camino.

Los abrigos destinados a los viajeros ya no eran simples cobertizos abiertos a todos los vientos: su solidez y construcción indicaban un cambio de clima. Observamos en su interior un gran número de flores secas, así como las bayas de una especie de solánea suspendidas delante de la imagen del Cristo como exvotos. Estas ofrendas provienen de los indios viajeros: las flores son las más bellas que han encontrado en su trayecto; en cuanto al fruto, ¿le ha valido la preferencia de que es objeto, sus vivos colores o sus virtudes medicinales? Es un punto que no he podido aclarar.¹²⁵ En las cercanías de esta especie de paradores orientales y por lo regular

¹²⁴ Por "zuyacal" o "zoyacal" [N. de las E.].

¹²⁵ El fruto del *licopersicum pyriforme*, llamado *chuchu* por los indígenas, se emplea como remedio en Guatemala contra el reuma y el dolor de cabeza. Se escoge una baya madura, que se hace cocer en la ceniza y por la adición de algunas gotas de aceite, se convierte la pulpa en una especie de ungüento que se introduce en las narices [N. del A.].

cerca de los lugares habitados, existen despachos de *chicha*,¹²⁶ detestable brebaje obtenido por la fermentación del jugo de la caña.¹²⁷ Estas tabernas ejercen sobre los indios una irresistible atracción; es muy raro que no sucumban a la tentación, a menos que estén desprovistos de recursos, de entrar en cada *chichería*¹²⁸ que les ofrezca ocasión de embriagarse.

Desde la primera noche nos llamó la atención el descenso de temperatura y desde el segundo día notamos modificaciones en la vegetación. Los lugares arbolados se poblaron de helechos de tallo leñoso; hermosos *rexias* se abrían a orillas del sendero, y rosadas glicinas se encaramaban a lo largo de los árboles en medio de fucsias en flor;¹²⁹ también se multiplicaron las soláneas haciéndose arborescentes. Después de mediodía llegamos a una meseta recubierta de una arcilla arenosa, allí el camino menos accidentado se mejora: la vista recorre hermosos valles interrumpidos por colinas y cultivados hasta el horizonte; un grupo de árboles, último vestigio del bosque, corona cada eminencia; el paisaje aparece agreste y solitario sin revestir por ello el carácter de severidad propio de las altas regiones.

Aún era de día cuando llegamos a San Pedro Carchá, aldea donde por primera vez, desde nuestra salida de Yucatán, observamos cierta actividad y algunos indicios de administración pública; se reparaban los caminos; las propiedades estaban separadas por cercas; se veían tejados, mercaderes, compradores; en fin, el movimiento que se manifestaba parecía corresponder a nuevas necesidades. También empezamos a percibir algunas de esas extrañas fisonomías que sólo pertenecen al Nuevo Mundo y que presentan los rasgos notables del hombre negro y del rojo, modelados si así puedo expresarme, con la arcilla europea. Una población de 20 000 almas, diseminada por las cercanías, se une a la aldea de San Pedro como a un centro común y posee todo el territorio cultivado que se extiende hasta Cahabón.

En una hermosa mañana del mes de agosto, caminábamos hacia la ciudad de Cobán, situada en la montaña a 2 leguas de distancia. Aunque el

¹²⁶ En español en el texto original [N. de las E.].

¹²⁷ Esta especie de chicha no es la de México, que se obtiene por la infusión del grano de maíz, cuando la materia azucarada empieza a desarrollarse por la germinación [N. del A.].

¹²⁸ En español en el texto original [N. de las E.].

¹²⁹ *Fuchs. microphylla*, Humb. y Bonpl. [N. del A.].

sol brillaba con un extraordinario resplandor, la temperatura conservaba cierta frescura estimulante. La pureza del cielo, la riqueza, la variedad de los lugares, elevaban gradualmente mi espíritu a medida que subíamos a las alturas; no me cansaba de considerar la *sierra*, bañada por las espumosas aguas del *río Grande* y los diversos aspectos que presentaba el camino, uno de los más pintorescos que he seguido en el Nuevo Mundo. Muy pronto percibimos los primeros liquidámbares, que se distinguen por su cima piramidal y sus hojas lobuladas, análogas a las del arce. La aparición de estos hermosos árboles que caracterizan la *tierra templada*, es decir, la zona más salubre y más interesante de la América ecuatorial, me transportó de gozo: en efecto, el cambio de clima inauguraba para nosotros una nueva era, que iba a suceder con el bienestar y la seguridad a los desfallecimientos, a las mortificaciones y a los peligros; al mismo tiempo veía transformarse la fisonomía del país, el estado del cielo, el aspecto de las plantas, las especies de los animales, las costumbres, las aptitudes del hombre. Era casi un nuevo viaje.

Una gran diversidad en las producciones de la naturaleza presta un encanto particular a los confines de la *tierra templada*. Se ven crecer indistintamente, en un suelo que los ardores del estío nunca seca ni enfría los hielos del invierno, los vegetales tropicales y los de las regiones templadas: así observé en los jardines de San Pedro, ananás y grupos de rosales, cafetales en flor enlazados por un hermoso *tropaeolum* de pétalos afresados; en fin, yucas arborescentes prestando su sombra a espinos parecidos a los de nuestros países.

A medida que el viajero se acerca a Cobán, ve las orillas del camino cubiertas de jardines con cercas naturales de las que se escapan rosales, jazmines y daturas. De cuando en cuando, se descubre una casita misteriosamente oculta en el fondo de un bosquecillo; sin embargo, la ciudad que nuestros ojos buscaban impacientemente aun no aparecía, cuando después de una pequeña subida, desembocamos impensadamente en la plaza. A la izquierda se elevaba una iglesia de bella apariencia; en frente, un edificio arruinado: el resto del recinto estaba formado por una galería baja, donde se veían algunas tiendas. El pavimento estropeado, invadido por la hierba, los escombros amontonados aquí y allá, la soledad en fin y el abandono de estos lugares, no produjeron en nosotros una impresión favorable. No viendo ninguna casa y, por consiguiente, ninguna

calle, seguimos adelante y nos volvimos a hallar en el campo. Un *ladino* pasaba envuelto en una manta de lana como en los días más fríos del año: “Amigo —le dije aproximándome—, si sois de Cobán, hacednos el favor de indicarnos la ciudad”. La pregunta le sorprendió y pareció dudar; sin embargo, como en mi fisonomía está impresa la buena fe, respondió trazando un círculo con su brazo: “La ciudad, *Señor*, es todo lo que os rodea”.

Decía verdad; ¡pero cómo dar una idea de una ciudad de 12 000 almas, construida sobre una elevación, y a pesar de eso, casi invisible! Lo intentaré, sin que por ello crea conseguirlo.

Las casas de Cobán, porque no podría negarse que existen, son bajas y están cubiertas de tejas; una galería sostenida por columnas de madera o pilares de mampostería se prolonga a lo largo de sus fachadas; en esta disposición se reconoce un lugar donde las lluvias son frecuentes pero de inviernos poco rigurosos. A partir de la plaza, que ocupa el punto culminante, estas construcciones descienden con suave pendiente hasta el valle a través de una vegetación impenetrable; cada casa con su jardín, su corral y su campo, desaparece detrás de un seto gigantesco, que se aísla y se separa de la vía pública. Una ortiga arborescente de anchas hojas, muy picantes, de un hermoso verde, es el elemento único de estas cercas; se planta de estaca: el desarrollo es tan rápido que, al cabo de pocos años, los tallos se convierten en troncos que se unen, se oprimen, se pegan por varios puntos de su superficie, y acaban por convertirse en una muralla agrisada, tapizada con musgos, líquenes y helechos de aspecto muy pintoresco. La mayor parte de las calles de Cobán están rodeadas de cercas de esta especie que forman, al buscar la luz las copas, arcadas sombrías y continuas. De esta manera la población se halla envuelta en una red, cuyas mallas son tan estrechas que desde las alturas cercanas sólo se ven los edificios de la plaza.

He dicho que la población de Cobán ascendía a 12 000 habitantes, de los que 2 000 son españoles y *ladinos*, y 10 000 indígenas. Estos últimos en nada se parecen a sus compatriotas de Cahabón; activos, emprendedores, laboriosos, poseen los primeros elementos de la civilización. Un cambio tan notable debe considerarse, cuando menos en gran parte, como obra del clima; en efecto, no puede negarse que el medio en el hombre ejercita sus facultades, influye considerablemente en su desarrollo y en el partido que de ellas saca. Esta es la razón por la que la raza americana aparece

bajo aspectos tan diversos en Guatemala, región de mediana extensión, es verdad, pero muy accidentada, y en la que las transiciones son tan repentinas y marcadas. Los indios de Cobán, favorecidos por un cielo templado, se entregan con gusto a la agricultura y hacen valer el suelo como propietarios o colonos; además, ejercen diferentes oficios, como los de carpintero, tintorero, tejedor, sastre, rara vez por su propia cuenta, pero de ordinario como simples obreros empleados por los *ladinos*; por otra parte, ellos solos hacen el comercio del país, viajeros infatigables van a Sacapulas en busca de sombreros, de hojas de palmera; a Quezaltenango por telas de lana, por loza a Izabal, y llevan hasta Nicaragua hamacas de hilo de agave que saben teñir con los colores más vivos. Si se ve el domingo a estos honrados artesanos envueltos en grandes mantos que contrastan con sus ligeros pantalones blancos, y cubiertos con sombreros de paja negra, semejantes a los nuestros por su forma elevada y cilíndrica, difícilmente se reconoce a los representantes de la raza indígena. Sus mujeres hilan y tejen el algodón, bordan, hacen medias, sirven en las casas y son medianas cocineras; usan un peinado nacional, de un efecto bastante agradable, que no he visto en ninguna otra parte: sus cabellos generalmente hermosos, están trenzados con un cordón de lana amaranto de 8 o 10 metros de longitud, a veces adornado de borlas amarillas en las extremidades, y cayendo hasta sus talones formando festones; todas indistintamente visten un jubón de cotonía azul a cuadros; usan además una camisa corta cuando salen de casa.

El número de españoles es muy escaso en Cobán, los *ladinos* forman la mayor parte de la población, es decir, la sexta aproximadamente. Superiores a los indígenas por su inteligencia, pero mucho menos laboriosos, de costumbres mucho menos ordenadas, los *ladinos* se mantienen separados, obedeciendo un sentimiento natural a los que se han elevado, y que les hace despreciar a la gente de su originaria condición. Esta casta intermedia no sobresale por sus cualidades en la América Central; sin instrucción, sin moralidad, sin principios, no ha heredado las cualidades de sus autores, aunque ha acumulado sus vicios; sin embargo, en Cobán vive pacíficamente de su trabajo, y limita su ambición a dominar a los indígenas, quienes reaccionan con antipatía frente al aire de superioridad que quieren darse.

La provincia de Verapaz es seguramente la más interesante de Guatemala y la ciudad de Cobán la mejor población de esta provincia desde

el punto de vista de la historia natural; no sólo son admirables las condiciones del suelo y del clima, la población también posee una aptitud y buena voluntad que rara vez se encuentra en países españoles; en fin, la templada temperatura, la serenidad del cielo, el aspecto de la comarca, todo favorece en estos lugares el vuelo del pensamiento y dispone el espíritu al trabajo. No recuerdo sino con un encanto infinito los días que pasé en esta pacífica ciudad, donde olvidamos tan pronto las miserias de nuestra existencia aventurera; ¡cuántas veces he soñado con la casita blanca rodeada de rosales que habitaba con Morin! ¡Con los grandes mirtos plantados en el ángulo del jardín que esparcían, durante la noche, un perfume de clavo; con las lagartijas azules que corrían a lo largo de las cercas,¹³⁰ y los lindos insectos que venían zumbando alrededor de mi luz, procurándome incesantes distracciones! Había en esta vida, quizás algo solitaria, que el estudio llenaba y embellecía la esperanza, muchos elementos de felicidad; yo era el objeto de los cuidados y atenciones de mis huéspedes; cada día me traían su tributo de nuevas producciones; la naturaleza parecía tan inagotable como mis deseos; en fin, la ausencia de todo rumor, de toda vana ilusión, dejaba a mi espíritu una libertad de que rara vez se goza aquí abajo. Sin embargo, de tiempo en tiempo, un pensamiento melancólico arrojaba su sombra sobre el cuadro; en medio de las fluctuaciones a que están sujetas las cosas humanas, nada ¡ay!, es menos estable que la dicha; hacía siete meses que no recibía noticias de mi familia y sólo en Guatemala podía obtenerlas; la incertidumbre en que vivía se hacía cada vez más penosa; una secreta preocupación que amargó mis goces más dulces, turbó mi tranquilidad; en una palabra, después de algunas dudas, algunos combates conmigo mismo, me arranqué, no sin pesar, de una morada donde todo parecía conspirar para encadenarme.

La cuenca de Cobán es un El Dorado¹³¹ para el ornitólogo; no puede imaginarse cuán numerosas son las especies volátiles; así es que siempre se ve a los niños armados de una cerbatana, instrumento del que se sirven con destreza, y cuyo uso se remonta hasta sus antepasados.¹³² Existen en

¹³⁰ El *tropidolepis Formosus*. Dum. Se ha multiplicado mucho en los jardines de Cobán; este lagarto, perteneciente a las iguanas, es de un magnífico azul con reflejos cobrizos en la espalda [N. del A.].

¹³¹ En español en el texto original [N. de las E.].

¹³² *Taladrán sutilmente las zabratenas con puas muy largas*. Herrera, Dec. IV, I. X, c. 14. El rey Moctezuma no despreciaba el ejercicio de la cerbatana; entre los presentes que

la ciudad pajareros de profesión que educan en jaulas especies muy lindas, especialmente pájaros cantores, a los que son muy aficionados los cobaneros. Saben preparar su piel, conservarla y hasta disecar medianamente. Pero el fénix de los bosques vecinos es el *Quetzal*. Desde las fronteras con Tabasco oía hablar de este pájaro acerca del cual los españoles cuentan historias maravillosas; crecía mi curiosidad tanto más cuanto que intentaba sin éxito clasificar el ave a partir de sus descripciones. Hoy todo el mundo conoce a este gallináceo, de sedoso plumaje, de un color verde esmeralda y dorado sobre la parte superior, de un bello color púrpura en el vientre, y cuya cola no mide menos de un metro de longitud.¹³³ Muy común desde hace algunos años en las colecciones europeas, acabará por desaparecer de su país natal si no disminuye la persecución de que es objeto. En marzo, cuando el *trogón* adquiere su brillante vestidura, los cazadores entran en campaña; la guerra es encarnizada, y sólo cesa con la estación de los amores, cuando el macho ha perdido las magníficas plumas de su cola. Todos los años salen de Cobán de doscientas a trescientas pieles de *trogones*, que valen en la plaza entre tres y cuatro reales, y que en Guatemala se venden a tres piastras. Este producto singular pasa en gran parte a Europa, donde muchas pieles averiadas o mal preparadas sirven para venderse de una manera satisfactoria. Los antiguos habitantes, si se cree la historia, las destinaban a usos muy diferentes: cogían estos pájaros con lazo, y después de haberles quitado su adorno más bello, les daban libertad; matarlos era un crimen castigado por la ley.¹³⁴ En esta época las plumas de *quetzales* eran el único artículo de comercio que salía de Verapaz, país pobre, cubierto de bosques y de difícil acceso; buscadas por los artistas mexicanos, servían para realzar los curiosos y espléndidos mosaicos que excitaron en tan alto grado la admiración de los conquistadores.

Se encuentran en las cercanías de Cobán muchas conchas terrestres, ocultas en las cavidades de las rocas o entre el musgo de los bosques: las especies más grandes que se ven en América entre los géneros *helix*, *cilyndrela* y *glandina*, viven en el seno de estas montañas templadas. Una particularidad digna de notarse es que los indios distinguen cada uno de

ofreció a Cortés se hallaba una docena de armas de esta especie pintadas con gusto, así como una cacerina de hilos de oro, con balas del mismo metal. Cortés, en *Lorenzana*, 1. II, p. 100 [N. del A.].

¹³³ *Trogon pavoninus* Spix. [N. del A.].

¹³⁴ Herrera. Dec. III, I. x, c. 11. [N. del A.].

estos moluscos por un nombre que les es propio;¹³⁵ la lengua *guaraní*, que se habla entre ciertas tribus brasileñas, ofrece un ejemplo del mismo espíritu de observación: en este idioma existen hasta 15 palabras para designar otras tantas especies de abejas. Pero el hecho se explica fácilmente; en efecto, se comprende que el hombre haya concentrado su atención en los objetos que conciernen su existencia, se haya dado cuenta de sus menores particularidades y las haya fijado en su lenguaje; por el contrario, aquellos de los que no se saca ninguna utilidad, permanecerán siempre confundidos con una denominación imprecisa y general. Así, las lenguas de la antigüedad, cuya riqueza no puede negarse, son excesivamente pobres desde el punto de vista de las ciencias naturales.

Nunca he comprendido el placer de la caza más que en mis viajes; verdad es que en un país nuevo, revestido de la vegetación más admirable y poblado de animales raros o desconocidos, como Verapaz, la caza no se presenta ya en sus condiciones ordinarias; el atractivo que tenía para mí se originaba de una admiración muy viva de la naturaleza y de la ardiente curiosidad que me inspiraban sus producciones. La primera excursión de este género que hicimos en las cercanías de Cobán me ha dejado recuerdos imperecederos. Fabricio, nuestro anfitrión, joven y ágil, buen tirador y perfecto conocedor del terreno quiso dirigirnos él mismo; se prepararon víveres para tres días, se reunieron algunos cazadores de la vecindad, algunos muchachos más acostumbrados a recorrer los bosques que a frecuentar la escuela, y fuimos a dormir en un alto valle a dos leguas de la ciudad. Durante la noche tuvimos frío, aunque el tiempo era seco y el fuego bueno. Nunca cuaja la nieve a estas alturas; pero en diciembre y enero las plantas se recubren con una pequeña capa de hielo que marchita sus capullos.

Los bosques, a cuya sombra nos despertamos, me causaron un sentimiento de admiración tan intenso que hicieron desaparecer de mi espíritu todos los recuerdos recientes de la *tierra caliente*; todo era nuevo hasta en los menores detalles, todo era pintoresco y encantador. En ninguna parte he visto la humilde vegetación de los musgos, de los líquenes y de los lisópodos desarrollarse con tan magnífica exuberancia; toda su superficie era presa de estos parásitos; su vigor no anunciaba como en nuestros

¹³⁵ Así llama *chotch*, el *b. Ghiesbreghtii*. Nyst; *tsitsib*, el *b. eximia*, Pfr. *sapitan*, la *gl. fusiformis*, Pfr.; *chulupik*, la *cyl. decollata*, Nyst, etc. [N. del A.].

climas la decadencia de los árboles: tal es aquí la liberalidad de la naturaleza que a todos presta la misma juventud. Del seno de estos abismos de plantas celulares que revestían de un tapiz fresco y aterciopelado el suelo accidentado de la montaña, brotaban en un desorden inexplicable centenares de helechos arborescentes, tan altos, tan rectos, pero infinitamente más elegantes que la palmera. Su tronco negruzco y reticulado se parecía a la piel de una serpiente; su follaje delicado se estremecía al menor soplo y volvía a caer formando graciosas sombrillas, tan pronto invadían el terreno lanzándose atrevidamente en el espacio, como se inclinaban ante la majestuosa grandeza de las encinas que a su vez dominaban en el bosque. Se cuentan en Verapaz al menos 50 especies de estos vegetales, entre los cuales algunos producen bellotas monstruosas; muchos crecen igualmente sobre las mesetas mexicanas.

Subido el quetzal sobre la rama de un árbol en la profundidad de los bosques seculares, duerme parte del día o espía silenciosamente los insectos de que se alimenta; ningún ruido da a conocer su presencia, a no ser en la estación de los amores, pues entonces hace resonar la bóveda de los bosques con su grito sonoro y melancólico. No vive en sociedad, pero demuestra un tierno cariño a su hembra y divide con ella los trabajos de la incubación: los indios afirman que se les ve frecuentemente, durante este período, flotando la larga cola del macho fuera de la cavidad en que han establecido su nido. Esta circunstancia había llamado la atención del historiador de Guatemala que la interpreta de diferente manera: “Parece —dice sencillamente—, que los *quetzales* conocen todo el precio de su cola; así es que tienen gran cuidado de hacer dos aberturas a su nido, a fin de que entrando por la una y saliendo por la otra, no se estropee su precioso plumaje”.¹³⁶ El lector puede escoger entre estas dos opiniones. Entre nuestros compañeros había uno que imitaba hábilmente el grito lastimero del quetzal, habilidad que todos los cazadores de Cobán poseen en mayor o menor grado: consiguió atraer dos machos que matamos; pero como estos pájaros, en la época en que nos hallábamos, no tenían su principal adorno, intercedí por ellos y puse fin a una carnicería inútil. En cambio, matamos un mono provisto de una hermosísima piel negra.¹³⁷ Para nuestra cena se acondicionó una paletilla que me pareció

¹³⁶ Juarros, trat. L, c. III, p. 30 [N. del A.].

¹³⁷ *Mycetes niger*. Kuhl [N. del A.].

seca y correosa, de donde concluí que el famoso asado, en otro tiempo alabado por don Diego y Morin, debía su principal mérito a la escasez de provisiones y al apetito de los convidados. Por la tarde, gritos horrorosos despertaron los ecos vecinos; supe que estos clamores tenían por objeto espantar a las zorras en el momento en que salen de sus madrigueras después de ponerse el sol, para devastar las plantaciones.¹³⁸

Las montañas que rodean a Cobán se elevan dulcemente desde la meseta y forman una cordillera de aspecto bastante uniforme; están recubiertas de una arcilla arenosa, como los valles inferiores y de una espesa capa de detritos de los vegetales. Su superficie está cubierta de grandes masas de dolomias de estructura cavernosa que, en su erupción, han desgarrado profundamente el suelo. Desde estas alturas, mis compañeros me hicieron observar una nube azulada inmóvil hacia el suroeste y pretendieron reconocer el *volcán de Agua*, situado cerca de Guatemala; pero un cuadro de interés muy superior nos esperaba al bajar la montaña. Mientras empezaba a envolvernos la sombra de los bosques, el valle que aparecía a nuestros pies estaba aún inundado de luz: veía campos de maíz interrumpidos por pastos y arroyos que serpenteaban con toda su gracia primitiva; más lejos, la blanca iglesia de Cobán, colocada sobre un trono de verdor; más arriba, colinas cultivadas hasta la cumbre y coronadas de pinos; todavía más arriba, las grandes cadenas de montañas limitando el horizonte, espectáculo vasto y magnífico, que elevaba gradualmente mi alma hasta los espacios que ya nada domina, ¡a no ser la suprema inteligencia que ha sacado todo de la nada!

El clima de Cobán es húmedo y templado; las lluvias son frecuentes, aunque poco duraderas; convierten en pantanos las calles planas de la ciudad y en torrentes las que siguen el declive de la ladera. Es un ligero inconveniente para la mayor parte de los habitantes de la ciudad, que consideren como superfluo toda clase de calzado. En el mes de agosto, época de mi permanencia en ella, el termómetro centígrado marcaba 15 grados a las ocho de la mañana, 18 al medio día y 16 al ponerse el sol; las temperaturas máxima y mínima que observé en aquel período fueron de 20 y de 11 grados y por consiguiente 15.5 grados fue la temperatura media del mes. Es la misma en todo el año. Me sorprendió, con condiciones tan favorables, oír hablar de una enfermedad que se cree

¹³⁸ *Vulpes tricolor*, Cuv.; *tepezcuinte* de los indígenas [N. del A.].

exclusivamente inherente a los países cálidos: la disentería hace destrozos en Cobán durante los meses de julio y agosto; sobre todo ataca a la población india que no sabe enfrentarla más que con ceremonias y una medicación pueril; los *ladinos* se cuidan mejor; independientemente del régimen al que se someten, emplean con eficacia, como medio curativo, la corteza astringente de la granada.

El terreno de la meseta puede producir frutos y legumbres de excelente calidad; se aprecian en particular los *aguacates* y los *injertos*¹³⁹ de Cobán.¹⁴⁰ Pero la industria horticultora ha hecho pocos progresos en estas montañas; sólo hemos visto en la estación en que nos hallábamos, naranjas y *limas*,¹⁴¹ fruto acuoso cuyo sabor está únicamente concentrado en la cáscara y granadillas. La granadilla es una baya verde, de la magnitud de un huevo, cuya piel lisa y coriácea recubre una pulpa gelatinosa, ligeramente acidulada, refrescante, muy agradable. No hay persona que no haya oído hablar de estas plantas trepadoras que decoran los jardines de la América tropical, donde la singularidad de su inflorescencia les ha valido el nombre de *flores de la pasión*.¹⁴²

Un día me llevaron una cestilla de frutos, parecidos a pequeñas manzanas que difundían un fuerte olor a rosas; estas *manzanas rosas*,¹⁴³ como se llaman en el lugar, provienen de una especie de mirtácea.¹⁴⁴ La flor del arbusto se parece a un penacho azul, compuesto de innumerables estambres que caen sobre el cáliz; el pistilo muy largo persiste después de la fructificación.

La piña se da también a esta altura; pero ya ha perdido una parte de sus cualidades; el árbol del café vegeta allí vigorosamente, y da una cosecha buena; en cada jardín se reservan algunos pies de terreno para el uso de la casa. Al lado de estas producciones tropicales se ve amarillear el membrillo que desde el mes de agosto está perfectamente maduro.

Un suelo fecundo, una gran diversidad de climas, y producciones naturales de incontestable valor son ventajas que la apatía de la población y la ausencia de buenos caminos han paralizado hasta ahora en Verapaz.

¹³⁹ En español en el texto original [N. de las E.].

¹⁴⁰ *Lucuma salicifolia*, Kunth [N. del A.].

¹⁴¹ En español en el texto original [N. de las E.].

¹⁴² En español en el texto original [N. de las E.].

¹⁴³ En español en el texto original [N. de las E.].

¹⁴⁴ *Eugenia jambos*, L. [N. del A.].

El comercio de la comarca se reduce al maíz y a algunas *arrobas* de vainilla y de zarzaparrilla; además es necesario añadir un pequeño número de artículos de hilo de agave fabricados especialmente en la capital. El algodón constituía en otro tiempo el principal objeto de exportación; pero este género de comercio ha declinado sensiblemente desde que el cultivo del algodón se ha propagado en los departamentos del oeste.

En Cobán termina el camino más directo que conduce de Flores a Guatemala. Siguiendo la gran cordillera de *Chisec*, cuya masa principal corre del este al oeste, no opone como la de Cahabón un obstáculo permanente a la circulación de animales de carga; pero los numerosos torrentes que la surcan y que durante las tres cuartas partes del año vierten sus aguas en los valles adyacentes explican su abandono. Chisec es una región salvaje, en la que se refugiaron en 1803 algunos indios descontentos a causa del aumento de impuestos; se evalúa su número en 500 individuos aproximadamente. Todos los años, cuando la sequía hace practicables los caminos, un alcalde de Cobán se dirige a estos retirados lugares, reúne a su población dispersa, en seguida lleva consigo como un rebaño dócil a los niños que esperan el sacramento del bautismo, y las parejas que han prevenido el del matrimonio por medio de una unión anticipada: la iglesia los acoge como una madre indulgente y los despidе por sus montañas después de haberlo arreglado todo.

Detengámonos aquí un momento para pagar un tributo a la memoria de aquel ilustre obispo que dedicó su larga carrera a la defensa de una raza oprimida, y que fue el primero que plantó el estandarte de la cruz en Verapaz, cuando la comarca aún era salvaje; bella y noble figura de la caridad militante, animada por las pasiones más ardientes y más tiernas del corazón humano, y que arroja un reflejo dulce y consolador sobre el cuadro sombrío de la conquista.

“La Providencia —decía Las Casas—, sólo quiere obrar sobre las almas perdidas por medio de la predicación; condena la violencia, detesta las guerras injustas emprendidas en su nombre; no quiere ni cautivos ni esclavos al pie de sus altares, son suficientes la persuasión y la dulzura para encadenar los corazones más rebeldes”.¹⁴⁵ Estas palabras hacían nacer una sonrisa en los labios de los incrédulos que contestaban: “¡Intentadlo!”.

¹⁴⁵ Véase la Memoria de Las Casas contra Sepúlveda [N. del A.].

Lo intentó: era en el año 1536, 40 años después del descubrimiento del Nuevo Mundo; su celo infatigable lo había llevado hasta Guatemala, donde oyó hablar de la provincia de *Tezulutlán*, que los españoles habían llamado *Tierra de Guerra*, porque resistía tenazmente a sus ataques.¹⁴⁶ Una conquista tan difícil pareció a Las Casas digna de su misión; resolvió intentarlo para hacer triunfar sus principios, “sin otras armas —dicen los antiguos historiadores—, que la espada de dos filos de la palabra divina.” solamente pidió, como condición de su mediación, que estuviese prohibida la entrada en la comarca a sus compatriotas durante cinco años, y como recompensa, si conseguía lo que intentaba, que nunca les fuese enfeudada.

No seguiremos al aventurero en su pacífica cruzada, emprendida en compañía de fray Pedro de Angulo, que en 1560 fue el primer obispo de la provincia;¹⁴⁷ limitémonos a decir que las salvajes tribus de *Tezulutlán*, domadas por la mansedumbre, la paciencia y las virtudes evangélicas de los dos apóstoles, cambiaron poco a poco su barbarie nativa por costumbres más dulces y hábitos laboriosos que han guardado hasta nuestros días. En una palabra, al cabo de algunos años, se había olvidado el nombre de *Tierra de Guerra* y el de *Verapaz*, confirmado por el emperador Carlos V, perpetuaba el recuerdo de un triunfo, tanto más seguro cuanto que no estaba fundado en la violencia.

La ciudad de Cobán hizo el centro de acción de los dominicos y la capital política de la provincia; obtuvo las armas de una ciudad de primer orden; encima de su escudo brillaba el arco iris sobre campo de azur, con esta leyenda tomada del capítulo IX del Génesis: “Tenderé mi arco”, alusión a la nueva alianza de los dos mundos; más abajo, la paloma llevando un ramo de olivo se cernía sobre un globo con las insignias de la orden. La influencia de un clero regular, obedeciendo a principios fijos e instituyendo en torno suyo una disciplina uniforme, secundó maravillosamente la acción gubernamental en la Verapaz; los padres se aplicaron sobre todo a inculcar en su rebaño el respeto de la autoridad, y lo hicieron tan poderosamente, que la población de esta comarca todavía es la más pacífica del Estado y la mejor sometida al imperio del deber. En el espíritu de los cobaneros, el recuerdo de los dominicos está estrechamente

¹⁴⁶ Herrera, dec. IV, l, x, c. 13. [N. del A.].

¹⁴⁷ El obispado de Verapaz, erigido en 1559, fue anexionado al de Guatemala en 1607 [N. del A.].

ligado al de la antigua administración colonial, de la que siempre hablan con reconocimiento; cierto es que fue el periodo más feliz de su historia.

Desde aquella época, las revoluciones políticas y la traslación a Salamá de la autoridad civil han herido su ciudad en sus más preciados intereses: los edificios públicos, las vías de comunicación han cesado de restaurarse regularmente; ha disminuido la actividad industrial; se ha acabado con la educación; los lazos sociales se han relajado insensiblemente; todo, en fin, tanto en lo material como en el orden moral, ha marchado hacia la decadencia.

Aún hoy se respira en Cobán un perfume de devoción mística que ha sobrevivido a la destrucción de sus conventos. En la esquina de cada calle encontráis una capilla con la efigie de Cristo envuelta en un trozo de tela blanca que sólo deja descubiertas las extremidades; en otras partes, veis una cruz u otro símbolo del culto, y en el interior de las casas imágenes piadosas, reliquias y escapularios adornan devotamente los muros. A la primera campanada de oraciones todos se arrodillan y murmuran una oración; por otra parte, es preciso hacer notar que estas demostraciones exteriores están dictadas, más que por la piedad, por el respeto de los usos. La iglesia principal de la ciudad es una construcción muy grande, en la cual se hace sentir con dureza el paso del tiempo; me ha decepcionado no ver el retrato de Las Casas; pero allí se ve el de fray Pedro de Angulo, muerto en 1562, con una especial mención del celo que desplegó en favor de los indígenas. No brilla precisamente el buen gusto en la decoración interior del edificio; la vista se distrae con una multitud de imágenes piadosas, ángeles, santos, vírgenes, esculpidas, pintadas, doradas, con una invención y un lujo extraños que recuerdan los caprichos de la imaginación oriental. Estos accesorios son muy propios de su época, y agradan mucho a los indios, que estiman poco a un santo mal vestido. Por lo demás, todas las razas reciben aquí una satisfacción, sin que los celos puedan despertarse con un solo pretexto, y el africano mismo puede arrodillarse a los pies de un Cristo tan negro como él.

Otra iglesia, la de El Calvario, se eleva en el campo sobre un montecillo aislado. Este edificio completamente blanco, al que dan sombra grandes pinos, produce un efecto fantástico a los rayos del sol poniente. Alrededor está el cementerio, asilo abandonado como puede pensarse de un pueblo cuyo espíritu ligero le inclina al olvido; un sendero agradable y

pintoresco conduce de la ciudad a El Calvario. Me sentía frecuentemente atraído en esa dirección, que era mi paseo favorito. Después de haberme ocupado durante el día de las cosas del Nuevo Mundo, iba por la tarde a la colina solitaria para pensar en las de mi país. La melancolía de estos lugares comunicaba a mi alma algo de triste y de dulce que no carecía de encanto: me parecía que en aquel rincón de tierra estaba menos distante de los míos, y al mismo tiempo que era menos extraño a lo que me rodeaba, sentimiento que en principio creí instintivo atribuyéndolo a la igualdad de la tumba, pero cuyo origen descubrí muy pronto, siendo más consolador, porque es la fe.

En el momento de abandonar a Cobán, pacífica y dulce morada, donde he pasado algunos de los instantes más felices mi vida, me siento deslizar por la pendiente de las confidencias y cedo, después de algunas dudas, al atractivo de los recuerdos. Los hechos pintan mejor que los discursos la fisonomía moral de un lugar; no me atrevo a invocar esta consideración y sin embargo, no la rechazaré si el lector quiere admitirla.

Yo ocupaba en la ciudad una casita muy limpia, en medio de un jardín plantado de árboles de café, de naranjos y mirtos de pimiento que durante el día daban sombra y por la noche despedían un perfume delicioso de clavo. Esta casita pertenecía a una familia compuesta de tres jóvenes y un muchacho; nuestros anfitriones vivían en frente, en una habitación más grande, separada de la mía por una de esas avenidas campestres que he descrito precedentemente. Se les llamaba indios, pero ignoro la razón. Quizás era a causa de la benevolencia que demostraban a los indígenas, cuyo idioma hablaban como su lengua natural; pero cierta delicadeza de formas, cabellos finos y sedosos y una inteligencia bastante cultivada para el país, denotaban sobre todo en las mujeres, que la sangre americana no estaba sin mezcla.

La unión más perfecta reinaba en esta familia; la mayor de las hermanas podía tener 35 años aproximadamente: activa, laboriosa, dividía su tiempo entre los negocios de la casa y las prácticas de una minuciosa devoción. Sobre ella descansaba la administración de la pequeña comunidad, mientras el hermano más joven trabajaba en una propiedad rural, situada a alguna distancia en la montaña.

La segunda hermana era una mujer de 28 años, agradable, aunque de una gordura algo excesiva, devota, de un carácter estable, dulce y pacífico,

que había permanecido célibe por su gusto; encargada especialmente de los detalles domésticos, cumplía su tarea con un orden y un método muy raros en país español. La menor, Juana, joven de 16 años cumplidos, en nada se parecía a sus hermanas; había en ella una caprichosa mezcla de dejadez y vivacidad, de curiosidad e indiferencia, un no sé qué de agreste y cultivado que procedía evidentemente de dos orígenes distintos; sin embargo, la sangre india dominaba: de fisonomía naturalmente melancólica, si la alegría la animaba, toda la savia de los trópicos corría por sus venas.

Juana parecía dotada de una inteligencia menos flexible y menos desarrollada que sus hermanas; el instinto era poderoso en ella; su encanto principal consistía en una ingenuidad de carácter que traicionaba sus mínimas emociones con una intensidad espontánea. Como me habían aceptado en la intimidad de la familia, observaba con sumo interés los pequeños incidentes que revelaban esa naturaleza primitiva, pues hacía mucho tiempo que me veía privado del espectáculo de la vida doméstica.

La joven, a su vez, no era insensible al movimiento inusitado que nosotros producíamos en la casa: la presencia de dos extranjeros, siempre averiguando cosas nuevas, había efectivamente roto la tranquila uniformidad de aquella morada; menos laboriosa que sus hermanas mayores, cuya ternura maternal disculpaba su ociosidad, se aprovechaba de las menores distracciones que podía proporcionarle semejante vecindad. Nuestras colecciones, nuestros muebles, nuestras ocupaciones diarias eran otras tantas particularidades que despertaban su curiosidad; se informaba de todo sin darle importancia a nada; su natural era impresionable, pero con una ligereza de impulsión y una movilidad que no dejaban señales profundas. Dudaba de que fuese capaz de amar; seguramente ignoraba todavía los misterios del corazón y de la vida. Sentada en actitud perezosa, bajo los grandes mirtos del jardín, la cabeza inclinada sobre su brazo, los cabellos sueltos y flotando hasta el suelo, seguía durante horas enteras los caprichos de mi lápiz, sin cansarse de la inmovilidad; pero apenas estaba terminado el dibujo, lo arrancaba de mis manos, saltaba como un cervatillo y atravesaba impetuosamente la calle para gozar de la sorpresa y admiración de sus hermanas.

Desde que Juana se había familiarizado de esta manera, la vida me parecía completamente nueva; su presencia difundía un encanto sobre los objetos más insignificantes; era el rayo de sol que da alma a un paisaje.

Rectificar sus ideas, responder a sus preguntas, esclarecer su inteligencia, fue desde entonces mi ocupación más dulce. Me admiraba de no haber notado antes el armonioso timbre de su voz, la magnificencia de su cabellera, la flexibilidad de su talle y no sé qué gracia pintoresca esparcida en toda su persona: al principio sólo había visto una simple niña, ¿era, pues, ya una mujer peligrosa? Un hombre prudente no hubiese dudado; hubiera huido sin profundizar este misterio; ¡ay de mí! Confieso humildemente que esa idea ni me vino a la mente.

Obedeciendo a los impulsos de la naturaleza, sin pensar que en otras partes existían distinciones y miramientos sociales, Juana me mantenía en una perplejidad continua: a veces creía ser amado y en seguida se desvanecía mi esperanza; una mirada indiferente, un acto de ligereza, un síntoma de frialdad disipaban mi ilusión; la pena que entonces experimentaba era dulcificada, sin embargo, por un movimiento de generosidad que nacía en el fondo de mi conciencia: ¿cuál era mi designio? ¿Iría a turbar la pacífica seguridad de aquellos lugares donde se me había acogido tan bien? ¿No debía más bien alejarme mientras aún era tiempo? Tomaba esta resolución y, sin embargo, se sucedían los días sin que cesase de embriagarme con el mismo veneno.

Una mañana vino la joven a llamar a mi puerta con un soberbio ramo recogido en el jardín: quería resarcirme de una pérdida que había experimentado la víspera al atravesar el vado del río; la corriente había arrasado mi recolección y aún no me había consolado. Hubiera sido una ingratitud explicarle el interés particular que para mí tenían las simples flores de los campos:

—Ésta —dijo—, es la *vergonzosa*,¹⁴⁸ ved, *señor*, cuán tímida es: apenas la he tocado y hela aquí muy conmovida.

Me enseñaba una sensitiva, cuyas hojuelas se contraían al contacto de su lindo dedo, replegándose sobre su tallo:

—Ésta —prosiguió—, la llamamos en Cobán *flor de la pasión*,¹⁴⁹ ved la lanza, los clavos y la corona de espinas; llora el Viernes Santo —añadió con cierto aire místico—, en la hora en que expiró Nuestro Señor.

—De eso —interrumpí sonriendo—, no estoy muy persuadido.

—¿No me creéis?, pues bien, preguntad a mi hermana Teresa.

¹⁴⁸ En español en el texto original [N. de las E.].

¹⁴⁹ En español en el texto original [N. de las E.].

En seguida, cambiando bruscamente de tono y de conversación:

—¿Es cierto, *señor*, que pensáis abandonarnos como lo aseguraba ayer tarde vuestro compañero?

A esta pregunta inesperada, me turbé un poco y no respondí; entonces, dejando su ramo y agarrando mis manos entre las suyas:

—¿No estáis bien aquí? —me dijo con una expresión cariñosa que no le conocía—; ¿qué vais a hacer a Guatemala? —y fijaba en mí sus dos ojos negros que penetraban mi alma.

¡Ay! ¡Cuán frágil es la virtud! ¡Indeciso largo tiempo, entre el deseo y el temor del éxito, me había prometido guardar silencio y he aquí que a la primera prueba, iba a descubrir mi secreto! Cierto es que la ocasión se presentaba con todo su peligro: la actitud de Juana, la emoción de su voz, su mirada en la que leía una súplica, todo me embriagó, me subyugó y le dije tomándola del talle:

—En nombre del cielo, Juana, ¿debo creer que me amáis?

—¡Oh sí, creedlo! —respondió sin titubear.

—¿Y queréis que me quede en Cobán?

—Sí, lo quiero —dijo levantando la cabeza e inundando mi cara con sus cabellos de ébano—; espero que no os vayáis antes de que me case.

Esta palabra cayó sobre mí como una montaña de hielo; se desprendió mi brazo, abandoné su mano, sentí fluir mi sangre hacia el corazón; la joven me consideraba con una admiración llena de ansiedad, sin sospechar el golpe que me había dado:

—¿Qué tenéis, *señor*? —gritó, en fin, con una voz que el espanto hacía temblorosa.

Se habían disipado mis dulces ilusiones: me levanté, abrí la ventana, di algunos pasos por el cuarto, incapaz de decidir ni de pensar en nada; en fin, recobrando algún imperio sobre mí mismo, después de un doloroso esfuerzo, me volví a sentar; había tomado mi partido:

—Así, pues, Juana, ¿vais a casaros?

—Sí, *señor* —respondió bajando la mirada con cierto aire de contrición instintiva.

—¿De aquí a mucho tiempo?

—Dentro de un mes aproximadamente, *señor*. Mi hermano Fabricio no estará libre antes de recoger la cosecha.

—¿Pero, supongo que no os casaréis con vuestro hermano?

—¡Oh, *señor!* —y una franca carcajada me enseñó todos sus dientes de perlas—, Fabricio y yo debemos casarnos el mismo día.

—En fin, ¿quién es... vuestro prometido? —continúe afectando indiferencia.

—¿Mi desposado, *señor?* ¿No habéis oído hablar de don Yago Corrientes?

—Su cariño no es muy intenso —no pude evitar añadir—, porque no recuerdo haberle visto una sola vez en la casa.

—Nada tiene de extraño —replicó de inmediato—, hace dos meses que está en Salamá.

—¿Y amáis a ese joven Juana?

—*Señor...*

—Comprendo; por su parte, ¿supongo que os amaré?

—Seguramente, *señor*, puesto que quiere casarse conmigo.

—En ese caso, todo está bien.

Abrí una caja y saqué de ella un collar de coral que puse alrededor de su cuello:

—Tomad, Juana, es mi regalo de boda, porque el día en que os caséis, estaré seguramente muy lejos de aquí. Sed feliz, querida niña —añadí besándola en la frente—, y pensad alguna vez cuando oréis en los pobres viajeros.

No sé si hubo en su corazón una súbita revelación, pero la vi palidecer y salir sollozando. Al día siguiente, yo había partido.

Un mes después, recibí en Guatemala la carta siguiente, que traduzco literalmente:

Señor y amigo:

Desde vuestra partida, hemos tenido un gran pesar: el buen Dios ha recibido el alma del pobre Yago; reposa en paz en Salamá. Si aún amáis a Juana, venid en cuanto llegue el mensajero; en cinco días podéis estar en Cobán; ¡oh! ¡Cuán contenta estará! Fabricio os conducirá a la *sierra*, donde ha visto muy bellos pájaros verdes; mi hermana Teresa os conserva semillas y yo he recogido lindas conchas en la cerca del jardín, etc.

Que Dios os guarde durante muchos años.

Juana

La recepción de esta sencilla epístola vino acompañada de una circunstancia no menos inesperada que referiré en su lugar.

Capítulo XIX

La cordillera

El camino real de Cobán a Guatemala atraviesa la cordillera de los Andes, cuyo pico más elevado, medido por la parte media de las crestas, no baja de 2000 metros de altura.¹⁵⁰ Jamás ha pasado un carruaje por él; el pie desnudo del indio y el casco de la mula tienen solamente el privilegio de imprimir en él sus huellas, y sucederá lo mismo probablemente durante generaciones enteras. La perspectiva, el clima, las formas vegetales corresponden por su diversidad a los accidentes prodigiosos del suelo, que tan pronto se eleva en mesetas frescas y nebulosas, como desciende al nivel de las tierras calientes o templadas.

Habíamos acordado que saldríamos temprano en dirección a la aldea de Taltique, distante ocho leguas, con el objeto de librarnos de la lluvia, que casi siempre cae en la segunda mitad del día, en la época en que nos encontrábamos. Sin embargo, había salido el sol hacía rato, y nuestra escolta no se dejaba ver aún: con el pretexto de comprar provisiones, que consiguen sin gastos en sus casas, no dejan nunca los indios de exigir el salario adelantado; de modo que el viajero termina dependiendo de ellos.¹⁵¹ Esta costumbre, de la que es imposible sustraerse, tiene todavía otros inconvenientes: así que, cuando aparecieron nuestros guías, tres de

¹⁵⁰ Los puntos culminantes tienen 1000 metros más que las cumbres más elevadas del Jura [N. del A.].

¹⁵¹ Es preciso convenir en que la desconfianza de los indios tiene una amplia justificación en el pasado. He aquí lo que cuenta Thomas Gage, que visitó Guatemala al principio del siglo XVII: “El viajero —dice—, tiene el derecho de tomar en las aldeas a todos los indios que necesite para conducir sus mulas o llevar su equipaje; al terminar la campaña, entabla una disputa y los recompensa por último, golpeándolos”. Th. Gage. *New Survey*. Ch. XIX, p. 140 [N. del A.].

ellos ya estaban borrachos: y como la borrachera engendra sed, según dicen, hubo uno que dejó al salir de la ciudad su *machete*¹⁵² en prenda en alguna taberna; otro hizo lo mismo en el camino, y creo hubieran acabado por aligerarse de mi equipaje si no me hubiese apresurado a poner orden.

El camino que seguimos asciende progresivamente por la pendiente de las *sierras* y serpentea a la sombra de los liquidámbares, cuya cima piramidal se parece a la de los pinos; multitud de flores, entre las que recogí una hermosa *rhexia* de un rojo carmín, esmaltaban sus orillas y daban a la campiña un encanto lleno de interés.

Cuando llegamos a cierta altura, notamos un cambio en el estado de la atmósfera: grandes nubes huían hacia el oriente e interceptaban por intervalos el disco del sol; los vapores se acumulaban lentamente en el flanco de las montañas y rodaban hasta el fondo de los valles, impulsados por una corriente superior, mientras que en derredor nuestro estaba todo en calma; se oía rugir el trueno en estas profundidades. Las nubes se extendieron insensiblemente, algunos rayos oblicuos enviaban una débil claridad, y vimos una colina erizada de pinos destacarse con la luz sobre el azul sombrío de las *sierras*. Los árboles deshojados y ennegrecidos por el incendio aparecían como mástiles desmantelados por la tempestad. En fin, cuando llegábamos a la aldea *Santa Cruz*, se oscureció completamente el cielo y estalló la tempestad.

Envuelta en la verdura de los vallados y jardines, ofrece Santa Cruz, a la vista del viajero, como la ciudad vecina, una iglesia solitaria oscurecida por gigantescos cipreses que se inclinan hacia el monumento, como para darle culto. Una población de 2000 almas ocupada en trabajos agrícolas vive tan tranquilamente en los alrededores que, exceptuando el domingo, no se nota ningún movimiento ni se oye ruido alguno en la aldea. El paisaje es montañoso y romántico. A una larga legua en dirección al noroeste se encuentra a la orilla de un lago la aldea de *San Cristóbal*. Tenía una carta para el cura, pero me dijeron que estaba ausente, y como por otra parte el temporal perseveraba, me decidí a continuar la marcha.

Rara vez se ven tantas y tan encantadoras flores como las que producen estas regiones templadas; se suceden por familias y embalsaman el aire con sus emanaciones; son principalmente amarilis, girasoles y oxalis, las que crecen en las praderas: ipomeas, clematiles suspendidas de los

¹⁵² En español en el texto original [N. de las E.].

matorrales, formando perfumadas galerías; claveles de indias (*tagetes*) de corolas encarnadas; glicinas enlazadas a los árboles de los que penden sus racimos en formas de festones; varias especies de pentastemonos; en fin, un helecho leñoso de un verde pálido, cuyas ramas se extienden sobre la escarpadura de las rocas.

Se llega a Taltique por un valle espacioso de una legua de longitud por un cuarto de ancho; la aldea está situada en el nacimiento de la garganta que forman las cordilleras en su punto de unión. Nos agradó mucho el aspecto de bienestar y limpieza que notamos cuando al aproximarnos pasábamos al lado de jardines plantados de naranjos y cercados cuidadosamente por la parte del camino público. La proximidad de la selva se añade aquí a la humedad del clima y contribuye a darle cierta severidad al lugar. En diciembre, el frío es suficiente para congelar accidentalmente la niebla que se transforma en escarcha, y la lluvia que cae en forma de nieve muy menuda; así es que la palabra *frío*,¹⁵³ no basta ya para los cobaneros: el valle de Taltique es para ellos una *tierra helada*,¹⁵⁴ sin embargo, la temperatura nunca es muy baja, puesto que el plátano produce en él su fruto.

Se nos había indicado la casa de doña Ana Guzmán, como una de las más honradas del lugar y la única, por otra parte, que estaba abierta a los extranjeros: no había ya pues que deliberar. Reciente aún el recuerdo de Cobán, nos habíamos figurado una casita limpia, una acogida amable y unos semblantes bondadosos. Con la impresión de estas risueñas ideas, apresuramos el paso y entramos en un patio lleno de lodo que precedía a la casa. El ruido de nuestros caballos atrajo a la puerta a un personaje cuyo solo aspecto desvaneció todas nuestras ilusiones. Era un hombre de aspecto repugnante, muy colorado y gordo; sus ojos escondidos en la órbita, su labio superior grueso y erizado de un bigote pelirrojo, su frente picada de viruelas, componían un conjunto cuya vulgaridad recordaba el antiguo más bien que el Nuevo Mundo; tenía por gorra un pañuelo de algodón de color dudoso, y traía zapatos sin medias. Teníamos delante de nosotros al propietario de la casa y al maestro de escuela de la aldea.

Después de haberse informado del objeto de nuestra visita, de dónde veníamos y a dónde pensábamos dirigirnos, el señor Guzmán dio algunos

¹⁵³ En español en el texto original [N. de las E.].

¹⁵⁴ En español en el texto original [N. de las E.].

pasos perezosamente, mientras nos apeábamos y llamó a la *señora*¹⁵⁵ Ana, su madre. Vimos entonces salir de una cocina llena de humo, a una vieja de facciones duras y rígidas de color de pergamino, de mirada penetrante e inquisidora; iba vestida con un jubón de fondo blanco que daba a conocer sus ocupaciones diarias; el cabello gris, trenzado con una grasienta cinta, se mostraba como una corona sobre la cabeza de su dueña; iba descalza, con un trapo en la mano y un humeante cigarro en la boca.

Esta agradable persona nos examinó cuidadosamente a través de una nube de tabaco y nos introdujo, después de nuevos informes, en una pieza oscura, pues sólo recibía luz por la puerta. Allí se veían viejos cuadros dorados, herencia, sin duda, de varias generaciones, que debieron adornar en su tiempo las imágenes de algunos santos, como se podía deducir del estado de vejez en que se hallaba la pintura. Una mezquina capilla adornada con flores marchitas santificaba uno de los rincones del cuarto y dos bancos anchos cuya función supe luego, adornaban la pared opuesta: este local servía a la vez de comedor, de escuela y de dormitorio.

Apenas habíamos pasado el umbral de la puerta, ya nuestra anfitriona empezó a citarnos precios exagerados de los comestibles, y la miseria que, según decía, afligía al país. De todos modos, manifestamos intención de comer: la *señora* no hizo objeción alguna y fue a ocuparse de los preparativos necesarios. Al cabo de 10 minutos nos sirvieron a Morin y a mí, y a cada uno en su plato una tortilla de huevo, cuyo volumen había aumentado por la adición de algunos pellejos de tomates; después, en otros platos, una módica ración de arroz, judías secas, más duras que piedras, constituían el postre y formaban con el cántaro de agua y las *tortillas*, ya de algunos días, el complemento de nuestra comida. Al verme tratado de tal manera, no disimulé mi disgusto, y exigí a nuestra anfitriona que comprase al menos un pollo; pero no consintió en ello sino después de haber recibido el precio adelantado y aun así le costó trabajo decidirse a poner una pieza tan importante para nosotros. Me chocaron al principio los platos, y pensé que esta clase de servicio entraba en las costumbres del lugar; pero luego supe que únicamente se usaban en la casa que habitábamos.

Cuando hicimos desaparecer el último fragmento de *tortilla*, pues en las judías no había que pensar, me informé acerca de las camas que nos tenían destinadas; la anciana me enseñó los bancos de los que he hablado

¹⁵⁵ En español en el texto original [N. de las E.].

ya, asegurándome con su voz agrídulce que descansaríamos muy bien en ellos, y que los viajeros por lo regular nunca se quejaban. Estos motivos no pudieron convencerme, e hice por consiguiente suspender mi hamaca en la habitación: pero había que clavar una punta en la pared y esta circunstancia estuvo a punto de echarlo todo a perder.

Al primer toque de oraciones, la familia Guzmán se reunió para rezar, y después se apresuró cada cual a tomar sus disposiciones para la noche; era la hora en que el sol se escondía detrás de las montañas. Después de apagar la luz, Doña Ana se acostó con sus hijas en el único lecho que al parecer había; dos criadas indígenas extendieron en el suelo una estera y desaparecieron bajo un ancho cobertor; el más joven de los hijos se acostó al lado de Morin en el sitio que yo no había aceptado, y, por último, el dómine se introdujo en un lúgubre gabinete que me pareció ser su estancia ordinaria. No pude saber si dormía sobre un banco, sobre una estera o en una buena cama; encontrándome más cómodo que todos no envidiaba a ninguno.

Una hora después de nuestra llegada ya deseábamos salir lo más pronto posible de Taltique. La comarca ofrecía poco interés, y el interior de la familia Guzmán no lo compensaba suficientemente; pero era preciso buscar mulas o indios de carga, y éstos rara vez están dispuestos: nada puede moverles si no tienen antes 24 horas disponibles para gastar parte de su salario. Me resigné, pues, a esperar por sus conveniencias, y me limité, después de hacer una excursión estéril, a encerrarme en el círculo de mis observaciones.

Tres niñas y dos niños peinados al gusto monástico, es decir, completamente rasos, excepto una corona alrededor de las sienes, componían el personal de la escuela. El único elemento de su instrucción era el catecismo; éste era también la causa permanente de su tristeza. En efecto, para ahorrar tiempo a sus criadas, doña Ana las empleaba liberalmente en las necesidades de su casa; y cuando llegaba la hora de la lección, como no sabía nadie una palabra, se oía, en medio de chillidos, resonar el inhumano látigo del dómine. No hubo un solo día en que no sucediera esta escena. Los niños que asistían eran todos de origen criollo; ningún indio quería participar de tan buena instrucción. Una jauría de perros rojizos, pelados y famélicos se revolcaba gruñendo en el comedor, a la hora en que aparecían los platos; el instrumento correctivo, tan temido

de los escolares, pasaba entonces a manos de nuestra anfitriona, que se servía de él con igual destreza.

Nos despedimos de esta amable familia una mañana fría y tan nebulosa que apenas se distinguían los objetos a la distancia de cuatro pasos. Morin perdió el tiempo buscando cabalgaduras para nosotros, ya sea que no las hubiese en Taltique, o ya que no inspirásemos bastante confianza a los habitantes; pero nos consolamos con viajar a pie, cuando pudimos juzgar las dificultades del camino: era tan resbaladizo el terreno que los caballos y hasta las mulas se hubieran sostenido difícilmente en equilibrio en las pendientes rápidas de la montaña. Después de haber pasado la garganta a una altura de 1600 metros, desembocamos en el valle de *Patal*, llanura vasta y pantanosa, rodeada de bosques y dominada por picos que atraen constantemente las nubes: de cuando en cuando se descubren algunas casitas y señales de cultura, pero no hay ningún centro de población, a pesar de lo que indican los mapas. El obstáculo de los pantanos y el deseo que yo tenía de llegar pronto a Guatemala, me impidieron visitar *Purulá*, aldea de 400 almas, situada a poca distancia de donde nos hallábamos, y cuyas grutas tienen alguna reputación.

Descansamos en la llanura de *Patal*, subimos luego a una montaña, sombreada por encinas vigorosas, y bajamos después al valle de *Santa Rosa*, donde pasamos la noche: el frío nos pareció intenso. Un pino de magnífico aspecto, de hojas largas, rígidas, reunidas de cinco en cinco, crecía en esta localidad, y se parecía por su follaje a otras diferentes especies de encinas cuyo verdor es igualmente persistente. Se veían flotar sobre las ramas de estos árboles los tallos filamentosos del *tillandsia*, verdadero pelo vegetal cuando están desprovistos de su corteza.

El valle de *Santa Rosa* no tiene más salida que una brecha abierta entre masas de serpentina, de color oscuro y aspecto siniestro, que cubren el camino con sus trozos. Al salir de esta garganta, desde las alturas que los indios llaman *Quililá*, observamos una perspectiva singular: la niebla de la mañana reposaba en el fondo de los valles, y las cimas de las *sierras*, iluminadas por el sol naciente, sobrenadaban como otras tantas islas doradas en este océano aéreo. Sin embargo, muy pronto los vapores, dilatados por la acción de los rayos solares, comenzaron a moverse y nos envolvieron en un velo frío y húmedo que interceptó cualquier comunicación entre nuestros ojos y los objetos cercanos.

Cuando se disipó la niebla, nos sorprendieron las modificaciones que se habían operado en la comarca; la capa de arcilla y de tierra vegetal había desaparecido, y la estructura de la montaña se mostraba en toda su desnudez. El sello de aridez que llevaba impreso formaba un contraste singular con la riqueza de la vertiente opuesta. Una erupción de rocas verdes esteáticas, mezcladas con grandes masas silíceas, a veces de una blancura extraordinaria, había sido la causa de esta brusca metamorfosis. Se necesita toda la juventud y toda la savia del Nuevo Mundo para vivificar la triste inercia de estos desiertos; en los barrancos, en las hendiduras húmedas, donde los siglos han amontonado alguna cantidad de tierra vegetal, el sol hace brotar flores raras y preciosas; son bignonias olorosas, glicinas violetas, con vólculos azules, ingas blancas o rosáceas y también lindas dalias escarlata, que encontré aquí por primera vez. Se ven también los agaves de hojas anchas, cortas y gruesas, tapizando las fragosidades de las rocas.

Caminamos una parte del día por estas regiones salvajes, elevándonos a alturas desde 15 a 1800 metros sobre la meseta de Guatemala. Cerca de las dos llegamos a la extremidad del *Juluchuch*, que termina bruscamente la cordillera, y descubrimos un inmenso horizonte. A nuestros pies estaba el precipicio accidentado por los últimos peñascos de la *sierra*; luego, la llanura vasta y resplandeciente, entrecortada por cerros aislados que proyectaban aquí y allá sombras imponentes; finalmente, a lo lejos se divisaba una cordillera irregular de un azul intenso, sobre la cual se destacaban las blancas casas de Salamá. Desde las alturas en que estábamos colocados, este paisaje tan accidentado estaba lleno de armonía y de efecto; pero cuando al cabo de una hora llegamos a la base de la montaña y pisamos este terreno, que de lejos nos había alucinado, cesó nuestra ilusión y experimentamos una sensación muy diferente. Una llanura amarillenta, árida, arenosa, sembrada de guijarros y pedernales ardientes aparecía ante nosotros. Las cumbres se veían estériles y descarnadas, el territorio desprovisto de cultivo; miserables mimosas de follaje arrugado inclinaban lánguidamente la cabeza y algunas gramíneas enfermas se aprovechaban de su sombra para vegetar. Pero los recursos de la naturaleza son inagotables, y para un suelo tan ingrato reserva todavía un adorno; plantas suculentas y extrañas se acomodan en estas duras condiciones. Son principalmente melocactus, cuyo carnoso tallo se parece a

un enorme fruto, y cardos espinosos que están provistos de un espádice cubierto de una lana blanca como la nieve.

Después de una hora de camino, con un sol abrasador, atravesamos profundos barrancos, formados en una arena arcillosa y desembocamos en frente de Salamá; el oscuro verdor de los jardines, la cúpula blanca de la iglesia, las escarpaduras ruinosas que servían de apoyo a las primeras casas, las indias con sus taparrabos azules, llevando un ánfora en el hombro, formaban una escena de un carácter extraño, que despertó en mi alma los recuerdos clásicos de Oriente. Vadeamos el río, seguimos un camino tortuoso de triste apariencia y poco después nos encontramos en la plaza. La iglesia, el cuerpo de guardia ocupado por los indígenas, un mercado y una hermosa fuente fueron los objetos más notables que simultáneamente se presentaron a nuestra vista.

Llegábamos en circunstancias bastante inoportunas: la feria de San Mateo estaba próxima y esta solemnidad había traído a la ciudad gran afluencia de forasteros: todos tenían o esperaban huéspedes, de modo que llamamos inútilmente a todas las puertas. Fue menester recurrir al corregidor y reclamar su ayuda; puso sus alcaldes en campaña, pero nadie se compadeció. Viendo este magistrado el apuro en que nos hallábamos, nos ofreció cordialmente su casa y su mesa: tuve de esta manera ocasión de renovar el conocimiento con algunos usos de la vida civilizada, cuyo hábito había perdido hacía algún tiempo.

Salamá, cabeza de partido de Verapaz, es una ciudad de muy triste aspecto, construida al gusto español, y que sufrió mucho en el sitio que sostuvo contra las tropas de Carrera. Con 4500 almas de población, cifra bastante inferior a la de la población de Cobán, supera a esta última por el grado de actividad que corresponde a su importancia política. La situación de Salamá, a menor distancia de la capital y próxima a departamentos inquietos y turbulentos, explica la preferencia que el gobierno le ha dado sobre la antigua metrópoli de la provincia. Es innegable que los intereses generales de Verapaz sufren a causa de la concentración de los poderes administrativos en la parte extrema de un distrito tan vasto; pero en un Estado en que hay tan poca unión y tantos elementos de discordia, la cuestión política oscurece o domina a las demás. El objeto más interesante de los alrededores es una explotación industrial y agrícola situada a dos leguas de la ciudad en dirección al suroeste. Fundada

por los dominicos, está hoy la *Hacienda de San Gerónimo* en manos de una sociedad angloespañola, que emplea no menos de 1 200 a 1 500 obreros en el cultivo de la caña y en la fabricación del azúcar. Este producto sale refinado del establecimiento, adelanto notable para el país.

Al salir de Salamá, se camina durante dos leguas por la base de las *sie-r-ras* y se sube nuevamente a alturas de 1 000 y 1 300 metros para bajar por última vez antes de llegar a la llanura de Guatemala. Por consiguiente, teníamos en perspectiva un penoso trayecto cuando hicimos alto para descansar a media legua larga de la ciudad. Faltaba un hombre en la lista: envié inmediatamente a otro a buscarle y subí entretanto a un montecillo desde donde se dominaba la campiña. El terreno, en la extremidad del valle, estaba cortado por rocas azuladas, lisas, de una caliza cristalina que tenía todos los caracteres de antigüedad. Entre los peñascos de cuarzo que el sol hacía brillar, vegetaban algunas higueras cubiertas de polvo, euforbios y cardos de tallos rastreros y acanalados; pero estas plantas no daban sombra y sentimos por consiguiente el peso del calor durante dos horas mortales que pasamos en la inacción, contemplando el ondulante movimiento de los vapores que se elevaban de la ardiente llanura.

Empezaba a experimentar alguna inquietud en medio de una población nueva, más mezclada, más audaz que todas las que hasta entonces nos habían acompañado; mi aprensión aumentaba más al dirigir la vista por las cordilleras que nos rodeaban, y en las que ya no tenía poder la acción protectora de las leyes: nada más fácil que encontrar en ellas un refugio después de haber cometido un acto punible. El hombre que faltaba llevaba precisamente mis objetos más valiosos. En vano miraba hacia el camino de Salamá; ni mi mensajero aparecía ya: me decidí, pues, a enviar a Morin para que instruyese al corregidor de nuestra situación. Montó en seguida y partió al galope.

Tres cuartos de hora habían pasado cuando el indio que yo había enviado volvió y anunció que en la ciudad se estaban haciendo pesquisas. Al poco tiempo, una nube de polvo nos indicó la vuelta de Morin; por la viveza de su paso juzgué que las noticias eran importantes. En efecto, se había encontrado al delincuente en una taberna, donde olvidaba alegremente las preocupaciones del viaje: detenido por orden del corregidor, seguía a alguna distancia bajo la vigilancia de un alcalde, comisionado para mí. Al cabo de 20 minutos llegaron los dos; fue preciso entonces

escuchar el largo discurso del funcionario, cuya narración fue prolija, y darle las gracias por sus buenos servicios. Había perdido un día, pero en cambio había recibido una lección de vigilancia muy provechosa en lo sucesivo. No permitiéndonos lo avanzado de la hora emprender la subida de las montañas, nos limitamos a llegar a una *hacienda* situada providencialmente en su base: era una casa grande, construida en un alto terraplén y que dominaba la llanura. Fuimos bien recibidos y pasamos el resto del día observando las alturas azuladas de donde hacía poco habíamos descendido y las pendientes escarpadas que íbamos a subir al día siguiente.

Cuando llegó la noche se nos presentó un espectáculo muy interesante: la campiña, hasta entonces desierta, se animaba gradualmente; se veían caminar a través de las sinuosidades del valle pequeñas caravanas que se sucedían unas a otras, tan pronto visibles, tan pronto ocultas por las ondulaciones del terreno; llevaban el mismo camino que nosotros y vinieron también a la hacienda a pedir la hospitalidad que siempre obtienen. Cuando llegó la última cuadrilla conté 57 viajeros: eran gente de Salamá, de Cobán y aún de San Pedro Carchá y de San Juan. Cada grupo se establecía aparte sin mezclarse con los demás, procediendo con mucho orden a la instalación común y a los preparativos de la cena. Cuando estuvieron todos acampados y empezaron a brillar las hogueras al pie del terraplén, el vivac general tomó un aspecto en extremo curioso y animado. La mayor parte de estos indios llevaban maíz a Guatemala donde había sido escasa la cosecha; su carga pesaba cuatro *arrobos* (50 kilos) y pensaban sacar de ellas 18 reales (9 fr. 70 c.). Si se calculan las ganancias y se deducen los gastos de un viaje de ocho días se podrá juzgar, desde el punto de vista industrial, el valor de un hombre en este país.

Desde Salamá en adelante, casi todos los *ladinos* que se encuentran llevan un cuchillo a la cintura, y una larga espada generalmente desprovista de su forro. Este aparato guerrero es, por lo demás, muy inocente y aun atestigua la dulzura de las costumbres, porque los asesinatos son poco frecuentes. Me chocó la forma gótica de estas espadas, que según parece se remontan al tiempo de Alvarado. Supe después que se fabricaban en España; pero los ingleses que están a la expectativa de las menores ocasiones y que no desperdician ningún beneficio, ayudan también a los armeros de la Península. Estos viajeros delgados y ágiles de color tostado, con vestidos ligeros, y llevando al extremo de su espada colocada sobre

el hombro, su petate, me recordaban a los héroes de Lesage, aun cuando estuviésemos lejos de Salamanca y de Córdoba.

Atravesamos una garganta muy pintoresca en la mañana del día siguiente y subimos progresivamente hasta la región de las nieblas. El viento levantaba de cuando en cuando su masa flotante que volvía a caer en forma de lluvia; se distinguían entonces, a través de las capas adelgazadas, picos coronados de pinos y espantosos precipicios; en seguida, desaparecía la visión a causa de una nueva condensación de los vapores. El agua corría por pequeños barrancos, en los que vegetaban una multitud de hermosas plantas, cultivadas la mayor parte en nuestros invernaderos: se hallaban entre ellas el *cosmos*, de follaje perfectamente determinado, la *inga pulcherrima*, de flores carmesí adornadas con hermosos flequillos pardos; soberbias *gloxinias*, y varias especies de *ajimenes*, cuyas corolas de un azul violáceo se abren a la sombra como colosales violetas. Algunas de las cimas cercanas tienen lo menos 2 500 metros de altura.

Cuando salimos de esta zona montañosa nos encontramos en un templado valle, regado por el arroyo de la *Caña Brava*, cuyos bordes están cubiertos de bambúes; el camino se prolonga en seguida sobre un terreno árido y arenoso, cubierto de guayabos salvajes, cuatro leguas más adelante percibimos un fuerte olor a hidrógeno sulfurado, y al poco tiempo pasamos por sitios blanquecinos, desprovistos de vegetación, verdaderas *solfataras*, de las que se desprendían torbellinos de vapores; varios manantiales de agua caliente brotaban del suelo, y venían a parar a un arroyo casi seco con aspecto más que siniestro (*río de las Tejas*). Observé apresuradamente estos fenómenos nuevos, porque la lluvia se había declarado y nos dirigíamos a toda prisa a una cabaña que se veía a lo lejos. Caminábamos al trote cuando una cabecita morena, animada por ojos negros llenos de viveza, salió por entre los bambúes, y una voz infantil nos gritó: “*¡Señores, no hay gente!*”.¹⁵⁶ Sin embargo, adelantándonos sin hacer caso de la advertencia, nos encontramos frente a frente con una niña de cuatro años que, poniéndose delante de nosotros, dijo con tono resuelto: “*Señores, esta casa no es una posada*”.¹⁵⁷ No pudimos menos de sonreír y de parlamentar. La niña escuchó nuestras razones y se dejó convencer fácilmente; y en seguida volviéndose hacia nuestros indios, y con un aire de superioridad cómica:

¹⁵⁶ En español en el texto original [N. de las E.].

¹⁵⁷ En español en el texto original [N. de las E.].

—¡Y vosotros, perezosos, cuidado de no atar vuestras caballerías debajo de este árbol, donde veis la paja de maíz!

Estaba admirado de esta linda criatura, tan resuelta, tan inteligente, y tan jovencita; le preguntamos su edad, sus ocupaciones y su familia; a todo respondía en su gracioso lenguaje.

—¿Y no tienes miedo —le preguntamos—, cuando te quedas sola en casa?

—Oh, no, no tengo miedo, porque Dios vela por los niños.

Esta respuesta me encantó y la besé. Una vez establecida la intimidad, la niña nos dejó solos y se introdujo en una habitación próxima. Como tardaba en salir, y la tempestad iba cesando, me levanté para buscarla, porque no quería partir sin dejarle algún recuerdo. Entonces supe la causa de su desaparición: guiada por el deseo de agradar con el que nace la mujer, se había ido a poner su vestido nuevo; pero este primer movimiento luchaba contra el sentimiento de vergüenza, y no se atrevía a presentarse delante de nosotros. ¡Instintos encantadores que son de todos los países y que se encuentran hasta en las cabañas más retiradas del Nuevo Mundo!

Cuando el cielo se serenó, volvimos a emprender la marcha, y no tardamos en oír el ruido del *Motagua* o *río Grande*, impetuoso torrente, que tiene su nacimiento en las montañas de Sololá, a 30 leguas al norte de la capital y que separa el departamento de Verapaz del de Guatemala. Después de descender de una altura de 1500 metros, y describir una curva de más de 100 leguas en la dirección del noroeste, el torrente se convierte en un manso río, que purifica sus aguas en el golfo de Honduras. Lo atravesamos por un puente de madera de un solo arco, sostenido por cadenas y sólidamente colocado en la escarpadura de las rocas. Este puente había resistido el año anterior a crecidas extraordinarias que por dos veces lo invadieron y sumergieron completamente. Los habitantes de Guatemala hablan siempre de él con una admiración respetuosa, y le consideran como la octava maravilla del mundo; parecen haber olvidado, en el fervor de su patriotismo, que ha sido construido en las orillas del Támesis: destinado para una compañía inglesa, que se arruinó en una loca empresa de colonización, fue comprado tras su liquidación por el gobierno de la república. Nunca se empleó mejor el dinero del Estado porque el paso del Motagua en una débil embarcación era de los más

peligrosos en la mala estación. Se ha construido una casa sencilla y sólida para habitación del guardia y como refugio para los viajeros; dormimos en ella con el estruendo del torrente, cuya imponente voz parece redoblar su intensidad durante la noche.

Al día siguiente subimos de nuevo por los flancos de la cordillera y atravesamos una región templada, extremadamente accidentada, en la que son raras las habitaciones, y casi nulo el cultivo. Poco antes de ponerse el sol, vino del suroeste un viento fresco que hizo elevarse del fondo de los valles una inmensa masa de vapores que nos rodeó muy pronto; acabábamos de llegar a uno de los puntos culminantes de la cordillera, donde crecían árboles seculares, cargados de tillandsias de tallos blanquecinos y filamentosos. La perspectiva de estos ramajes llorones sumergidos en la niebla de la tarde era extraña y melancólica, pero sólo la observamos un momento; la atmósfera se oscureció de repente, y la disolución de los vapores se hizo con tanta rapidez y violencia, que no pensamos siquiera en desplegar nuestros *suyacales*.

Felizmente no estábamos lejos de la posada que la noche anterior nos habían prometido y nuestros guías, al separarse de nosotros, nos habían indicado su dirección; pero era menester abandonar el camino, y la oscuridad hizo que nos perdiésemos. El cielo se deshacía en agua, y parecía desplomarse sobre nosotros; de todas las alturas se precipitaban torrentes que, aumentando a cada momento, invadían el suelo por donde caminábamos y arrastraban consigo los despojos de las pendientes cercanas; la noche se aproximaba, nuestros caballos, cansados ya, tropezaban a cada momento, y sólo veíamos montañas y valles desiertos. Convencidos de que nos habíamos extraviado, nos decidimos a retroceder; el viento se había apaciguado, llovía menos y la atmósfera iba tomando su transparencia: gracias a esta circunstancia, encontramos por fin el asilo que buscábamos. Era ya tiempo, pues el crepúsculo desaparecía cuando llegamos al puerto. Permítaseme emplear esta imagen: figúrense, en efecto, paredes agrietadas, ruinosas, ahumadas y desprovistas de toda clase de recursos, en las que se veían agrupados 20 viajeros mojados, hambrientos y tiritando de frío; había en el interior una confusión análoga a la que se observa en un naufragio; cada cual se ingeniaba, al débil resplandor del fuego, para preparar su cama, para cambiar de ropa, y adquirir una miserable subsistencia. La llegada de nuevos huéspedes, seguidos de su equipaje y empapados

por la lluvia, no era un incidente agradable; fue necesario, sin embargo, conformarse con las circunstancias. La noche fue larga y penosa; el agua se filtraba a través del techo, y algunos pedazos de yeso que la humedad desprendía cayeron sobre nosotros más de una vez.

No esperamos a que saliese el sol para abandonar este detestable asilo. La jornada debía ser larga y nos pusimos en marcha antes de amanecer. Hacia el mediodía vimos a lo lejos la perspectiva de Guatemala; las montañas se habían oscurecido hacia el oeste, y se distinguían algunas manchas luminosas en la uniforme llanura del horizonte. Nuestros guías nos hicieron observar la iglesia de San Francisco, uno de los edificios más altos de la ciudad, y el volcán de Agua, cuyo cono aislado se elevaba hasta la región de las nubes. Perdimos de vista este cuadro internándonos en los bosques.

Desembocamos al poco tiempo en un valle estrecho rodeado de estériles colinas. El *río de los Plátanos*, crecido por la lluvia de los días anteriores, interceptaba la comunicación, corriendo con terrible impetuosidad; se veían en las dos orillas viajeros que discutían, dirigiéndose de un punto a otro, o mirando las espumosas olas, sin atreverse a tomar una determinación; también nosotros permanecimos indecisos a la vista de este furioso torrente. Sin embargo, uno de nuestros guías demostró más resolución: robusto y buen nadador, se despojó de su carga, y después de una corta consulta con sus compañeros se decidió a probar el paso. Al momento cesó la agitación, y todos los ojos se fijaron con ansiedad sobre él; el río no era muy profundo, pero el estruendo y la violencia eran terribles. En la parte media vimos vacilar y tambalearse a nuestro indio, dio media vuelta, y hubo un momento en que creímos iba a ser arrastrado por la corriente; pero se afirmó, y continuó su marcha con circunspección, llegando por fin a la orilla opuesta. El campo estaba abierto, cada uno se dispuso a entrar inmediatamente en la lid. En tales ocasiones, los indígenas proceden con una prudencia notable; no se aventuran aisladamente, se reúnen de tres en tres, a fin de oponer a la corriente mayor resistencia. Aquella fue durante media hora, una escena tan animada como divertida. Desgraciadamente no sucede siempre lo mismo: el paso de estos ríos impetuosos, reducidos a un filete de agua durante el verano, pero verdaderamente formidables en la época de las crecidas, casi siempre viene acompañado de catástrofes.

En la orilla opuesta encontramos el camino obstruido por colinas de arena movediza que a primera vista parecían intransitables, pero que atravesamos sin embargo siguiendo el hueco de los barrancos. Apenas vencimos este obstáculo, oímos rugir un nuevo torrente más impetuoso y más profundo que el *río de los Plátanos*. Aquí se detuvieron indecisos nuestros guías; midieron con la vista la profundidad del agua, y después de una corta deliberación, renunciaron al paso ordinario para buscar más arriba un vado menos peligroso. Subimos, pues, por el curso del torrente, arrimándonos todo lo posible a los ribazos, y cogiéndonos con precaución a las malezas. Nuestros caballos se resbalaron dos veces, y estuvieron a punto de ahogarse; hubo mil trabajos para sacarlos del paso y para dominar su espanto. Sin embargo, en medio de estas perplejidades, encontramos el punto que buscábamos, y aunque no habíamos ganado mucho, se decidió probar fortuna. Todo marchaba perfectamente cuando el último indio, atolondrándose, perdió el equilibrio y desapareció entre las espumosas olas: un instante temblé por él, pero sus compañeros lo socorrieron a tiempo y ganó la otra orilla. Morin y yo pasamos en seguida confiando en la seguridad de nuestras cabalgaduras. Yo experimenté cierta emoción cuando en el momento crítico aflojó mi caballo, tropezó, y estuvo a punto de caer; un espadazo desesperado le sacó, a Dios gracias, hasta la orilla.

Un tercer curso de agua, el *río de las Vacas*, nos opuso nuevas dificultades que vencimos con la misma felicidad. El lecho de este torrente es ancho y poco profundo; se divide en varios brazos y ocupa el hueco de un valle dominado por colinas arenosas, pintorescas, variadas en su aspecto, y sombreadas por pinos.¹⁵⁸ Más adelante se encuentra la aldea de *Chinauta*, por la que pasamos sin detenernos; nuestros guías hubieran deseado terminar aquí la jornada, pero como estábamos sólo a dos leguas de la ciudad, no escuché sus insinuaciones. Confieso que estos espantosos caminos desprovistos de puentes, de asilos y completamente descuidados, aún a las puertas de la capital me dieron una idea poco favorable de la administración del país, y oscurecían en parte las risueñas perspectivas por las que mi imaginación se extraviaba. Estábamos, sin embargo, al fin de nuestros padecimientos.

A partir de *Chinauta*, principia la prodigiosa cuesta que termina en la meseta de Guatemala. Si se figura una hendidura profunda entre dos

¹⁵⁸ *P. tenuifolia*, Benth [N. del A.].

muros de arena, surcada por las lluvias, obstruida por los hundimientos y trazando un surco rápido en los flancos de una enorme montaña, se tendrá una idea de esta vía de comunicación abierta entre las altas y las bajas tierras, por el único esfuerzo de la naturaleza. Cuando llegamos al punto culminante del camino, hicimos alto en una estrecha calzada para descansar y considerar los gigantescos conos que se dibujaban en el fondo de los valles inferiores. Su pendiente es tan rápida que el grano de arena que se separa no se detiene hasta la base. La campiña, en adelante, parece unida hasta el pie de las montañas; pero algunas sombras cortadas que se observan en algunos puntos indican nuevas cortaduras parecidas a las que teníamos ante nosotros.

Continuamos avanzando: todo era verde y fresco en la llanura; el horizonte se extendía, los volcanes se dibujaban en él perfectamente y sólo faltaba al paisaje alguna luz; infortunadamente el cielo estaba nublado, el sol oculto y vapores blanquecinos flotaban en la base de las *sierras* como amenazando mal tiempo. Ya se distinguían los grandes edificios de la ciudad que surgían lentamente de la llanura; buscábamos en vano predios, jardines, casas de campo, algunas señales, en fin, de movimiento y vida que anuncian la proximidad de un centro populoso: el lugar era inculto y desierto; sólo se veían pastos.

La atmósfera iba cargándose y la lluvia amenazaba caer muy pronto. Nuestros guías, rendidos de cansancio, caminaban con excesiva lentitud y multiplicaban las estaciones; juzgando que difícilmente llegarían antes de la noche, puse mi caballo al trote en la última parada y les dejé continuar su viaje bajo la dirección de Morin. Diez minutos escasamente habrían pasado, cuando un viento impetuoso del suroeste barría la llanura, y todas las cataratas del cielo se abrieron espontáneamente. Atacado tan bruscamente por la lluvia, tuve que detener mi carrera para asegurar mi dirección; mi caballo, aniquilado, parecía que iba a desfallecer; se cayó, se levantó y se volvió a caer al atravesar un pantano del que le costó mucho trabajo salir. En fin, el suelo era ya firme, pasamos entre dos cercas naturales, y descubrí algunas casas separadas al principio y después contiguas; resonó el empedrado, estábamos ya en la capital.

Una calle ancha y espaciosa se perdía de vista, las construcciones tenían poca apariencia y la yerba crecía libremente por todas partes. Esta perspectiva añadía al estado del cielo un grado mayor de tristeza. Por otra

parte, la lluvia caía incesantemente con la misma violencia: ¿por dónde dirigirme en una ciudad desconocida y cuyas calles no tenían nombre?, ¿y cómo descubrir el asilo que me habían indicado? En vano pedí me informasen en varias puertas; me vi tratado con muy poca caridad. Al oír el trote de mi caballo, cuyo eco resonaba por estas calles silenciosas, algunos habitantes aparecían en el umbral de la puerta de su casa, pero sus demostraciones eran, lo digo con sentimiento, poco benévolas. En fin, después de una peregrinación tan penosa, llegué a donde deseaba. La casa en la que me detuve era muy conocida en la ciudad, pues había pertenecido al historiador Juarros, cuyo nombre todavía lleva. Era entonces una hostería o mejor una *casa de pupilos*,¹⁵⁹ especie de colegio destinado a los estudiantes. Entré resueltamente en el patio, por más que no dejase de tener alguna inquietud, según el recibimiento que me acababan de hacer, por el que me harían aquí; tenía apenas tres reales en el bolsillo y ninguna esperanza, con tan horrible tiempo, de que llegase mi escolta antes del día siguiente. Al observar mi semblante pálido y descompuesto, la alteración de mi voz y mis vestidos chorreando como los de un naufrago, la dueña del establecimiento se compadeció; no se informó de mis recursos y me condujo a una habitación bastante limpia en la que hizo suspender una hamaca. Algunos instantes después, entró un desconocido que parecía ser mi vecino, provisto con un pantalón, una camisa y un par de zapatillas; acababa de verme llegar y al primer golpe de vista comprendió la posición en que me hallaba. Me sirvieron luego una cena de Visitandinas: huevos, chocolate, dulces y pan blanco; hubiera sin duda preferido manjares más sólidos, pero no pensé siquiera en pedirlos. ¿Cómo había de mostrarme delicado cuando mis compañeros mojados y hambrientos erraban sin duda a esta misma hora por las ciénagas de la llanura?

Cuando llegó el momento del descanso eché de ver que mi traje era algo ligero para la noche y pensé pedir un cobertor. ¡Ah!, era demasiado exigir: mi anfitriona me confesó que estaba desprovista de uno, pero me rogó aceptase un mantón como los que llevan las mujeres del campo. Tuve que contentarme y procurar sacar el mejor partido posible. Mientras me paseaba filosóficamente por mi cuarto, embozado en este grotesco vestido, buscando en el ejercicio un suplemento al calor, se me ocurrió una súbita idea: mis miradas se habían fijado en un tapete verde

¹⁵⁹ En español en el texto original [N. de las E.].

que cubría una mesa y comprendí todo el valor de este objeto. Dando gracias a la Providencia, cuya intervención me parecía manifiesta, quité los restos de la cena y me apoderé de la preciosa tela, me envolví lo mejor que pude y me metí en la hamaca, donde el cansancio cerró mis ojos. De este modo, después de muchas noches agradablemente variadas, una de ellas la pasé envuelto en un tapete, cosa que aún no me había sucedido.

Cuando salí de Guatemala, se pensaba, según me dijeron, establecer una hostería en esta capital.

Capítulo XX

Guatemala

Al día siguiente, muy temprano apareció Morin con los indios. Había pasado la noche en una especie de posada para uso de los viajeros indígenas y me pareció medianamente contento de todo lo que veía o sentía desde su llegada. Realmente, el mal tiempo no disponía al alma a impresiones agradables; la lluvia, al principio intermitente, se había hecho continua, lo que acabó de entristecernos, confinándonos en casa. Solamente después de tres días de fastidio, el sol saliendo victoriosamente de las nubes purificó la atmósfera y nos devolvió la libertad.

La capital de Guatemala¹⁶⁰ es tan poco conocida que el viajero no puede permitirse olvidar su descripción; he visto a europeos desgraciados vegetar en ella muy tristemente, después de haber disipado sus recursos con los gastos de un inmenso viaje: seducidos por exageradas relaciones, habían creído poseer un tesoro en su industria, ilusión que debía hacer desaparecer una sola mirada dirigida a la ciudad. En efecto, el aspecto material de una ciudad nos revela de una manera sensible la tendencia natural de sus habitantes, su grado de civilización, sus gustos, sus costumbres y su fortuna. Una descripción verídica de Guatemala no podrá carecer de interés por más que el cuadro no corresponda a la esperanza del lector.

El espectador colocado en el *cerro del Carmen*, montículo que se eleva al nordeste de Guatemala y que soporta una pequeña iglesia, que es el monumento más antiguo de la arquitectura cristiana existente en las cercanías, abraza un horizonte considerable cuyo primer plano está ocupado por la ciudad. La meseta es amplia, desnuda, monótona; desde ahí se ven

¹⁶⁰ *Quaubtemalan*, según la ortografía indígena [N. del A.].

los tres volcanes: el que los españoles han llamado *volcán de Agua*,¹⁶¹ notable por la simetría de sus líneas, parece dominar la ciudad de la que dista siete u ocho leguas hacia el norte; el *volcán de Fuego*, casi oculto por una cadena intermedia de montañas, produce un efecto menos interesante; el *Pacaya*, de una elevación inferior, aparece en la dirección del suroeste.¹⁶² Durante el invierno, estos tres colosos, colocados sobre una base de 4 000 pies, están envueltos en vapores y sólo aparecen por intervalos; pero cuando la atmósfera recobra su transparencia, sus perfiles se dibujan con admirable limpieza; sin embargo, se puede decir que el aspecto general de la comarca tiene algo de indefinido y grandioso que habla más al alma que a los ojos.

La ciudad de Guatemala, que tiene 30 000 almas aproximadamente, está construida en la llanura y completamente abierta; cierto es que se trabajaba cuando estuve en ella en la construcción de un fortín, pero esta obra parecía inquietar más a los habitantes que al enemigo. Como las casas tienen poca elevación, sólo se ven sus tejados, cuya perspectiva uniforme varía únicamente por alguna bóveda o campanario de iglesia. He hecho mención en el capítulo anterior de la decepción que experimentamos en el camino de Chinautá; el mismo aspecto de soledad y abandono reina en las cercanías de la ciudad; no se ven jardines, ni alquerías, ni casas de campo, ni alguno de esos establecimientos industriales o de utilidad general que nuestras capitales relegan fuera de su recinto. Las primeras casas están cubiertas de bálago y separadas unas de otras por campos rodeados de cercas naturales. Ya la vía pública, de 12 metros de ancho, aparece severamente alineada; no hay nada más monótono que esas calles tiradas a cordel que atraviesan la ciudad de parte a parte y continúan hasta el horizonte, donde la vista acaba por encontrar las tintas verdes y azuladas de la campiña. El mismo espíritu de uniformidad que ha regulado la dirección de las calles, ha presidido la construcción de las casas; limitando su elevación a 20 pies, la ley las ha reducido todas a una simple planta baja. Su fachada no se ve embellecida por ninguna especie de ornamento; en algunos sitios tienen aceras que libran momentánea-

¹⁶¹ *Volcan d'Agua* en el texto original [N. de las E.].

¹⁶² El *Pacaya* debe su nombre a una especie de palmera (*chamædora elatior*, Mart), que vegeta en su base y cuyas flores carnudas se comen cuando aún son tiernas y están envueltas. Se da a este volcán 3 300 metros de altura y 4 000 aproximadamente a los otros dos [N. del A.].

mente al transeúnte del suplicio producido por un pavimento detestable, compuesto de fragmentos angulosos, desiguales y mal unidos.

El centro de la ciudad está ocupado por la plaza de gobierno, vasto rectángulo de 193 metros de longitud por 165 de ancho; allí están reunidos la mayor parte de los edificios nacionales: el palacio del Gobierno, antigua residencia de los Capitanes generales; el de la Municipalidad; la Corte de Justicia donde estaban depositados los archivos de la confederación que, desde la disolución del pacto federal, han sido dispersados con gran perjuicio suyo; en fin, la Casa de la Moneda y la cárcel. Estas construcciones bajas y uniformes, ocultas por una galería cubierta, sin el menor lujo arquitectónico, se llaman pomposamente palacios. Uno de los lados del rectángulo pertenece a particulares que han abierto tiendas; la catedral adorna el lado occidental; por último, en el centro se ve una fuente octógona, de arquitectura pesada y de gusto bastante malo, coronado en otro tiempo por la estatua ecuestre del rey Carlos IV, que fue derribada y hecha pedazos en aquellos tiempos tempestuosos en que las colonias españolas proclamaron su independencia. Sólo el corcel ha quedado en pie, como para hacer sentir mejor la nada de las cosas humanas; por otra parte, la ejecución del cuadrúpedo no hace sentir, al menos desde el punto de vista artístico, la pérdida del caballero de la realeza.

Muchas series de barracas, de la apariencia más miserable, turban la buena armonía de esta plaza; véndese en ellas loza, instrumentos de hierro, objetos de pita y otras mercancías de poco valor. Su arriendo forma un artículo del impuesto comunal.

La catedral dividida en tres naves de medio punto, de elegante sencillez, fue construida en 1730 por un arquitecto italiano. El altar mayor, de madera dorada, está muy bien adaptado al carácter del edificio. Allí se observa una lámpara de plata, de estilo libre y correcto, pero en vano se buscan, entre los ornamentos sagrados, los candelabros de oro que provenían de la munificencia del arzobispo Francisco Monroy. No menos preciosos por su ejecución que por su valor intrínseco, estos candelabros, de un metro de altura, pesaban cada uno 32 marcos. En la noche del 24 de junio de 1815, una mano sacrílega hizo desaparecer cuatro, sin que nunca se haya podido averiguar su paradero; se puede decir de los otros dos que han tenido la misma suerte, aunque por esta vez se haya disfrazado la expoliación con el pretexto de las necesidades públicas.

La catedral posee numerosas esculturas de madera, pintadas y doradas con el lujo original de los antiguos misales. Algunas de estas obras no carecen de mérito; la más notable es un San Sebastián expirando: la expresión dolorosa y resignada de la cabeza, el sabio juego de los músculos y toda la anatomía del torso revelan en el artista conocimientos y talento. En efecto, se había formado en la capital de Guatemala una escuela de escultores desconocidos en Europa, por más que sus obras hayan atravesado varias veces el Atlántico para adornar las iglesias de la metrópoli; extraños a los modelos de la antigüedad y entregados a sus propias inspiraciones, habían sabido sacar de la ardiente piedad que los animaba, un sentimiento íntimo de la parte expresiva de su arte. Observemos de paso que la imaginación española nada olvidó de lo que puede contribuir a exaltar la devoción: no les bastaba el relieve, y fue preciso añadir el color a fin de que la ilusión de los ojos conmoviese más profundamente el alma. Tal fue el origen de esas producciones de un gusto contestable, a las que consagraron su talento hombres como Roldán, Montañés y Alonso Cano, que llevaron esta rama del arte a un grado admirable de perfección. Los escultores de Guatemala se han formado en la escuela de estos maestros, o mejor dicho, de ellos han tomado su manera y sus procedimientos; empleaban la madera de naranjo y más todavía la de una especie de limonero, de una dureza, de una fineza e igualdad de superioridad de grano.¹⁶³ Eran piadosos y sencillos artistas, que florecían a la sombra de las iglesias, animados por el clero y protegidos por el gobierno; pero las revoluciones, la invasión de las ideas liberales y el empobrecimiento de las órdenes religiosas, han agotado hace mucho tiempo la fuente que alimentaba sus trabajos. La pintura ha decaído igualmente, aunque nunca ha tomado un vuelo notable: en cuanto a las artes de orden inferior, tales como la platería, la marquetería, la ebanistería, han caído en una decadencia tan completa, que cuesta trabajo creer que hayan brillado nunca con algún lustre.

Entre los cuadros que contiene la catedral, casi todos malos o medianos, se observa en la extremidad de la nave colateral de la izquierda, un lienzo de Rosales, uno de los pintores de mayor renombre en Guatemala. El artista ha querido representar el dolor de los ángeles cuando expiró el Salvador del Mundo, concepción ambiciosa que hubiera asustado al

¹⁶³ *Citrus lima* L. [N. del A.].

mismo príncipe de la pintura; de más está decir que Rosales no era un Rafael, a pesar de las extrañas pretensiones de sus conciudadanos. Su cuadro, por el que sienten un gran aprecio, es pobre desde el punto de vista de la composición; carece además de perspectiva, pero ofrece algunas lindas cabezas y un estudio bastante bueno de Cristo.

Seguramente no tengo la intención de hacer pasear al lector por las 24 iglesias que posee la ciudad, y por tanto limitaré mi elección a las principales: Santo Domingo, La Merced y San Francisco.

Santo Domingo fue el primer monumento religioso fundado por los españoles cuando, después de haber abandonado la antigua Guatemala, fijaron su asiento e hicieron el plano de su nueva capital.¹⁶⁴ La fachada, recargada de adornos del gusto del renacimiento y el tono amarillento del edificio, recuerda bastante bien la idea de esas piezas montadas que hacen la gloria de nuestros pasteleros; pero su interior está espléndidamente decorado. Se reconoce, en la poca elevación de las bóvedas y en el carácter pesado del conjunto, que el arquitecto se ocupó ante todo de la resistencia y solidez de su obra; hoy, como ya he dicho, el recuerdo de los desastres pasados influye todavía en las construcciones de la ciudad y les imprime un sello particular. Santo Domingo posee dos grandes cuadros de Pontaza, el último pintor nacional que ha gozado de alguna reputación: el primero representa la invasión de la iglesia de Sandomir por los musulmanes en el momento de celebrarse el oficio divino; el otro, el martirio de Sandocet y sus compañeros. La composición de estos dos lienzos es bastante extraña, pero no desprovista de inventiva. Los altares distribuidos en los colaterales están adornados de esculturas de la mejor época, y especialmente de figuritas que se distinguen por la variedad, la expresión, la sencillez de sus actitudes, el lujo y capricho de los accesorios. Fieles al genio de su nación, los artistas se han limitado a reproducir escenas de una barbarie refinada; así es que se ven por todas partes Cristos de tamaño natural padeciendo, agonizando, cubiertos de llagas sangrientas que el buril y el pincel han estudiado minuciosamente hasta el punto de sublevar al espectador.

¹⁶⁴ Se sabe que la primera Guatemala (*la Vieja*) fue destruida en 1541 por las aguas del volcán de Agua que, rompiendo una porción del cráter, se precipitaron como una avalancha sobre la ciudad, y la segunda (*la Antigua*), en 1773 por la erupción del volcán de Fuego; la tercera (*la Nueva*) fue fundada en 1776, tres años después de la catástrofe [N. del A.].

La Merced es una iglesia muy linda, bien situada, construida según el gusto español. Se podrían criticar, desde el punto de vista artístico, los dos pesados campanarios de la fachada; sin embargo, el edificio les debe una parte de su originalidad. Construido por los planos de un hombre oscuro que de ser carpintero se elevó por su mérito a la profesión de arquitecto, ha resistido victoriosamente el temblor de tierra de 1830. La luz está distribuida en el interior de tal manera que deja a los asistentes en la sombra, mientras que el altar mayor y los sagrados ornamentos reciben de lleno la luz del domo. En la última capilla de la nave colateral de la derecha, se admira un Cristo llevando su cruz, escultura conmovedora de Alonso de la Paz; la cabeza es una obra maestra, digna de los grandes pintores españoles. No lejos de este sitio, la *Virgen de Chiquinquirá*, con rostro de ébano, realzada con suntuosos adornos, cautiva exclusivamente los homenajes de los fieles de raza africana.

San Francisco o el Panteón, el edificio más elevado de la ciudad, puede considerarse como una masa incoherente, sin término, que impone de lejos por el prestigio de una falsa grandeza. Los habitantes se enorgullecen sin razón de este monumento frío y costoso que es el menos interesante y menos útil de todos los fundados; iniciada su construcción en 1796, ha costado ya un millón de piastras, suma excesiva para un objeto de lujo en un país que carece de lo necesario. Desde lo alto del panteón se goza de una vista magnífica de la ciudad y la campiña.

Citemos también la iglesia de Recoletos, cuyas torres producen un efecto pintoresco; Santa Teresa, de arquitectura sencilla y noble, pero pobre de ornamentación como todas las construcciones modernas; en fin, la capilla del Calvario, situada en un montículo en el centro de la ciudad y dotada de los principales lienzos de Manuel Merlo, a quien los naturales de Guatemala colocan, en su sencilla admiración, a la misma altura que Apeles. Estos cuadros fueron hechos a principios del siglo pasado; representan los diversos episodios de la Pasión, y no carecen de inventiva ni de colorido. El Calvario está lleno de lamentables imágenes, esculpidas y pintadas con talento; la principal pieza es una efigie de la Virgen sosteniendo en sus brazos el cuerpo exánime del Salvador. Esta obra de ejecución libre y segura y de patética expresión, es tan antigua como la ciudad: pertenece a Vicente España, apodado por sus compatriotas como el Lisipo de Guatemala; dos ladrones crucificados que se ven alzando la vista conmueven por su dolor y verdad.

Los monumentos que acabo de enumerar tienen el mérito de haber sido erigidos por una colonia pobre, cuyo territorio menos rico que México y Perú, está desprovisto de metales preciosos. En 1829, después de una sangrienta lucha, las riquezas consagradas a su ornamentación fueron presa del partido victorioso: los liberales no se contentaron, en efecto, con abolir las órdenes monásticas, desterrar el clero, confiscar sus bienes; adelantaron más en su obra de expoliación, y el saqueo de las principales iglesias sirvió para saldar los gastos de la guerra civil. Se dice que Santo Domingo, la Catedral y la Merced proporcionaron un contingente de 150 000 *pesos* (800 000 francos).

Aumentado con varias adquisiciones sucesivas, el hospital ocupa con el cementerio una superficie considerable hacia el límite oriental de la ciudad. Este establecimiento hace mucho honor a los ciudadanos que contribuyeron a su desarrollo, después de haberlo sostenido mucho tiempo con sus limosnas; goza de una renta de 18 a 20 000 piastras (590 a 100 000 francos), de los que una parte proviene de los impuestos indirectos constituidos en provecho suyo. Las 200 camas se conceden libremente a todos los enfermos del Estado. Sería deseable contar en las salas con más aire, más luz y especialmente mejores catres, porque aún en Guatemala, una tabla sencilla es algo dura para un hombre enfermo o herido; en fin, la sustitución del hierro por los catres de madera es una mejora que debe esperarse se hará pronto. Durante el año 1846, vinieron 3 207 enfermos a aliviar sus dolencias en esta casa de caridad; 2 631 salieron curados; el gasto ascendió a 16 904 *pesos* (85 000 francos).

La costumbre de sepultar a los muertos debajo del pavimento de las iglesias fue abolido en la capital desde el año 1831; intervino entonces un decreto de la legislatura que agregó el cementerio del hospicio al de la universalidad de los ciudadanos, y prohibió practicar inhumación alguna fuera de este recinto. Independientemente de la extensión que recibió el camposanto, se le rodeó con murallas de espesor considerable que recibieron como en España el mismo destino que el suelo. Este cerco, blanqueado con cal, está dividido en compartimientos verticales donde están inscritos unos rombos negros que se corresponden con los nichos funerarios. El efecto que produce es extraño, parece un juego de naipes prodigioso. Al cabo de 10 años las fosas comunes son registradas, niveladas y dispuestas para nuevos huéspedes, mientras que los despojos de los

antiguos nichos se amontonan en los osarios piramidales que flanquean los cuatro ángulos del cementerio.

Un día que salía de este melancólico recinto, oí a alguna distancia los sonidos de varios instrumentos. La música tenía una expresión viva y alegre que contrastaba singularmente con el aspecto fúnebre de estos lugares. Como se aproximaban los acentos musicales, me oculté en las cercanías para averiguar qué era. Muy pronto apareció una ruidosa cuadrilla compuesta principalmente de niños del pueblo: cuatro de ellos llevaban unas parihuelas sobre las que sólo se distinguían flores; todos los rostros expresaban alegría. Depositado el fardo en la hierba, vi que hacían un hoyo, sin embargo, la orquesta continuaba alegremente sus acordes. Algo sorprendido por el carácter de la ceremonia, a la cual por otra parte no asistía ningún eclesiástico, me aproximé a los asistentes, y dirigiéndome a uno de ellos, le rogué me dijese el motivo de aquella alegría: “entierran a una criatura”, respondió sencillamente; quizás se hubiera visto incómodo para decirme algo más; pero en mis recuerdos acababa de hallar la explicación que solicitaba. Se me dispensará una corta digresión que servirá de comentario a la extraña escena que acabo de describir.

Algunos años antes me había detenido en un pequeño puerto del Algarve, llamado Villarreal, con el proyecto de seguir el curso del Guadiana. A mitad de la noche, me despertó un ruidoso concierto mezclado con alegres gritos que provenían de una casa vecina; el ruido se prolongó hasta despuntar el alba, es decir, hasta el momento en que fui a bordo. Cuando pasamos el alfaque del río con ayuda de la marea se elevó una brisa que dio algún descanso a los remeros; éstos abandonaron los remos, izaron velas y en seguida se dispusieron a almorzar pan y aceitunas; el patrón de la barca me había convidado a esta modesta comida; muy pronto nos conocimos y conforme íbamos conversando se me ocurrió hablarle acerca del concierto nocturno.

—Habrá muerto un niño en la casa vecina —me dijo.

—¡Cómo! —exclamé admirado—; ¿así se manifiesta el dolor en Villarreal?

—*Senbor*¹⁶⁵ —respondió con cierta gravedad—, ignoro lo que pasa en otras partes, porque nunca me he separado de esta costa; aquí, cuando perdemos un niño antes de que haya cumplido siete años, nos regocijamos

¹⁶⁵ En portugués en el original [N. de las E.].

sinceramente por la gracia que Dios le ha otorgado; así evita las miserias de este mundo, *senhor*, ¡para entrar sin mancha en el seno de su Creador!...

Mientras el marino se explicaba en estos o parecidos términos, yo consideraba su rostro oscuro y cubierto de sudor, sus manos callosas, su miserable alimento, pensaba en su dura condición, en los peligros del mar, y apreciaba todo el alcance de sus palabras. Tal es el origen de una costumbre fundada en un sentimiento profundo y religioso de nuestras miserias, pero que en las colonias españolas donde ya se ha olvidado su verdadero sentido, sólo sirve de ocasión y pretexto para diversiones inoportunas.

Entre los edificios que tiene Guatemala puede citarse también el de la Universidad que, aún sin terminar, forma un conjunto bien ordenado, de carácter severo y de buen gusto. La institución data de 1678: posee una biblioteca de 3000 volúmenes, compuesta en su mayor parte de obras teológicas sin interés. Esta colección se había acrecentado el doble con la expoliación de los conventos; pero el gobierno actual ha restituido estos tesoros literarios: hasta ahí se ha limitado su munificencia; de todos los bienes confiscados a las órdenes religiosas, son los únicos que ha devuelto. Existe en la biblioteca de la Universidad una historia manuscrita del país de un tal padre Jiménez que no he visto citado en ninguna parte y que quizás nunca haya tenido lectores; la obra consta de cuatro grandes tomos: no he aprovechado, lo confieso, esta excelente ocasión para instruirme. En cuanto al Museo de Anatomía, del cual me habían contado maravillas, se resume en una pieza única, modelada en cera bajo la dirección del doctor Flores, y conservada en el anfiteatro del hospicio. La misma decepción me esperaba en el gabinete de Historia Natural y en la Academia de Bellas Artes, instituciones que nunca han existido más que en la imaginación de los habitantes y en ciertos tratados de geografía.

No ignoro que se había formado en el año 1795 una asociación patriótica, con objeto de hacer prosperar la agricultura, mejorar la educación de las clases inferiores y estimular la industria nacional. Este proyecto fue recibido con el entusiasmo que siempre inspira la novedad; aflúan allí las comunicaciones, los proyectos y los informes: ya era el cacao, cuyo cultivo exigía una reforma; ya la morera, que prometía resultados inesperados; ya el lino, recientemente introducido y sometido a experimentos interesantes; éste simplificaba la preparación del índigo; aquél presentaba

un proyecto nuevo para hilar el algodón; se votaba una caja de socorros en favor de los artesanos enfermos: en una palabra, todo el mundo estaba preocupado con la prosperidad pública y el progreso.

Pero el entusiasmo que animaba a los fundadores de la *Sociedad Económica* se disipó con el tiempo; los enredos del gobierno, lo módico de los recursos, las decepciones inseparables de los primeros intentos enfriaron el celo de los asociados; graves perturbaciones en el orden político dieron nueva dirección a los espíritus; cada cual se descargó poco a poco, de obligaciones que se hacían demasiado pesadas; en una palabra, la institución, tanto tiempo vacilante, está hoy en decadencia. Gracias al producto de una lotería anual, sostenida por el gobierno, mantiene todavía una escuela gratuita de dibujo, de escultura y de matemáticas elementales; publica un periódico, que en verdad no tiene lectores y persiste a pesar de la indiferencia general, distribuyendo premios a la industria y al trabajo; pero ha disminuido el concurso de tal manera, que a veces alcanza la palma un pañuelo bordado u otro objeto frívolo, obra de una señorita de buena casa.

El aspecto de Guatemala es triste: la uniformidad de las construcciones, la ausencia de carruajes, el silencio y abandono de las calles crean en el extranjero un sentimiento de hastío mortal cuando no le estimula la curiosidad. Sólo un botánico puede hallar distracciones en la ciudad. Hacia fines de septiembre, cuando yo residí en ella, se notaba a lo largo de las casas un aster muy lindo, así como una nicociana de corolas pálidas y cilíndricas; las hermosas flores carmíneas de la *mirabilis jalapa* se abrían en los lugares sombríos; una liana magnífica, la *ipomæa villosa*, escalaba los muros coronados de claveles de la India y de diversas especies de soláneas; en fin, a la orilla de los arroyos se veían florecer el girasol acuático, el enótero rosa, etcétera. Estas plantas crecen libremente en los intersticios del pavimento, que a veces desaparece bajo su exuberancia. La flora se hace cada vez más rica a medida que uno se aleja del centro para acercarse a los arrabales. Se encuentran, entonces, la dalia arborescente, el dutroa, la *ipomæa longistipulata*, la *euforbia pulcherrima* y un admirable convolvulus azul que, según creo, aún no se conoce.

Pero si el ruido de los carruajes y el movimiento de la circulación no turban la quietud de los habitantes, en cambio ensordece el sonido melancólico de las campanas que se propaga de convento en convento

y de iglesia en iglesia durante todo el día. La ciudad despierta tarde y se duerme temprano; a las ocho de la mañana aún están desiertas las tiendas; a las diez solamente el mercado comienza a animarse; desde que empiezan a quedar las casas en la sombra, todas las tiendas ambulantes desaparecen, todas las puertas se cierran herméticamente; después de las ocho, sólo se encuentran los vigilantes nocturnos que se dirigen a sus puestos. La organización de los *serenos*¹⁶⁶ y el alumbrado de las calles son dos mejoras de fecha reciente. Antes del año 1841, las calles eran poco seguras, como en otro tiempo las de La Habana; pero hoy se puede circular libremente, sin armas ni temor, a cualquier hora de la noche, en toda la extensión del radio organizado. No ha sido fácil para la administración municipal lograr que la ciudad disfrute de un beneficio tan importante; el obstáculo provenía de los mismos habitantes que se han negado por mucho tiempo a garantizar su propia seguridad, aun a costa de una módica retribución.¹⁶⁷

El espectáculo más interesante que me ha ofrecido Guatemala fue el de la plaza pública, a la que los indios que contribuyen especialmente a proveer el mercado afluyen de todos los puntos circunvecinos. Del norte viene el carbón, la madera de pino, los frutos que dan su nombre a la aldea de *Jocotenango*;¹⁶⁸ los vasos de barro llevados en redes por las mujeres de Chinautla que suben todas las mañanas con el peso de esta incómoda carga, la escarpadura que separa su aldea de la meseta; del sur llegan la leche, los frutos y hortalizas de los climas templados; del este, las producciones de la zona tropical, los peces del lago de Amatitán, el azúcar y el algodón de la costa. Por este camino desembocan los indios de los Altos, la raza más aguerrida de América Central: su rostro más oval, su barba más provista, su fisonomía inteligente, la independencia y orgullo de su aspecto, los distinguen de los naturales de Verapaz; son los hombres más útiles e industriosos del Estado. Proveen a la ciudad de trigo y telas de lana, de cacao, que van a comprar en la costa de Soconusco y de sombreros de palma que fabrican cuando viajan.

En otras partes se ven indias que caminan ágilmente con su cesta

¹⁶⁶ En español en el texto original [N. de las E.].

¹⁶⁷ La tasa basada sobre el valor de las casas varía de 2 a 12 reales mensuales [N. del A.].

¹⁶⁸ *Jocote*; es el *spondias mibobolanus*, L. [N. del A.].

sobre la cabeza, su hijo menor suspendido a la espalda: no se puede ver sin compasión a esas pequeñas criaturas paseando en torno suyo miradas admiradas y asiéndose con sus débiles manos al fatigado cuerpo de su madre; algunas de estas mujeres han andado en hora y media las tres leguas que separan a Mixco de la ciudad, y las *tortillas* que llevan envueltas en una servilleta, aún no han perdido el calor del horno.

Suenan las 11, las últimas aldeas del distrito han enviado ya su contingente, y el mercado presenta un aspecto animado. De repente, la guardia toca llamada; un hombre de mediana estatura, todavía joven, de cabello negro y tez cobriza, atraviesa los arcos que conducen al palacio de Gobierno. Es el presidente Carrera, ese indio temible, quien ha derrocado el prestigio de la autoridad española y que hoy personifica la fuerza material del Estado. Viste el traje de la ciudad sin ninguna insignia distintiva; la gente de mal aspecto que le sigue y que podrían tomarse por lacayos son los ayudantes de campo de su excelencia, tristes personajes, salidos como él de la ínfima clase, sujetos a su fortuna y que por conservar su protección no retrocederían ante ningún género de servicio. El presidente marcha silenciosamente, con la cabeza inclinada, los ojos fijos en el suelo; apenas se digna contestar el saludo que le dirige un transeúnte; desaparece bajo la bóveda del palacio sin que la población se haya conmovido por un incidente que se reproduce todos los días.

El mercado de Guatemala está provisto de vegetales variados, recogidos a veces en las localidades cercanas, pero de climas diferentes. Los frutos de Europa, en pequeño número y mediana calidad, se confunden allí con los de América hasta tal punto que los mismos vendedores no sospechan la diversidad de su origen. De distancia en distancia, se ven tiendas en las que los indios se alimentan por una módica cantidad; primero se proveen de *tortillas* que se venden aparte, y en seguida se presentan con su escudilla o su calabaza vacía en la mano; se les da por un *cuartillo* (13 céntimos) un caldo rojo, espeso que llaman *pulique*,¹⁶⁹ compuesto de maíz, pimientos y fragmentos de *tortillas*, todo mezclado; nada es menos apetitoso que este manjar nacional y en general nada atrae menos que todo el aparato de los fondistas indígenas. Sorprendido un día por un chubasco que me obligó a protegerme en las galerías de la plaza, empleé el tiempo observando la economía de estas tiendas. La más cer-

¹⁶⁹ En español en el texto original [N. de las E.].

cana pertenecía a una vieja mulata, acurrucada como un mono entre tres jarras de barro y un horno: cuando se presentaba un cliente, ella escogía en una cesta una hoja de plátano ancha, introducía su arrugada mano en uno de los receptáculos y sacaba un puñado de hierbas cocidas que, en primer lugar, extendía sobre la superficie del vegetal; en seguida añadía algunas habichuelas; en fin, la misma mano todavía verde, desaparecía en la tercera jarra y salía teñida de un hermoso rojo anaranjado: esta jarra contenía el *pulique*, caldo de que ya he hablado anteriormente y que debía dar a este manjar el último grado de perfección. Los talentos culinarios de la mulata eran ciertamente apreciados, porque vendía mucho.

Aquí y acullá vastos parasoles recubiertos de hojas de palmera, abrigan las tiendas en que se venden jarabes, el *tisté* y otros brebajes refrescantes o tónicos. Allá a lo lejos, aquellos hombres desnudos y cobrizos, sentados en las gradas de la iglesia, separados del movimiento y seducciones de la plaza, son indios de la *tierra caliente*: semejantes a una bandada de pájaros viajeros, descansan almorzando una espiga de maíz. Éstos son *zambos*,¹⁷⁰ variedad de la raza humana producida por la mezcla de la sangre americana y de la africana; notables por su color de hollín, sus ojos ardientes, sus cabellos rizados, reúnen un carácter sanguinario y la indiferencia más completa por todo lo que sea honor, moralidad y principios. Se distinguen los habitantes de *Palín* y de Jocotenango por sus calzones de algodón blanco que llegan hasta media pierna; traje extraño que sus abuelos recibieron de los conquistadores, probablemente como recuerdo de los moros. Ved ahí a los *ladinos*, verdaderos *lazzaroni*,¹⁷¹ regalándose con cajas de dulce, a la sombra de los arcos, sentados perezosamente; ya se han ganado el jornal y se lo gastan hasta que el hambre les obligue a emprender de nuevo el trabajo. Finalmente, los hombres con chaqueta, que cierran cuidadosamente sus tiendas, son los verdaderos ciudadanos de la urbe; la rústica sencillez de su traje y de sus movimientos, en nada se parece al carácter republicano; llenos de vanidad aristocrática, se ofenderían mucho si se olvidara saludarlos con el título que precede a su nombre.

Tal es el variado panorama que ofrece la plaza del gobierno; rara vez hay un altercado en el seno de esta reunión popular, compuesta prin-

¹⁷⁰ En español en el texto original [N. de las E.].

¹⁷¹ En italiano en el texto original [N. de las E.].

cialmente de indios, raza de dulce carácter, honrada, regular, y nada hostil a los extranjeros.

En la mañana del 19 de marzo de 1840, los lugares que acabamos de recorrer pacíficamente fueron teatro de uno de esos tristes y sangrientos episodios que caracterizan las guerras civiles de la América española. El general Morazán, jefe del partido liberal, se había introducido imprudentemente en la ciudad; pero demasiado débil para mantenerse en ella, había efectuado la retirada durante la noche, dejando una retaguardia de 200 hombres con el objeto de engañar al enemigo acerca de sus movimientos. Al apuntar el día, este pequeño destacamento que acampaba en la plaza fue sorprendido por fuerzas considerables. Muy inferior en número y viéndose abandonado por otra parte, se rindió. Entonces, empezó el degüello más odioso; no hubo combatientes, sino víctimas y verdugos. Para coronar dignamente esta escena de asesinato, el comandante del destacamento fue arrastrado delante de Carrera y de Paiz, su teniente, quienes presiden tranquilamente la carnicería: llueven golpes sobre él, hasta que cae al suelo; en vano pide la muerte; los dos héroes lo pisan con los pies de sus caballos prodigándole mil injurias; finalmente, Paiz da su propia lanza a uno de los sicarios de su séquito que termina con el suplicio del infeliz, atravesándole con ella el corazón.

Algo antes de ponerse el sol la plaza se desocupa y queda desierta; dos horas más tarde se cierran las tiendas, todos se meten en sus casas y el silencio sólo es interrumpido por el sonido de las campanas que desde aquella hora domina: la ciudad estaría inanimada sin el mercado y las iglesias.

La meseta de Guatemala carece de agua en la superficie, a causa de su constitución geológica. Las materias volcánicas de que especialmente se compone el suelo, han cubierto los valles hasta alturas de 100 a 500 metros, de suerte que las montañas no presentan en realidad, a la vista, más que la parte media y superior de su masa; pero no por ello las aguas han dejado de seguir su curso y han contribuido abriéndose salida a través de los productos de la erupción a formar las enormes hendiduras que se observan en las altas tierras, entre los 14 y 16 grados.

Para satisfacer las necesidades de la capital, ha sido preciso construir dos acueductos que van a buscar los manantiales de Pinol y de Mixco, situados a tres leguas hacia el sur. Además de las fuentes y lavaderos públicos alimentados por estos canales, cada propietario recibe a domici-

lio una cantidad de agua proporcionada a la cifra de su abono. Esta agua carece de limpidez y para hacerla potable, es preciso filtrarla; el excedente del consumo va a los lavaderos de las casas, a las fuentes del jardín, después a los vertederos y de aquí a la vía pública. Tal es el origen de los arroyos en las calles de Guatemala, arroyos de los que nos hacen pinturas tan agradables los geógrafos.¹⁷² Desbordándose al menor chubasco, hacen a veces impracticables los barrios bajos y los arrabales donde forman charcas estancadas; sus productos, eminentemente fecundantes, son recogidos por un pequeño número de cultivadores, que se los disputan fuera de la ciudad: sería fácil sacar mejor partido de ellos, aplicándolos en mayor escala a la irrigación de la meseta.¹⁷³

Los materiales de construcción empleados en Guatemala son el adobe, así como una especie de puzolana, que se coloca por bloques irregulares de un metro de espesor y que adquiere con el tiempo una dureza considerable; se revisten los paramentos con una delgada capa de excelente mortero, que en seguida se blanquea con cal. El carácter general de la arquitectura es el de la España meridional, donde la permanencia de los moros ha dejado profundas huellas. Cada casa está construida sobre el plano de un paralelogramo: en el centro está el patio, circunscrito por una galería a la que dan las habitaciones. Esta costumbre tomada de Oriente es agradable, aunque no tan buena a causa de la mala disposición de las habitaciones que reciben muy poca luz; las aperturas se hacen sin respetar la simetría, las ensambladuras son imperfectas, las ventanas desprovistas frecuentemente de vidrios; se adivina, en fin, al penetrar en esas casas, que la vida corre con hábitos muy diferentes de los nuestros. Desde hace algunos años, la importación de los muebles y objetos de lujo que produce Europa se ha incrementado; en efecto, todo lo que sale de los talleres nacionales, tocante a carpintería y ebanistería, es pesado, feo e incómodo. Los mejores obreros del país son los carpinteros y albañiles; en cuanto a los techadores, no merecen el mismo elogio, porque el agua se filtra a través de los techos, una incomodidad que proviene especialmente de un grado de inclinación insuficiente.

¹⁷² Véase Malte-Brun, Balbi, etcétera. [N. del A.].

¹⁷³ Las tierras, en las cercanías de Guatemala, valen entre 500 y 1 000 francos la *caballería* (dos hectáreas) y hasta 7 500 cuando gozan del beneficio de la irrigación [N. del A.].

La mayor parte de las casas de la capital tiene en su recinto uno o muchos jardincitos, cuyo parterre se divide invariablemente en compartimientos de mampostería. Con un cielo templado, como el de Guatemala, el cultivo de las flores y mejora de las legumbres deberían ser de los más agradables pasatiempos de una sociedad civilizada, que por otra parte sólo conoce imperfectamente los recursos de su territorio; visitando únicamente los bosques y montañas vecinas, el aficionado hallaría a su alcance un campo suficiente de experimentos y de goces; las orquídeas, por ejemplo, plantas admirables y variadas hasta el infinito no exigen ningún cuidado en su cultivo; es suficiente colocarlas a pequeña distancia del suelo en una cerca sombreada; pero esas pacíficas distracciones tienen poco atractivo para el pueblo español, que necesita una viva excitación para salir de su indolencia; así es como los jardines de la ciudad están muy mal cuidados y no ofrecen al extranjero ningún objeto digno de interés.

El plan de vida regular, uniforme, invariable de los ciudadanos de Guatemala, parece exclusivamente ordenado desde el punto de vista del hogar doméstico; se extrañará que en una capital, poblada con 30 000 almas, en la que reina cierto bienestar y que se cree culta, se hable rara vez de bailes, comidas, conciertos, en fin, de esos placeres que animan en otras partes el mundo elegante y que ponen en contacto a los miembros de la sociedad de una manera más agradable y más íntima. Al principio había creído que las divisiones políticas, agriando los espíritus, llenándolos de susceptibilidad y desconfianza, habían introducido en la ciudad la insociabilidad; pero se me hizo observar que era preciso también tener en cuenta el carácter de los habitantes. La clase rica se compone de negociantes parsimoniosos, mesurados, circunspectos, poco deseosos de conocer las cosas nuevas, que pasan la mayor parte del día al lado del mostrador y se aíslan en seguida para ojear un periódico y calcular las ventas. No les gusta gastar; cifran sus goces en el aumento de su capital, temiendo, por otra parte, todo lo que pueda turbar el régimen a que están acostumbrados. No están desprovistos de sentimientos nacionales ni son insensibles a las distinciones y honores; al contrario, tienen un ardiente patriotismo, y desearían elevarse más que sus iguales; pero su ambición está templada por la prudencia, que les aconseja, en estos tiempos de turbaciones, no hacerse ostensibles. Por lo demás, el extranjero es recibido cortésmente; no le faltarán los testimonios de simpatía e interés, ni los cumplimientos halagüeños; pero

son vanas fórmulas cuyo sentido apenas conocen: así, pondrán su casa, su crédito, su fortuna a vuestra disposición y todo se limitará en definitiva al ofrecimiento formal de un vaso de agua o de un cigarro. Sobra decir que estos rasgos son generales y que existen honrosas excepciones.

Las mujeres de cierta condición no carecen completamente de algunas cualidades exteriores; desde el punto de vista intelectual, son todo lo que pueden ser, con un talento natural y una educación limitada: si son jóvenes, bordan, tocan el piano y salen poco; si casadas, se dedican a los cuidados domésticos y cumplen sus deberes como excelentes madres de familia. Voluntariamente resignadas a una subordinación completa, aun reducen más el círculo de su dominio y no buscan la sociedad de las forasteras, cuyas maneras sueltas y espíritu mejor cultivado paralizan sus propios medios. En resumen, puede decirse que el hombre civilizado aparece aquí reducido a proporciones más mezquinas; los pequeños intereses personales, las vanidades de poca monta que llenan su vida, el aislamiento monacal que circunscribe el horizonte imprimen a su carácter un no sé qué de estrecho, tímido y frívolo que se refleja hasta en su aspecto.¹⁷⁴

Las ceremonias religiosas son lo único que posee el privilegio de sacar a la ciudad del marasmo en que está sumida, cuando no la conmueven las discordias civiles. A la voz de los monjes que fueron sus soberanos en otro tiempo se levantaba la población en masa, se organizaba en procesiones e iba a depositar aquellas abundantes limosnas con que han concurrido a la erección de monasterios e iglesias. Cada ciudadano formaba parte de alguna piadosa asociación; en los días festivos, se revestía con sus insignias y la ciudad ofrecía la imagen de una vasta cofradía. Pero la revolución de 1829 ha dado un golpe mortal al espíritu monástico. En vano a favor de una nueva revolución, han conseguido las corporaciones religiosas recuperar algunas de sus antiguas inmunidades; no han encontrado sus riquezas ni por consiguiente su preponderancia; sin embargo, la influencia que han ejercido durante muchos siglos en el carácter de la sociedad de Guatemala aún es hoy manifiesta; así es que se ha comparado, con cierta verdad, la ciudad a un vasto convento y las casas a otras

¹⁷⁴ Esta apreciación podrá parecer severa y, sin embargo, es muy moderada al lado del retrato que un habitante de Guatemala trazaba de sus compatriotas en una gaceta de tiempos pasados; no he reproducido este curioso documento a causa de su violencia satírica. *Gaz. de Guatemala* del 20 de febrero de 1797 [N. del A.].

tantas celdas. El pueblo siempre se muestra lleno de fervor por las fiestas religiosas que, por su frecuencia, favorecen su propensión a la ociosidad. Ama apasionadamente el ruido atronador de las campanas, la detonación de los petardos y la música india, que es la plaga más temible para los ciudadanos pacíficos; también admira sencillamente las ridículas ceremonias imaginadas para exaltar su devoción y que parecen al extranjero indignas de la majestad del culto católico.

He oído vituperar a los viajeros cuando olvidan, al trazar su odisea, qué se bebe y se come en los países que han visitado. En efecto, al lector le gustará saber cómo se satisfacen esas exigencias de nuestra humana condición en un clima que a veces difiere mucho del suyo: voy a procurar satisfacerle sobre este punto.

Los usos de Guatemala, relativos a la ordenanza y a la distribución de comidas, coinciden con las prácticas tradicionales observadas en toda la América española. Se almuerza a las nueve, a las dos se come y se cena a las ocho o las siete como lo hacían nuestros padres: estas tres comidas son sustanciales. La de la mañana se compone de chocolate o de café con leche, de judías compuestas de una manera invariable; de huevos estrellados y algunas veces de un plato de carne asada; por la noche, lo mismo. Los principales recursos de cocina y despensa se reservan para la comida. Después de la sopa, que se sirve en esta circunstancia, viene la *olla*¹⁷⁵ con el ordinario acompañamiento de legumbres y hierbas: no sé qué producción de huerta puede no hallar lugar en la *olla*, desde el plátano maduro, hasta la espiga de maíz aún verde. A esto sigue un intermedio azucarado, ordinariamente arroz con leche; por último, los postres consisten en dulces y otras golosinas. En cuanto a las frutas se comen en los intervalos de servicios y después de la comida, por un principio de higiene que está en vigor en las colonias españolas.

Se consume habitualmente pan de trigo aun en las familias más modestas; pero el vino es un objeto de lujo, porque proviene exclusivamente de Europa. Algunas personas se hacen servir hacia la mitad del día un brebaje indio que se llama *tisté*, compuesto de harina de maíz, cacao, jengibre, azúcar y achiote, todo ello reducido a polvo y diluido en un vaso de agua. Esta bebida medicinal puede tener su precio en un clima en el que el régimen de los estimulantes no es de despreciar.

¹⁷⁵ En español en el texto original [N. de las E.].

La grasa de puerco se emplea de preferencia en la preparación de los alimentos; así es que los animales de esta familia son muy estimados y numerosos en Guatemala. Por otra parte, los manjares son sencillos y poco variados; el plato nacional del país del que nunca se cansan, aunque aparece dos veces al día en la mesa del rico y del pobre, es la judía negra: sin judías no hay almuerzo ni cena posible. Esta legumbre se sazona con una cucharada de manteca de puerco y un poco de ajo; debe cocérsela de una manera lenta y prolongada. Por sencillo que parezca, hay, sin embargo, según dicen los inteligentes, un tacto, un momento feliz que no aprecian siempre las mujeres cocineras; se hace con estas notables disposiciones, de tal manera que en ciertas casas el cuidado de preparar las judías está a cargo de una sola criada que la naturaleza ha favorecido con sus dones.

La economía doméstica en país español está basada rara vez en aquella sabia previsión que consulta para el abastecimiento de la casa el precio de los géneros y la oportunidad de las estaciones; en Guatemala se vive como de viaje, comprando cada mañana lo que es necesario para el consumo del día, desde el pan hasta la sal y del azúcar hasta el carbón. Por otra parte, sin poseer todos los elementos para comer bien, la ciudad ofrece los recursos suficientes para que se pueda vivir pasablemente y barato; el buey y el carnero no son malos; el puerco es abundante; pero el pan no es ni blanco ni bien hecho; las hortalizas poco variadas, la caza escasea y no hay pescado.

Al parecer ninguno sospecha en estas lejanas comarcas, que las producciones vegetales sean susceptibles de mejorarse con la industria; el arte de obtener buenas legumbres y buenas frutas, de diversificarlas, mejorarlas por el injerto, la poda, los abonos y demás operaciones es desconocido absolutamente; las plantas alimenticias de los indígenas se recogen casi en el estado salvaje; en cuanto a las que provienen de Europa, pronto pierden sus cualidades. El trigo se daría bastante bien en las mesetas de 1500 a 2000 metros de elevación; en terrenos más bajos el tallo crece vigorosamente, pero sin dar grano o dando muy poco. Este cereal, cuyo cultivo es casi tan antiguo en Guatemala como en México, ha degenerado sensiblemente en el primero de los dos países, sin duda porque no se han renovado las simientes.¹⁷⁶

¹⁷⁶ La introducción del trigo en México data del año 1530 aproximadamente; un negro de Cortés fue el que, según dicen, halló por casualidad algunos granos de este

Se muele el trigo con pequeñas muelas adaptadas a un gran motor hidráulico. Como nunca las repunta el molinero, resulta una gran imperfección en el producto y un notable desperdicio de materia nutritiva; es desconocido el uso de los tamices; el panadero compra la harina en bruto y él mismo separa el salvado. Estoy convencido de que un molino montado en las cercanías de la ciudad, por el sistema inglés y movido por una turbina, aparato que funciona bien con pequeñas corrientes de agua, daría considerables beneficios. Sólo se fabrica una sola clase de pan que se despacha sin pesarse. Cuando está cara la harina, el panadero pone alguna menos; cuando el precio es bajo pone más; el pueblo siempre queda satisfecho, con tal que por un *cuartillo* (13 céntimos) pueda comprar dos panecillos: la concurrencia suple en cierto modo la ausencia de impuestos y de control.

En ningún punto de Guatemala he visto plantaciones de *agave americana*, esa viña de los antiguos habitantes que obtenían de ella un licor espirituoso conocido con el nombre de *pulque*.¹⁷⁷ En otro tiempo los indios de *Almolonga* y de *San Gaspar* tenían el privilegio de abastecer de él la capital; pero se propagó tanto la embriaguez, que un obispo se creyó obligado a prohibir su fabricación y despacho, bajo pena de excomuni6n. Desde entonces ha desaparecido del país este género de industria. La pita sólo florece de ocho a quince años. En el momento en que el tronco empieza a desarrollarse, se corta el haz de hojas centrales que envuelven el botón; la savia, persistiendo en la marcha ascendente, da nacimiento a una fuente vegetal de la que se puede beber durante dos o tres meses, muchas veces por día. Una sola planta da de 150 a 1 100 litros de líquido, según la fertilidad del terreno.¹⁷⁸ La planta muere después de la cosecha; pero los renuevos que nacen de la raíz perpetúan la plantación. Me sorprendió que hasta entonces no se hubiese imaginado recoger *pulque* en Argelia, donde la *agave americana*, naturalizada hace más de dos siglos, vegeta con exuberancia y se propaga espontáneamente.

A pesar de la diversidad de razas y castas de que se compone la población, difícilmente se encontraría un traje pintoresco en las calles de Gua-

cereal en el arroz destinado al abastecimiento del ejército; preciosamente recogidos fueron sembrados con buen éxito [N. del A.].

¹⁷⁷ En español en el texto original [N. de las E.].

¹⁷⁸ Humboldt, *Ensayo político sobre la Nueva España*. I. IV, c. IX, p. 490 [N. del A.].

temala; las personas de mediana posición siguen las modas de Europa y como el clima es variable, se les ve vestidos sucesivamente de paño, de hilo y de algodón; a veces asocian los extremos, y sobre un traje de cotí blanco o de nankín, llevan una vasta capa azul. Las señoras todavía usan la mantilla española, especialmente en las grandes ocasiones; pero este adorno tan noble y tan gracioso, no ha escapado a las fluctuaciones de las cosas humanas, empieza a caer en desuso para ser remplazada por las modas de París. El traje del pueblo es sencillo, rústico, invariable: para los hombres se compone de una chaqueta de lana de procedencia indígena, un sombrero de paja, cubierto frecuentemente con una tela encerrada, un pantalón de tela ligera y el *zarape*,¹⁷⁹ capa o mejor manta muy abigarrada, distinta del *poncho*¹⁸⁰ mexicano. El traje de las mujeres nada ofrece de particular. En cuanto al de las indias, se reduce a una pieza de cotonía azul con que se ciñen los riñones y a una corta camisa, algunas veces adornada con bordados; trenzan sus cabellos con un cordón rojo que enrollan en las sienes a manera de corona. Este punto no merece más explicaciones.

La ciudad de Guatemala carece de paseos públicos, cafés,¹⁸¹ gabinetes literarios, en una palabra, de todos los lugares de reunión y diversión; carece también de teatro, y sólo hay una plaza para las corridas de toros, cuyo monopolio pertenece al hospicio en virtud de un real privilegio que las revoluciones han respetado.¹⁸² El extranjero carece también del recurso de un hotel; tiene que resignarse, cuando no está provisto de buenas cartas de recomendación, a buscar provisionalmente en una de esas *posadas*¹⁸³ o *mesones*,¹⁸⁴ verdaderos paradores, divididos en cuartitos oscuros, decrepitos, fétidos, infestados de pulgas y *niguas*,¹⁸⁵ ordinario alojamiento de

¹⁷⁹ En español en el texto original [N. de las E.].

¹⁸⁰ En español en el texto original [N. de las E.].

¹⁸¹ Pocos días antes de mi partida se abrió uno de esos establecimientos, suceso que hizo sensación en la ciudad; los jóvenes hablaban ya de civilización y progreso; pero los ancianos meneaban la cabeza con aire de incredulidad, según su costumbre desde el tiempo de Homero [N. del A.].

¹⁸² Se puede evaluar entre 10 y 12,000 piastras el producto anual de esta explotación [N. del A.].

¹⁸³ En español en el texto original [N. de las E.].

¹⁸⁴ En español en el texto original [N. de las E.].

¹⁸⁵ En español en el texto original [N. de las E.].

los mercaderes indígenas. Es preciso estar muy acostumbrado a ello para poder sufrir la incomodidad de tales lugares.

Habiendo tenido la mala fortuna, durante la travesía de Belice a Cuba, de perder algunas de mis notas de viaje, renuncio a tratar en un capítulo especial a las instituciones, así como recursos financieros y comerciales del Estado a falta de documentos precisos, que no podrían suplir mis recuerdos, limitaré mi tarea a algunas apreciaciones generales que colocaré en este capítulo y en el último.

La instrucción científica deja mucho que desear en la capital de Guatemala. ¿Cómo no había de ser así en un pueblo, que después de haber vivido durante tres siglos bajo un régimen enemigo de las luces, se consume en luchas políticas desde que es libre? Dos establecimientos principales, la Universidad y el Colegio Tridentino o Seminario, fundado hacia el año 1690, se reparten la educación de la juventud, sin contar con las clases abiertas en favor de la clase obrera. Las bases de la enseñanza son aproximadamente las mismas que en Francia. Existen en la Universidad cátedras de griego y latín, de matemáticas y filosofía; pero exceptuando el Derecho que es útil se profundice en un país fértil en procesos, el resto de los estudios es completamente superficial. El profesor no se ocupa de desarrollar las facultades de sus discípulos, considerando la condición social que están destinados a ocupar y éstos se separan de sus maestros sin ninguna idea cierta del mundo, sin principios fijos para dirigirse; añadamos que nada se les enseña acerca de las leyes físicas del universo.

Escuelas destinadas a la instrucción del pueblo son unas 27, 11 de niños y 16 de niñas. Estos establecimientos, sostenidos en gran parte con el auxilio de fondos privados, no me han parecido corresponder a los deseos de sus fundadores. Sería preciso para que diesen frutos, no sólo que fuesen frecuentados, sino que la educación moral, verdadera base del edificio social, ocupase el primer lugar en la enseñanza; en fin, que las lecciones de los maestros fuesen secundadas por el ejemplo de la familia. Pero, cómo obtener esto en una ciudad en la que la clase inferior vegeta hace tantos siglos en la ignorancia completa de sus deberes. Se puede acusar justamente a la antigua administración colonial; los gobernadores generales, al poner en almoneda los cargos públicos, han enseñado a la nación a despreciar el mérito y a venerar exclusivamente la fortuna;

los empleados de aduanas, organizando abiertamente el fraude, le han enseñado el desprecio de la ley; los jueces traficando con la justicia, han pervertido en ellos la parte moral, mientras el clero con su avaricia y licenciosas costumbres, le arrebatava sus últimos escrúpulos.

Hoy todavía conoce muy bien esta población las fórmulas de la urbanidad castellana, que sus antiguos señores parece han considerado como la esencia de la educación, pero no establece siempre con claridad la distinción entre el bien y el mal; sin honradez, sin virtudes políticas, vive aquella población en la pereza y la ignorancia, bajo el imperio de las pasiones y supersticiones más groseras.

La industria mecánica, esa interesante rama de la instrucción del pueblo, está igualmente muy atrasada en Guatemala. En otra parte he hecho conocer el partido que el indio saca de su *machete*, simple cuchillo de caza que usa no sólo para abrirse paso a través de los bosques sino para labrar su campo, construir su casa, fabricar sus muebles, etcétera. Los artesanos de la capital, casi todos *ladinos*, no poseen útiles mejores; además ignoran el beneficio de la asociación y el de la división del trabajo. Cuando se considera el reducido número de instrumentos que emplean y la variedad de sus obras, se reconoce que han heredado aquella destreza manual y talento mecánico particular a la raza americana; pero su inteligencia no se eleva más; imitan, no inventan jamás y rara vez perfeccionan; también he buscado en vano, entre los productos de la industria nacional, un recuerdo que mereciese guardarse; tuve que limitar mis adquisiciones a una chaqueta de paño y un sombrero de paja, obras de verdaderos indígenas. El comercio interior se reducía, pues, a proporciones muy limitadas, si el clima con su diversidad no favoreciese los cambios y especialmente el tráfico del maíz; rara vez es buena la cosecha en toda la extensión del territorio; una provincia carece de grano cuando en otra hay gran abundancia, de suerte que los precios experimentan una fluctuación continua que alimenta la especulación.

El comercio exterior había aumentado notablemente bajo la influencia de las libertades que sucedieron a las prohibiciones del régimen colonial, pero el impulso no fue sostenido: muchas ramas de la industria han declinado sucesivamente, y la exportación está, al día de hoy, reducida a un solo artículo productivo, la cochinilla. A nadie sorprenderá esta decadencia; ninguna empresa podría prosperar en un país agitado ince-

santemente con las discordias civiles, y en el que los intereses materiales no gozan de ninguna seguridad. Por otra parte, las vías de comunicación son detestables, la expedición de mercancías muy lenta, y las averías de transporte y almacenado frecuentes. Se puede estimar en 25 millones de francos el valor de las importaciones y exportaciones anuales de Guatemala; el movimiento de este capital se efectúa por el camino de Belice, necesidad muy dura para un estado bañado por los dos océanos. Desde la enajenación de Santo Tomás a una compañía belga, la república no posee ningún puerto que en realidad merezca ese nombre. Iztapa en el Pacífico es solamente una pequeña rada e Izabal en el Atlántico no admite buques que tengan más de dos metros de calado.

A excepción de algunos empréstitos aplicados a la reparación de los caminos, ya no existen en Guatemala impuestos directos ni trabajo forzado. Los recursos públicos provienen de los derechos sobre la pólvora y el tabaco, del servicio de postas y de las inscripciones en la aduana marítima: el producto de esos impuestos equilibra más o menos los gastos, que no exceden a 500 000 piastras. Difícilmente se hallaría en los dos hemisferios un país civilizado en el que las cargas fuesen tan ligeras. Cierto es que el sueldo de los funcionarios es módico: el presidente recibe 3 000 piastras; los ministros 1 500 y los corregidores 1 200. El mantenimiento de las tropas es, como en todas partes, el artículo más pesado del presupuesto.

De las cinco pequeñas repúblicas que en otro tiempo formaban la Confederación de la América Central, la más considerable es la de Guatemala, no por la extensión de su territorio y comercio sino por la cifra de su población, la importancia de su capital y el papel político que ha representado en la historia del país. Si no ha producido genios extraordinarios, cuenta cuando menos con hombres cuyo patriotismo y luces les han hecho muy estimados de sus conciudadanos; en fin, cuando apenas conocemos los nombres de Cartago, San Salvador, León, Comayagua, el de Guatemala no sólo nos es familiar, sino que despierta en nuestro espíritu algunas ideas de civilización y grandeza.

El Estado está dividido en siete departamentos: Guatemala, Chiquimula, Verapaz, Sacatepéquez, Sololá, Totonicapán y Quezaltenango,¹⁸⁶ es

¹⁸⁶ En el original, Morelet dice textual: "El Estado está dividido en *cinco* departamentos: Guatemala, Chiquimula, Verapaz, Sacatepéquez, Sololá, Totonicapán y Quezaltenango" [N. de las E.]

preciso añadir dos distritos o subdivisiones departamentales, Petén e Izabal. Los límites territoriales han sido modificados desde la independencia, y las provincias se han convertido en departamentos; pero la administración ha quedado lo mismo que en tiempo de los españoles, es decir, que el poder judicial funciona en las mismas manos que el poder administrativo, y se confunde en sus grados inferiores con la autoridad municipal.

Por muchos que hayan sido los males sufridos por esta comarca bajo la reducción del régimen colonial, nunca fue su suerte más deplorable que el día en el que, aniquilada por 35 años de luchas intestinas, se sometió al yugo de un indio. La genealogía del presidente Rafael Carrera no está claramente establecida, ni siquiera en su ciudad natal; pero se asegura que pertenece a la casta más ínfima de la sociedad. Nacido en el arrabal de la Candelaria, las primeras ocupaciones de su juventud fueron conforme a la oscuridad de su origen: primero se le vio vegetar en la domesticidad en las cercanías de Amatitlán; después, al cabo de algunos años, organizó por su propia cuenta un comercio de puercos que compraba y vendía por los alrededores. En 1837 apareció por primera vez en la escena política, a favor de las turbaciones que agitaban el país. Aun no era más que un bandido, jefe de una *guerrilla*¹⁸⁷ sanguinaria, saqueó la provincia sin respetar ningún partido. Al año siguiente, este hombre que se había engrandecido en la lucha, y cuyos instintos ambiciosos se habían desarrollado rápidamente, sorprendía la capital a la cabeza de una multitud de bárbaros, y dejaba consternados a los habitantes con la alternativa del saqueo o de un rescate. No entraré a detallar los sucesos siguientes que elevaron a un simple pastor, en medio de la anarquía general, al puesto más elevado del Estado; la historia de estas lejanas revoluciones interesaría poco al lector; por otra parte, hoy es suficientemente conocida.

Carrera no es un hombre ordinario; su fortuna lo prueba de una manera evidente: sin ninguna experiencia política, sin instrucción, sin otro guía que su instinto, ha sabido mantenerse en el puesto conquistado con su espada. Los ciudadanos más considerables de cada partido han inclinado su cabeza delante de él; esperaban encontrar un instrumento dócil, pero se ha burlado de todos, aprovechándose de su antagonismo. Su papel es difícil, porque le apoyan solamente hombres tímidos que la necesidad le ha deparado, o secuaces sin consideración ni valor. Por

¹⁸⁷ En español en el texto original [N. de las E.].

mucho tiempo rehusó la presidencia, alegando su carencia de instrucción y la incompatibilidad de sus hábitos con la dignidad de que querían vestirle; la adulación, sin embargo, supo allanar tan bien los obstáculos, que todas sus concesiones al bien parecer, cuando tomó posesión de la dictadura, se limitaron a la reforma de su chaqueta y sombrero de paja. Es un hombre de mediana estatura, en el que predomina la sangre indígena: este origen se hace patente por el color de su piel, la escasez de su barba y la oblicuidad de sus ojos, que suelen mirar hacia el suelo. Activo, poco escrupuloso, obstinado como un indio, es de carácter taciturno y tiene un temperamento violento y sanguinario; sin embargo, nadie le niega cierta generosidad, y no puede negarse que, una vez dueño de la situación, ha usado el poder con moderación.¹⁸⁸

No tengo por qué envanecerme de mis relaciones con este personaje. Conducido a su palacio por uno de los primeros ciudadanos de la población, esperé, aunque en vano, el honor de serle presentado; al cabo de tres cuartos de hora salí de su gabinete, atravesó la extremidad opuesta de la pieza y desapareció sin dignarse mirarnos; mi compañero quedó consternado. Por más que, para dulcificar nuestro infortunio común, tomé la aventura por su lado festivo, la sonrisa no volvió a aparecer en sus labios. Siempre he pensado que le debía mi desfavor, porque la audiencia me había sido concedida graciosamente por conducto del ministro del Interior. Quizá hubiera sido preciso, en una ciudad de terreno tan resbaladizo, escoger con más circunspección un introductor.

La historia de Carrera ofrece una analogía singular con la del antiguo dictador de Buenos Aires: salidos de lo más ínfimo de la sociedad, uno y otro pasaron los primeros años de su vida en la dependencia y de una manera miserable: uno y otro fueron despedidos por sus amos (pero quizá sea ésta una calumnia de sus enemigos) a causa de un acto de poca delicadeza. Desprovistos de instrucción, pero dotados de facultades enérgicas y de indomable voluntad, ambos supieron aprovecharse de las discusiones que agitaban sus países; los dos empezaron su carrera militar invadiendo la capital: Carrera con sus indios, Rosas a la cabeza de los *gauchos*.¹⁸⁹ Su

¹⁸⁸ Desde la época en que fueron escritas estas líneas, Guatemala ha sido el teatro de nuevas revoluciones que han ocasionado la caída, el destierro y la nueva elevación del presidente Carrera [N. del A.].

¹⁸⁹ En español en el texto original [N. de las E.].

elevación, su fortuna datan de esta audaz agresión. Sin llevar más lejos el paralelo, añadamos que usaron el poder de diferente modo: el primero se limitó a paralizar a sus enemigos, el segundo aplastó a los suyos; Rosas fue un déspota inhumano, al mismo tiempo que hábil diplomático, muy superior a Carrera por su capacidad, la extensión de sus proyectos y el papel que representó en su patria y que tuvo algún eco en Europa.

La fuerza militar de Guatemala es reclutada principalmente entre los indios que forman el núcleo permanente. Los contingentes de *Mita* y *Santa Rosa* que guarnecen la capital son muy adictos al presidente Carrera; si se añaden las guarniciones de Quezaltenango, la Antigua, Amatitlán e Izabal, se obtendrá un total de 500 hombres aproximadamente, pero el efectivo puede elevarse hasta 4000 por el reclutamiento de los *ladinos*. Los soldados reciben dos reales diarios; se alimentan y visten a su gusto lo mismo que sus oficiales, verdaderos esbirros, de los cuales muchos deben su promoción a alguna acción violenta y detestable. En tiempo de paz, su actitud marcial y provocadora impone a los pacíficos ciudadanos; pero se asegura que este aparato belicoso se modifica sensiblemente delante del enemigo. En las circunstancias graves se levantan en masa y se incorporan a sus filas todos los indios de que pueden apoderarse. No brillan por su disciplina estas *guerrillas*, desprovistas de instrucción militar y siempre dispuestas en las revueltas civiles a cambiar de bandera según los intereses del momento.

Un día en que buscaba una distracción en mi jardín persiguiendo mariposas completamente análogas a las de nuestros climas, se me anunció la visita de un forastero. ¡Júzguese mi estupefacción cuando creí reconocer el rostro flaco de mi antiguo compañero de viaje, el honrado Diego de la Cueva! ¿Era una ilusión o un parecido fortuito? Por un momento lo creí: pero no, era él, no podía dudarlo. Avanzó digna y ceremoniosamente, con su sombrero en una mano y su equipaje en la otra, la mandolina en su puesto acostumbrado, con el mismo aparato con que le encontré en otro tiempo, cuando se nos reunió a la entrada del bosque de Tenosique. Me admiró tanto esta aparición que quedé mudo, y por decirlo así, petrificado.

—Veo vuestra sorpresa, *caballero* —me dijo desde lejos este personaje—; es una señal evidente de que vuestra señoría no me ha olvidado.

—¿Sois realmente de este mundo, señor Diego? —Exclamé por fin.

—Para serviros, *caballero* —respondió con un saludo grave y respetuoso—; yo mismo he dudado algún tiempo, pero ya estoy seguro de ello.

A estas palabras que me convencieron, me aproximé a él para examinarle y darle la enhorabuena de su restablecimiento; en seguida le rogué satisficiera mi curiosidad, mientras esperábamos la hora de la comida:

—No podré ofreceros mono —añadí sonriendo—, pero espero que os consolaréis de ello.

—¡Pluguiera a Dios, señor caballero —replicó dando un suspiro que partía de las entrañas—, pluguiera a Dios que hubiese encontrado algún mono en el camino infernal que acabo de recorrer! No hubiera echado tanto de menos las buenas comidas que en otro tiempo hice viajando con vos.

El cumplido me pareció exagerado, aunque sincero quizá. Nos sentamos a la sombra; Diego soltó su paquete, pidió tabaco, hizo un cigarrillo y en seguida emprendió la relación de sus infortunios. Largo tiempo había vegetado entre la vida y la muerte en la aldea de Sacluc, donde le habíamos dejado; por último, su naturaleza seca y resistente había acabado por triunfar del mal. No bien estuvo restablecido se dirigió por el mismo camino que nosotros; cuando llegó a Flores hacía cinco días que habíamos partido. Instruido el corregidor de su historia le había hospedado generosamente hasta la partida del correo de Guatemala, con el que acababa de llegar cargado de un soberbio gallo de Indias que el digno funcionario enviaba al Presidente de la República. Terminó su narración imitando el canto de esta ave, del que había hecho un estudio profundo durante el viaje.

Morin llegó en este momento y su estupor fue por lo menos igual al mío. Después de nuevas explicaciones, Diego entró en los detalles de su viaje mientras yo leía una carta del corregidor en la que se manifestaban los sentimientos más afectuosos a través de las fórmulas ceremoniosas de la política española. Nuestro antiguo compañero, habiendo llegado a Cobán sin perder un instante nuestras huellas, descubrió muy pronto la casa en que habíamos vivido; sintió no pasar en ella más que un día, porque la hospitalidad que allí recibió borró de su memoria los más gratos recuerdos de Flores.

Al llegar a este punto de su relación, don Diego creyó que debía tomar cierto aire misterioso que hizo nacer una sonrisa en mis labios; y como yo le preguntase si tenía algún encargo para mí, entreabrió su chaqueta

y me enseñó un saquito de tela azul, suspendido de su cuello como un amuleto; este saquito encerraba una carta que ya conoce el lector. “Por cien doblones —dijo—, no me hubiera engañado en las señas”. Y colocó la mano sobre su descarnado pecho como para fortificar esta aserción.

Aunque mi convicción sobre este punto delicado estuviese muy lejos de ser segura, no por ello alabé menos la virtud del mensajero, y le prometí a mi vez ocuparme de sus intereses. En efecto, no tardé en hallarle un empleo en casa de un negociante de la ciudad. Como era inteligente, dócil y de buen carácter, supo ganarse muy pronto la voluntad de su patrón, del cual obtuvo una pacotilla para traficar en Nicaragua. Después de esto no se le volvió a ver más; corrió la voz de que al atravesar un pantano cerca de Realejo se lo comió un cocodrilo; pero siempre he dudado de esta historia, creyéndole muy capaz de haberse quedado con las mercancías.

Capítulo XXI

El océano Pacífico

En la época en que Diego partió para Nicaragua, me disponía yo también a tomar la dirección del océano Pacífico, a pesar de la opinión de mis amigos que se creyeron obligados a combatir este proyecto. La costa sur inspira efectivamente un sentimiento intenso de aprensión a los habitantes de la meseta superior: “Se va, pero no se vuelve”, me decían siempre. Consideraciones semejantes nunca han detenido a un viajero y por mi parte, difícilmente me hubiera consolado de abandonar América Central sin haber visto el gran Océano; contaba también con la brevedad de mi permanencia y el auxilio de la higiene para evitar un peligro cuya gravedad no apreciaba exactamente.

Salimos de Guatemala una mañana deliciosa (12 de octubre) y subimos la colina de El Calvario, desde la que se descubre una llanura inculta, monótona, salpicada de matorrales¹⁹⁰ y cubierta de una hierba coriácea que amarillea con las primeras sequías. Algunos rebaños pacen en el campo y en él brillan algunas charcas; en el horizonte se dibujaban los tres volcanes; un humo ligero flotaba como un penacho sobre el que los españoles han llamado sencillamente *volcán de fuego*. Muy pronto el sol naciente dilató los vapores condensados en sus bases; se les vio subir poco a poco hasta sus cumbres que envolvieron el resto del día.

A media legua de la ciudad, dejamos a la derecha el camino de la Antigua para tomar el de Amatitán; el aspecto del país fue el mismo hasta la aldea de *Castañaza*; situada una legua más lejos; allí empieza la meseta a inclinarse hacia el sur, el camino se hace cada vez más accidentado, aparece el suelo entrecortado por enormes *quebradas*¹⁹¹ donde se distinguen,

¹⁹⁰ *Baccharis salicifolia*, Pers. [N. del A.].

¹⁹¹ En español en el texto original [N. de las E.].

por fajas horizontales, las diferentes capas de lava que han concurrido a su elevación. Una vegetación espléndida, compuesta principalmente de ingas y encinas, embellece estos lugares: su carácter pintoresco, su color cálido y vigoroso recuerdan los paisajes del Pausilipo y Bahía.

Descendimos maravillados con el cambio tan imprevisto a un ancho y profundo barranco, donde vimos correr el primer chorro de agua, tributario del océano Pacífico. En la escarpadura opuesta crecían convólvulos arborescentes cubiertos de una profusión de flores blancas; ya aparecían en lontananza algunas plantaciones de nopales.

A cuatro leguas de la capital nos detuvimos para almorzar en la aldea de *Villanueva*, célebre en la historia contemporánea por la derrota de Carrera y por los excesos que mancharon la victoria.¹⁹² La cochinilla alimenta la industria del país que debe exclusivamente a este insecto su movimiento y prosperidad. Indias pobremente vestidas, andaban de puerta en puerta seguidas de numerosos hijos, ofreciendo frutas y tomates silvestres, pero ninguna pedía limosna: durante mi permanencia en América Central, jamás he visto a ningún indio recurrir a la caridad pública.

Más allá de Villanueva, subimos una cuesta de mediana altura que limita con la meseta hacia el sur; el suelo extremadamente seco y siempre compuesto de productos volcánicos tenía la apariencia de rocas areniscas, mezcladas con pómez y escorias. Cuando hubimos caminado dos leguas, descubrimos en la parte inferior una espaciosa llanura dividida en pequeños compartimientos irregulares que parecían estar cultivados con esmero; a la izquierda se veía un lago cortado por las montañas y cerca del lago una ciudad cuyas calles y principales edificios distinguíamos bastante bien: era Amatitán, donde me proponía hacer un alto.

Construida al borde de un magnífico valle, al pie de las *sierras* que forman las últimas gradas de la cordillera, Amatitán se ha elevado en pocos años, gracias a la industria de sus habitantes, al nivel de las ciudades más ricas y florecientes del Estado. Debe su origen a los religiosos dominicos que allí se asentaron en 1549, reuniendo en un solo punto a los indios desparramados por las cercanías y haciéndose los bienhechores y señores de la comarca. Esta Orden, cuyos servicios están hoy completamente olvidados, perdió sus bienes e influencia en las revoluciones de América

¹⁹² El 11 de septiembre de 1830, las tropas federales enviadas por el general Salazar sorprendieron a Carrera en esa localidad, matando a 450 hombres [N. del A.].

Central; los esclavos negros que cultivaban el suelo recobraron entonces su libertad y se unieron a la raza indígena; resultó de esta fusión una variedad que hoy domina en el valle, donde brilla menos por la belleza de sus formas que por el vigor muscular y también por la propensión más que por el espíritu de especulación y empresa.

En 1825, el cultivo de la cochinilla practicada desde tiempo inmemorial en México fijó la atención de esta población. Los primeros ensayos dirigidos al azar y con pequeños capitales obtuvieron mediano éxito; pero algunos años más tarde emprendieron de nuevo, impulsados por cierto número de familias que las revoluciones expulsaron de la capital y que buscaron en esta industria los medios de restablecer su fortuna. Se procedió esta vez con prudente circunspección; se recogieron todos los datos adquiridos anteriormente. Entre las diferentes especies de nopales, se eligieron los más a propósito para el suelo y clima de Amatitán; se estudiaron las enfermedades de la cochinilla y se buscaron los remedios. Se construyeron cobertizos para guardarla en la estación de las lluvias; finalmente, se perfeccionó el cultivo de la planta, se conoció gradualmente la historia natural del insecto y la producción tomó un carácter metódico convirtiéndose en arte. No se hizo esperar la recompensa. Hasta entonces los habitantes habían vivido con la pesca del lago, el cultivo de sus jardines y otras industrias precarias, que nunca conducen a la fortuna. Fueron tan rápidos sus progresos en el nuevo camino que habían emprendido, que muy pronto se sucedieron a las cabañas casas cómodas, construidas con solidez y cierto lujo; tierras incultas o destinadas a la producción de sandías, adquirieron un enorme valor; y los pobres jornaleros pasaron de la miseria a la opulencia y juntaron un capital de 100 000 a 150 000 piastras. La población aumentó notablemente con el desarrollo de la prosperidad pública, de manera que desde el año 1835 Amatitán, por su importancia, merecía ser elevada al rango de ciudad por legislatura del Estado. Esta ciudad cuenta hoy con 7 000 almas, además de la masa flotante que es considerable cuando se recoge la cosecha.

Nadie puede escapar, por pocos conocimientos que tenga en la ciudad, a la minuciosa visita de las plantaciones y cobertizos en los que, durante la estación de las lluvias, se alimenta el precioso insecto con los artículos separados de la planta. El propietario empieza por conducir allí a su huésped hablándole largamente de sus temores y esperanzas. Todo el

que posee un campo, un jardín, la más pequeña parcela, toma el azadón, planta nopales y compra *grana*.¹⁹³ Una plantación produce al cabo de tres años y dura entre 10 y 12 años; si las circunstancias han sido favorables, el cultivador termina siendo indemnizado y con ganancias. Se han visto beneficios de 30 a 40 000 piastras realizados en el espacio de un año. Así es que este género de industria está lleno de seducciones; pero al mismo tiempo es aleatorio, porque una lluvia intempestiva basta para destruir la cosecha y arruinar al propietario, cuando ha expuesto como es lo más frecuente, la totalidad de sus capitales.

Los valles de Amatitán, de la Antigua y de Villanueva son los únicos puntos de Guatemala en los que hasta ahora haya tomado un serio desarrollo el cultivo de la cochinilla; pero el primero goza de una superioridad incontestable desde el doble aspecto de la abundancia y calidad. Debe esta ventaja a la igualdad del clima que favorece el desarrollo del insecto y a la naturaleza del terreno que produce sin esfuerzo la planta que lo alimenta: un poco más de calor y un poco menos de humedad, permiten obtener doble cosecha. Sin embargo, la segunda, inferior en volumen y calidad, nunca tiene la misma aceptación en el comercio. Independientemente de la cochinilla seca exportada anualmente, los habitantes obtienen una ganancia considerable con la semilla, que venden en enero y febrero a los cultivadores de la Antigua.¹⁹⁴

Amatitán es una ciudad demasiado moderna, construida además con mucha rapidez para ofrecer algún monumento notable; el objeto más raro que posee es una magnífica ceiba, cuyas ramas dan sombra a toda la plaza del mercado; pero sorprende al viajero por la importancia de los intereses que en ella se agitan y por un movimiento industrial que contrasta con la apatía de las demás ciudades de la república, sin exceptuar la capital. Observé sorprendido que las calles tenían nombre, las casas números y que existían cafés y ¡hasta billares! La vida es bastante cara, como sucede en los centros de población en que se reúnen gran número de consumidores y cuando una industria especial arrebató a la agricultura, no sólo sus brazos, sino también la mayor parte de su dominio.

¹⁹³ En español en el texto original [N. de las E.].

¹⁹⁴ La exportación anual de la cochinilla en Guatemala puede evaluarse en 6 000 *zurrones* (4 500 kilogramos), los cuales, a razón de 12 francos el kilogramo, valor admitido en los mercados de Europa, representan una suma de 5 400 000 francos [N. del A.].

A una milla de la ciudad se extiende un lago rudamente determinado por los ángulos salientes de las montañas que coronan la meseta de Guatemala. Esta cuenca, cerrada por una cadena de 3 000 pies de altura, tiene la señal manifiesta de las revoluciones que han dado a la comarca su notable configuración y cuyos gérmenes fermentan aún en las cercanías. De una legua de ancho aproximadamente, por una longitud triple, en la dirección de este a oeste, el lago de Amatitán crece rápidamente en profundidad y hacia el centro se buscaría vanamente el fondo con una sonda de 200 brazas. Aunque el agua es pura, tiene disueltas, sin embargo, sales ligeramente purgantes que no alteran su gusto, pero que impregnan la ribera de un olor particularmente sensible en la época de las aguas bajas. Cuando renace el verdor a causa de las primeras lluvias, se ven descender a la orilla los rebaños de las alquerías vecinas que, guiados por un hábito tradicional, van a refrescar su sangre en aquellos pastos dotados de virtudes medicinales. El paisaje es triste y poco pintoresco, a pesar del valor absoluto de los elementos que lo componen; ni una vela alegra la soledad del lago; ningún movimiento seguido une por este camino natural la ciudad de Amatitán a la aldea de *Petapa* situada en la extremidad opuesta; rara vez se ve entre los cañaverales o en la arena algún pésimo barquichuelo, cuya forma extraña está en oposición con todos los principios de la arquitectura naval. Las montañas, revestidas de una vegetación raquíca que se desarrolla en contacto con la humedad, aparecen en su límite inferior adornadas con plantas más lozanas y espesas; en ensenadas protegidas, sobrenadan grandes cúmulos de pómez, parecidos a los arenales móviles.

Deseando explorar esta notable cuenca, me embarqué con un viejo pescador, que fiel a las costumbres del pasado, continuaba ejerciendo el oficio de sus padres sin que le preocupara la nueva industria que transformaba su ciudad natal. Durante nuestra excursión, cuyos atractivos disminuían en algo por la aprehensión que me inspiraba su barca, matamos muchos pájaros y conseguimos pescar diferentes especies de peces que pueblan las aguas del lago.¹⁹⁵ La mayor es la *mojarra*,¹⁹⁶ cuyo peso rara vez excede de

¹⁹⁵ Estas especies son cuatro, a saber: la *mojarra*, especie de cichla, de un amarillo dorado, con una mancha café-violácea en el centro de las escamas; el *cirique*, violeta y rayado de café, perteneciente a la misma especie; el *pepesca*, salmónido de color plateado; finalmente, el *pescadito*, pequeño pez insignificante [N. del A.]. *Mojarra, cirique, pepesca, pescadito* en español en el texto original [N. de las E.].

¹⁹⁶ En español en el texto original [N. de las E.].

tres libras; me ha parecido, a pesar de su reputación, muy inferior en calidad a las pértigas de nuestros ríos. Se dice que fray Domingo Martínez, fundador de Amatitán, llevó del mar del Sur los primeros peces que se han visto en este gran receptáculo: el ensayo no debió de ser feliz, porque en 1686, la municipalidad de Guatemala, a la que por derecho pertenecía la pesca, lo hizo llenar nuevamente de peces: es probable que los peces menudos proviniesen de los manantiales vecinos.

En la extremidad meridional del lago, muy cerca de la ciudad, nace un hermoso río que sigue tranquilamente el valle, se escapa como un torrente de las gargantas que la terminan, atraviesa en varios saltos la parte inferior de la cordillera y en seguida recobra la tranquilidad de su curso hasta el océano Pacífico donde, en su lucha con el mar, forma la barra de Iztapa. Cuando se considera, independientemente de la evaporación, el volumen que corre por esta salida natural, es preciso creer que el lago de Amatitán es alimentado por depósitos subterráneos, ya que los arroyuelos con los que se mezclan sus ondas no podrían equilibrar el tributo que presta indirectamente al océano. Se atraviesa el *río Michatoya* sobre un puente de piedra de un efecto pintoresco, monumento bastante raro en esta parte del mundo y postrer vestigio de la inteligente administración de los dominicos. En la época de su construcción, la población ocupaba sus dos orillas, pero después se ha concentrado casi exclusivamente en la de la derecha. Cubren las colinas vecinas flores innumerables, aunque poco diversas; la especie dominante es el *zinnia violácea*, conocida desde hace tanto tiempo en nuestros jardines, varía en su color pasando del rojo escarlata al amaranto y se mezcla con otros helianteos y dos tipos de clavelones.

Amatitán es lugar de fiebres, sobre todo en abril y mayo, época en la que reinan los vientos del sur impregnados, según dicen, de miasmas que recogen en una ciénaga poco distante; el rudo trabajo de los nopaleros ejerce además una funesta influencia en la salud de los habitantes; se ha patentizado que la tercera parte de los individuos admitidos cada año en el hospital de Guatemala provenía de esta localidad. En general, las fiebres son simples intermitencias en su comienzo, sólo toman un carácter formal por la imprudencia o incuria de los enfermos.

En Amatitán tuve que separarme de Morin, porque le fue imposible acompañarme más lejos: tenía los pies en tan lamentable estado por

las operaciones sucesivas practicadas a causa de las *niguas*,¹⁹⁷ que temí exponerle a la gangrena bajo la influencia del clima ardiente de la costa. Tomó, pues, la dirección de Guatemala, mientras que, montado en una mula y seguido de un indio con mi equipaje, proseguía yo mi camino hacia el océano.

La uniformidad de las plantaciones de nopales se prolongó en torno nuestro mucho tiempo después de haber dejado la ciudad; en seguida, las montañas que circunscribían el valle aparecieron más cercanas, y pronto desaparecieron los terrenos cultivados. En general, las cumbres eran áridas, pedregosas y desnudas; pero una magnífica vegetación cubría la base de las *sierras*; el aire estaba embalsamado por las clemátidas y convólulos de todos colores esmaltando los matorrales.

Seguimos, al pie de las montañas, un sendero cubierto de árboles frutales que los indios llaman *jocotes*,¹⁹⁸ son ciruelas para los españoles y para los botánicos *espondias*; sus yemas que se desarrollan muy pronto, se cargan de frutos antes de tener una sola hoja; estos frutos son carnosos de mediana calidad, del volumen y forma de una ciruela; se conocen dos especies: la mayor (*s. lutea*, L.), de un color amarillo dorado, cuya pulpa es pastosa, ligeramente acidulada, de un gusto análogo al de la manzana cocida; la otra (*s. purpúrea*, L.), de un rojo púrpura y de sabor agrio. A fines de abril, las espondias se revisten de un follaje espeso parecido al del fresno.¹⁹⁹

Almorzamos en *Palín*, en los confines de la tierra templada, donde termina la segunda meseta y empiezan las pendientes accidentadas de la costa: la temperatura aumenta rápidamente a partir de esta localidad que proporciona las mejores piñas al mercado de la capital. Más allá de la aldea encontramos, atravesando los bosques, muchas cuadrillas de indios que viajaban en familia; el traje de las mujeres se reducía a un taparrabos azul; pero a la vista de un extranjero que no era de su raza, se despertó en ellas un sentimiento instintivo de pudor y las vi taparse lo mejor que les fue posible con pañuelos de algodón.

¹⁹⁷ En español en el texto original [N. de las E.].

¹⁹⁸ En español en el texto original [N. de las E.].

¹⁹⁹ Herrera ha caracterizado muy bien el *espondius* en una descripción corta, pero poética: "Hay en Guatemala un árbol común que llaman los Castellanos ciruelo, que perdiendo la hoja, sin ella da fruto, y después la echa como lozaneándose del beneficio que ha dado". Dec. IV, liv. VIII, c. 8 [N. del A.].

Tres leguas antes de Escuintla se descubren desde la cordillera espacios infinitos que se cofunden con el azul del cielo: en primer término, bosques de cocoteros, después campos de maíz o caña de azúcar; en fin, la masa azulada de los bosques, acumulados en lontananza vaporosa. Teníamos a la vista la costa del Sur, célebre por su fertilidad, su insalubridad, su abandono; me detuve extasiado y saludé al gran Océano que resplandecía luminoso en los lejanos límites del horizonte. ¿Quién podría olvidar, en presencia de semejante espectáculo, la historia tan dramática de Balboa y sus compañeros? Era en 1513, 21 años después del primer viaje de Colón; nadie sospechaba todavía que América fuese un Nuevo Mundo cuando el 26 de septiembre unos cuantos aventureros hicieron un alto después de rudas fatigas en las pendientes de la cordillera. Entonces, Vasco Núñez de Balboa, que dirigía la expedición, ordenando que nadie abandonase su puesto, escaló él solo los últimos obstáculos de la montaña. Cuando vio en toda su majestuosa inmensidad el océano que más tarde recibió el nombre de Pacífico, cayó de rodillas con el corazón palpitante y dio gracias a Dios por haberle elegido como instrumento de un descubrimiento tan importante.²⁰⁰

Fue el mismo Balboa quien, dotado de una voluntad y perseverancia indomables, transportó pieza por pieza a través de la cordillera del Darién, los primeros navíos europeos que flotaron en el gran Océano. Cuatro años más tarde, víctima de los celos de sus compañeros de armas, bajaba la cabeza bajo el hacha del verdugo, al pie de la cordillera que había presenciado su felicidad y su gloria.

La costa del Sur ha decaído de su antigua prosperidad, aunque la fecundidad del terreno es siempre incomparable: el maíz da dos cosechas; los frutos adquieren un volumen prodigioso; recogen plátanos de medio metro de longitud; las anonas, deliciosas, pesan hasta cuatro kilogramos; en fin, ananás y zapotes enormes; pero la verdadera riqueza del país es el árbol del cacao, que favorecido por el suelo y el clima, da un producto cuyo valor es sin igual: sin embargo, el cultivo de este árbol disminuye y tiende a desaparecer en toda la extensión de la costa. Antiguos documentos prueban que se cargaban anualmente, en la época en que las embarcaciones del Perú y de Panamá frecuentaban el puerto de *Zonzonate*, de 1500 a 2000000 de kilogramos de cacao; de 6 a 700000 kilogramos

²⁰⁰ Herrera, dec. L. 1. x, c. 1 [N. del A.].

eran transportados en mulas, en dirección de Oaxaca,²⁰¹ y los indios llevaban igual cantidad a otros puntos del territorio. En el intervalo de un siglo, la producción ha disminuido dos terceras partes, resultado que se atribuye al decremento de la población, diezmada por el abuso de los licores alcohólicos. Muchos pueblos de fundación moderna, como *Gua-ymango* y *Chagüite*, han dejado ya de existir; otros como Tezcucu, casi están despoblados; en una palabra, la antigua provincia de Escuintla ha decaído tanto en el día, que fue preciso anexionarla al departamento de Guatemala. Lo mismo sucede con Suchiltepeques, actualmente reunido al de Quezaltenango.

Nos detuvimos en la aldea de *San Pedro Mártir*, para tomar algunos informes acerca de la cascada del Michatoya. Tuve el sentimiento de saber que sus orillas eran impracticables en aquella época del año.²⁰² Las grandes aguas contrariaron también mis proyectos de pesca, y tuve que renunciar a la adquisición del *tepemechín*, pez muy estimado que no existe en el lago de Amatitán. Un camino pintoresco y cubierto de árboles nos condujo la misma noche a Escuintla, donde recibimos una cordial acogida en casa de un anciano hidalgo de la comarca.

El terreno de Escuintla produce, después del de Soconusco, el mejor cacao de América Central; sin embargo, la población no busca su subsistencia en la riqueza del suelo; lo que lo alimenta es de naturaleza muy diferente, y como va a verse exige pocos esfuerzos. Es moda en la capital, durante los meses de enero y febrero, cuando los vientos del norte soplan en la meseta, bajar a Escuintla para gozar allí de una temperatura más benéfica y bañarse en el *Cuzmacate*, cuyas virtudes fortificantes se ponderan mucho. Las accidentadas pendientes de la cordillera se cubren entonces de viajeros y bagajes; todos se han asegurado anticipadamente una casa, o, mejor dicho, una cabaña que se blanquea nuevamente mientras el propietario se retira a algún oscuro recinto; los últimos que llegan acampan al aire libre en el pueblo que durante este período feliz toma un aire de fiesta y animación inusitados; se dan paseos por los bosques y por los valles, *tertulias*,²⁰³ bailes campestres, baños y diversión. Todo esto es

²⁰¹ "Oajaca" en el original [N. de las E.].

²⁰² Los autores españoles hablan de esta cascada con admiración. Véase Juarros, trat. I, c. 2. Herrera le da altura de un tiro de arcabuz, dec. IV, 1. VIII, c. 8 [N. del A.].

²⁰³ En español en el texto original [N. de las E.].

poco dispendioso, y en nada se parece a las citas que cada año se da el mundo elegante en las aguas minerales de Europa.

Me he bañado en el Cuzmacate, pequeño río fresco y límpido, que corre murmurando sobre un lecho de arena. Ignoro de qué puede provenir la reputación de sus aguas, porque no he observado que tuviesen ninguna sustancia particular en disolución. Ningún establecimiento, ni aun un simple cobertizo, existe en las cercanías para resguardar a los bañistas; los habitantes de Escuintla no se ocupan de estos detalles, juzgan que la naturaleza, cubriendo de árboles las orillas, ha satisfecho todas las exigencias. En cuanto a sus anfitriones, no me atrevo a asegurar que sean de la misma opinión.

Al aproximarse la Cuaresma, los bañistas toman el camino de Guatemala, mientras los habitantes, que ya han tomado posesión de sus casas, se divierten a su vez y gastan alegremente su dinero. Tal es la principal industria del lugar: la población carece ya de las cualidades de la que vive dos leguas más arriba. En efecto, a medida que se desciende de las cumbres de la cordillera hacia el océano, se ve al hombre abandonar poco a poco sus virtudes: el clima que enerva su valor parece, por el contrario, exaltar todos sus vicios; trabaja únicamente cuando la necesidad lo fuerza a ello; no se consigue de él ningún esfuerzo, ningún servicio, nada de útil; pero para engañar, para tender un lazo, sale de su apatía, recobra actividad, y empleará si es preciso los recursos de un espíritu inventivo.

En estas ardientes regiones bastan tres meses para hacer madurar el maíz; cada pie da comúnmente de cuatro a cinco espigas; pero ¿qué es este maíz en comparación de la preciosa cochinilla? Animados por el éxito de sus vecinos de Amatitán, los habitantes de Escuintla imaginaron un día abandonar sus cultivos y arrancar todo para plantar nopales; por desgracia no habían contado con las hormigas, las orugas, las cucarachas y una infinidad de insectos dañinos que pululan en la costa; no sólo fue devorada la cochinilla, sino también lo fue la planta destinada a su nutrición. Aquí se detuvieron las pruebas.

Escuintla, en otro tiempo capital de una provincia y residencia de un gobernador, es un montón de casas y cabañas dispersadas al azar sobre un suelo que la lluvia hace impracticable para el que usa calzado: es verdad que esta incomodidad no se hace sentir en la población. A cada casa dan sombra árboles frutales plantados sin gusto ni simetría: son naranjos,

espondias, calabaceros de dos especies, cocoteros, corosoles y mangos. Me hicieron probar, como manjar delicado, las hojas de cierto árbol (*Crotalaria sp.*), compuestas con espinacas: pero en conciencia no sabría elogiarla; las flores también tienen su empleo en las cocinas del país.

Nada es tan hermoso como las cercanías de esta aldea; por todas partes bosques, rocas, aguas vivas; una riqueza, un brillo, una diversidad que encanta la vista. La lejana perspectiva de los volcanes imprime además un no sé qué de grandeza al paisaje, sobre todo desde el sitio donde se eleva la iglesia, edificio vasto, desnudo, cuya fachada es una ruina pintoresca.

A partir de Escuintla, una llanura ardiente, interrumpida por bosques y sabanas, desciende insensiblemente hacia el mar; dos aldeas, *Mistan* y *Masagua*, y más lejos tres ranchos aislados, son los únicos puntos habitados que se encuentran en un trayecto de 18 leguas; a derecha e izquierda del camino reina indefinidamente la soledad. Cuando vi el sol brillar en la bóveda del cielo y verter su luz como un torrente de fuego sobre la llanura, cuando oí el zumbido de los millares de insectos que engendran la humedad y el calor, experimenté un desfallecimiento moral que nunca había sentido. Ya no poseía ni el vigor ni la energía que me habían sostenido durante más de un año, a través de las oscilaciones de salud, vencido por la irresistible pesadez del clima, comprendía y excusaba la indolencia y apatía, cuyo espectáculo hería mis ojos en otro tiempo. Esta decadencia de mis fuerzas no fue pasajera: persistió mucho tiempo después de que hubieron cesado las causas que la habían producido.

Dejamos las sabanas de Masagua, pobladas de heliastos y otras malváceas arborescentes, para entrar en el dominio de los bosques. Allí vimos papayos salvajes de delgados troncos, argentados, coronados de un soberbio follaje, y limoneros espinosos cargados de frutos muy aromáticos; pero lo que atrajo sobre todo mi atención fue la extraña forma de las ceibas, hinchadas como husos a tres o cuatro metros del suelo: esta turgescencia no es común en la ceiba, que en otras partes he visto crecer en las normales condiciones de los demás árboles. ¿Era una especie particular? Lo ignoro; añadiré solamente que el efecto producido en medio del bosque por los troncos blanquiczos y monstruosos de estos vegetales me pareció muy extraordinario.

El sol empezaba a declinar cuando llegamos a la *hacienda del Naranjo*, lugar en el que nos proponíamos pasar la noche. Llevaba una carta de

recomendación que nos valió todo lo que podíamos esperar: abrigo y cena compuesta de un poco de carne salada, de plátanos verdes, y de la inevitable judía negra. La comarca no ofrece ningún otro recurso alimenticio; además, no brilla por las virtudes hospitalarias de sus habitantes, *zambos* en su mayoría, es decir, que pertenecen a la casta menos interesante y más degradada del Estado. Los de la alquería padecían afecciones escrofulosas, cuya herencia habían recogido ya sus más jóvenes hijos, cojos o estropeados.

Fatigado de la jornada y enervado por el calor, me había dormido tranquilamente en mi hamaca, cuando una voz discordante me arrancó de los sueños de mejores días. Era el regidor, quien en el dintel de la puerta, rodeado de sus criados, vueltos los ojos a una imagen de la Virgen, entonaba la oración de la tarde. Cada versículo del cántico era repetido por 15 voces más falsas y estridentes de lo que podría decir. Además, en aquel momento teníamos una tempestad encima: el trueno rugía y el resplandor de los relámpagos hacía palidecer la lámpara que ardía delante de la Virgen; todo, en fin, parecía conjurarse para transformar un acto religioso en una escena verdaderamente diabólica.

Al día siguiente, mientras ensillaban mi mula, observé en su cuello manchas de sangre coagulada y averigüé, preguntando a mi guía, que aquellas manchas provenían de la mordedura de los murciélagos. Esos animales nocturnos, en los parajes que frecuentan, como las costas del Océano Pacífico, son el azote de los rebaños y hasta del hombre; por mucho tiempo he dudado, pero me he rendido ante la evidencia; es verídico, por limitarme a un solo hecho, que la aldea de *Misata*, situada a dos leguas de *Zonzonate* fue despoblada por estos vampiros; los que han sobrevivido no han encontrado otro medio de escapar a sus ataques que encerrarse todas las noches en verdaderas cajas de madera. La mordedura del murciélago no causa dolor; agitando constantemente las alas, produce una agradable frescura que favorece el sueño de su víctima. Cada noche pueden perderse sin saberlo de ocho a diez onzas de sangre. Sin embargo, estas emisiones reiteradas debilitan pronto la circulación; las fuerzas digestivas, particularmente las del estómago, languidecen; decrece la energía muscular; todos los órganos desfallecen; el tejido celular se impregna de serosidad, y el enfermo cae en un estado de debilidad o contrae una hidropesía que frecuentemente termina con la muerte.

Los historiadores de la Conquista han dado a conocer el instinto sanguinario de los murciélagos americanos; Bernal Díaz se queja desde el principio y sabemos por Herrera que habían hecho desaparecer el ganado menor en las cercanías de Amatitán.²⁰⁴ Muerden a los caballos en la cruz o en los hombros; pero generalmente el mal producido a estos animales proviene más que de la pérdida de sangre, de la inflamación ocasionada por el frote de la albarda o de la silla. Al hombre le atacan por sus extremidades, lo que más comúnmente expone como los dedos de los pies, las manos, la cabeza, dirigiéndose con preferencia a los miembros que ya han mordido; la herida, poco aparente, se reconoce en una ligera hinchazón de la piel y en la equimosis producida por la ruptura de los vasos capilares.

Estábamos a 30 pasos de la *hacienda* cuando sentí en el muslo derecho un dolor repentino que sólo se puede comparar el desgarramiento producido por una sierra. Ya conocía esa sensación; la había sufrido en la laguna de Términos. Inmediatamente me bajé los pantalones y como ya sospechaba, cayó un escorpión. No me preocupé en demasía, el dolor cesó al cabo de algunas horas y al día siguiente, por la mañana, sólo se notaba una pequeña inflamación alrededor de la picadura. Sin embargo, no siempre sucede así: cuando el aguijón del insecto tropieza en su trayecto con algunos nervios, el dolor es intenso y duradero; también los accidentes son más serios; a veces queda paralizado el miembro herido durante un espacio más o menos prolongado.

Después de este incidente proseguimos nuestro viaje a través de los bosques. El camino estaba flanqueado por ingas, ramificadas al nivel del suelo y formando gigantescos cepejones; también se veían hermosas jacarandas, cubiertas de flores de un azul violáceo que exhalaban un olor delicioso; pero las palmeras, tan numerosas en la costa oriental habían desaparecido casi por completo. Cuando pasamos el inhospitalario rancho de *Obero*,²⁰⁵ el bosque tomó un carácter de grandeza solemne y el silencio se hizo aterrador. Grandes mariposas crepusculares surgían a centenares y se posaban en el tronco de los árboles, donde se confundía su color grisáceo con el de la corteza. En la primavera, estos parajes son visitados por los cazadores de iguanas que comercian en la capital con estos reptiles que llegan a transportar hasta Los Altos. Es caza muy

²⁰⁴ B. Díaz, c.169. Herrera, dec. I, I. x, c. 7, y dec. IV, I. VIII, c. 8 [N. del A.].

²⁰⁵ *Overo* en el texto original [N. de las E.].

apreciada en cuaresma: en especial se estiman las hembras con huevos, y también aquellos cuyo peso llega de 15 a 20 libras.²⁰⁶

Mientras observaba con curiosidad lo que me rodeaba, esperando descubrir alguno de estos lagartos (hubieran sido bien recibidos, aunque no estábamos en cuaresma), Cecilio, mi guía, que caminaba silenciosamente a mi lado, abrió la boca de repente para preguntarme si estaba cargado mi fusil.

—Ciertamente —le respondí—; ¿tenemos que temer algún ataque?

—Sí, señor, porque este bosque está lleno de jaguares; la última vez que pasé por él, pronto hará cinco años, vimos uno allá abajo, cerca de aquella ciénaga; era tan grande, señor, como la mula que monta Vuestra Merced.

—Buena estatura es para un jaguar —repliqué sonriendo—; ¿se comió a alguno de vosotros?

—No, señor; pero poco faltó para ello.

—¿Qué os sucedió, pues?

—Señor, el jaguar se levantó, nos enseñó los dientes y se introdujo en el bosque. Esto, señor —prosiguió Cecilio después de una pausa durante la que permanecí pensativo—, es bien sabido en las *haciendas* vecinas; don Pascual, el regidor, aún me habló de ello ayer noche. Mirad, este es el lugar en que lo percibimos.

Terminaba estas palabras cuando me pareció oír un estremecimiento en las malezas; mi corazón latió y armé mi fusil; poco acostumbrado a este género de caza me preguntaba en secreto si aventuraría una bala sin ser en caso de legítima defensa; aún no había resuelto mi duda cuando reconocí (¿por qué no confesarlo?) la piel roja de un becerro que pacía tranquilamente sin sospechar la alarma que nos había inspirado. Tal fue nuestra aventura en el bosque.

No ignoro que las relaciones de los viajeros abundan en incidentes mucho más dramáticos; cuando el teatro está distante, los animales feroces juegan un papel que agrada al lector. Por mi parte, he recorrido bosques tan antiguos como el mundo; he acampado en soledades donde la naturaleza reina sin rival, y no tengo que contar ni una sola historia de

²⁰⁶ La iguana era muy estimada en el Nuevo Mundo, especialmente en las islas Caribes, donde el pueblo bajo no tenía el derecho de comerlas, de la misma manera que estaba prohibido en España a la gente de condición inferior comer pavo y faisán. P. Mártir. Dec. I, lib. III. Sin embargo, los conquistadores se mostraron tan delicados al principio que solamente la dura necesidad triunfó sobre su repugnancia [N. del A.].

este género. No niego seguramente la existencia de jaguares, panteras, leones y todos los demás carnívoros; sólo que, a mi parecer, son raros estos animales: tienen hábitos nocturnos, y como además el instinto los aleja del hombre, a no ser que se les persiga, rara vez los encontrará el viajero en su camino.

Ya se oía el ruido lejano y mesurado del mar; el bosque estaba interrumpido por pantanos salobres, donde crecían palmeras delgadas y espinosas de la tribu de los *bactris* que abundan cerca del agua (b. *setosa* y *macrocarpa*, Mart.). Muy pronto vimos chozas medio ocultas por grandes tamarindos; estábamos en las salinas de *Santa Rosalía*, precario y miserable establecimiento, como hay muchos a lo largo de la costa.

Las altas mareas engendran en el litoral del océano Pacífico, cuyo nivel generalmente es bajo, lagunas que en el verano se evaporan rápidamente; las menos profundas se secan totalmente, abandonando en el lugar que han ocupado una capa de sal que se recoge casi sin trabajo. Así que ha pasado el tiempo de las lluvias, los obreros se reúnen en los lugares de explotación, reparan las chozas que ha derruido el invierno y proceden a la construcción de sus hornos; su tarea se reduce a purgar la costra salina de las partículas extrañas que alteran su calidad y a evaporar, en seguida, el agua de lavado por medio del fuego.

En aquel período de nuestro viaje, Cecilio y yo enfrentamos una gran dificultad: el puerto de Iztapa, hacia el que nos dirigíamos, está separado del continente por el curso del Michatoya. Cuando las aguas están bajas, las bestias de carga atraviesan fácilmente este obstáculo, pero en la época de las crecidas queda interceptado el acceso al puerto; los mismos hombres alcanzan difícilmente la otra orilla, y algunas veces se ven obligados a buscar muy lejos un lugar apropiado para el embarque. Ahora bien, ignorábamos, en ausencia del alcalde, dónde poner en seguridad nuestro precioso cuadrúpedo, ¿a quién confiar semejante depósito en una aldea tan sospechosa como *Santa Rosalía*? Después de haber reflexionado mucho, acabamos por encomendarnos a nuestra buena estrella. Me dirigí, pues, a un anciano cuya fisonomía me previno en su favor, le propuse servirme de guía y cuidar la mula hasta nuestra vuelta; aceptó y debo añadir que cumplió fielmente su compromiso.

Una vez hecho el trato, seguimos a nuestro nuevo conocido a través de jarales pantanosos alternados con sabanas donde el aire era abrasador y

donde millares de abejas amarillentas ocultaban con su zumbido el ruido de la marea lejana. Dos horas después llegamos a un bosque de mangles cuyos tallos, ramificados hasta el infinito, formaban a lo largo de la costa una valla imposible de atravesar. Sin embargo, al aproximarnos a esa masa tenebrosa distinguimos una apertura que atravesaba la espesura, como si algún monstruo marino se hubiese abierto paso por aquel lugar. La marea, en el período de su descenso, dejaba al descubierto un fango negro que desprendía emanaciones fétidas. En el extremo de este canal siniestro, que recordaba la descripción del Cocito y la entrada de Tártaro, un cuerpo sombrío e inmóvil interceptaba los rayos del sol: era la embarcación que buscábamos; el barquero, sin duda, no estaba lejos. Eché pie a tierra, Cecilio dejó su paquete y nuestro guía, despidiéndose de nosotros, se llevó la mula volviendo a tomar el camino de Santa Rosalía.

Gritamos con toda la fuerza de nuestros pulmones, según las instrucciones que se nos habían dado; pero el silencio era profundo y nuestras voces apenas tenían eco en aquellas soledades. Tomamos pues el partido de sentarnos al pie de una avicenia y esperar con paciencia, renovando de vez en cuando nuestra llamada. Vimos, en fin, salir de las terribles ciénagas un ser humano, ágil, vigoroso, de cabello crespo, miradas de fuego, y cuyos músculos pronunciados parecían tallados en bronce; por todo vestido traía un cinturón de cuero, y por arma solamente un gran cuchillo. Se nos aproximó, haciéndonos señas, y sin perder tiempo en discursos inútiles nos agarró, nos colocó alternativamente sobre sus espaldas y nos transportó hasta la embarcación por ese camino embarrado cuyo secreto conocía; echó en seguida su esquifé en el fango y lo hizo muy pronto.

Nos hallábamos en medio de las ciénagas formadas por el desbordamiento del río; la superficie inmóvil de las aguas reflejaba como un espejo sombrío la vegetación sumergida tomando su mismo color; ningún ser viviente parecía respirar esta peligrosa atmósfera, a excepción de algunas conchas ennegrecidas por el lodo, que se arrastraban por los tallos de los mangles, donde habían quedado al retirarse las aguas.

Sin embargo, el canal que seguíamos se ensanchaba poco a poco, el bosque acuático se iba aclarando y los rayos del sol poniente tenían más brillo: entramos en el lecho del río. Crecido por una lluvia de tres meses, corría el Michatoya con una impetuosidad formidable, arrastrando consigo árboles que habría arrancado y restos de toda clase que descendían

rápidamente hacia el mar. A este aspecto, que contrastaba con la serenidad engañosa de las ciénagas, experimentamos una emoción intensa: la embarcación nos parecía demasiado débil, y las fuerzas que la dirigían muy mezquinas para luchar contra semejante torrente. Sin embargo, la vista de nuestro barquero y su habilidad disipaban poco a poco nuestro temor: formado por una larga práctica en los incidentes de esta navegación, evitaba las aguas profundas, cortaba diestramente las corrientes, y rozando las tierras sumergidas se mantenía en un medio tranquilo.

Remontamos de esta manera durante una hora hasta que divisamos Iztapa. Entonces cambiamos de maniobra y nos dispusimos a atravesarla. Nuestro conductor, por demás experimentado para afrontar directamente la violencia de las olas, tomó la dirección de una larga diagonal, que vino a terminar en medio del río, sin que hubiésemos perdido terreno; pero observé con inquietud que sus fuerzas comenzaban a disminuir; ya no remaba con la misma seguridad; el sudor corría por su bronceado rostro, y se bajaba a menudo para apagar su sed. En uno de estos rápidos intervalos, la corriente tomó de costado a nuestro esquife, le hizo virar de bordo y nos arrastró a la deriva: un sólo momento de imprudencia y estábamos perdidos. Cecilio, acurrucado en un rincón permanecía inmóvil y parecía petrificado; pero el sentimiento del peligro reanimó toda la energía de nuestro barquero. Apoderándome yo mismo de un palo de virar, uní mis esfuerzos a los suyos: en una palabra, después de una lucha terrible, franqueamos el límite de las corrientes y vagamos sobre las aguas más tranquilas que bañaban la orilla opuesta. Ya era tiempo: estábamos extenuados.

Desembarcamos en frente de la aduana, espaciosa barraca que sirve de abrigo temporal a las mercancías y de domicilio a los empleados de la administración. Después de haber entrado en ella y depositado mi equipaje, me dirigí en seguida al océano, presuroso de contemplar esta famosa superficie que mantiene en equilibrio casi la mitad del globo. No había visto nunca una playa tan triste: cubierta de arena gris, amontonada por la constante lucha de las olas, sin un guijarro, sin una roca, sin pizca de vegetación, y que descendía en pendiente rápida hacia el mar, prolongando su monotonía de noroeste a sudeste hasta perderse de vista en las lejanas nieblas del horizonte; las aguas eran plomizas e inmóviles; solo dos o tres láminas se desplegaban sobre la playa afligiéndola con su con-

tinua resaca. Sobre esta zona improductiva caen los rayos solares durante todo el año en dirección casi vertical; pero la ribera del Michatoya está sombreada por mangles mezclados de otras plantas acuáticas que, modificadas en su esencia, producen en la otra orilla magníficos bosques. Una veintena de cabañas construidas sobre la arena entre las aguas dulces y saladas constituyen la aldea de Iztapa; los habitantes son los *zambos* dedicados a la pesca, que llevan en su semblante la impresión de la miseria e insalubridad del clima; borrachos como los indios, perezosos como los negros, pérfidos, audaces y sospechosos en cualquier concepto, sin industria ni previsión, olvidan la agricultura, pues exige un trabajo continuado, y vegetan a merced de las circunstancias bajo la continua amenaza del hambre. Las construcciones públicas se reducen a la barraca, de que ya he hablado, y el material de la aduana a dos chalupas estropeadas que en aquella época estaban expuestas a la intemperie de las estaciones.

—¿Traéis provisiones? —me preguntó mi anfitrión, joven de color enfermizo, consumido por la fiebre y la nostalgia.

Y ante mi respuesta negativa:

—¡Ah! ¡No sabéis a qué lugar llegáis! Estad persuadido que aquí sólo hay lo estrictamente necesario.

En efecto, todos los comestibles escaseaban todo el año, el arroz, las judías, el maíz y de vez en cuando, pescado y carne salada. Un arbusto que crece a la orilla del río, el *chrysobolanus-icaco*, producía para el postre un fruto rojo, del grueso de una ciruela, algo agrio, pero agradable cuando está en dulce. Iztapa no tiene más recursos de alimentación.

Al principio y al fin de la estación de las lluvias, es raro que bajando hacia la ribera se vuelva con salud, por corta que sea la permanencia en este sitio. No podría citar un ejemplo más notable que el nuestro: éramos cuatro, contando la perra y la mula, y ni uno sólo se libró a pesar de la diversidad de temperamentos; naturalmente, estuve más enfermo. Las afecciones dominantes son las calenturas intermitentes, perniciosas o biliosas que generalmente en los trópicos se muestran inherentes a las localidades cenagosas. Como es imposible obtener el menor remedio, estas enfermedades hacen impunemente sus estragos y dan un siniestro renombre al puerto de Iztapa. Tal es el terror que este paraje inspira a los habitantes de la meseta superior, que cuando vienen a tomar las aguas de Escuintla en la próxima pendiente de la cordillera, nada puede decidir-

les a franquear el corto espacio que les separa del litoral para gozar del espectáculo del océano.

Desde este temible lugar, volviendo la espalda a la ribera, se ven sobre la línea uniforme de los bosques las dos cimas gigantescas de Agua y de Fuego, y los volcanes más separados, de Atitlán²⁰⁷ y de Pacaya. El paisaje está revestido de una grandeza triste y solemne que impresiona fuertemente el alma y acaba por rendirla. Cuando en la estación de las lluvias llega la noche, se ven en este extremo límite del continente formarse nubes que descargan en las altas tierras del interior; los vapores se remontan insensiblemente del océano y van a condensarse en los flancos de la cordillera; poco a poco van llenando el espacio; el cielo se desploma como una inmensa mortaja, una lluvia violenta y torrencial se propaga de las montañas a la llanura y de ésta al litoral, envolviendo así todo el horizonte visible. Pero la temperatura apenas disminuye con estos grandes aguaceros, el sol brilla al día siguiente con su acostumbrado esplendor, y absorbe de las inundaciones de la víspera nuevas tempestades. Las lluvias en un principio son más abundantes en la llanura que en la costa, y las pendientes mismas de la cordillera no gozan de su beneficio sino 15 jornadas después de Guatemala.

La costa de Iztapa es llana, extensa, sin abrigo y constantemente abatida por la resaca que, desde el golfo de Tehuantepec hasta Punta Arenas, rodea al litoral con una faja de arrecifes. Las escasas embarcaciones que se encuentran en estos parajes están obligadas a anclar a milla y media de tierra, sobre siete brazas de agua y un fondo de arena movediza. Trasladan su cargamento con el auxilio de malas chalupas de cuatro a cinco toneladas, que se atan por medio de un cable fijo a un ánora por uno de sus extremos y por el otro a un punto de la ribera: hasta la sencillez de esta operación se complica por la violencia de la resaca, que pone frecuentemente en peligro la vida de los marineros. Sucede, por ejemplo, que en el momento en que van a atracar, aprovechándose de la calma, una ola inesperada les coge por el costado y les hace zozobrar. Estas dificultades, que se agravan por la penuria de brazos, hacen durar más de seis semanas la descarga de un navío y multiplican sus averías. Tal es el puerto de Iztapa, por otro nombre *Puerto de la Independencia*, único que posee el Estado de Guatemala en el gran Océano.

²⁰⁷ "Atitan" en el original [N. de las E.].

Al día siguiente de mi llegada el cielo estaba nublado, pero el calor continuaba siendo sofocante. En vano se suspira en estas ardientes regiones por el bienestar y el descanso; hay en los bosques una sombra que nunca es fresca; además, muchas variedades de mosquitos, nocturnos y diurnos, atacan incesantemente nuestra especie; ni un momento de tregua alcanzáis durante las comidas, y mientras con una mano enjugáis el sudor que os inunda, os veis obligados a rechazar con la otra las turbas zumbadoras que os acosan sin descanso. Escuché con un sentimiento de lástima las lamentaciones de mi anfitrión, que eran muy fundadas; pero como no podía proponerle ningún remedio, nos separamos después del almuerzo, él para dormir la siesta y yo para explorar el curso del río.

El río Michatoya, después de salvar impetuosamente el obstáculo de la cordillera, sigue tranquilamente su curso al llegar a la llanura: en lugar de penetrar en el océano con la violencia de su impulso primitivo, parece dudar al acercarse a su término, y en el espacio de dos leguas corre paralelamente a la orilla, hasta que rompe con el esfuerzo de su masa el dique que le oponen las arenas. Las bocas del río están obstruidas por una barra que cierra la entrada hasta a los buques más pequeños. Difícilmente se explica cómo el conquistador de la comarca, Don Pedro Alvarado, consiguió meter en este mismo lugar embarcaciones de 300 toneladas y cómo el historiador Juarros, nacido a poca distancia, ha podido alabar en su *Crónica* las ventajas y comodidad de un puerto que no existe en ninguna parte.²⁰⁸

Dedicamos un día a subir el curso del río; sus orillas eran encantadoras; por todas partes flores, racimos, panículos dorados, corimbos rojos, azules, carmesí, y pájaros de brillante plumaje jugando entre el follaje o sobre las aguas. A la sombra de los grandes árboles, cerca de los que pasábamos para evitar la violencia de la corriente, la atmósfera era tibia, perfumada, embriagadora. Pero allí el veneno está realmente oculto entre las flores, y a pesar del poco tiempo que estuve bajo su influencia, ya sentía sus efectos; enervado bajo el peso de una languidez indefinible, contemplaba con indiferencia los objetos que se sucedían en torno mío, aunque la mayor parte eran nuevos para mí. A veces la tierra estaba cubierta de corolas violáceas del *lecythis* o de pétalos carnosos de franchipán; se veían también ingas, cuyas vainas entreabiertas por la madurez dejaban

²⁰⁸ Herrera, dec. IV, I, x, c. 15. Juarros, trat. III, c. 1, p. 254, y trat. IV, c. XVIII, p. 51 [N. del A.].

ver un pericarpio aterciopelado de un hermoso escarlata. Otras atraían la atención por la dimensión de sus cápsulas, de las que se extrae una materia colorante empleada por los indígenas. De vez en cuando pendían de los árboles al alcance de la mano frutos ovoides, parduzcos, análogos a los del zapote; convidan al viajero, que en lugar de una sustancia refrescante deseada ardientemente, encuentra al abrirlos insípidas almendras. Es el fruto del *pachira aquatica*.

A medida que avanzábamos, vimos revestirse el follaje de los árboles de un tono rosa brillante: este efecto singular era producido por la *antigoná cinerascens*, que es una de las lianas más hermosas de la América tropical. Las ramas floríferas de esta planta son tan vigorosas, tan numerosas, que alcanzan una altura sorprendente, y extendiéndose en todas direcciones forman encima de los árboles bóvedas de rara magnificencia.

No llevamos más lejos nuestras investigaciones; el sol se inclinaba hacia los vastos estanques luminosos que limitan el horizonte; un ruido sordo, lejano, semejante al del trueno, llegaba por intervalos hasta nosotros; las cabezas aplastadas y verdosas de los caimanes aparecían en la superficie del agua; todo anunciaba tempestad. Viramos de bordo y gobernando hacia el medio del río, nos dejamos arrastrar rápidamente en dirección a Iztapa.

Con sincero gozo abandoné dos días después el pretendido *Puerto de la Independencia* y las orillas de este mar tan turbulento, con tanta impropiedad llamado Pacífico. Encontramos nuestro enlodado barquero, nuestro antiguo guía, nuestra mula, y emprendimos de nuevo el camino que habíamos seguido precedentemente. Por la noche, llegamos a la *hacienda del Naranjo*, donde fuimos acogidos como la vez primera; pero el malestar que experimentábamos a causa de las fétidas emanaciones del *tassao*, sin hablar de la persecución de los mosquitos, favoreció la invasión de la fiebre que se declaró durante la noche.

Al llegar a Escuintla, nos sorprendió el desusado movimiento que notamos: toda la población parecía estar en conmoción. Corría la voz de que una banda de malhechores había tomado la dirección de la costa después de haber saqueado un depósito de armas de guerra pertenecientes al presidente Carrera; centinelas escalonados en las alturas observaban los diferentes puntos del horizonte, y mientras los más cobardes no sabían qué resolver, los más determinados se disponían a encontrar un lugar

seguro. Era la primera chispa del incendio que arrasó a Guatemala poco tiempo después de mi partida y que terminó con la caída y el destierro del jefe del Estado.

Dejé a los valientes habitantes de Escuintla discutiendo la eventualidad de una próxima invasión y continué mi camino hacia Palín, donde tomé un sendero que conduce a la Antigua. Existe una vía directa de comunicación entre esta última ciudad y Escuintla, pero sólo es practicable en el verano. Entramos, pues, en una vasta llanura inculta accidentada por las últimas ondulaciones de las montañas; su aspecto era triste y solitario; sin embargo, los volcanes que veía delante de mí me reconciliaron con el abandono de la campiña. Vimos alternativamente desaparecer sus cimas detrás de los vapores que salían del océano, y aparecer para volver a ocultarse; espectáculo grandioso que conseguimos al precio de dos chubascos. Después de tres horas de marcha por un terreno cubierto de pequeños matorrales, llegamos a la base del volcán de Agua que empezamos a escalar; algo antes de la noche habíamos llegado a la aldea india de Santa María, colocada como un nido de águilas en las gargantas de la montaña.

Estaba recién instalado en la casa común, asilo ordinario de los viajeros, cuando llegó el gobernador a cumplimentarme, seguido de sus alcaldes y de una parte de la población masculina, todos de pequeña estatura, pesados, uniformemente vestidos con una casaca de lana parda y unos pantalones de algodón rayado. Usaban barba con pequeños bigotes negros y tiesos, y tenían los ojos oblicuos, la cara ancha y el color amarillento: en verdad creí ver tártaros. Según la costumbre tradicional, el jefe me dirigió una arenga que me pareció larga, aunque sus dos alcaldes se admirasen a cada palabra que salía de su boca como si fuesen a caer perlas: lo único que comprendí bien fue que todos estaban más o menos borrachos. Sin embargo, conseguí hacerles entender por medio de Cecilio que necesitaba dos guías para efectuar la ascensión al volcán. El gobernador juró primero que quería acompañarme él mismo; era un honor, decía, que le pertenecía de derecho. Sin embargo, con mis reflexiones, consintió en sustituir a su persona por dos simples mortales, de los que van por nieve a la *sierra* y que conocen desde niños las dificultades del terreno: todo se arregló así satisfactoriamente después de una ruidosa y prolongada discusión seguida de interminables cumplimientos.

El toque del alba interrumpió esta conversación, se encendió una vela delante de la imagen del Cristo y en seguida el gobernador recitó una oración, con voz nasal y ronca que demostraba su poca templanza; los asistentes respondieron a su manera; estaban sentados sin ceremonia probablemente para evitar a sus piernas el malestar que les hubiera producido una postura más decente. Después besaron todos la mano al jefe, homenaje que este recibió con dignidad imperturbable. Nada es tan visible como la importancia que se dan estos pequeños sátrapas, cuando ejercen sus funciones en un punto aislado donde no tienen que temer ninguna traba; su yugo es infinitamente más duro que el de las autoridades españolas; pero los indios se sujetan a él por espíritu de nacionalidad. Finalmente, después de las últimas fórmulas todos se retiraron. Cuando hubieron partido todos nuestros borrachos, cerré cuidadosamente la puerta temiendo me incomodasen y rendido de cansancio, me tendí en mi hamaca; pero la frescura de la temperatura y la fiebre que aumentó, no me permitieron gozar el sueño.

Al apuntar el día, nuestros dos guías estaban en su puesto. De la aldea de Santa María a la cima del volcán hay algo más de dos leguas; este intervalo puede dividirse en tres etapas: primero los terrenos montuosos y descubiertos, practicables para los mulos; después los bosques formando un cinturón de tres cuartos de legua de ancho en la base del cono; finalmente, el cono mismo, cuyas vertientes están revestidas de una vegetación menos rica. Si me hubieran informado mejor no hubiera emprendido a pie una ascensión sumamente penosa, aun gozando de buena salud; por otra parte, me confundió la altura de la montaña, cuyas proporciones grandiosas engañan a distancia al espectador.

Apenas nos habíamos puesto en marcha cuando el frío intenso me ocasionó un violento dolor de cabeza; experimenté, sin embargo, algún placer contemplando las dalias escarlatas que cubrían los lindes del sendero y más lejos a la sombra de las rocas, una magnífica especie de liliácea con flores en forma de espiga de un hermoso rojo anaranjado; estas montañas producen un aliso cuyas bayas llamadas *manzanillas*,²⁰⁹ a causa de su parecido con éstas, sirven para preparar excelentes confituras.

Hora y media después llegamos a los bosques; yo me sentía muy cansado. Descansé algunos instantes y en seguida tomamos un sendero en

²⁰⁹ En español en el texto original [N. de las E.].

pendiente que la humedad hacía muy resbaladizo. Comprendí entonces, aunque algo tarde, cuánto había abusado de mis fuerzas. Hacia el medio del bosque, me abandonó todo mi vigor y me senté, o mejor dicho me dejé caer sobre un tronco de árbol derribado; había perdido la esperanza de llegar a la cima del volcán, pero por lo menos quería salir de los lugares cubiertos para gozar del punto de vista de la campiña. Como me aseguraron los indios que media hora de marcha me conduciría al límite de los bosques, me armé de valor y me arrastré penosamente detrás de ellos; pero este esfuerzo fue el último, mis piernas vacilaban como las de un beodo, experimentaba vértigos, y muy pronto un verdadero desfallecimiento me obligó a buscar un apoyo en el suelo.

Habiéndome reanimado el frescor de la temperatura, comprendí la necesidad de renunciar a mi proyecto. Este sacrificio me costó mucho y difícilmente me consolé de él; después me he reprochado el no haber mostrado más energía, aunque realmente había tentado todo lo que permitían las fuerzas humanas. Bajamos con el orden con que habíamos subido, uno de los guías delante y otro detrás de mí. Todavía estábamos en el bosque cuando deteniéndose el que me precedía, se quejó de lo módico de su salario y pidió un suplemento de gratificación. Como a lo más habían cumplido la mitad de su obligación y recibido una botella de aguardiente que no entraba en el ajuste, me pareció singular la pretensión y rehusé concederla. Entonces empezaron a murmurar y a mostrar malas disposiciones; evidentemente contaban con mis pocas fuerzas; quizás también habían sacado valor del fondo de la botella que les había entregado imprudentemente. Pero yo no era hombre para intimidarme por tan poco. Sacando de la vaina una hoja recientemente afilada, corté la rama de un árbol a dos pulgadas de sus orejas, al mismo tiempo que les intimaba la orden de marchar delante de mí; esta simple demostración produjo tal efecto que los llevé como corderos a su aldea.

Todos los ociosos de Santa María estaban reunidos en la plaza, deseosos de conocer el resultado de nuestra expedición; la noticia de mi mala ventura se había propagado rápidamente y vi aparecer sus verdaderos sentimientos a través de las demostraciones de respeto con que me acogieron; era evidente que había ganado poco en su concepto. El gobernador, a quien me quejé de la conducta de los dos guías, no pudo dispensarse de reñirles: pero a esto se limitó la reparación. En el momento en que ponía

el pie en el estribo, disponiéndome a salir de la aldea, cogió la brida de mi mula y comprendí que me sería difícil evitar la postrera manifestación de su elocuencia; por consiguiente, tomé una actitud resignada. La conclusión de la arenga fue pidiéndome una gratificación para los alcaldes que la habían ganado bien, me dijo aquel personaje con su solicitud por mis intereses. Respondí lacónicamente que los alcaldes habían cumplido con su obligación.

—Es decir —exclamó con aire desconcertado, dirigiendo una mirada a la imagen de un Cristo que se percibía en el interior de la casa común—, es decir, *caballero*, ¿que será Dios el que nos pague?

—Sí, amigo mío —le respondí—, y deseo que lo haga como os lo merecéis.

Diciendo estas palabras di un espolazo y dejé a todos mis pequeños tártaros muy irritados y confundidos; estaban aproximadamente en el mismo estado que la víspera, y sus jefes se proponían sin duda subsanar sus necesidades a mi costa.

La aldea de Santa María es una de las más elevadas de la América Central; desde sus alturas, la vista descubre la ciudad de Antigua situada dos leguas más abajo en el fondo del valle. Desde la base del cono se ve, según dicen, el lago de Amatitán; finalmente, con unos grados más la capital aparece más allá de las cadenas intermedias que se reducen delante del espectador. Las cercanías me han parecido tristes y mal cultivadas; además, el suelo no es muy fértil y la naturaleza se muestra poco animada en esta elevación; sin embargo, las formas vegetales tienen aún cierta belleza en los bosques. A los habitantes de la aldea pertenece el monopolio de la nieve y el hielo que durante el invierno se acumula en las hendiduras del volcán de Agua; este producto que recogen desde noviembre a mayo es objeto de un comercio poco lucrativo con Guatemala.

Descendiendo de esas regiones brumosas, el valle de Antigua presenta un magnífico cuadro: rodeado de altas montañas que lo limitan, ofrece a la vista tierras cuidadosamente cultivadas cruzadas por arroyos, cubiertas de casas; allí se reconoce a la primera ojeada que cada partícula de terreno tiene su precio. Ningún sitio, exceptuando a Amatitán, es más favorable para la fabricación de la cochinilla: aquel pálido verdor que aparece hasta el pie de las *sierras*, es de los nopales, y los muros blancos son los cobertizos donde se alimenta el insecto, esperando que el buen tiempo le per-

mita salir. En el mes de mayo, cuando la cochinilla cubre los cactus con su polvo harinoso, parece que ha nevado, espectáculo bastante extraño en un clima tan templado. En la extremidad septentrional de la cuenca se divisa la ciudad con sus monumentos y en el límite opuesto, la población de *Ciudad Vieja* o *Almolonga* en el lugar donde existió la primera Guatemala sepultada por una avalancha de lodo.

A medida que el viajero se acerca a la llanura, el paisaje toma proporciones a la vez más grandiosas: el perfil de las montañas se eleva, y sus conos parecen llegar hasta el cielo; al mismo tiempo se multiplican las casitas, se cruzan las vías de comunicación, murmuran los arroyos, la campiña, en fin, se anima por grados; pero muy pronto, un muro agrietado, un viejo edificio arruinado, recuerdan al viajero una gran catástrofe: avanza, y la destrucción toma un carácter más marcado. Aquí yace una iglesia aplastada por la caída de su cúpula; parte del edificio ha quedado en pie, y todavía podéis ver algunos santos en sus nichos; más lejos, el monasterio, cuyos muros se han desplomado; los restos de un pórtico, de un claustro estropeado, invadido por la vegetación salvaje, o los restos informes que aparecen después de 80 años, en el mismo lugar en que los dejó el temblor de tierra. De ruina en ruina se llega al centro de la ciudad donde aumentan todos los desastres: la casa del gobernador, la catedral que contiene la tumba del valiente Alvarado, las casas, los palacios, todo se ha desplomado a excepción de los edificios municipales. La mayor parte de estas construcciones eran de un estilo franco y firme, bien colocadas, adornadas con esculturas y hechas con excelentes materiales.²¹⁰

Cualquiera que sea la dirección que se siga, llama la atención el mismo espectáculo de la campiña y dentro de las murallas; en todas partes, las conmociones subterráneas han dejado una impresión tan viva que el acaecimiento parece datar de ayer. De 38 iglesias que tenía la ciudad, sólo cinco quedan en pie; los conventos, igualmente numerosos, no han quedado mejor parados. Al pasar cerca de las ruinas del que perteneció a las religiosas *de la Concepción*, célebres por sus riquezas y su lujo demasiado mundano, me acordé de la historia de aquella bella reclusa, cuya ambición excitó un violento tumulto en la ciudad. Las costumbres de aquella época original, cuando las pasiones estallaban con toda su espon-

²¹⁰ Puede leerse acerca de esta catástrofe la curiosa relación publicada por Mr. Ternaux-Compans, en las *Piezas relativas a la conquista de México*, 269 [N. del A.].

taneidad dándose libre curso, nos admiran mucho hoy día; la civilización con sus progresos ha mejorado sin duda las nuestras. Sin embargo, es preciso no olvidar que los vicios de aquellos tiempos lejanos fueron compensados en parte por cierta grandeza, por un sentimiento de fe y honor caballeresco que no ha heredado nuestro siglo positivo y calculador. El escéptico Gage, que residía en la Antigua cuando pasaron los sucesos a que he aludido hace un instante, se escandalizó mucho de la licencia de sus habitantes: “Sin embargo, dice, viven entre dos montañas que tienen en suspenso su ruina y castigo; el volcán de Agua los amenaza con el diluvio, y el de Fuego les presenta una de las bocas del infierno”.²¹¹ Pero al mismo tiempo traza un retrato tan seductor de doña Juana Maldonado, que nos vemos tentados a excusar a los que desafiaban tantos peligros por sus bellos ojos.

Antes de la catástrofe de 1773, Antigua era una ciudad populosa y floreciente; 30 aldeas aglomeradas en un radio de dos leguas contribuían a abastecerla; entre sus habitantes los había bastante ricos para poseer, en la costa del sur, de 30 a 40000 cabezas de ganado mayor. Se mataba un buey, entonces, únicamente por el cuero y los cuernos, como sucede todavía en las orillas del Orinoco y del Plata; pero hoy esta antigua ciudad no tiene más de 12000 almas, aunque haya conservado cierta actividad comercial. Depósito de los productos del interior, recibe particularmente los de Los Altos, que es la provincia más industrial del Estado. Además, su mercado está abundantemente provisto, y puede vivirse en ella con pocos gastos. Lo mismo que Guatemala, las aguas destinadas al consumo público se llevan de las alturas vecinas y se reparten mediante un impuesto anual en el interior de cada habitación; añadamos que, a pesar de su limpidez nativa, los arroyos que se forman en las calles, después de haber servido para los usos domésticos, no son mejores que los de la nueva capital.

Las cercanías de la Antigua merecen citarse por su situación pintoresca. Es preciso, sin embargo, separarse de la llanura que el cultivo ha despojado de su sombra y que muy pronto fatiga los ojos por la monotonía de su aspecto; se encuentran entonces hermosos sitios, a veces grandiosos, enriquecidos con una vegetación que el invierno nunca aja. Dos pequeños ríos, el *Pensativo* y el *Guacalete*, de orillas sombreadas por sau-

²¹¹ Th. Gage: a New-Survey, etc., c. XVIII, p. 127 [N. del A.].

ces, se reúnen no lejos de la ciudad, riegan el valle en toda su extensión y se escapan hacia el sur, entre los dos volcanes. Después de haber recibido el Cuzmacate más abajo de Escuintla, el Guacalete se dirige hacia el océano Pacífico y en él termina su curso, algo al norte de Iztapa.

Cuando al recorrer la ciudad se siguen las calles perpendiculares al volcán de Agua, llama la atención su enormidad: el intervalo de una legua que le separa de la Antigua ha desaparecido tan completamente, que el coloso parece surgir a los pies del espectador. Los cálculos más recientes le atribuyen una altura absoluta de 3970 metros. El de Fuego, algo menos elevado, no ofrece la misma simetría en sus líneas; en lugar de terminar en forma de cono truncado, está coronado por una cresta dentellada; además, no nace directamente del valle, sino que está separado de él por una cadena de montañas, intermedia. La región ocupada por el de Fuego es la más interesante de las cercanías desde el punto de vista de la historia natural: allí se encuentran plantas raras, sobre todo entre las orquídeas; encinas cuyas bellotas son enormes; maderas duras y preciosas para la ebanistería; también un producto muy singular que quizás debe su origen a una enfermedad de las fibras leñosas, desarrollada en los vegetales por la influencia de los agentes volcánicos. Me refiero a ciertas excrescencias, abiertas simétricamente en forma de rosas o tulipanes que se observan en los árboles viejos y que en el país se conocen con el nombre de *flores de palo*.²¹² No creo que haya sido observado en otra parte fenómeno semejante.

En la estación de las lluvias, el volcán de Agua presenta a los habitantes del valle un espectáculo de notable singularidad. Hacia la mitad del día, empiezan a fijarse algunas nubes alrededor del cono, primero como simple corona, después como un velo que se extiende gradualmente. Muy pronto la masa agrisada de los vapores se desarrolla a lo largo de las vertientes de la montaña; una bruma espesa penetra la atmósfera y la lluvia se propaga en todas direcciones. Dura habitualmente hasta la noche. A veces también desaparecen los dos colosos y quedan invisibles durante cierto número de días. Cuando el tiempo es bueno al atardecer, en el corto intervalo que precede a la noche tropical, sus perfiles menos acentuados producen una impresión más fuerte de vaga grandeza en la imaginación del espectador; se ve entonces flotar entre sus bases largas cintas

²¹² En español en el texto original [N. de las E.].

de nubes enrojecidas por los últimos resplandores del día. La silueta de un ciprés aislado o de una lejana ruina, aumentan la melancolía de un paisaje que no alegra por la mañana el canto de la alondra, ni por la tarde el de la perdiz, porque los pájaros, y generalmente todos los animales salvajes, son poco numerosos en las cercanías.

Durante mi excursión, que duró tres semanas, mantuve un trato bastante íntimo con el indio que me acompañaba y que reunía a mi lado las funciones de arriero, de cocinero y de enfermero. Natural de Mixco, aldea situada entre Guatemala y la Antigua, pertenecía a la clase honrada y laboriosa que en el país ejerce el oficio de *arriero*. Me lo habían presentado como un hombre seguro, fiel, incapaz de embriagarse durante el viaje; además, conocía perfectamente el terreno porque había atravesado muchas veces el intervalo que separa los dos océanos. Lo que más le había admirado en sus viajes fue un queso de Chester, en forma de ananás, que había visto en Izabal. Cecilio me parecía un tipo perfecto del indio civilizado: alto, robusto, valeroso, resistía pacientemente los trabajos y fatigas; pero una vez terminada su tarea, nada funcionaba ya en él; se sentaba delante de mi puerta y permanecía inmóvil por largo que fuera el día. Con su chaqueta redonda, su ancho pantalón blanco que había reservado para la ciudad, sus pies descalzos, su sombrero de paja negra de copa ancha, su boca habitualmente abierta y sus grandes orejas, parecía más un ignorante aldeano del sur de Europa que un descendiente de los cakchiqueles. Lo vi conmovido una sola vez: cuando su mula se enfermó durante nuestro regreso de Iztapa. El honrado Cecilio había perdido el sueño; durante la noche abandonaba 20 veces su hamaca y permanecía con los brazos caídos, arrojando grandes suspiros en frente del animal que rehusaba su ración diaria. Me conmovió ese mudo dolor; parecía revelar una sensibilidad muy rara entre los indios. Sin duda, pensaba yo: quiere a este animal, que cuida desde hace tanto tiempo, como a un compañero de viaje. Pero pronto descubrí la verdadera causa de su pesar: temía, en caso de accidente, verse privado de su salario.

Desde hace mucho tiempo he sospechado que la frugalidad con la que se honra a muchos pueblos es una virtud simplemente negativa, que se origina en su penuria o en su ausencia total de industria. Cecilio era tan sobrio como puede serlo hombre alguno, habiendo vivido desde que existía, con judías, agua clara y maíz. Hacia el fin de nuestro viaje, el

tiempo no marchaba tan aprisa como deseaba y manifestaba con frecuencia el deseo de volver a su hogar. Ahora bien, habiendo encontrado en la Antigua una posada en que la mesa era excelente, cosa rara, quizás única en Guatemala, me aproveché de ella para consolar a mi indio de las privaciones de su vida pasada recomendándole al cocinero. Desde este día ya no habló de la partida, y sus comidas, en otro tiempo tan sumarias, acabaron por prolongarse indefinidamente.

Sin embargo, llegó un día en que fue preciso abandonar las delicias de la *posada* y emprender en una bella mañana el camino de la capital. Atravesamos, pues, las montañas que por el norte limitan el valle y llegamos a la aldea de Mixco, fundada por Don Pedro de Alvarado, a 10 leguas de la antigua fortaleza del mismo nombre. De Mixco salen los arrieros más seguros e inteligentes de Guatemala: era el país de Cecilio, quien almorzó con su familia. A partir de esta localidad, la meseta se extiende hasta perderse de vista su superficie desnuda, agrisada y accidentada; en una palabra, el camino es excesivamente monótono.

Como estaba satisfecho con mi guía, lo recompensé generosamente a nuestra llegada. Agotó todas las fórmulas del reconocimiento y terminó reclamándome el *real* que todas las mañanas le daba para su almuerzo, aunque no se gastaba ni un *cuartillo*. Se perdió una lección: preferí abrir mi bolsa y nos separamos como buenos amigos.

Capítulo XXII

La ruta del Golfo

La noticia que recibí al entrar en mi domicilio me causó una gran sorpresa, mezclada con cierta admiración.

—¡Adivinad! —me dijo Morin, después de hablar de los negocios más apremiantes—, ¡adivina quién es la persona que vais a ver en Guatemala y que no esperabais!

—¿Sería nuestro amigo Diego? —pregunté—, es un hombre al que espero siempre.

—No, no, algo mejor: la señorita Juana está aquí.

—¡Ella aquí! —exclamé—; ¿desde cuándo y por qué casualidad?

—Por una casualidad muy sencilla; acompaña a su hermano que ha venido a la capital para hacer sus compras de boda.

La intimidad que existía entre Morin y yo nunca había llegado hasta el punto de convertirlo en mi confidente; sin embargo, sabía bien todo el interés que me inspiraría esta noticia: habíamos vivido juntos demasiado tiempo para que pudiese engañarle con mi actitud reservada, así es que le agradecí la discreción que entonces demostró conmigo.

Después de darle algunos detalles acerca de mi viaje, volví al objeto que más me preocupaba:

—A propósito —pregunté—, ¿cómo supisteis la llegada de Fabricio?

—Viéndole —respondió Morin—; ha venido dos veces por noticias vuestras y también os ha dejado estos pájaros.

—Es un buen muchacho al que pienso dar las gracias por su atención. ¿Conocéis su domicilio?

—Sí —replicó Morin—, pero más fácil me será conducirlos a él que indicároslo; creo recordar, sin embargo, que la calle está detrás de la catedral.

—¿Vive en casa de algún amigo suyo?

—No, él está en una posada; podemos ir cuando os plazca.

—¡Oh!, no tengo ninguna prisa.

Esta respuesta no se correspondía exactamente con la verdad; pero mi impaciencia se mezclaba con el bien parecer; sin contar con que necesitaba meditar y cuidar de mi salud. Con el objeto de pasar el tiempo, me ocupé de mi instalación y arreglé mis negocios atrasados; en seguida me presenté en casa de un médico que ya me había cuidado a mi llegada del Petén. El doctor D*** consideró que estaba más enfermo de lo que yo había supuesto y me recetó sin demora un medicamento enérgico que él mismo preparó delante de mí: era un hombre instruido, gran admirador de Broussais, había vivido mucho, viajado muchísimo y combinaba un tacto natural con un profundo conocimiento de las enfermedades del país. Pocos momentos después estaba detrás de la catedral, sin poderme explicar de qué manera había llegado allí; aproveché la circunstancia para explorar las cercanías, pero nada supe acerca de la morada de Juana y Fabricio.

Al gozo súbito que me habían originado las primeras palabras de Morin, sucedió gran número de perplejidades; no podía creer que Juana hubiese cedido a un simple capricho al venir a Guatemala; ¿qué iba a decirle, si, como lo pensaba, había emprendido este viaje bajo la impresión del sentimiento que había dictado su carta, yo que me disponía a partir muy pronto? La idea de evitar su encuentro pasó por mi imaginación, pero la rechacé, porque me pareció cruel; además, me creía incapaz de un esfuerzo semejante. En el transcurso de la noche formé otras resoluciones, otros proyectos cuya inanidad y locura comprendí en el momento en que apuntó la aurora.

A pesar de padecer bastante, me hice conducir por la mañana al domicilio de los dos jóvenes, una de esas posadas que he descrito al hablar de la ciudad, verdaderos albergues concurridos por extranjeros en los que se encuentra un refugio, pero nada más. Las murallas en las que el tiempo había impreso su huella tenían un aspecto lleno de tristeza, que no disminuía con ningún rayo de luz: se hubiera creído que era un claustro abandonado. Morin me acompañó hasta la puerta, donde me dejó. Entré en un patio húmedo, rodeado de arcos, y me hallé impensadamente en el centro de un bazar indígena: el suelo estaba cubierto con telas de lana,

de algodón y otros productos de Los Altos. Por su vestimenta de un pardo oscuro se reconocía a los mercaderes indios del norte del Estado. Formaban animados grupos, charlando de sus negocios. ¿Pero a quién dirigirme entre estos extranjeros? En vano busqué el rostro de Fabricio y revisé las celdas que daban al patio; unas estaban vacías, otras llenas de fardos y mercancías. Sin embargo, no me desanimé, al observar que la casa tenía otro piso además del bajo, disposición bastante rara en Guatemala, y subí lentamente la escalera.

Al llegar a los últimos escalones me detuve para dominar mi emoción; había oído los sonidos de una mandolina, lo cual me decía que estaba cerca de Juana. En efecto, la joven, atraída por el ruido de mis pasos, apareció en la galería y sus ojos encontraron los míos. Al principio quedé cortada, pero recobrando inmediatamente su presencia de espíritu:

—Venid, señor —dijo con voz ligeramente temblorosa—, mi hermano Fabricio debe de llegar muy pronto —y la sangre que se agolpó en sus mejillas coloreó su rostro encantador.

¡Era ella!, la veía de nuevo, embellecida con las sencillas gracias que me habían cautivado, más simpática aún desde que parecía sensible. A los acentos de su voz, las impresiones del pasado adormecidas por la agitación de una vida nómada acababan de renacer: dudas, combates, escrúpulos, todo iba a desvanecerse ante una sonrisa y una tierna mirada; pero, extraña circunstancia, mis ojos se cubrieron con un velo y éste fue el talismán que nos preservó del peligro.

Juana dejó a un lado la mandolina e hizo que me sentase a su lado en la hamaca, porque no había ninguna silla en la habitación. Me llamó la atención el cambio operado en su persona; en lugar de la alegría expansiva o de la dulce melancolía que esperaba, encontré tristeza, frialdad, maneras forzadas. Me dio noticias de su familia y me explicó el objeto de su viaje; sentía haberlo emprendido, añadiendo que en su fastidio se le haría muy lejana la época en que partiría para Cobán. Ni una palabra, ni una alusión al pasado ni al porvenir.

¿Quién podría explicar la inconsecuencia del corazón humano y los actos que inspira, tan poco acordes con las leyes del sentido común? Este inesperado lenguaje me paralizó. Afligido y ofendido al mismo tiempo, observé por mi parte la misma reserva; en lugar de provocar una explicación que podía arrastrar consigo una sola palabra, evité el pronunciar

esta palabra y afecté indiferencia. ¡Así se desvanecieron por segunda vez mis ilusiones! La carta que las había hecho nacer ya no era más que una niñada, cuyo recuerdo habría perdido Juana con la movilidad de su carácter. Estas reflexiones me preocupaban tristemente y guardábamos silencio los dos, cuando la llegada de Fabricio terminó esta embarazosa situación.

El joven entró con rostro radiante, en el que estaba impresa la cordialidad que le era habitual. Después de los primeros cumplidos, me dio parte de su casamiento, rogó mucho que asistiese a él, comprometiéndome a partir juntos, aunque sin descuidar nada por obtener mi entero consentimiento:

—Mi familia —decía—, cuenta con vos; ¡tendremos unos días alegres, *señor*; os prometo hermosas partidas de caza y pájaros... como no los habéis visto nunca! Vamos, dejaos persuadir.

A todo esto, nada decía Juana: sus miradas se perdían, distraídas, como si su pensamiento hubiera errado lejos de nosotros; ya no encontraba en ella ni la indiferencia ni la vivacidad de otro tiempo; parecía doblegada bajo el peso de un hastío secreto, como el pájaro que lejos del bosque natal ha perdido su alegre humor y su canto. Sin rehusar positivamente la invitación de Fabricio, no quise comprometerme y me despedí de los dos jóvenes después de haber renovado mis ofrecimientos amistosos.

Cuando estuve en la calle, me pareció que respiraba con más libertad; no me ama, pensaba yo, soy perfectamente libre. Con todo, por una extraña contradicción, experimentaba un sentimiento penoso y una opresión del corazón inexplicables. Morin me vio preocupado, pero no preguntó la causa:

—¿Sabéis —le dije—, que Fabricio nos invita a su boda?

—Lo esperaba —respondió interrogándome con su mirada.

—¿Y que partiremos muy pronto?

—¿Para Cobán?

—No, para Francia.

Una exclamación energética reasumió la satisfacción de Morin; no porque sintiese una imperiosa necesidad de volver a ver su país, pues el hábito de viajar le había aguerrido bastante contra este género de debilidades, sino porque amaba la variedad y no encontraba ningún atractivo en la repetición de los mismos objetivos. Decidimos, pues, disponerlo todo para nuestra próxima partida.

Mi plan de viaje, tal como lo había proyectado al principio, abrazaba una extensión de terreno más considerable de la que realmente he recorrido. Me había propuesto, al dejar Guatemala, tomar la dirección de San Salvador y vivir algún tiempo en las orillas del golfo de Conchagua; de allí proseguiría mi camino por Nicaragua, jardín de la América Central, y embarcándome en el famoso lago que hace tanto tiempo fija la atención de los dos mundos, seguiría el San Juan hasta su embocadura, desde donde los vapores ingleses debían conducirme a las Antillas. Este proyecto me halagaba mucho por la facilidad de su ejecución y por el prestigio que siempre embellece los puntos de vista lejanos, y en él veía el complemento necesario de mis estudios y una compensación de mis tribulaciones pasadas. Pero hay deberes superiores a las obligaciones que un viajero se impone al trazar su itinerario: recibí noticias de Europa que no me permitieron diferir mi vuelta, ni siquiera dudar acerca de la elección del camino. Además, estaba entonces tan profundamente alterada mi constitución, que acaso no hubiera podido resistir nuevas pruebas. Esta idea, que se me ocurrió más tarde, disminuyó mucho mi pesar.

Al día siguiente me encontró Fabricio ocupado con mis preparativos y todavía ensayó quebrantar mi resolución empleando todos los recursos que le sugirió su imaginación. Confieso que el recuerdo de la dulce existencia de Cobán, de mis estudios, investigaciones y cazas por aquellos montes ignorados que apenas había entrevisto y que encerraban tantos tesoros, este recuerdo, digo, embellecido por la imagen de Juana, me arrancó un suspiro de pesar y me persiguió en mis sueños, no solamente entonces, sino también mucho tiempo después. Sin embargo, habiendo tomado firmemente mi partido, quise evitar inútiles pruebas: en lugar de pagar su visita a Fabricio, fui a las casas de los principales comerciantes de la ciudad, compré lo que me pareció más a propósito para halagar los gustos de Juana, a lo que añadí un *machete* con empuñadura de plata para su hermano e hice llevar estos objetos a su domicilio, con un billete en el que me despedía de ellos. En cuanto hice este sacrificio, que equivalía a una eterna separación, se apoderó de mí una amarga tristeza.

Pero me había equivocado en mis cálculos. Aún no había pasado una media hora cuando impensadamente entró Juana en mi cuarto:

—En nombre del cielo —exclamó apartando los pliegues de su mantilla y dejándome ver un rostro trastornado—; ¿es cierto, señor, que partís?

Su repentina aparición me aterró.

—¡Ay de mí! —prosiguió al mismo tiempo que paseaba una dolorosa mirada por mis maletas, cajas y los muebles en desorden que respondían por mí—, ¡nunca hubiera creído que nos abandonaseis de esa manera!

—Es necesario, Juana —dije por último cogiendo la mano de la joven y apelando a toda mi resolución—; es indispensable, porque los que me aman se afligen con mi ausencia y sufren por mi causa. ¿Puedo, pues, olvidarlos y dejarlos sufrir?

—¡Ah! ¡Comprendo —dijo—, que no nos amáis!

Y sentándose, o mejor dicho, dejándose caer sobre una silla, se cubrió el rostro con las dos manos y empezó a sollozar. Tan inesperada explosión de sensibilidad me desgarró el corazón.

Pero no quiero insistir más sobre una escena cruel, en la que mi papel me parecía odioso, aunque en realidad no tenía que echarme en cara más que ligerísimas faltas; acaso hubiera valido más dejar en la sombra recuerdos que llevan el sello de una individualidad demasiado novelesca: así lo había juzgado en su origen; más tarde, al leer de nuevo estas páginas, he cedido al deseo de variar su uniformidad y he cambiado mi opinión primera. Difícilmente podría juzgar yo mismo si he sido bien o mal inspirado; en todo caso, no olvidaré que la sobriedad debe ser mi primera regla de conducta.

Como Juana debía partir antes que yo, resolví acompañarla hasta Chinautla.²¹³ El día fijado, estaba a caballo muy temprano y los dos jóvenes montados cada uno en su mula iban seguidos por un indio de Cobán, que llevaba su ligero bagaje. Cuando salimos de la ciudad, aún no había disipado el sol la bruma de la mañana; largas nubes subían de la base de las *sierras* y cubrían sus flancos con un velo gris; todo en la campiña estaba silencioso. Nuestro viaje fue triste: Juana se quejaba del frío y temblaba debajo del *zarape*²¹⁴ que la envolvía; Fabricio parecía preocupado: sin duda lo sabía todo, pero no lo dejaba traslucir.

Cuando estuvimos en el fondo de la inmensa quebrada que termina en Chinautla, atravesamos rápidamente la aldea, nos paramos a orilla del río donde echamos pie a tierra y nos sentamos en la pendiente de una colina; Fabricio sacó algunas provisiones de un saco colgado del arzón

²¹³ “Chinauta” en el texto original [N. de las E.].

²¹⁴ En español en el texto original [N. de las E.].

de su silla, pero Juana no estaba en estado de tocarlas y yo me excusé de ello con lo poco avanzado del día. El joven almorzó, hizo lentamente un cigarrillo, en seguida llamó al indio encargado de cuidar las mulas y dio la orden de marcha.

Entonces Juana, sin pronunciar una palabra, se levantó y me tendió los brazos; ni una lágrima humedecía sus párpados, pero sus mejillas estaban pálidas y sus labios temblorosos. Fabricio la cogió entre sus brazos y la colocó dulcemente en la silla; después me hizo un gesto de despedida y me quedé solo, ignorando si yo existía; todas las facultades de mi alma parecían adormecidas. Los vi abordar la orilla opuesta, pasar otro brazo del río, entrar en los arenales, desaparecer detrás de una eminencia, aparecer de nuevo y por último perderse bajo la bóveda impenetrable de los bosques. Juana, inclinada sobre su cabalgadura, no había vuelto la vista.

Entonces mi dolor tomó libre curso y acusé injustamente al destino por una amargura que yo mismo había buscado. Quería llamar a Fabricio, lanzarme en su seguimiento, reunirme a él para no separarme más; aún era tiempo, un mensaje instruiría a Morin y mi vuelta a Francia únicamente quedaría diferida. Aunque no pasara más que ocho días en Cobán, ¿no sería un siglo de felicidad?... ¿Pero después? ¡Ay de mí!, ¿después? Fatal pregunta que no pude resolver y que me aprisionó en una muralla de hielo.

Habían cesado todos los ruidos; el silencio me pareció espantoso, cogí la brida de mi caballo y emprendí melancólicamente el camino de la ciudad. Cuando llegué a la estrecha calzada que atraviesa el abismo, me detuve y volví los ojos hacia Verapaz; se veía en esta dirección una extensión inmensa cubierta de bosques y montañas acumuladas hasta el horizonte. El sol había disipado los vapores y los menores detalles del paisaje se destacaban claramente: distinguía el curso del río, los pinos escalonados de colina en colina, las rocas, hasta los guijarros dispersados por las aguas; pero el objeto que mis ojos se obstinaban en buscar, ¡ay, no era más que un átomo perdido en la inmensidad! Recordé los paisajes tan variados de aquel camino que yo había recorrido en otro tiempo, los torrentes, las nieblas, las escarpadas *sierras*, la llanura ardiente de Salamá, las risueñas vistas de Santa Cruz y mi alma pareció dispuesta a huir en busca de los viajeros hasta el término de sus pruebas.

De vuelta a Guatemala, continué apresuradamente mis preparativos de marcha. La permanencia en esta ciudad que habitualmente no es alegre se había hecho para mí tan triste y tan desprovista de interés que sólo aspiraba a alejarme de ella. No porque el atractivo de cosas nuevas solícitase vivamente mi curiosidad; pero mi estado enfermizo había debilitado poco a poco el resorte y la actividad de mi espíritu; a veces experimentaba un profundo decaimiento de ánimo y aunque entreviese al cabo de mis últimos esfuerzos la imagen de mi país, era tan lejana esta visión que apenas me atreví a fijar en ella mis ojos.

La víspera del día en que dejé la ciudad, recibí de una amable familia con la que había trabado amistad una provisión de confituras, de chocolate, de vinos españoles y otras cosas excelentes que particularmente fueron apreciadas por Morin. Cierto es que no le había acostumbrado a tales regalías, por considerar lo que excede a lo estrictamente necesario como perjudicial en un viaje e incompatible con la libertad. El 7 de noviembre partimos; como había pasado la estación de las lluvias, se agrietaba el suelo y empezaba a amarillear la yerba de los pastos. Seguimos un camino accidentado que en la misma tarde nos condujo a las pendientes inferiores de la cordillera, donde nos detuvimos en una miserable aldea. La noche que en ella pasamos fue excesivamente desagradable; una cuadrilla de perros voraces y famélicos empezó por apoderarse de nuestra cena. Este accidente, bastante lamentable, fue agravado por el ruido que hicieron estos animales aullando como para celebrar su triunfo, hasta que el cansancio paralizó sus laringes. Por último, íbamos a gozar de un instante de reposo cuando unos gallos encaramados sobre nuestro propio tejado dejaron oír su ruidosa voz que resonó hasta el amanecer. ¿Cómo no echar de menos la tranquila seguridad de los bosques, en medio de incomodidades de toda clase que frecuentemente, en estas comarcas, son inherentes a la presencia del hombre?

El camino que se nos presentaba y que se llama la *ruta del Golfo* puede ser considerada como la arteria vital de Guatemala; sin embargo, sólo se sostiene en la mayor parte de su extensión por las cuotas de las poblaciones cercanas, diseminadas a largos intervalos. Empezamos a encontrarnos con algunos de los trabajadores el segundo día de nuestro viaje en los puntos que estaban más deteriorados por el mal temporal: todas sus herramientas se reducían a un azadón fijo a un largo mango, a una pala

de madera y a un pico. El uso que hacían de estos instrumentos parecía por otro lado poco intenso, pues unos trabajaban perezosamente sentados y otros dormían a la sombra o fumaban contemplando el paisaje; todos, en una palabra, parecían animados por un mismo sentimiento, bien caracterizado, que no era precisamente el amor al trabajo. El camino que estaban reparando no podría compararse con nuestros antiguos caminos vecinales, tales y como existían antes de 1830 en los departamentos más descuidados: sin límites fijos en la llanura, degeneraba en las pendientes de las montañas en un sendero abrupto, abarrancado por las aguas y obstruido a veces por la vegetación. No hay muchos indios en esta parte de la comarca; todos los obreros que vimos me parecieron ser *ladinos*. En su orgullosa indolencia, apenas se dignaban a cambiar de postura para dejarnos paso; tuvimos que tratarlos de *señores* y usar fórmulas escogidas para que no se dejaran pisar por nuestras mulas. Fuertes por su número, nos miraban con aire impertinente y hubiesen aprovechado de buena gana la ocasión de una disputa; en cambio, estos mismos bribones se mostraban lo más corteses que se pudiera desear cuando por casualidad estaban aislados.

Llegamos por la noche a *Casas Viejas*, único punto habitado desde Guatemala que merece el nombre de aldea: habíamos andado 23 leguas. La comarca, en este intervalo, presenta un aspecto poco agradable; no se ven más que montañas desnudas, estérilmente amontonadas hasta el horizonte. En los valles se ven tan solo algunos vestigios de población y de cultura. Los bosquечillos que adornan las cumbres son delgados y muy escasos; se componen generalmente de mimosas, hemotoxilones, ingas y cañafistolos de flores doradas. La familia de los cactus prospera también en estas localidades pedregosas que abraza un sol ardiente, y el flanco descarnado de las *sierras* debe su adorno a esta clase de vegetales.

Al día siguiente llegamos temprano al pueblo de *Chiquimula*, de 2800 almas, y cabeza del departamento del mismo nombre. Las montañas continúan presentando la misma aridez, pero el valle que seguimos, bañado por el río *Motagua*, no carece de fertilidad; lo encontramos también menos solitario.

Avanzando en el país, la vegetación de los cactus, indicio de un terreno árido, se desarrolla e insensiblemente llega a ser dominante. Un *cereus*, cuyas ramas se ostentan en verticilos sobre un tallo de 30 pies de altura,

se presenta en la campiña y produce un efecto curioso. Estando derribados algunos troncos de esta planta, llamada *organon*, para ensanchar el camino, me sorprendí al examinarlos de la rigidez que sus fibras habían adquirido: la sustancia suculenta y carnosa de la primera edad acaba efectivamente por convertirse en esta especie de cactus, en una madera dura y resistente que hasta pasa por incorruptible; cuando está seca, arde como la del pino, con una llama clara y sin humo. Al lado de este *cereus* aparece también un árbol de un aspecto especial, que aún no había observado en Guatemala: es un *combretum* de hojas gruesas, y cuyo tronco está erizado de espinas largas, finas y brillantes; su fruta, muy venenosa, se parece a una pequeña granada. Estos vegetales llegan a hacerse inseparables, se entrelazan, se confunden y producen masas singularmente disformes; a ellas se debe la escasa sombra de que se goza en la llanura.

Hacia la mitad del cuarto día, nos detuvimos en *Zacapa*, pequeña ciudad de 5000 almas, en la que se nota cierto movimiento comercial, sostenido por las poblaciones cercanas al camino y por un millón de valores extranjeros que consumen anualmente las de los alrededores. Los arrieros son tan ricos y tan numerosos, que en caso necesario podrían reunir entre 1500 y 2000 bestias de carga. Los cigarros de *Zacapa* son muy estimados y se fabrican con un tabaco amarillo bastante aromático, cuya mayor parte procede de Honduras. Los viajeros hacen casi siempre parada en esta ciudad, situada aproximadamente a igual distancia entre Guatemala e Izabal. Encontramos una posada regular, excelente pan, y un vino que a la verdad, sólo tenía de este licor el nombre y el color rojizo.

Ventajas tan valiosas no se obtienen sin algunos esfuerzos previos. Antes de gozar de las delicias de *Zacapa*, es menester atravesar un afluente del Motagua, que intercepta bruscamente el camino. Como los puentes son objeto de lujo, o mejor dicho, de maravilla desconocida en el país, se principia por descargar las mulas, se las deja pasar a la aventura y se acaba por embarcarse con equipaje y mercancías en la lancha más despreciable que jamás haya afrontado los peligros de un torrente furioso. En la orilla opuesta, todo es caluroso y árido; las calles mismas de la ciudad se ven inundadas por un polvo fino y penetrante que invade hasta el interior de las casas. Nada hay más triste que estas campiñas en que los arroyos encajonados en sus lechos no dan beneficio alguno al labrador; cuando el sol, en medio de su carrera, envía sus rayos, el aire parece arder

como en un horno, y la reverberación confunde en un océano de luz todos los puntos de un vasto horizonte.

Atravesamos la llanura de Zacapa a la 1 de la mañana para evitar el exceso de calor, y cuando los primeros resplandores del alba colorearon el oriente, ya caminábamos por la montaña. La niebla y la suave frescura que precede la salida del sol, nos procuraron una hora de deliciosas sensaciones: la vegetación más frondosa sombreaba el camino; la tribu de los cactus desaparecía y el *combretum* estaba sustituido por el calabacero que reinaba solo en abundancia.

Después de haber atravesado esta masa pintoresca, embellecida por arbustos de largas flores escarlatas (*poinciana pulcherima* L.) que ha prodi-gado la naturaleza como en un magnífico jardín, volvimos a encontrar el valle de Motagua, que nos condujo a la aldea de *San Pablo*. Más adelante, las cadenas de montañas se aproximan, la llanura se estrecha y se viaja por la orilla del río, cuyos torrentes presentan muy pocas ventajas para la navegación. El lugar siempre despoblado está casi sin cultivar; el suelo es árido y el clima ardoroso. Se acumulan insensiblemente las colinas; se ven aparecer cimas más elevadas, el valle se convierte en una garganta estrecha y la pequeña ciudad de *Gualán* aparece como la de Zacapa, en una altura llena de polvo, defendida por un nuevo torrente. Algunos de estos ríos que se pasan fácilmente a nado en tiempo de la sequía, no bajan de 200 a 300 metros de ancho en la estación de las lluvias; los viajeros se ven entonces obligados a acampar en la playa hasta que el descenso de las aguas les permita intentar el paso.

A partir de Gualán la humedad de la costa empieza a hacerse notar; el camino embarrado presenta de trecho en trecho profundas cavidades que producen la continua circulación de las mulas. Las cualidades que distinguen a estos animales pueden ponerse en práctica aquí: quiero hablar de su sobriedad, de su destreza y de la tenacidad de su memoria, que les permite reconocer, al menor indicio, un camino que han seguido otras veces. Este horrible camino, del que es imposible dar una idea, principia en la llanura y sube a las alturas sin mejorar, no dejando ya la región montañosa hasta el lago de Izabal donde termina. El pino, la palmera y la encina la sombrean con su follaje graciosamente entrelazado; sin embargo, la vegetación dominante es la de las coníferas. La especie parece semejante a la que puebla las sabanas del Petén; tiene tres hojas y produce un cono alargado.

Pasamos por la tarde el río Motagua por un punto llamado *Los Encuentros*; se descargaron las mulas que mostraron alguna repugnancia en ponerse a nadar; sin embargo, después de una tenaz resistencia tuvieron que ceder, pero apenas llegaron a la otra orilla se escaparon por los bosques, donde perdieron nuestros *arrieros* un tiempo considerable en darles alcance. Mientras se remediaba este incidente, atravesábamos el río y yo pensaba, al considerar las dos orillas cubiertas de arena y cascajo, en la molestia de los viajeros cuando las aguas cubriesen este intervalo.

El barquero adivinó mi pensamiento y siguiendo mi mirada, me dijo:

—Esa playa que veis desaparece totalmente en tiempo de las crecidas. Los *arrieros* van con comodidad, *señor*, pero los pobres barqueros pasan muchas fatigas; es menester remar mucho para remontar el curso del río hasta el puente, en que nos dejamos llevar por la corriente y chocar por último en la arena.

—¿Y por qué —pregunté—, no cortar oblicuamente la corriente?

El barquero se echó a reír.

—Bien se conoce —dijo—, que vuestra merced no ha visto muchas veces el Motagua; cuando ha llovido ocho días en Los Altos, el Motagua, *señor*, detendría una bala de cañón.

—¿Y decid —proseguí yo—, son muy frecuentes las desgracias?

—En cuanto a las mulas —respondió mi interlocutor dando el último golpe de remo que nos encalló en la playa—, en cuanto a las mulas, *señor*, no las contamos; pero el mejor barquero puede dejar de encallar, si la corriente toma de flanco la canoa, adiós equipaje y mercancías: todo se vuelca y se sumerge en menos tiempo que se tarda en decir un Ave María.

El río Motagua nace cerca de Quiché, departamento de Sololá y muere en el golfo de Honduras, un poco más allá del *cabo de las tres Puntas*; el curso total del río es de 110 leguas aproximadamente. Hasta Gualán es solamente un río torrentoso, cuyo lecho está obstruido por bancos de rocas y que lleva el nombre común de *Río Grande*. Desde esta ciudad hasta el mar, cuya distancia es de 46 leguas, puede navegarse por grandes canoas a pesar de algunas corrientes, cuya profundidad en tiempo de sequía varía entre 25 y 35 centímetros. El gobierno español no ignoraba las ventajas que podía sacar el comercio del Motagua; en 1792, había mandado estudiar el curso del río y se disponía a emprender algunos trabajos en favor de la navegación, cuando los acontecimientos de Europa,

que se hicieron también sentir en el Nuevo Mundo, hicieron retardar estas obras. En cuanto a la nueva república, absorbida por los cuidados de su organización interior, no ha tenido hasta ahora ni el tiempo ni el dinero necesarios para tal empresa.

Una marcha penosa a través de prominencias fangosas, cubiertas de plantas herbáceas, nos condujo al *Pozo*, miserable y pequeña aldea situada en medio de un bosque, en el centro de un claro pantanoso. Es la última parada de los *arrieros* cuando vuelven a Izabal y donde dejan la mitad del cargamento cuando las noticias sobre el estado del camino les parecen poco satisfactorias. El lodo tenía tanta profundidad en los alrededores, que nuestros caballos se hundían hasta el pecho, y encontramos a los habitantes literalmente presos en sus habitaciones. A 5 leguas al sur en la orilla del río *Quiriguá*, se han descubierto hace pocos años ruinas indígenas, que no tuve tiempo ni deseo de visitar.

Desde Pozo a Izabal hay aproximadamente 5 leguas; se atraviesa la montaña del *Mico*,²¹⁵ paso detestable, poco antes el terror de los muleros; en estos últimos años se ha ocupado el gobierno en las dificultades que se acumulan en esta extremidad del camino, y el *consulado*²¹⁶ ha gastado más de 400 000 francos en mejorarlo. Antes de esta mejora, los convoyes de mercancías tardaban lo menos cinco o seis días en atravesar estas montañas, y no era raro que los viajeros extraviados en el laberinto de senderos que han hecho las mulas se encontrasen por la noche, después de increíbles fatigas, en el punto de donde habían salido por la mañana. Esta clase de accidentes son ya bastante raros; sin embargo, aún falta mucho por hacer para mejorar la circulación. El trazado del camino no tiene en cuenta ni sus accidentes, ni la rapidez de las pendientes; se suceden sin interrupción rápidas cuestas en un terreno arcilloso, reblandido por la continua humedad, en el que las bestias de carga caen a cada paso. Las subidas más pendientes han sido cubiertas con un firme revestimiento; pero en el estado de ruina y abandono en que lo he visto, este revestimiento sólo es un obstáculo y un peligro más. Algunas veces el

²¹⁵ Nombre de una especie de mono [N. del A.].

²¹⁶ *El Consulado*, institución de origen español, que han conservado las antiguas colonias; es a la vez un tribunal de comercio y un consejo administrativo, encargado de la conservación de caminos, navegación de ríos y de todo lo que interesa al comercio. Tiene por rentas, en el estado de Guatemala, el producto de ciertas contribuciones y 1/2 % sobre las importaciones [N. del A.].

camino sigue el fondo de un barranco o el lecho de un torrente. Al atravesar uno de estos puntos obstruidos por las rocas, nos encontramos con una formidable recua de mulas que llegaban de Izabal; en semejantes casos el desorden y la confusión llegan al colmo pues es imposible retroceder.

La vegetación en medio de estas montañas es no sólo magnífica sino en extremo variada. Algunas veces los pinos se agrupan solos; después en el hueco de un valle veis aparecer palmeras, bambúes, mirtáceas, lauríneas, todos esos follajes brillantes, todas esas plantas parásitas, todos esos tallos sarmentosos, trepadores, volubles, que pertenecen a los países cálidos. Muy pronto aparecen de nuevo los pinos mezclados con los melastomos, las mimosas y los cañafistolos, después solos y dominando exclusivamente en las alturas. Estas alternativas singulares se suceden hasta alguna distancia de la costa, donde las coníferas terminan por desaparecer bajo la exuberancia de las familias tropicales; sin embargo, se las vuelve a encontrar en la isla de *Guanaja*, a 12 leguas del cabo de Honduras.²¹⁷ Esta persistencia de los pinos, que dueños del terreno en una extensión considerable, ceden con pena el lugar a las palmeras y escitamíneas, es un hecho curioso de la geografía botánica.

Desde las alturas del Mico, la vista abarca una extensión inconmensurable de verdura hacia el este y hacia el sur; es el distrito de Santo Tomás, tal como salió de las manos del Creador. Todo en este sitio es solitario, no hay más límites que el horizonte; ninguna laguna interrumpe su continuidad; el hacha del leñador no turba su augusta calma y el árbol secular de la caoba cae naturalmente sobre su lecho de hojas, lejos de las miradas del especulador europeo.

Volviendo la mirada en sentido opuesto, se ve blanquear el lago de Izabal más allá de las cimas del bosque; el cielo tenía un color gris que le daba un aspecto melancólico y la lejana orilla estaba cubierta de vapores. Empezamos a bajar las pendientes de las montañas y muy pronto descubrimos algunas casitas, una visión que nos llenó de alegría, como la que se experimenta al ver el puerto después de una penosa travesía. ¡Había llegado ya el término de nuestros trabajos! Ya no más azares, no más

²¹⁷ La isla de Guanaja debió a esta particularidad el nombre de *isla de los Pinos*, que le dio Colón cuando arribó a ella en su cuarto viaje; pero este nombre no ha sido conservado y por un capricho de la posteridad, ha sido aplicado a la *Evangelista* del gran marino. Véase t. I, c. V, p. 71 [N. del A.].

cuidados ni fatigas; el océano nos presentaba un camino ancho y fácil, que en adelante nos conduciría al fin, sin incertidumbre, sin temores, sin esfuerzos.

El Mico pertenece a un ramal de la cordillera que hay entre el Polochic y el Motagua, envuelve la orilla meridional del lago y termina en Santo Tomás, en el fondo del golfo de Honduras. La altura de esta cordillera no pasa de 1000 a 1200 metros; su largo es de cinco leguas en el punto donde está cortada por el camino. Así es como los obstáculos que encuentra la circulación no dependen, como en Verapaz, de la gran elevación de las montañas, sino únicamente de la naturaleza arcillosa del suelo, de la humedad que contienen los bosques, de la imperfección del trazado y de la carencia absoluta de conservación. Es, pues, justo esperar que estas condiciones cambien algún día por el progreso de la industria nacional y la aportación del elemento europeo.

En Guatemala, como en toda América Central, el transporte de mercancías se hace por medio de hombres o de mulas. Los indios llevan como máximo seis *arrobos* o 75 kilogramos; se les confían principalmente los objetos que requieren cuidados, incompatibles con los movimientos de las bestias de carga. La carga de una mula se compone siempre de dos fardos, pesando cada uno entre 70 y 80 kilogramos; un *atajo*²¹⁸ está formado de 30 a 40 mulas; un *arriero* conduce cinco y todo el convoy marcha bajo la dirección de un solo jefe. El *atajo* sólo anda tres o cuatro leguas cada día; de modo que un trayecto de 70 leguas exige al menos de tres a seis semanas según la estación. Antes de la mejora del camino, no se podía calcular la duración de un viaje; aún se acuerdan en Izabal de un convoy que salió de Guatemala en octubre de 1822 y no llegó a su destino hasta junio de 1823, después de un lapso de ocho meses.

Se da a las mulas, dos veces al día, una corta ración de maíz; por la mañana antes de partir y por la tarde al ponerse el sol. Esta distribución les basta con la hierba que encuentran en el camino. Sus conductores no viven con menos sobriedad: *tortillas*, rara vez *tassao*, judías y agua de los arroyos forman su alimento. Al llegar a la parada cubren sus cargas primeramente con la albarda de sus mulas, después con esteras, y, por último, con una manta de lana; estas precauciones no bastan siempre para evitar las averías, pero es raro que haya un déficit, pues la fide-

²¹⁸ En español en el texto original [N. de las E.].

dad de los *arrieros* es tradicional. Antes de la ejecución de los últimos trabajos, sucedía frecuentemente que el *atajo* perdía algunas mulas; en este caso los conductores colocaban en la orilla del camino las cargas de los animales muertos o estropeados, las cubrían con ramas de árboles y confiaban este depósito a la probidad de los transeúntes. Se asegura que eran escrupulosamente respetadas. He aquí un ejemplo de la moralidad pública que está lejos de existir en nuestras costumbres. Los gastos de un transporte tan largo y tan penoso, son necesariamente muy grandes; puede evaluarse, en término medio, en 50 céntimos por kilogramo desde Izabal a Guatemala; es decir, siete francos por tonelada y por legua, gasto exorbitante que excede en mucho a nuestros precios más elevados.

En Izabal, lugar donde termina el camino del Golfo, se encuentran frecuentes ocasiones para ir a Belice, desde donde se puede arribar a La Habana en una goleta que efectúa todos los meses el trayecto. De lo primero que me informé al llegar fue naturalmente de mi pasaje, pero ¿cómo pintar el desengaño que me esperaba? Por una coincidencia fatal, los barcos ingleses acababan de modificar sus viajes y los pequeños buques cuyos movimientos correspondían a los suyos, habían abandonado todos Izabal para no volver ¡hasta un mes después! Como las relaciones entre los dos puntos quedaban por esta causa suspendidas, me veía encerrado en un lugar triste e insalubre hasta que el azar o el curso natural de las cosas finalizasen mi cautividad. Me fue necesario el beneficio del tiempo para que me fuese resignando poco a poco; felizmente se esperaba una goleta habanera y aunque continuase esperándola el día de mi partida, esta circunstancia contribuyó no obstante a inspirarme paciencia. Todas las mañanas interrogaba con un catalejo las aguas solitarias y todas las noches me dormía con nuevas esperanzas para el día siguiente. Así pasaron muchos días, pero como ya he dicho, el buque no apareció y se supo más tarde que había naufragado en la costa.

Izabal es el único anillo que une a Guatemala con el mundo civilizado. Depósito de los productos indígenas y de las mercancías extranjeras importadas por cabotaje, este puerto recibe de la América del Norte harinas y carnes saladas; aceites, vinos, frutos y comestibles de España; muebles, objetos de lujo y artículos de moda de Francia; loza, quincallería y sedas de Inglaterra y finalmente la correspondencia y los periódicos: de esta manera fuentes muy lejanas vierten allí a la vez lo superfluo y lo

necesario, esperando que el país sepa encontrar en su propia industria la satisfacción de sus necesidades.

Situada a diez leguas del océano, en el borde meridional del lago, la población ocupa una posición que parece felizmente escogida y también bastante agradable al primer aspecto; pero el hombre ha hecho tan poco por aumentar estas ventajas naturales, que después de una corta permanencia no tardan en modificarse las impresiones del extranjero. A 300 metros de las últimas casas, empiezan los impenetrables bosques que cubren la cordillera del Mico y se confunden hacia el sudeste con las soledades de Honduras; en frente se extiende el lago, cuya orilla opuesta se distingue y que es una región montañosa casi desconocida, en la que viven algunos indios independientes, cuyas pacíficas incursiones se prolongan hasta el territorio del Petén. El verdadero atractivo de Izabal y seguramente también el único, consiste en ofrecer un punto habitado en el centro de una comarca virgen e inexplorada.

El lago, de aproximadamente 10 leguas de largo por cuatro o cinco de ancho, comunica con el mar por un estrecho canal, llamado el *río Dulce* o *Angostura*; la barra que obstruye este paso en su embocadura está apenas cubierta por dos metros de agua, de suerte que los buques que van a Guatemala por el Atlántico, tienen que dirigirse a Belice o a Santo Tomás, donde el trasbordo de las mercancías se opera por medio de goletas pequeñas de 60 a 80 toneladas. Entre los manantiales tributarios de esta vasta cuenca, el más considerable es el *Polochic* y también el único que merece una mención especial. Desciende por una rápida pendiente, interrumpida por rocas, las montañas de *Xucaneb*, no lejos de Salamá y empiezan a navegar botes en él cerca de la aldea de *Telemán*; su profundidad varía entre cuatro y ocho pies, a partir de este punto hasta su embocadura donde los accidentes del terreno reducen la profundidad del agua a 40 centímetros. Sin embargo, el comercio español se aprovechó largo tiempo de esta vía de comunicación, en una época en que el camino del Golfo era casi impracticable. El curso total de río puede evaluarse en unas 50 leguas; recibe los arroyos de *Boca Nueva*, *Soledad*, *Pansas*, además del Cahabón que duplica su volumen.

En las orillas del Polochic, a tres leguas de Telemán se arruinó una compañía inglesa hace pocos años, en un ensayo fallido de colonización; el establecimiento de *Abbottville* o de *Boca Nueva* hace ya tiempo que carece

de habitantes; las construcciones han caído hechas polvo; los colonos han perecido miserablemente y el mismo suelo se ha cubierto de una vegetación vigorosa que ha borrado hasta los vestigios de aquella loca empresa. Después de Polochic, los afluentes más conocidos del lago son los pequeños ríos *del Morro, del Limón, de las Cañas, de las Minas* y el arroyo de *Izabal*; todos sin excepción corren en soledad; es raro que el silencio de sus ríos se vea turbado por el remo del pescador o por el hacha del leñador que resuena sobre una vieja caoba propia para fabricar una piragua.

Así es como el camino del Golfo para los mulos, el Océano para los buques, el Polochic para las embarcaciones menores son tres grandes vías de comunicación que dan a Izabal una importancia incontestable; pero fuera de los estrechos límites del camino, el territorio, en su estado salvaje y primitivo, aparece completamente inaccesible; y como las orillas del lago están entrecortadas por pantanos y arroyos, se deduce que el punto aislado donde se ha establecido el hombre puede considerarse como una dura prisión. En efecto, ¿a dónde dirigir sus pasos? Para abrirse camino a través de los espesísimos bosques es necesario el auxilio del hierro y el fuego, y en ellos cualquiera que sea la dirección seguida, siempre se presenta el obstáculo de un bosque sin límites.

No hay, en el sentido estricto de la palabra, una estación seca en el litoral del Atlántico. Durante seis meses, entre mayo y octubre, el monzón es intermitente y como, por consiguiente, cae menos lluvia, se da a este período el nombre de estación seca, por oposición a la otra mitad del año. Pero en el radio de Izabal, la humedad mantenida por la acumulación de los bosques y la vecindad de las aguas es, por decirlo así, perpetua; sus habitantes, para expresar cuán desigual es la repartición del tiempo seco y del húmedo, acostumbran decir que llueve en la localidad durante trece meses del año; sólo en febrero, marzo y abril pueden contarse algunos días buenos. La lluvia se manifiesta de una manera repentina y a cada instante; salís con un cielo puro, al cabo de 10 minutos os veis asaltado por un chaparrón. Así, constantemente destemplada, la tierra únicamente da pastos; en los sitios donde el agua no se absorbe rápidamente, han fracasado todos los ensayos de agricultura; si, por el contrario, el suelo está en una pendiente, no tardan las aguas en destruir lo que ha empezado a producir. La frecuencia de las nubes que suben del océano modera, por otra parte, el exceso de temperatura; pero cuando el cielo

está puro, se siente vivamente la vecindad del trópico. Es superfluo añadir que la constitución de los europeos no podría resistir mucho tiempo lluvia semejante, lo cual se reconoce al cabo de alguna permanencia en el país, pues también es funesta a los mismos naturales; la contractilidad muscular se relaja poco a poco, las funciones digestivas languidecen; se hace excesiva la transpiración, y el desfallecimiento del cuerpo se comunica al alma que pierde su resorte y su actividad. En agosto, septiembre y octubre las fiebres intermitentes son endémicas en la costa y como su tendencia es maligna, debe combatirse desde su aparición.

Izabal, con 300 almas de población, no posee ni cura ni médico; no se ve ni una iglesia; es necesario resignarse a vivir y morir allí como en un desierto, sin socorros temporales, sin consuelos religiosos; tales son las condiciones ordinarias de la existencia en la mayor parte de América Central. Muchas de las casas hechas de zarzas y cubiertas con arcilla no merecen otro nombre que el de cabañas; las de los principales negociantes son de madera y están cubiertas con tablas simulando pizarras; los almacenes ocupan el entresuelo; en el piso superior, más sano y mejor ventilado, reside la familia. Estos ligeros edificios, cuyas paredes no tienen más de cinco centímetros de espesor, se elevan casi todos a orillas del lago, desde donde se goza de una magnífica panorámica. Sólo le falta al cuadro alguna variedad, algún movimiento, pues la mirada busca vanamente una distracción en la vasta extensión de las aguas sobre las que no se alza ninguna isla. Vanamente el catalejo se fija hacia el nordeste, en la dirección del canal que comunica con el golfo: pasarán muchos días antes que una vela lejana siembre, con su aparición, un poco de animación. En situación tan admirable, Izabal es el lugar más triste y más aislado del mundo.

Por muy plácida que esté la atmósfera, el lago azota constantemente sus orillas como si estuviese animado con la misma vida que el océano; se conmueve y convierte en espuma bajo el impulso de la menor brisa, pero jamás toma su agitación las proporciones de una tempestad. Las aguas, arrastradas hacia el mar por una corriente casi insensible, son dulces y tibias en este gran receptáculo. A cinco leguas de la población, en el punto en que empieza a estrecharse, se ven en la orilla septentrional algunas barracas dominadas por un edificio arruinado; es el *Castillo de San Felipe de Lara*, lugar de deportación para los criminales de Estado. Un destacamento de 40 hombres está encargado de vigilarles, pero el

desierto que les rodea asegura más que esta precaución la ejecución de la ley. En la época de mi paso por allí, los deportados ascendían a 80.

He visto pocos mosquitos en Izabal, a pesar de la vecindad de las aguas y de los bosques; en revancha las hormigas son numerosísimas y el interior de las habitaciones está infestado de ellas como el campo. Ningún obstáculo detiene sus incursiones, ni arroyos ni pantanos: los atraviesan con el auxilio de cuerpos flotantes, construyen puentes y calzadas en las que perecen numerosas trabajadoras, pero que conducen infaliblemente a las que sobreviven a su objeto. Dotados de un olfato maravilloso, estos insectos proceden por invasiones repentinas y luego desaparecen con la misma celeridad; de esta manera devoraron y dejaron absolutamente vacías 12 cajas de dulce que había llevado de Guatemala. La especie es negra y de un tamaño ordinario; existe otra de un rojo amarillento, infinitamente pequeña, que aparece en todos los sitios donde no puede penetrar la primera. Durante la noche, cuando el tiempo es tempestuoso, millares de mariposas de alas diáfanas penetran en las habitaciones:²¹⁹ estos pequeños seres atraídos por la luz se posan en los muebles como una nube de algodón y terminan su rápida existencia dando giros. En la misma noche, sus innumerables cadáveres son arrebatados, sin dejar uno, por las hormigas. Parece que en otro tiempo las grandes especies de mamíferos y sobre todo los carniceros, fueron muy numerosos en las cercanías del lago;²²⁰ aunque la comarca no ha cambiado de carácter, los habitantes aseguran que rara vez se les ve el día de hoy, por lo menos en el radio que ocupan. Los pájaros y reptiles son también poco numerosos. En fin, el silencio de los bosques inspira también al cazador un sentimiento de temor supersticioso.

Izabal está separado de Santo Tomás por la cordillera del Mico, que corriendo entre el Motagua y la orilla meridional de lago, termina con una especie de ensanche en el fondo del golfo de Honduras. No he tenido ocasión de visitar a Santo Tomás porque esta colonia, cuando efectué mi viaje, sólo era accesible por la vía marítima. Pero estaba en buen lugar para poder recoger informes acerca de esta localidad muy parecida a Izabal en las condiciones del suelo y del clima.

²¹⁹ *Eph. albipennis*, Fabr.¿? La especie es por lo menos muy parecida [N. del A.].

²²⁰ "Hay en las cercanías del *Golfo Dulce*, muchos pumas, jaguares, tapires", Herrera, *Descrip. de las Indias*, C. XII [N. del A.].

Nos hemos preguntado hace pocos años, al leer ciertos prospectos esparcidos por Europa, cómo un sitio tan favorecido como el de Santo Tomás, desde el doble punto de vista de las producciones naturales y de las ventajas comerciales, había permanecido tanto tiempo olvidado; aunque la pregunta relativa a la colonia belga haya perdido mucho de su interés, no dudé en abordarla porque se refiere a la misma historia de Izabal y porque, además, todas las noticias acerca de América Central tienen gran importancia hoy día.

La bahía de Santo Tomás seguramente ofrece a los buques el asilo más amplio y seguro que la naturaleza les haya abierto en las costas orientales de la América Central. Se entra en ella por un paso de 200 metros de anchura que conduce a una cuenca espaciosa y circular, de una legua de diámetro aproximadamente; esta cuenca está abrigada por un anfiteatro de colinas llenas de bosques que se elevan gradualmente hasta 1 000 metros de altura y del que se escapan muchos riachuelos. A 300 metros de la orilla, la sonda da tres brazas de agua sobre un fondo de excelente dirección: todas las flotas del mundo podrían anclar en este magnífico puerto, en el que no se ve turbada la seguridad ni por los vientos del norte ni por los huracanes. Estas ventajas tienen su compensación. A pesar de los elogios prodigados al clima de Santo Tomás por especuladores interesados, las causas de insalubridad son muchas: en efecto, las lluvias y rocíos tan abundantes como en Izabal, mantienen constantemente el suelo en un estado pantanoso. Bajo la influencia de esta humedad combinada con el calor se desarrollan fiebres intermitentes, benignas en su inicio y más graves después de una recaída, seguidas entonces de obstrucciones, de enfermedades de las vísceras, de disenterías, etcétera. Es indudable que se conseguiría sanar el territorio y comunicarle una salubridad relativa despejando los bosques que le cubren y favorecen la caída de las aguas, pero esta clase de trabajos no pueden llevarse a cabo bajo los trópicos sino al precio de numerosas existencias, sacrificadas a veces por muchas generaciones.

Al parecer, el distrito de Santo Tomás no puede ofrecer realmente una indemnización suficiente desde el punto de vista de la producción colonial. En un país tan montañoso en el que la mano de obra es además excesivamente cara, se conseguiría difícilmente establecer plantaciones de caña de azúcar que entrasen en competencia con la de las Antillas;

tampoco podrían obtenerse en un suelo arcilloso el tabaco estimado, ni la cochinilla con un clima tan lluvioso; el café tiene poco valor y las maderas, cuya explotación necesita el auxilio de grandes capitales, no son ya como en otro tiempo manantial de grandes beneficios.

En cuanto a las ventajas comerciales que procurarían la cercanía e intimidad de Guatemala, se reducen igualmente a proporciones insignificantes. En efecto, un país cuya exportación está limitada casi exclusivamente a un solo artículo, no podría ofrecer al comercio un alimento formal y de provecho, sobre todo cuando el valor de este artículo tiende a bajar cada día más en los mercados.²²¹ Los ingleses consideran también sus relaciones de cambio con Guatemala como un objeto puramente accesorio; afirman que no les han enriquecido, lo cual creo por lo que he visto por mí mismo.²²²

Por otra parte, la compañía belga no se impuso grandes sacrificios al empezar. Cuando los primeros emigrados llegaron a Santo Tomás en mayo de 1843, encontraron una hectárea de tierra cultivada de las 448 000 que dependían de la concesión, y por todo abrigo un *rancho* que tres meses después se desplomó de viejo. Después se construyeron unas 50 cabañas, se cortaron 60 hectáreas de bosques y empezaron a labrarse seis. A éstos se limitaron los trabajos de los cinco primeros años.

²²¹ Las islas Canarias producen aproximadamente 12 000 corachas de cochinilla, es decir, una cantidad equivalente al consumo de Europa. En cuanto a Argelia, como es permitido esperarlo, dará su contingente y el valor de esta mercancía declinará sensiblemente en América [N. del A.].

²²² El valor de los productos extranjeros que entran anualmente en el puerto de Izbabal puede calcularse en 2 000 000 de piastras y el de las exportaciones de cochinilla, índigo, zarzaparrilla, etcétera, en una cifra casi equivalente. El comercio de esta plaza gira, pues, sobre 21 000 000 de francos. Los belgas hacen subir a una suma casi equivalente el que se opera por contrabando entre Belice y el territorio vecino (*Consideraciones sobre la colonización de Santo Tomás*, p. 75). Pero este cálculo me parece erróneo. El contrabando estaba en su vigor y hasta era bien considerado en tiempo de la dominación española, cuando la metrópoli imponía sus productos, exclusivamente a las colonias; entonces los negociantes de Guatemala no temían comprometerse en tales empresas: ordenaban sus negocios, se armaban de cabo a rabo, y seguidos por algunos amigos, se dirigían a la embocadura del río Motagua, donde se operaban habitualmente estas transacciones ilícitas. Hoy día en que el comercio es libre, los derechos moderados, la vigilancia rigurosa, no hay contrabando organizado y el que se opera por filtración a través de las soledades del Petén o de Verapaz, no merece la importancia que se le atribuye [N. del A.].

Por pequeño que parezca este resultado, fue adquirido al precio de increíbles padecimientos, cuya relación creo inútil trazar: la tercera parte de los emigrados pereció de enfermedades; un tercio fue a morir más lejos. El resto, reducido al último extremo, continuó languideciendo en la miseria y en el infortunio. Tal fue la suerte de aquellos infortunados, entre los cuales algunos habían vendido el pequeño patrimonio que poseían en su país natal para comprar una parcela en esta tierra de promisión. La empresa, concebida en su origen con un fin de especulación privada, pareció ofrecer más tarde mayores garantías al tomar un carácter nacional. Sin embargo, en la época de mi viaje, la existencia de la colonia parecía muy problemática: el tratado definitivo aún no había sido ratificado; las deudas se elevaban a una suma considerable, el crédito estaba agotado, los caminos todos en proyecto, el aislamiento era profundo y las cosechas insuficientes para las necesidades del reducido número de colonos.

Las consideraciones que he expuesto brevemente no explican de manera completa el abandono de Santo Tomás; siempre se puede uno preguntar por qué motivo los nacionales fueron negligentes sobre esta magnífica bahía al escoger el defectuoso sitio de Izabal. Esta singularidad es una consecuencia de los principios que durante 300 años dirigieron la política de la corte de Madrid.

Puerto Caballos fue el primer puerto que los españoles, desde los tiempos de Cortés, fundaron sobre la costa de Honduras; fue también, durante cerca de un siglo, su principal establecimiento marítimo y comercial en estos parajes. Pero en la época en la que los filibusteros infestaron los mares del Caribe, se debía buscar un lugar más fácil para defenderse contra las reiteradas incursiones. En el año 1604, el piloto Francisco Navarro, investido con esta misión por el presidente de Guatemala, reconoció, izando las velas al oeste, al fondo del golfo de Guanajos, una bahía profunda que parecía reunir todas las condiciones de seguridad deseadas; él le da el nombre que aún tiene el día de hoy, en honor de Santo Tomás de Aquino, cuya festividad coincide con este feliz descubrimiento. Tres años más tarde se construyeron algunas fortificaciones; después, de repente, los trabajos fueron interrumpidos y los lugares evacuados sin retorno, a causa de la extrema esterilidad del suelo; las bestias de carga empleadas en el transporte perecieron de hambre, si se le ha de

crear a Juarros.²²³ Pero el clima húmedo y la vegetación vigorosa de Santo Tomás refutan completamente esta aserción; se debe buscar en otro lugar la verdadera causa del abandono. No se ignora que España, celosa de perpetuar su dominación en el Nuevo Mundo, restringiese desde el origen, tanto como las circunstancias lo permitiesen, las relaciones de sus colonias con los extranjeros. Para que su meta fuera mejor cumplida, no permitió el acceso más que sobre un pequeño número de puntos, des-cuidando someter o convertir a los indígenas del litoral, a fin de dejar subsistir un espantajo que alejara a los visitantes curiosos. Como ya existían muchos establecimientos marítimos sobre la costa de Honduras, es probable que la inauguración de un nuevo puerto, en las notables condiciones de Santo Tomás, debió contrariar la visión del gobierno español que rehusaba su aprobación. Esta presunción parece confirmarse por el silencio de los historiadores nacionales.

Sin embargo, para recompensar el abandono del comercio de Santo Tomás, el presidente de Guatemala pone los ojos sobre *río Dulce*, vertiente del lago de Izabal. Un establecimiento fundado en estos parajes parece ofrecer todas las garantías de seguridad que le faltan a Puerto Caballos. Se hace, pues, elegir, al interior de la barra, un sitio que poco tiempo después fue abandonado por el emplazamiento actual del *Castillo de San Felipe*. Ahí, se erigen algunas fortificaciones defendidas por una guarnición de 200 hombres, lo que no impidió que en 1666 desembarcasen los filibusteros y los atacaran. Este suceso espantó tanto a los comerciantes, que trasportaron sus depósitos cuatro leguas más lejos, a la orilla opuesta del lago, en una localidad insalubre que tomó el nombre de *Bodegas del Golfo*. Pero el paso del Mico presentaba tantas dificultades en este punto, que el Consulado, tomando en consideración lo expuesto por los principales negociantes, decidió modificar una vez más el asiento del nuevo puerto. En 1804 se operó esta última traslación, y Bodegas fue abandonado por Izabal. Al mismo tiempo se practicó, atravesando la montaña, un camino de 30 metros de anchura por tres leguas y media de longitud, que costó 40000 piastras (210000 francos) y en cuyas reparaciones se absorbió más tarde una cantidad dos veces mayor. Es el horrible camino que nosotros debemos seguir.

De esta manera el gobierno español no vaciló en abandonar uno de los puertos más hermosos de América Central, por encerrar en el fondo de

²²³ Juarros, trat. I, c. 3, p. 37, y trat. IV, c. 3, p. 166 [N. del A.].

un lago oscuro, de difícil acceso, las relaciones que la metrópoli mantenía con la colonia. La bahía de Santo Tomás cayó en un profundo olvido del que no ha salido hasta hace poco años, gracias a la iniciativa de especuladores del Viejo Continente. No solamente sus poseedores ignoraban su valor sino que apenas conocían de una manera segura el punto del litoral en el que estaba situada. Sin embargo, cuando los belgas quisieron negociar su adquisición, el gobierno de Guatemala, movido por un sentimiento de desconfianza y de celos cuya tradición se ha perpetuado en las colonias españolas, empezó por imponerles condiciones inaceptables. Ciertamente es que más tarde, conociendo los verdaderos intereses del país, ha manifestado miras más generosas, calculando que cualquiera que fuese el resultado de la empresa, el Estado se aprovecharía de los capitales e industria de los extranjeros.

Hacía 25 días que estaba prisionero en Izabal, donde me consumían la fiebre y el fastidio, cuando me sentí una tarde con una disposición de espíritu bastante melancólica, en una pequeña elevación próxima a la aldea. El lago se extendía a mis pies, siempre tranquilo, siempre solitario; distinguía perfectamente los lineamentos de la costa y mi mirada se había detenido en las lejanas montañas de Verapaz que reflejaban los postreros resplandores del día. Llegado al término de mi viaje y dispuesto a abandonar los lugares en que había vivido tanto, si la duración de la existencia se mide por la intensidad de las impresiones y por su cantidad, no sé qué pena, qué amargura secreta se deslizaba en mi alma junto a la alegría que me causaba la idea de mi retorno. Ciertamente, era feliz porque iba a partir; este sentimiento dominaba todos los demás, pero con él se mezclaba una vaga tristeza que me costaba trabajo explicar. La idea de un eterno adiós es tan penosa que nos resignamos difícilmente a aceptarla; me repetía, pero sin creerme a mí mismo, que quizás algún día volvería a ver aquellos bosques vírgenes, aquellos graciosos cocoteros, que todavía oíría la nota musical de aquellos pájaros, que exploraría más despacio aquellas montañas azules en las que había experimentado emociones tan dulces y que guardaban tantos recuerdos. Así soñaba, trazando un nuevo plan de viaje, sabiendo que era ilusorio y que sin embargo me encantaba... El sol había desaparecido detrás de las cumbres del Mico y la brisa empezaba a gemir entre el follaje de los árboles; se extendían frescas emanaciones por la atmósfera, el terso espejo del lago se empañó;

una nueva vida parecía animar la naturaleza y mis pensamientos tomaron también otro curso.

Mientras tanto, Morin me esperaba muy impaciente porque tenía que comunicarme una importante noticia: acababan de señalar una vela en el horizonte y desde el terrado de nuestra casa distinguí yo mismo, con auxilio del catalejo, un punto blanco, luminoso, en línea del horizonte. Hacia las diez, el buque que habíamos percibido ancló a algunos cables de la playa: era una de las goletas que navegan entre Belice e Izabal. Aun cuando el suceso era de esperar, la alegría no me dejó dormir, y en cuanto apuntó la aurora me presenté a bordo para ajustar nuestro pasaje. Era tal, sin embargo, la influencia que ejercían en mi espíritu el profundo aislamiento del país, la decepción que había sufrido, quizás también mi enfermedad, que todavía dudaba de la realidad y no podía persuadirme de que iba por fin a alejarme de aquel melancólico lugar.

Pasé el día en preparativos. Hacia medianoche refrescó el viento y el capitán nos mandó llamar; poco después levamos ancla. La noche era hermosa; innumerables estrellas brillaban en el firmamento, en el que resplandecía la Cruz del Sur con todo su esplendor. Distinguíamos vagamente los contornos de la ribera, que pronto inundó la luna con su blanda claridad. Envuelto en mi capa y tendido sobre la cubierta, contemplé largo tiempo aquel espectáculo cuya magnificencia absorbía mi atención, prestando oído al murmullo del viento, al roce del agua contra los costados del buque y preguntándome a veces si no estaría soñando.

A las seis de la mañana estábamos a la altura del *Castillo de San Felipe*, se envió una barca a tierra para llenar las formalidades de costumbre, después de lo cual se soltaron todas las velas porque la brisa era excesivamente débil y variable.

El lago, en aquel sitio, tiene una estrechez que permitirá difícilmente penetrar a un enemigo si el *Castillo* estuviese provisto de cañones; se ensancha en seguida para formar una cuenca secundaria llamada el *Golfete* que, a su vez, toma la forma de un canal tortuoso, encerrado por altas rocas. Este canal, de tres leguas de longitud, termina en el mar y recibe el nombre de *río Dulce* o de la *Angostura*. Como la acción del viento se hace sentir poco allí, se le suple con el empleo de los remos, de suerte que a pesar de la poca corriente, las pequeñas goletas que navegan por este estrecho paso emplean a veces muchos días para remontar su curso

hasta el lago de Izabal. La *Aurora* era de este género de embarcaciones: su corte era fino y alargado, los mástiles ligeros, la línea de flotación tan baja, que inclinándose podía tocar la superficie del lago. La cala, cubierta de fardos, el puente embarazado con los aparejos, barricas, cordajes, la cocina reducida a su expresión más simple, todo anunciaba a los pasajeros que su presencia a bordo era un incidente sin importancia. Además del capitán, anciano de alta estatura, de huesuda constitución, color moreno y cobrizo, habitualmente sentado en la barra, la tripulación se componía de cinco jóvenes, robustos y ágiles, silenciosos, ejercitados, prontos en obedecer, de tipos y colores diversos y todos los cuales eran hijos suyos. Inglés de origen, indio por sus hábitos y turco por sus costumbres, tenía tantas mujeres y casas como puntos de descanso en la costa. Los buques de pocas toneladas, como el que él mandaba, rara vez pierden la tierra de vista, y en ella buscan un abrigo a la menor señal de mal tiempo. Tal era el fundamento de sus diversas familias; poco le importaba la raza y el color, con tal de encontrar en oportuna ocasión las ventajas de la asociación conyugal.

Las orillas del lago presentan poco relieve a la altura del Golfete; pero a la extremidad de esta cuenca, después de una multitud de verdes islas completamente cubiertas de vegetación, se aproximan las montañas y sólo dejan subsistir entre sus bases una profunda quebrada, por donde corre el río Dulce. Eran las dos cuando llegamos a este paso; brillaba el sol, ni un soplo disminuía la presión del aire, se licuaba la breña en la cubierta y el calor sumamente concentrado nos parecía intolerable. Reducidos a la inmovilidad, echamos el rezón, recogimos velas y nos decidimos a comer esperando la brisa. Las tierras que nos rodeaban ofrecían el aspecto de una masa de compacto verdor donde las aguas profundas, las rocas, los barrancos, desaparecían bajo el mismo manto del follaje; aquí y allá, una sombra cortada marcaba la desembocadura de un arroyo; ligeros vapores flotaban sobre el borde meridional, a la distancia de un cable, indicando una fuente termal en la cual la temperatura pasaba por ser elevada.

Sin embargo, como no se manifestaba ningún cambio de la atmósfera, el capitán, a quien empezaba a fatigar la inacción, hizo poner los remos y muy pronto bogamos en un magnífico canal, cuyas orillas perpendiculares se elevaban a 200 pies de altura. Es tal la exuberancia de vegetación que apenas se distinguen de cuando en cuando algunas rocas grises, todas con sus nombres, conocidos por los marinos. En una de ellas se

cree distinguir señales de caracteres antiguos; pero examinándola atentamente con un catalejo se disipa la ilusión por los accidentes naturales y por el juego de la luz. Cuanto más se estrecha el cauce del río, más se eleva y hace importante la doble muralla que la aprisiona; a las cuatro reina ya el crepúsculo en las profundidades de la Angostura y únicamente los puntos altos expuestos a los rayos del sol poniente se coloran con un reflejo dorado que atestigua la presencia del día.

Cuando llegamos a la embocadura del río Dulce, el sol, próximo a desaparecer, prestaba a la costa un esplendor melancólico; el roce de las aguas con el navío, el balance de los mástiles y una súbita frescura anunciaron la proximidad del océano. Ya empezaba la bóveda del cielo a cubrirse de estrellas, una calma inexplicable reinaba en la ribera y las muelles ondulaciones del mar concurrían con el silencio de la brisa a presagiarnos una bella noche; el ancla fue arrojada y un cuarto de hora después la tripulación de la *Aurora* estaba sumida en un profundo sueño.

Cuando a la mañana siguiente abrí los ojos, estaba ya muy lejano el alfaque del río y navegábamos hacia el norte. La costa de la que distábamos tres millas presentaba una sucesión de bosques montañosos; se distinguía la garganta del río Dulce, indicada por una sombra firme en medio de aquella eterna vegetación. Esta perspectiva y el triste recuerdo de Izabal hicieron desaparecer mis últimas penas; mientras cambiaba el horizonte, mi vida parecía colorearse también con nuevos matices: me sentía feliz, libre, lleno de esperanza; todo era brillante en el porvenir como el espejo de las aguas que reflejaba alrededor de nosotros las brillantes claridades de la aurora. La imagen del hogar doméstico, el recuerdo de los afectos que iba a encontrar de nuevo, la memoria de los sufrimientos pasados, me llenaban de una alegría dulce y profunda; en fin, la poderosa voz de la naturaleza que habla tan vivamente al corazón del desterrado y devuelve el hijo a su madre, me había subyugado enteramente.

Es probable que el lago de Izabal haya sido una cuenca aislada, sin comunicación con el golfo, y que deba su unión actual a una de esas transformaciones del suelo tan frecuentes en América Central. La corriente insensible del río Dulce, comparada con la del Polochic, demuestra que la evaporación es muy considerable en la superficie de este gran receptáculo y permite suponer que debió equilibrar en otro tiempo el producto de sus afluentes.²²⁴

²²⁴ *Relación acerca de la colonización de Santo Tomás*, p. 33 [N. del A.].

El fenómeno que ha cambiado las condiciones del lago procurándole una salida hacia el mar, ha trazado al mismo tiempo la gran ruta de Guatemala. ¡Aquéllas deben ser las impresiones del viajero de Europa, cuando penetra por primera vez por esta vía misteriosa en el centro del continente americano! Sus miradas vagan primero sobre una costa montañosa y desierta, cubierta de bosques, en la cual busca inútilmente un puerto, un faro, una cabaña de pescadores; en fin, algún vestigio de la presencia del hombre. Se muestra una mancha irregular sobre el flanco de las montañas, el navío se aproxima, las *sierras* se yerguen con toda su ferocidad primitiva; la mancha es un enorme desgarramiento donde el buque se va a meter. En cuanto se supera el alfaque, cualquier ruido o agitación cesa: el sol se aparta, el viento cae, el silencio no es turbado más que por el choque de los remos. Durante varias horas, algunas veces durante varios días, la navegación prosigue en las mismas circunstancias, a la sombra de las rocas coronadas de bosques vírgenes que, semejantes a prodigiosas murallas, interceptan por todos lados la vista. Después, una mañana el canal se ensancha, las riberas se allanan, las aguas se derraman en libertad; es un lago inmenso, azul, apacible y puro, que la proa parte sin resistencia. El efecto sería completo y magnífico si la escena estuviera animada por el espectáculo de una villa poblada; pero estas riberas desiertas, sin cultivar, silenciosas, las aguas profundamente solitarias, la gran extensión de los bosques y el aspecto de algunos tejados de paja, perdidos en un océano de verdor, producen en el alma una impresión penosa, sobre todo después de una larga travesía. El extranjero, primero deslumbrado se va enfriando por grados, y si no, como sucede a menudo, es un sueño de fortuna que lo arrastra lejos de su país, y siente con amargura que sus pasos se han extraviado.

El capitán de la *Aurora*, antes de levar anclas, había enviado una canoa a tierra para comprar provisiones. Nos trajeron de la aldea de *Livingston* plátanos, cañas de azúcar y pan de casabe. Este pan que probé por primera vez es seco, esponjoso, muy blanco, hecho a manera de targáculas de media pulgada de espesor, con la forma de un queso de Brie, lo encontré falto de sabor: “Usted lo apreciará mejor en un guiso de pescado —me dijo el capitán con aire de conocedor—; el pan de casabe está hecho para el guiso de pescado”. Pero no hay guiso sin pescado y lanzamos el anzuelo sin éxito. La mandioca, cuya raíz sirve para preparar el pan de

casabe, no se cultiva en Guatemala más que en las costas del Atlántico, donde sin duda ha sido importada de las Antillas; se sabe que la misma planta produce la tapioca. Digo la verdad, ya que la mayor parte de la que se encuentra en el comercio es fabricada en los alrededores de París con la fécula de las papas.

Aislada en medio de los bosques en la desembocadura del río Dulce, la aldea de Livingston data del año de 1832. Tiene una población de 200 habitantes aproximadamente, la mayor parte caribes. Estos últimos representantes de la raza insular, expulsados de la isla de San Vicente en 1798 y deportados en masa por el gobierno inglés, fueron acogidos en territorio español, donde se les asignaron tierras en las cercanías de Trujillo; de ahí se han esparcido a lo largo del litoral y particularmente hacia el este. Laboriosos, industriosos, sobrios y previsores viven en paz con el producto de sus cultivos, un pequeño tráfico con Belice y Trujillo y, finalmente, con su trabajo en las explotaciones forestales.

Los caribes han conservado su lengua nativa y practican la poligamia como en tiempos pasados. Sus mujeres, cuando tienen varias, tienen cada una un establecimiento distinto y, como en la ley musulmana, tienen igual derecho a los favores del marido que no puede disponer de una bagatela en favor de una de ellas sin tratar a las demás con la misma liberalidad. En virtud de este principio, las hace disfrutar alternativamente de su sociedad durante el transcurso de una semana, sin que los celos (se asegura por lo menos) vengan a perturbar este feliz concierto. Una costumbre bastante singular como para no notarla es que la mujer, una vez en posesión de la casa que el marido le ha construido y el campo que él ha desbrozado para ella, está obligada a proveer a sus propias necesidades, así como a la de sus hijos, lo que hace generalmente con coraje e inteligencia. Si ella recibe alguna asistencia de su esposo es la remuneración de su trabajo, es decir, pagándole un salario cuya tasa es fijada por la tradición. Esta población interesante mantiene buenas relaciones con sus vecinos y rinde útiles servicios a los países que le han dado asilo.

Favorecidos por una débil brisa del sudeste, bordeamos durante dos días la costa desierta de Guatemala hasta la ribera *Sibun*, donde principia la concesión de Belice. Esta navegación se efectúa a través de un laberinto de islotes cuya mayor parte nunca ha sido visitada sino por los pájaros de mar y los piratas; la ribera es llana, rodeada de cocoteros y el

horizonte accidentado por algunas cimas lejanas. En la tarde del tercer día, después de nuestra salida de Izabal, descubrimos al nordeste muchos mástiles de navíos y muy pronto la ciudad de Belice surgió lentamente del seno de las aguas; el mar estaba esmaltado por una infinidad de islitas o *cayos*²²⁵ que se prolongan hacia el este y llenan de peligros la navegación. No existe más que un paso en medio de este archipiélago entre *English-Key* y *Golf-Key*, favorablemente situado para penetrar en la rada. Cuando hubimos fondeamos a la distancia de un cuarto de milla, me despedí de la *Aurora* y me hice conducir a tierra con una carta de recomendación porque no hay posada en la ciudad.

Al llegar de Guatemala, ese país clásico de las chozas, queda la vista encantada de Belice, cuyas casas construidas de madera, de dos pisos, limpias, bien distribuidas, variadas en su arquitectura y color, presentan un conjunto muy agradable. Al mismo tiempo la animación de las calles, el movimiento marítimo, la resonancia del hacha en el astillero y el aspecto de los almacenes bien aprovisionados, anuncian que una raza activa y laboriosa ha sucedido a los indolentes criollos de la América Central.

Se conocen poco las dificultades que los ingleses superaron por su enérgica perseverancia en la creación de Belice; y mientras los españoles que han residido en menor número se lamentan de la incomodidad de permanecer allí, es digno de admiración ver cómo los habitantes han sabido sacar provecho de un lugar tan ingrato.

Belize o Belice,²²⁶ como hoy día se escribe, debe su nombre y origen al filibustero Wallace quien, expulsado de la isla Tortuga por los españoles, se refugió en la costa de Yucatán y fijó su residencia en la desembocadura del Mopán, en el fondo de una bahía protegida por numerosos escollos. La antigua ortografía española *Walis*, concuerda con esta etimología; más tarde, por una corrupción familiar del idioma castellano, la W se transformó en B, modificación que los mismos ingleses han adoptado.

En 1665, un bucanero francés llamado L'Ollonais reunió a su gente en los restos de aquella de Wallace y tuvo la idea de cortar el palo de tinte que abundaba en los bosques cercanos y que empezaba a ser apreciado en Europa. Cuando reconocieron las ventajas de este género de comer-

²²⁵ En español en el texto original [N. de las E.].

²²⁶ "Balise o Belize" en el texto original [N. de las E.].

cio, cuyos beneficios eran más regulares y seguros que el producto de sus correrías, de filibusteros se convirtieron en pacíficos especuladores, limitándose a explotar los bosques pertenecientes a la corona de España. La prosperidad de Belice que, en el año 1770 contaba con una población blanca de 700 habitantes, despertó durante un tiempo la atención del gobierno británico; nada se escatimó para conservar una posición que España reivindicaba con igual persistencia y, sobre todo, con mejores títulos. Al cabo de un siglo la cuestión fue definitivamente arreglada con el tratado de 1783 y por el acta adicional del 14 de julio de 1786 cuyos términos son claros y precisos: Inglaterra renuncia, en virtud de estas convenciones, a todos los derechos de posesión territorial en América Central, conservando solamente a título de exclusivo privilegio, la facultad de cortar madera en el territorio de Belice, de recoger los frutos del suelo y exportarlos; pero les fue prohibido levantar fortificaciones en el país, crear establecimientos permanentes, instituir una forma cualquiera de gobierno; en una palabra, realizar algún acto que pudiera ser considerado como atentado a los derechos de soberanía de su Majestad Católica. La extensión de la concesión fue, por otro lado, reglamentada por el artículo 2° del tratado, que le asignó como límites el norte del río Hondo y el sur del río Sibun.

Pero estos derechos de poco valor y por lo mismo nulos desde el punto de vista político se extendieron gradualmente por una infracción a las condiciones estipuladas y cambiaron, al mismo tiempo, de carácter. Considerando a Belice como de su absoluta propiedad, Inglaterra no tardó en ejercer una autoridad civil que ella misma se había prohibido, y transformó poco a poco el simple privilegio que había obtenido al principio en una dominación real. Con las usurpaciones sucesivas incrementó su dominio hacia el sur, a las costas de Guatemala, y se prolongó hasta la ribera *Sarstoun*, a más de un grado de latitud de los límites fijados por el tratado. Más bien, Inglaterra se adueña de Roatan y de Guanaca, pertenecientes al Estado de Honduras, bajo el pretexto de que esas islas eran dependencia de Belice; después, para disimular la usurpación y crearse un título para el futuro, da al territorio que ocupaba el nombre de *British-Honduras*, nombre mal escogido porque encierra una inexactitud geográfica que traiciona precisamente el origen.²²⁷

²²⁷ Los geógrafos ingleses, para favorecer los propósitos de su gobierno, han aplicado

Tal es la historia sumaria del establecimiento de Belice que es imposible considerar como una colonia en la completa acepción de la palabra, ya que los derechos de Inglaterra, esencialmente precarios, no pueden ser asimilados más que a un usufructo revocable. Una rada segura, defendida por un archipiélago de islotes y arrecifes, una ribera navegable hasta cierta distancia en el interior, los bosques ricos en maderas preciosas, ofrecieron a los primeros ocupantes incontestables ventajas; pero, por otro lado, las tierras eran tan bajas que su nivel se confundía con el del océano: no hay cultivo posible en medio de esas ciénagas, ninguna piedra para construir, ni una gota de agua dulce, además de un clima dañino. Estos obstáculos no asustaron en absoluto a los sucesores de Wallace; ellos comenzaron por endurecer el suelo y darle relieve acumulando troncos de árboles de los cortes de caoba y el lastre que aportaban los navíos de Europa; a continuación iniciaron cortes a través de la ciénaga y forzaron, con elevaciones sucesivas, la circulación de las aguas estancadas. A medida que una porción del terreno se consolidaba se construía una casa, y muy pronto un sistema regular de calzadas unía, una con otra, todas esas construcciones aisladas.

Los progresos materiales de Belice fueron muy lentos; hace 50 años, la ciudad estaba todavía llena de ciénagas; hoy día han desaparecido las aguas de la superficie, pero las hay a un pie de profundidad, bajo los terrenos antiguamente endurecidos. Alejándose del barrio marítimo, en el que está concentrada toda la actividad comercial, aumenta el número de calzadas y canales; aparecen los depósitos de agua y se ven las casas aisladas en los puntos recientemente conquistados. Algunas han sido elevadas sobre pilotes en medio del cieno; otras se encuentran rodeadas por la ciénaga; sus habitantes no se comunican por la vía pública más que con la ayuda de intermediarios más o menos ingeniosos. A medida que se avanza, el país cubierto de lagunas recobra su aspecto primitivo; una poderosa vegetación, compuesta principalmente de manglares, da sombra al territorio y se confunde con los bosques vírgenes que reinan sin interrupción hasta el Petén. Se puede atravesar en la época de sequía

el nombre de *British-Honduras* a toda la porción del litoral que se extiende entre el río Hondo y el Sastoun, ya que ese territorio jamás había formado parte de Honduras. En cuanto a las islas dependientes de este Estado, que han sido incorporadas "por derecho de acesión" al establecimiento de Belice, han recibido con el mismo fin la denominación colectiva de *Bay-Islands* [N. del A.].

esta zona cenagosa y penetrar en el interior; pero sea cual sea la estación, la vía fluvial es preferible.

Como no hay piedra en las cercanías de Belice, las construcciones son de madera, desde los fundamentos hasta la cima, un sistema de arquitectura tomado de los chinos, adoptado en Jamaica, a causa de los temblores de tierra y usado también en los Estados Unidos. Se ven, sin embargo, algunos edificios modernos, cuyo primer piso es de ladrillo, un material bastante caro, llevado desde Europa por los navíos que viajaban sin carga. La ciudad tiene casas lindísimas; son edificios ligeros, adornados con finas balaustradas y escaleras aéreas, pintados con elegancia, rodeados de cocoteros o de árboles del país, en fin, con una fisonomía exótica, perfectamente en armonía con el aspecto de la población. Vale la pena ver, el domingo, a los numerosos africanos que forman el núcleo de dicha población, bien vestidos, bien alimentados, pasear de forma placentera por las calles, haciendo gala de su independencia; mientras que los *gentlemen*²²⁸ de raza blanca, de aspecto irreprochable, recorren 20 veces seguidas a galope el estrecho espacio conquistado sobre la ciénaga. En cuanto a los indios, con excepción de algunos caribes, es poco común encontrarlos en los alrededores.

Los edificios públicos dignos de ser mencionados son el juzgado, el palacio del gobernador y la iglesia, monumento completamente construido con ladrillos; el mercado, bien ventilado, es una construcción ligera, elegante, situada a orillas del agua y que reúne todas las condiciones de solidez y comodidad deseables: se encuentran allí muchas tortugas y, lo mismo que en Londres, hacen las delicias de los gastrónomos. Finalmente, citaré el fuerte de San Jorge, verdadera curiosidad del género, fundado a ras del agua a 500 metros de la ciudad con el lastre de los navíos.

La ciudad de Belice, incluyendo también sus dependencias, puede tener una milla de longitud y tres cuartos de milla de ancho; se sitúa en la desembocadura del Mopán, sobre un brazo del llamado *río Viejo*; un puente de madera de bastante buen efecto comunica las dos orillas. En 1844, la población era de 10 809 habitantes, entre los que sólo se contaban 399 europeos, siendo los demás negros o mulatos; he oído decir que esta cifra había disminuido. El puerto es una simple rada expuesta a los vientos del

²²⁸ En inglés en el texto original [N. de las E.].

este, pero protegida contra las tempestades por una cintura de islas bajas que se extienden al norte; carece de profundidad suficiente, de manera que los buques tienen que anclar a cierta distancia y trasbordar su cargamento. En algunos de los islotes vecinos hay casas de campo; según dicen, allí es el clima más saludable que en la costa y los enfermos son conducidos a aquellos lugares con la esperanza de abreviar su convalecencia.

Se nota, a lo largo del muelle, un buen número de casitas escalonadas sobre el río, muchas se alejan de la orilla y se comunican por medio de un puente. Me perdí en conjeturas sobre el destino de esos quioscos pintados de colores variados y cuidadosamente cercados, cuando descubrí... en síntesis, el lugar me pareció muy bien escogido, con excepción de la publicidad inevitable; es difícil, en efecto, conservar el anonimato cuando se introduce la llave en la cerradura.

Belice carece de agua dulce, la de Mopán conserva un gusto salobre por lo menos hasta 3 leguas de la desembocadura; se suple con el agua de lluvia que se recoge en barricas o en cajas de chapa que contienen entre 10 y 12 mililitros. La tierra rehúsa a los habitantes toda especie de subsistencia, es imposible obtener el menor producto del suelo pantanoso cercano a la ciudad y el alto precio de la mano de obra ha desanimado a los que habían intentado cultivar el terreno en un radio más lejano. Todo, por consiguiente, llega desde el exterior por la vía marítima, principalmente de Bacalar y de los Estados Unidos. La mayor parte de los objetos de consumo, importados por una necesidad urgente, tienen que pagar, sin embargo, considerables derechos, que alimentan las colonias. No por ello el pueblo deja de obtener los artículos baratos, gracias a la liberalidad del océano; provisto de una caña y un arpón, un pescador pescará en una sola noche lo suficiente para subsistir durante una semana. Las tortugas, especialmente la *tortuga franca*, la mayor y más estimada en su género, abunda en las playas cercanas; la que proporciona el carey al comercio frecuente preferentemente los islotes distantes de la tierra firme y allí deposita sus huevos en julio y agosto, entre 250 y 300. Finalmente, los *cayos* alimentan sobre sus escollos cierta cantidad de crustáceos y grandes conchas, cuya venta produce mucho a causa de las virtudes fortificantes que se les atribuyen.

Se ve por lo que precede que Belice es nada menos que una colonia agrícola; además este establecimiento es un notable ejemplo del genio

perseverante de nuestros vecinos y de la tenacidad de sus miras políticas; no les ha detenido ningún obstáculo: ni la insalubridad del clima, ni la penuria del agua, ni la aridez del terreno. Rodeados de ciénagas, han conquistado frente a la naturaleza el suelo que sustenta su ciudad; privados de todo, de nada han carecido; amenazados en su existencia por ataques reiterados, han vencido la constancia de sus enemigos y les han arrancado una concesión temporal; después, con igual persistencia se han dedicado a hacerla definitiva, consolidando su dominio con nuevos privilegios y desgarrando una a una las cláusulas que lo manchaban de precariedad. Hoy, la debilidad de gobiernos interesados les asegura el goce pacífico de un territorio que han adquirido laboriosamente y que sin agua, se les debe reconocer, jamás habría tenido valor. ¿Cuál es, pues, el móvil de tantos esfuerzos? Seguramente no es la caoba, cuyos cortes, como elemento de prosperidad nacional, han perdido desde hace mucho tiempo toda su importancia, ni los beneficios de un reducido tráfico con los países pobres como Yucatán y América Central. Pero Belice es un excelente punto de observación para las eventualidades que reserva el porvenir: desde el fondo de este retiro, maravillosamente elegido por un pirata, Inglaterra tiene en jaque a todos los pequeños estados vecinos; trabaja con incansable actividad por restablecer su preponderancia en esta parte del mundo y vigila el istmo americano, objeto de su ardiente codicia, con ese instinto obstinado que no cuenta obstáculos ni años.

Desde 1787, poco tiempo después de la ratificación del tratado hecho con la corte de Madrid, Belice recibió a un superintendente, cuya autoridad dependía de la del gobernador de Jamaica y ese funcionario, a pesar de las representaciones de los comisarios españoles, instituyó en la colonia un plan de gobierno que la satisfizo y que aún rige.

En virtud de esta carta, al superintendente se le otorgan atribuciones civiles y militares. Comparte la autoridad con un consejo de siete miembros, elegidos por la población y que gobierna bajo su presidencia. Los poderes legislativo y ejecutivo se confunden con esta asamblea que repasa las cuentas administrativas, decreta el impuesto colonial y trabaja en cierto modo en la obra de la legislación local. Los gastos del Estado se limitan al sueldo de las tropas, compuestas por dos compañías de soldados negros, cuyo efectivo asciende a 300 hombres.²²⁹ El sueldo del pri-

²²⁹ Estas compañías, pertenecientes al regimiento de *West-Indies*, cambian de guar-

mer magistrado (45 450 francos), el de los funcionarios del orden judicial (25 250 francos), el culto, las prisiones, el hospicio, la escuela gratuita, un instituto excelente en el que se educa a cerca de 300 jóvenes negros de los dos sexos; los gastos de armamento y equipo, el mobiliario de la superintendencia, quedan a cargo de la caja colonial. Finalmente, los edificios públicos forman un capítulo del mismo impuesto, aunque el gobierno, por un privilegio especial, haya contribuido con la mitad de los gastos del puente construido sobre el Mopán. Los derechos de aduanas, tonelaje, anclaje, los impuestos sobre animales, transportes y demás accesorios producen una cantidad suficiente que, bien administrada, equilibra los gastos aproximadamente.

Puede estimarse en 10 o 12 millones el valor de las exportaciones anuales de la colonia, consistentes en caoba, campeche, *cedrela* y caparazón de tortuga; las maderas en particular han contribuido durante siglo y medio a la prosperidad de Belice; pero la progresiva disminución de su precio en los mercados de Europa y al haberse agotado los bosques bien situados para la tala, han restado mucha importancia a este género de comercio desde hace 20 años. Por una feliz compensación, en el momento en que las maderas perdían su valor, Belice hallaba otra fuente de ganancias con la transformación política de los países vecinos; la independencia en las colonias españolas abría efectivamente a los productos ingleses una puerta que han aprovechado perfectamente. Provee hoy día a América Central de más de las dos terceras partes de las mercancías importadas, sin contar las que se introducen con el contrabando; pero las ventas de alguna importancia rara vez se pagan al contado, de forma que no siempre los comerciantes encuentran créditos seguros. La situación, en la época de mi viaje, no era más próspera que la de los especuladores lanzados en la industria forestal.

No puedo olvidar, al hablar de Belice, las famosas talas de caoba, que han hecho célebre esta localidad. Sin embargo, no abusaré del asunto ni entraré en largas disquisiciones que sólo despertarían un interés limitado en la mayoría de los lectores.

Los árboles buenos ahora escasean en el territorio de la concesión, me refiero a aquellos de los que se puede obtener alguna ventaja, es decir,

nición todos los años, pasando por Jamaica, Demerary, Barbados y Nassau, lugar donde reside el estado mayor; su gasto anual cuesta al Estado 344000 francos [N. del A.].

que han crecido cerca de los ríos y pueden ser llevados hasta el mar. Esta condición es rigurosamente necesaria si se quiere evitar que los beneficios sean absorbidos por los gastos de transporte; así es como se ve a los especuladores buscando la caoba en las colonias españolas, donde la compran entre ocho y diez piastras por un pie, o en la costa de Honduras, en el país de los Mosquitos.

Lo primero que preocupa al negociante es hacer explorar por agentes especiales la localidad que le conviene. Se escoge el mes de agosto, época en la que el follaje de la caoba se torna amarillento, lo que permite a una vista ejercitada reconocer las zonas del bosque en las que abundan estos árboles. Cuando los exploradores descubren una cantidad suficiente, se cumple su tarea y no tarda en empezar la de los leñadores.

Estos leñadores, la mayor parte originarios de Belice, descienden de los antiguos esclavos negros empleados en las explotaciones. Ejerciendo el mismo oficio de padres a hijos, han adquirido una gran destreza; sin embargo, existe una preferencia por los indios caribes que vienen en pequeño número desde Honduras para tomar parte en los mismos trabajos. Por lo general, se les contrata por una campaña cuya duración es de seis meses; después se les clasifica y reúne bajo la dirección de un jefe, en compañías de 50 hombres. Cada obrero recibe al mes, además de sus víveres, un salario de entre 10 y 15 piastras, según la categoría a la que pertenecen. La caoba, lo mismo que el campeche, se corta a uno y medio o dos metros del suelo; se evita así un trabajo que las estribaciones de la base harían largo y penoso, pero se pierde la porción de madera más apreciada; además, el árbol no produce retoños y perece para siempre.

Cuando la tala llega a su fin, se empiezan a ocupar las vías de circulación que permitirán conducir los productos al lugar de embarque más cercano; después, los árboles groseramente escuadrados se marcan y se dividen por bloques. El vaciado se efectúa por medio de pesadas carretillas arrastradas por bueyes; finalmente, las piezas son cargadas sobre los botes que descienden el Mopán hasta Belice. Ahí se les remolca a los astilleros donde se les da un acabado con hacha que los despoja de su corteza.²³⁰

²³⁰ Este género de explotación exige, como es de suponer, una inversión de fondos considerable; esto no se ignora en Europa, donde las riquezas forestales del Nuevo Mundo han servido frecuentemente de incentivo a la emigración. Al jefe de cada compañía de trabajadores se le paga según la cotización de la madera, entre 30 y 40 piastras por mes; los guías reciben entre 15 y 20; los obreros entre 10 y 15, sin contar la ali-

En 1680, un capitán de la marina mercante llevó por primera vez a Inglaterra muchos trozos de caoba como lastre que había cargado en Belice; despreciados como objetos sin valor, sirvieron al cabo de algunos años para la fabricación de un cofre. El magnífico color de la madera, los accidentes que ponían de relieve su brillo, la finura del grano, su dureza y su pulimento llamaron mucho la atención de los conocedores; todos quisieron poseer un mueble igual y al extenderse este deseo muy pronto se vio cómo el comercio visitaba los sitios en los que se explotaba esa nueva fuente de riquezas. Eso atrajo la atención del gobierno británico e hizo la fortuna de Belice. No tengo nada que agregar acerca del estado actual de este establecimiento, pero no concluiré sin añadir unas palabras sobre la relación existente con esta parte de la costa, llamada *Reino de los Mosquitos*, que ha salido recientemente de su oscuridad para desempeñar un papel político. En efecto, el origen de este singular reino, su geografía, su historia, merecen ser mejor conocidos por el público.

El litoral de América Central, a partir del golfo de Honduras, se dirige paralelamente al ecuador; después describe un arco de círculo y desciende bruscamente al sur, entre los 83 y 84 grados. Esta última porción de la costa, comprendida entre el *cabo Gracias a Dios* y la laguna de *Blewfields* constituye, en una extensión de 80 leguas aproximadamente por una profundidad indeterminada, el país de los Mosquitos, una región baja, arenosa, interrumpida por lagunas y ciénagas que se comunican y forman entre sus dos extremos un sistema casi continuo de navegación. El clima es ardiente, febril, húmedo; pero avanzando hacia el interior se encuentra un terreno más seco y fecundo: se purifica la atmósfera, la vegetación cambia de aspecto y las hermosas sabanas, en las que el follaje de los pinos alterna con el de las palmeras, se transforman muy pronto en magníficos valles que terminan en la salubre región de las montañas, dominio de los verdaderos indígenas.

En 1502, descubrió Colón esta costa durante su cuarto viaje; tomó posesión de ella en nombre de la corona de España sin olvidarse de los trámites habituales y le dio el nombre de *Cariari*, tomado de una aldea

mentación. Independientemente de las herramientas y tiros de animales, el material se compone de botes así como de carretillas, cuyos herrajes importados de Inglaterra no cuestan menos de 50 piastras cada una; a estos gastos falta añadir el transporte a Belice, el corte a escuadra, la carga, etcétera. En una palabra, los avances que necesita una empresa limitada no son inferiores a una cincuentena de miles de francos [N. del A.].

vecina. Seis años más tarde era concedida por el rey Fernando a Diego de Nicuesa para que fundase en ella una colonia, tarea laboriosa que fracasó debido a las dificultades de la empresa, sin hablar de la catástrofe que terminó con la vida del brillante y desgraciado aventurero. Más tarde, cuando los españoles adquirieron un conocimiento más exacto de los alrededores, prefirieron asentar sus establecimientos marítimos en otros puntos del litoral, situados con mejores condiciones, tales como Puerto Caballos, Triunfo de la Cruz, Omoa y Trujillo. Resulta de esta corta exposición que los derechos de soberanía en otro tiempo ejercidos por España en el territorio de los Mosquitos se remontaban a la época de su descubrimiento y procedían del mismo origen que los que ejerció y ejerce en otras posesiones transatlánticas. Esos derechos se han convertido en la herencia de las antiguas colonias que el éxito de una revolución ha transformado en Estados independientes. Ellos lo han logrado, dentro de sus respetivos límites, por una transmisión conforme a la ley política de los dos mundos.

Así abandonada, la costa de *Cariari* se convirtió en la guarida de los bucaneros que hacia la mitad del siglo xvii infestaban el mar Caribe. Sus ligeras embarcaciones encontraban efectivamente en el fondo de las calas y estuarios de la costa un refugio frente a la persecución de los grandes buques. Blewfields, *Sandy Bay* y el Cabo Gracias donde ellos se atrincheraban con más frecuencia hoy son aún los principales centros de población de la comarca; y de la misma forma que Belice saca su nombre del filibustero Wallace, Blewfields, la más importante de estas ciudades, ha tomado el suyo del pirata holandés Bleeveldt.

Hacia la misma época, el cabo Gracias recibió por un suceso fortuito, una colonia de negros. Estos africanos sobrevivieron al naufragio de un buque español que los transportaba a Cuba, vivieron en la costa y se aliaron con la raza indígena; después su número había aumentado con todos los esclavos fugitivos de las colonias cercanas, se esparcieron en el sur y se convirtieron en la raíz de una tribu de la más triste especie, de acuerdo con un viajero que parece estar bien informado y que no ha tenido reparos en esclarecer su historia. Los bucaneros encontraron auxiliares útiles entre esos bárbaros y les legaron un código de inmoralidad que sus relaciones posteriores con los contrabandistas y malhechores de todos los países no han mejorado.²³¹

²³¹ Véase la encantadora obra titulada M. Squier, *Waikna or Adventures on the Mos-*

Tal es el pueblo interesante que la Gran Bretaña ha cubierto muchas veces con su pabellón y en favor del cual no hace mucho tiempo que manifestaba una gran simpatía. Borrachos, libertinos, perezosos, totalmente desprovistos de industria, sin otra religión que un resto de fetichismo, sin organización política alguna, los Mosquitos llevan una existencia precaria en aldeas miserables diseminadas a lo largo de la costa, a orillas de lagunas grandes pero poco profundas que la Providencia, felizmente para ellos, ha poblado con muchos peces. Demasiado indolentes para cultivar la tierra, se contentan con plantar a la aventura algunos plátanos y algunos pies de yuca que la misma naturaleza produce sin cuidados. Las tortugas muy numerosas sobre el litoral les proveen por otro lado un suplemento de subsistencia y también un elemento de intercambio que convierten en armas y en alcohol. Trafican también con los indios vecinos, una raza más activa, más inteligente, más laboriosa, que les es infinitamente superior y con la cual viven en paz desde el fin de la esclavitud en las colonias británicas. Precisamente, esos negros salvajes, mejor armados que los indígenas, no tenían ningún escrúpulo en atacar a los propietarios legítimos de aquellas tierras, llevándose a sus mujeres e hijos y vendiéndolos como esclavos en Jamaica. Se estima en 6000 almas la cifra de su población; pero la embriaguez y el libertinaje reducen cada día su número, de manera que hubiesen acabado por desaparecer del globo sin dejar en él la menor huella si Inglaterra, para satisfacer sus especulaciones, no los hubiese convertido en instrumento político.

Desde finales del siglo XVII, época en la que la colonia de Belice empezaba a tomar alguna consistencia, los ingleses habían dirigido sus miradas a la costa de *Cariari* y trabajaron para establecer su influencia con maniobras e intrigas cuyo centro de operaciones era Jamaica. Medio siglo más tarde (1740), favorecidos por la complicidad de los Mosquitos, desembarcaban sin resistencia y ocupaban militarmente el país. Se prolongó esta situación, a pesar de España, hasta los tratados de 1783 y 1786 que pusieron término al estado de hostilidad subsistente desde hacía tantos años entre las dos naciones. En virtud de esta doble convención, Inglaterra evacuó el territorio que había usurpado y conservó únicamente su establecimiento de Belice bajo las reservas que ya he señalado anteriormente; los derechos de soberanía reivindicados por España fueron plenamente reco-

quito-Shore, New-York, 1855 [N. del A.].

nocidos también sobre el distrito afectado en la concesión, y esta potencia, con la intención de garantizar con más eficacia, en adelante, sus posesiones de la costa, construyó un fuerte en la desembocadura del río San Juan.

Éste era el estado de cosas cuando las colonias españolas rompieron el lazo hereditario que las unía a la madre patria. La ocasión pareció favorable para el gobierno británico: mientras los pequeños Estados de América Central estaban ocupados en su organización interior, se aprovechó de sus problemas y divisiones para repetir sus agresiones contra Honduras, con esa infatigable perseverancia sin antecedentes en la historia. Entonces fue cuando la landa cenagosa, llamada *Costa de los Mosquitos*, fue formalmente erigida en reino (*Kingdom of Mosquitia*), un puñado de miserables salvajes sin fe ni ley se convirtieron en nación, y esa nación amparada por el protectorado de Inglaterra, tuvo su rey solemnemente coronado en Belice. Es necesario leer en una obra curiosa que ya he citado la relación de esta ceremonia grotesca, la historia no menos burlesca de la dinastía Mosquito, las intrigas y la decepción de los agentes británicos; unos hechos, añade el autor, poco dignos de la gravedad de la historia y que requieren una pluma especial como la de *Punch* o de *Charivari*.²³²

En vano los Estados interesados protestaron contra la conducta de Inglaterra y sobre todo contra el arbitrario aumento que esta potencia pretendía atribuir al reino de los Mosquitos; no sólo no hizo caso de sus reclamaciones, sino que arrastrada por los sucesos, ni siquiera disimuló sus proyectos.

En efecto, América Central adquiría cada día mayor importancia; la anexión de California a la Confederación de la Unión y el descubrimiento de los terrenos auríferos que empezaba a ejercer una poderosa atracción sobre Europa, hacían presentir el papel que el istmo americano iba a desempeñar en el movimiento comercial del mundo. Se esperaba que el famoso canal de unión se abriera en un futuro cercano, o, por lo menos, que una vía de comunicación de primer orden uniera los dos océanos. El gobierno británico tomó sus medidas en consecuencia. Desde el 1° de enero del año 1848, una fuerza naval suficiente penetraba en el puerto de *San Juan del Norte* dependiente del Estado de Nicaragua y ocupaba militarmente la ciudad, con el pretexto de que esta plaza, cuya posesión no había sido disputada hasta entonces a España ni a sus colonias, for-

²³² Véase el apéndice de *Waikna*, p. 184 [N. del A.].

maba parte de los dominios de su majestad, el rey de los Mosquitos.

Al mismo tiempo, una segunda expedición dirigida por el lado opuesto del istmo intentaba, aunque sin conseguirlo, apoderarse de la *isla del Tigre* que domina el golfo de Fonseca, donde se suponía que iría a terminar la otra extremidad de la vía de tránsito. Estos actos de violencia consumados sin la sombra de un pretexto, en medio de la paz más profunda, nos enseñan de qué manera, lejos de la mirada de Europa, en los lejanos territorios del Atlántico, se ponen en práctica el derecho de gentes y el respeto de las nacionalidades por parte de una nación que hace sonar muy alto las palabras de humanidad, libertad y civilización, pero que en el fondo siempre ha colocado sus propios intereses por encima de todos los principios.

Sin embargo, era difícil que el gobierno americano permaneciese largo tiempo como un espectador silencioso y resignado frente a lo que pasaba en América Central; las miras de Inglaterra contrariaban directamente sus propias aspiraciones como para que permitiese que esa potencia siguiese en su empeño sin ningún obstáculo. Tomó las riendas de la defensa de los oprimidos con todas las muestras del altruismo y sostuvo un lenguaje bastante firme que hizo reflexionar mucho. Los periódicos han informado al público con mucha insistencia acerca de este largo debate que duró seis años y estuvo a punto de alcanzar las proporciones de un conflicto. Finalmente, después de difíciles negociaciones, se pusieron de acuerdo las partes, comprometiéndose por un tratado a no ocupar nunca, ni fortificar, ni colonizar ningún lugar de América Central. Esta resolución les honra igualmente, aunque a primera vista parece que el orgullo británico resulta algo humillado: fue duro renunciar a la colonia de *Bay Islands*, a la desembocadura del San Juan, a un territorio conocido ya con el nombre de *British Honduras*, conquistas logradas año tras año con una perseverancia poco común y que se vinculan a todo un sistema completo de política. No era menos duro abandonar el reinado Mosquito, esa creación feliz, y a los estimables salvajes que habían inspirado tanta atención; pero cuanto mayor es el sacrificio, más mérito se le debe reconocer. Hay honor en la reparación de las faltas cometidas y en comprometerse solemnemente ante los dos mundos, tal y como lo han hecho nuestros vecinos, en no volver a repetirlas.²³³

²³³ Para apreciar el papel del gabinete británico en su justo valor, véase la *Colección de documentos oficiales, cambiados entre los Estados Unidos e Inglaterra*, publicados por E.-G.

¿Quieren saber ahora lo que ha costado a Nicaragua la intervención de los Estados Unidos? Los ingleses se habían contentado con ocupar militarmente San Juan y ejercer en esa pequeña ciudad una autoridad política; los americanos, para sustraerla de una manera más segura a la influencia de sus rivales, la han destruido completamente con el bombardeo y el incendio. A decir verdad, han declarado más tarde que este acto inaudito era el resultado de una equivocación y han reconocido sin dificultad que San Juan o *Greytown* no había merecido su suerte; pero a ello se ha limitado la reparación, y las desgraciadas víctimas ya no esperan obtener otra, a pesar de haberla solicitado en vano durante dos años.²³⁴

En la misma época, los emisarios activos y sin escrúpulos, de una extremidad a otra del istmo, preparaban el terreno a las cuadrillas de malhechores que no tardaron en invadirlo. Hoy se ve amenazada la neutralidad de Panamá, a pesar de que las ratificaciones del tratado concluido entre el gabinete de Londres y el de Washington hayan sido cambiadas. En medio de estos conflictos sostenidos por la codicia, la suerte de América Central es lamentable, porque es demasiado débil para defenderse y no puede contar, a pesar de la justicia de su causa, con el apoyo de los gobiernos europeos. Las potencias cuyos intereses no están directamente implicados esperan silenciosamente el resultado de esas perturbaciones lejanas, a sabiendas de que no pueden prescindir de dicho resultado si es favorable al futuro de la humanidad, y dispuestas a sacar beneficio de dichos conflictos, como aquellos que las han provocado, pero sin tener que reprocharse los mismos excesos ni las mismas injusticias.

Poco me queda que añadir para completar la relación de mi viaje. Habiendo tomado pasaje en Belice con una pequeña goleta que se dirigía a La Habana, arribamos el undécimo día después de una navegación en la que alternaban la calma y las tormentas, durante la cual perdimos un mástil. La primera persona que vi al desembarcar fue a mi viejo amigo, el capitán Drinot: este encuentro me agradó a la vez que me sorprendió; por su parte, la alegría fue tanto más intensa cuanto que había perdido la esperanza de volverme a ver. Como debía embarcarse muy

Squier, París, 1856 [N. del A.].

²³⁴ Véase acerca de este atentado, indigno de una nación civilizada, tres folletos publicados en París en agosto, septiembre y octubre de 1856 por el delegado de la población francesa de Greytown [N. del A.].

pronto, resolví partir con él; Morin entró de marinero para ahorrarse los gastos de la travesía, de manera que nos encontramos reunidos como el primer día.

Hacia mediados de enero salimos del puerto con auspicios favorables, pero a la altura de las Floridas, el tiempo se hizo excesivamente malo y los vientos de oeste soplaron con una violencia tan persistente que bogamos casi siempre entre dos aguas hasta nuestra entrada en la Mancha. Como yo era el único pasajero y las olas hacían la cubierta inabordable, no puedo contar esta travesía entre mis recuerdos más agradables.

Finalmente, llegamos a Francia el 22 de febrero de 1848, al principio de esa revolución inaudita que puso los destinos de un gran país en las manos de un puñado de conspiradores y facciosos. Al año siguiente, Morin tuvo deseos de ir a probar fortuna a California: era la época en la que la fiebre del oro empezaba a fermentar en Europa. Joven, valiente, robusto, acostumbrado a largos viajes, tenía probabilidades de buen éxito. Colmé todos sus votos hablando con una compañía que se encargaba de transportar a los emigrantes al nuevo El Dorado. Partió, pero no he vuelto a tener noticias suyas y mis pasos para averiguar su suerte han quedado sin resultado.

En lo que me concierne, la Providencia me ha conservado, hasta ahora y frecuentemente sueño con la dulce monotonía de una existencia más tranquila, con la vida salvaje y poética de la selva, con el esplendor de las noches tropicales y, finalmente, con las grandes escenas de la naturaleza americana que tanto han impresionado mi espíritu. En medio de esas magníficas regiones en las que el dominio del hombre es tan limitado, donde el hombre mismo se ve reducido a proporciones tan mínimas, la imagen del Creador se me ha aparecido en toda su majestad y cayendo de rodillas por un movimiento irresistible, he gritado con el Salmista: “Señor, os alabaré, porque vuestra grandeza se ha mostrado de una manera sorprendente; vuestras obras son admirables y han fortalecido mi alma” (Salmo 138).

FIN

Notas

G

Los aires nacionales de origen indio o criollo recogidos en América Central fueron remitidos al final de este apéndice, debido a la dificultad que presentaba su intercalación en el texto. Estas melodías se reproducen única y simplemente tal y como se cantan o ejecutan en la región, es decir al unísono, sin ningún ornamento accesorio.

H

Los siguientes itinerarios se establecieron por jornadas de marcha, de conformidad con los usos de la región; en cuanto a la evaluación de las distancias, no se podría considerar como escrupulosamente exacta, pues la legua nunca ha sido más que una medida aproximativa en estas comarcas.

Ruta de Flores a Campeche	
Jornada	Leguas
1. De Flores a San Andrés, por agua	1
Kantetul, arroyo	2
San Miguel	6
<hr/>	
2. Yax-hé, aguada	3
Uuaqut, aguada	2
Santa Rita	1

Ruta de Flores a Campeche (continuación)	
Jornada	Leguas
3. Sayab, arroyo	3
Sacchich, arroyo que parece comunicar con el río Hondo, al menos en la temporada de lluvias	5
4. San Martín	2
Chax-haa, arroyo	2
Chuntuqui	3
5. Kuché, arroyo	2
Xan, arroyo	4
Batcab	2
6. Paxban, arroyo	4
San Felipe	4
7. Chumpich	2
Chunczuz	4
8. Concepción, aldea y arroyo que comunica con el río Champotón	7
Kanha	6
9. San Antonio, caserío	6
Tenchay	5
10. Nohtanché, caserío	5
Becansan, arroyo	3
11. Nohbecan, aldea y límite del distrito	7
Becanchop, arroyo	7
12. Xiquinchah, <i>rancho</i>	7
13. Yakalchom	1
Halal, <i>rancho</i>	5
14. Cauich, aldea	6
Pich, caserío	2
Lubnah, finca	2
Hontum, finca	2
Yax-hé, finca	2

Ruta de Flores a Campeche (continuación)

Jornada	Leguas
15. Noh-akal, finca	4
Chehechuc, finca	2
Chulul, aldea	1
Ebula, granja	4
Campeche	2
16 jornadas¹	Leguas 138

Ruta de Flores a Mérida

Se sigue el itinerario anterior hasta el *rancho* de Xiquinchah, donde la vía se bifurca y el camino de Mérida se dirige hacia el noreste, donde se une con el camino real.

Jornadas	Leguas
13. De Xiquinchah a Akalche	3
Sibakchen, aldea	5
Konchen, aldea	5
Yxcupil, aldea	2
14. Hopelchen, aldea	2
Sahcabschen, aldea	4
15. Tohbilakal, <i>rancho</i>	2
Chavi, granja	5
16. Hunpehkun, granja	3
Nequelchakan, villa. Aquí se toma el camino real	1
Sacnicté, finca	1
Pocboc, aldea	1
Yxmac, granja	1
Pakan, granja	1

¹ Aunque las jornadas totales suman 15, el autor anotó 16 [N. de las E.].

Ruta de Flores a Mérida (continuación)

Se sigue el itinerario anterior hasta el *rancho* de Xiquinchah, donde la vía se bifurca y el camino de Mérida se dirige hacia el noreste, donde se une con el camino real.

	Jornadas	Leguas
17. Sitbalche, aldea		1
Kalkimi, villa		1
Jalacho, villa		3
Maxcanua, villa		4
18. Kopoma, aldea		3
Chochola, aldea		2
Hoxila, granja		2
19. Uman, villa		3
Coholté, granja		2
Mérida		1
19 jornadas		Leguas 163

Camino de Flores a Tenosique

	Jornadas	Leguas
1. De Flores a Sacluc		8
2. San Pablo		6
3. La Laguna		6
4. San José		8
5. San Fernando		5
6. Yalchilam, arroyo y límite del distrito		5
7. La Pita		8
8. Zancudero		7
9. El Sayab, arroyo		6
10. Pictun		7
11. Tenosique		6
11 jornadas		Leguas 72

Ruta de Flores a Belice (Antigua)	
Jornadas	Leguas
1. De Flores a Juntecchol, finca	7
2. Chaal	6
3. Yax-hé, finca	6
4. Los Encuentros, arroyo	5
5. San Pedro, arroyo tributario del Mopán	6
6. Santa María. Ahí se encuentra el Mopán	5
7. Yax-hé	4
8. Tiquinzacan	6
9. Raudal de Garbutt, límite del distrito	6
10. Branchmaut, 1ª estación inglesa: se embarca en el Mopán	7
11. Aranchihuac, arroyo	
12. Jalivita, arroyo	
13. Belice	
13 Jornadas	Leguas 58

Ruta de Flores a Belice (Nueva)	
Jornadas	Leguas
1. De Flores a Pachcaman	5
2. Yxlu	5
3. San Clemente	8
4. Tintal	6
5. Tiquinzacan	7
6. Raudal de Garbutt	6
7. Branchmaut	7
8. Aranchinac	
9. Jalivita	
10. Belice	
10 jornadas	Leguas 44

Ruta de Flores a Cobán por Chisec	
Jornadas	Leguas
1. De Flores a Junteccholol, finca	7
2. Santa Mónica	6
3. Santa Bárbara	6
4. San Juan	8
5. Río de la Pasión	8
6. Chinaja, caserío	10
7. San José, caserío	7
8. Ticec, aldea	7
9. Saklec, montaña	5
10. Guadalupe, caserío	4
Choctún, finca	2
11. Chimote, <i>rancho</i>	6
12. Cobán	5
12 jornadas	Leguas 81

Ruta de Flores a Guatemala	
Jornadas	Leguas
1. De Flores a Junteccholol, finca	7
2. El Chal, <i>rancho</i>	7
3. Santo Toribio, caserío	6
4. Dolores, aldea	6
5. Poptún, caserío	6
6. San Luis, aldea	6
7. Chimay, <i>rancho</i>	5
8. Tzunkal, <i>rancho</i>	5
9. Santa Isabel, río	4
10. Tuilha, <i>rancho</i>	6

Ruta de Flores a Guatemala (continuación)	
Jornadas	Leguas
11. Chichajak, <i>rancho</i>	4
12. Boloncotk	4
13. Campamac, <i>rancho</i>	5
14. Zancudo	4
15. Chipakché	5
16. Cahabón, villa	4
17. San Agustín Lanquín, aldea	8
18. Chiacam, <i>rancho</i>	6
19. Caquitón, <i>rancho</i>	5
20. Cobán, ciudad	7
21. Santa Cruz, aldea	4
22. Taltic, aldea	4
23. Santa Rosa, <i>rancho</i>	5
24. Salama, ciudad	4
25. Llano Grande	6
26. Los Plátanos, río	5
27. Río Grande	5
28. Carrizal	6
29. Guatemala	7
29 jornadas	Leguas 156

I

Un hecho que quizás no sea lo bastante o generalmente conocido es que las enfermedades inflamatorias son menos frecuentes bajo los trópicos que las que provienen de la atonía y de la debilidad de los órganos. Bajo la continua influencia del calor, el tejido celular, base de toda la organización, se relaja y acaba por perder una parte de su contractilidad; de ello

resulta, entre otros fenómenos, una disminución en la velocidad de la circulación linfática, sobre todo en las extremidades de los miembros, lo que explica la dificultad de sanar las llagas y heridas que en estas regiones pueden causar estragos.

Mientras que se debilita la energía del sistema muscular, el aparato nervioso, al contrario, adquiere una singular irritabilidad; la menor herida es excesivamente dolorosa y a menudo da lugar a accidentes tetánicos los cuales es imposible remediar.

La invasión de la disentería, en Guatemala, casi siempre viene precedida por una supresión de la transpiración; las fuerzas vitales se concentran en el órgano afectado y abandonan la piel. En opinión de los médicos de la región, es el hígado el asiento originario de la enfermedad y es esta víscera a la que tratan de hacer reaccionar por medio de vomitivos y medicamentos especiales. Es superfluo agregar que en un clima donde la salud depende principalmente de las funciones de la piel, los extranjeros no deben escatimar nada para protegerse de las variaciones de la temperatura.

No vi casos de bocio en el Petén, ni siquiera en la vertiente del Atlántico; pero este género de dolencia es endémica en ciertos parajes vecinos del gran Océano. Ahí los bocios se transmiten de generación en generación, sin distinción de razas, adquieren un volumen monstruoso y a menudo, como en los Alpes y los Pirineos, se complican con cretinismo. Propalado desde las ardientes planicies de Nicaragua hasta la meseta templada de Los Altos, esta enfermedad se burla, como en Europa, de los sistemas que se han concebido para explicar su origen. Se pretende que el aire del mar ejerce una influencia saludable en la resolución de los tumores del bocio, y he oído hablar de enfermos que han sanado tras un viaje de largo trayecto; sin poner en duda el hecho, creo que hay que hacer honor al cambio de clima, el mejor de todos los remedios cuando la dolencia no es inveterada.

Las llagas, sobre todo las de los miembros inferiores, exigen una atención particular bajo los trópicos; el viajero no podría precaverse demasiado contra este peligro; puedo mencionar mi propio ejemplo, pues una simple excoriación, descuidada al principio, por poco me cuesta la vida. Al degenerar en una úlcera con callosidades, profunda y extremadamente dolorosa, esta llaga sanó al cabo, en el momento en que temía yo

la gangrena, mediante un remedio común que me envió la Providencia: me refiero al unguento *basilicum*. Un habitante de Flores que había experimentado el efecto de este medicamento en Belice poseía una cajita con dicho remedio y lo puso generosamente a mi disposición; sin esta feliz ayuda, yo estaba perdido.

Añado a esta notificación la fórmula de un unguento empleado con éxito en La Habana contra las llagas rebeldes y las úlceras inveteradas: cera, cuatro partes; trementina de Venecia, una parte; alumbre, un octavo; y alcanfor en polvo, un octavo.

Se funden en baño maría la cera y la trementina, después se añaden el alumbre y el alcanfor moviendo la mezcla hasta que se forme una masa bien homogénea. Este medicamento se utiliza en estado líquido: después de haberlo expuesto al fuego en una cuchara, se derraman algunas gotas sobre la llaga, se recubre con un esparadrapo y se le cambia cada tres días.

En cuanto a las mordeduras de las serpientes venenosas, aconsejaría el empleo de cáusticos muy activos, como el ácido nítrico o el ácido sulfúrico concentrados, y mejor aún el cloruro de antimonio, que actúa con mucha prontitud, pero cuya aplicación exige algunas precauciones porque se descompone al contacto con la sangre. El veneno del trigonocéfalo *jararaca*, del que he hablado a menudo, es particularmente activo; cuando la herida es penetrante, es raro que el paciente sobreviva más de unas cuantas horas; si en su trayectoria el colmillo encontró alguna porción notable del sistema nervioso la muerte no tarda en llegar más de 10 a 20 minutos. Es por esta razón que los correos, en América Central, nunca andan aislados. Así, es esencial que el viajero siempre esté provisto de un remedio pronto y enérgico.

J

Los tres departamentos de Totonicapán, Quezaltenango y Sololá forman lo que se llama los *Altos*, región elevada, montañosa y fría que, en 1838, durante la lucha entre Morazán y Carrera, se había constituido en Estado independiente. La población de estos tres departamentos juntos asciende a 201 150 habitantes, de los cuales 140 950 son indios y 60 200 blancos o *ladinos*. Los indígenas hablan el *K'iche'*, el *Mani* y el dialecto del *Sauval*.

Totonicapán, cabecera de departamento, tiene alrededor de 20000 almas. Esta ciudad se sitúa sobre una meseta dominada por altas montañas; ahí el clima es húmedo y frío, la atmósfera nebulosa y el suelo de mediocre calidad; pero la industria de los habitantes suple la poca fertilidad del terreno. A esta elevación se cultivan principalmente el trigo y la patata; se cosechan también manzanas, peras y otras frutas de mediana calidad.

Quezaltenango se yergue sobre la base de un volcán cuya última erupción se remonta a 1758. La temperatura media es más baja en esta localidad que en cualquier otra parte de América Central. En ocasiones cae nieve, pero desaparece rápidamente, de la misma manera que el termómetro no se mantiene mucho tiempo en cero. El departamento produce trigo y maíz en abundancia; en éste se han multiplicado los carneros; y se realiza un gran comercio de cereales, así como de tejidos de lana y algodón.

K

La superficie de la antigua Confederación Centroamericana, que comprendía los Estados de Guatemala, San Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica, puede estimarse en 18600 leguas geográficas cuadradas, repartidas de la siguiente manera: Guatemala, 3850; San Salvador, 690; Honduras, 5320; Nicaragua, 5400; Costa Rica 3340; total, 18600.

Sin embargo, este cálculo no debe considerarse más que aproximativo, pues la geografía de la América Central aún no se ha determinado de manera segura y definitiva.

Además, no hay nada más contradictorio que las informaciones recabadas hasta la fecha sobre la población de esta parte del mundo; es muy difícil establecer la cifra por vía de un censo, pues los indígenas no ven en esta operación otra cosa que una medida fiscal cuyas consecuencias temen y de la que no dudan en sustraerse.

Las bases más seguras que se podrían adoptar, en medio de las muy riesgosas apreciaciones de los geógrafos, son las listas publicadas por el antiguo gobierno colonial, aunque estos documentos dejan mucho que desear.

Un primer censo efectuado en 1778 fija en 805339 habitantes la cifra de la población de la capitanía general de Guatemala; el estado actual del

mismo nombre figura en este empadronamiento con 430 850 habitantes, clasificados por su origen como sigue: españoles, 15 232; ladinos, 27 676; indios y negros 387 951; total, 430 859.

Un segundo censo oficial, con fecha de 1825, eleva la cifra precedente a 512 120. Al calcular según la media de 2 068 correspondiente al crecimiento anual de la población durante un periodo de cerca de medio siglo (47 años), se encontrará que en los 30 años transcurridos desde 1825 hubo un aumento de 62 040 habitantes; éstos, agregados a los 512 120, darían un total de 574 160. Como las bases de este cálculo (evidentemente aproximativo) son más bien cortas que demasiado elevadas, nos acercaremos a la verdad llevando a 600 000 almas la población del Estado.

El gobierno actual, abandonando como incierta la vía del censo directo, ha buscado la solución del problema en la relación entre los nacimientos y los decesos, comparada con el conjunto de la población. Este modo de cálculo lo condujo a la cifra de 924 950 habitantes, resultado a todas luces exagerado.²

Para concluir, el último censo, efectuado en 1832, reduce la misma cifra a 787 000 habitantes.

L

Durante un periodo de 21 años, de 1821 a 1842, la república de Guatemala ha llevado a cabo 51 acciones de guerra registradas; las pérdidas se elevaron a 2 762 hombres, entre los cuales 2 291 fueron muertos y 471 heridos. El caso más considerable fue el del 19 de marzo de 1840, cuando Carrera triunfó definitivamente sobre su competidor Morazán; 414 soldados quedaron sobre el campo de batalla y 172 resultaron heridos. El resumen general da para los cinco Estados que formaban antaño la Confederación Centroamericana, 143 combates, 7 088 muertos y 1 785 heridos, es decir, una pérdida de 61 hombres por encuentro; se ve que, pese a ser muy frecuentes, estas luchas no son en definitiva muy mortíferas.

² Paso por alto el censo de 1833-1834, publicado en 1839, que arroja una cifra de 460,012 habitantes, cálculo evidentemente erróneo [N. del A.].

Reporte

Leído por A. Morelet ante la Academia de Ciencias
en la sesión del 25 de febrero de 1850

La Academia me hacía el honor, en noviembre de 1846, de alentar mediante instrucciones especiales las investigaciones que me proponía efectuar en una parte del continente americano que, hasta entonces, no había sido explorada por los naturalistas. Caballeros, vengo a dar cuenta de este viaje, así como de los principales resultados que han sido fruto del mismo. Pero antes de enumerar los diversos elementos de estudio y de comparación que he logrado recoger, creo que no es inútil echar una mirada a las regiones que los han producido y que recorrí sucesivamente. No abusaré de estos preliminares para apartar la atención de la Academia con detalles ociosos alejados del verdadero objeto de mi relación.

Al salir de Cuba, me dirigí a Yucatán, con el proyecto de visitar el interior de esa península y de estudiar la pequeña sierra central, que la atraviesa de un extremo a otro y que parece unirse al grupo irregular del Petén. Pero los disturbios que estallaron en Mérida durante mi estancia y el levantamiento de indios que, aprovechando la división de los criollos, emprendieron por cuenta propia una cruzada nacional cuyo fin fue un instante dudoso, modificaron mi itinerario y me condujeron a Campeche, desde donde llegué a la *laguna de Términos*, y luego a la isla de Carmen, principal puerto franco del comercio de las maderas de tinte y límite de la provincia yucateca por el occidente.

A partir de este punto, al que llegué sin obstáculos, comenzaron los riesgos y las dificultades del viaje. El *río Usumacinta*¹ que desemboca en la laguna y cuyo curso incierto está apenas trazado en nuestros mapas,

¹ *Usumasinta* en el texto original [N. de las E.].

me ofrecía una salida natural para penetrar en el interior del continente. Remonté ese río, el más considerable de América Central, durante más de 100 leguas, hasta los últimos límites de Tabasco, donde mi navegación fue interrumpida por rompeolas. De ahí, atravesando 80 leguas de selva y marchando hacia el sureste, arribé al distrito del Petén, que depende en lo político del Estado de Guatemala.

Esta región misteriosa, aislada en medio de los bosques, parecía prometer una recompensa a mi actividad; pero el interés que me ofreció desde el punto de vista de las ciencias naturales fue meramente secundario. Volví a encontrarme con el clima, el terreno y los productos de Yucatán, con alguna diversidad entre los seres relegados a los grados inferiores de la escala animal. Sin embargo, el hecho no carece de interés, ya que permite llenar una laguna en la historia general de la región.

Al avanzar en el oeste, el suelo se vuelve cada vez más accidentado, y pronto se encuentran las ramificaciones de la Cordillera que surca la provincia de Verapaz. Las hondonadas o el lecho de los torrentes son las únicas vías de comunicación que conducen, de montaña en montaña, a las regiones templadas donde crecen los helechos arborescentes, luego a la meseta salubre de Guatemala. Continué mi camino hasta las monótonas orillas del océano Pacífico, donde las noticias que me llegaron de Europa me obligaron a retroceder por la vía más directa, la del golfo de Honduras.

Con este rápido esbozo del teatro de mis investigaciones, voy a indicar brevemente sus resultados. Pero primero haré conocer la ley de que derivan, y que los resume todos desde un punto de vista general: es decir, que la parte de América Central que visité más particularmente, y que constituye el Estado de Guatemala, muestra en sus características físicas, así como en el conjunto de sus productos naturales, una sorprendente analogía, sea con las tierras calientes, sea con las tierras templadas de México. Agregaré también que el istmo entero parece desenvolverse en las mismas condiciones. Es al aproximarse a Panamá, ese vestíbulo, si puedo expresarme así, del continente meridional, cuando la naturaleza comienza a adquirir formas nuevas, de una manera bastante general como para modificar sensiblemente la fisonomía de la región.

Los objetos que recogí con base en esta aserción pertenecen sobre todo al reino vegetal y al reino animal; paso por alto las muestras mineraló-

gicas, que los accidentes inseparables de un largo viaje redujeron a una proporción insignificante.

Las plantas criptógamas están representadas en mis colecciones por 90 especies, y las fanerógamas, cuya clasificación específica aún no es completa, se relacionan con 40 géneros diferentes. Mencionaré un magnífico arbusto, de hojas gruesas y coriáceas, que constituye un género nuevo (*sarcomeris*) en la familia de las melastomas, y originario de la isla de los Pinos. Las coníferas de las cuales toma su nombre moderno esta pequeña isla son de dos especies, distintas de todas las conocidas hasta ahora, y especialmente de *P. occidentalis* de Swartz, que crece igualmente en las Antillas, pero este último está provisto de cinco hojas, mientras que las especies de la isla de los Pinos no tienen más que dos o tres unidas en la misma vaina foliar. No ignoramos que estos vegetales, por una disposición orgánica que por mucho tiempo se creyó excepcional, pero de la que hoy se conocen numerosos ejemplos, crecen al nivel del mar, bajo un cielo ardiente, y mezclan su follaje con el de las palmeras y otras familias tropicales.

No me detendré en las semillas, las resinas, las muestras de maderas, etcétera, que se relacionan en la misma colección.

El reino animal me ofreció, en las clases inferiores, cierto número de espongiarios, de asterias, de equinodermos y de crustáceos, en su mayor parte nuevos: entre los insectos, 111 coleópteros, 40 lepidópteros y 27 especies pertenecientes a otros órdenes, en suma 178 especies, de las cuales una sexta parte son inéditas.

Los moluscos, de una conservación más fácil, son también más numerosos. Me fijé preferiblemente en las especies terrestres y fluviales, menos conocidas por los naturalistas que las que pueblan el océano. Su número se eleva a más de 300, de las cuales la mitad no tiene aún nombre en la ciencia. Me limito a señalar dos helicinas, una de la isla de los Pinos, notable por el elegante borde de su concha, y la otra de las montañas de Cuba, que sobrepasa por sus dimensiones a todas las especies conocidas. Las melanias, muy diferentes de las de la América septentrional, se distinguen igualmente por sus proporciones extraordinarias. Por último, un *unio* de Cuba, es el primero que se haya traído de las Antillas.

Llego a los vertebrados, entre los cuales la última clase ocupa en mis colecciones el lugar más importante. Recogí la serie completa de los

peces que viven en el gran lago de Itzá, así como varias otras especies que pertenecen a las corrientes acuáticas de la Verapaz. Estos peces, casi todos desconocidos, ofrecen un género nuevo de 32 especies. A los especímenes conservados en alcohol agregué notas y dibujos a color de cuando estaban vivos.

Los reptiles, en número de 104 individuos, representan a su vez 56 especies, de las cuales 6 parecen ser inéditas y de 5 aún guardamos dudas. Algunos de estos animales son raros y no figuran en las galerías del Museo de Historia Natural. Los saurios han dado lugar al establecimiento de un género particular. Mencionaré al cocodrilo del Petén, especie desconocida hasta ahora, un émido también nuevo, un tritón muy curioso, cuyas características orgánicas todavía son inciertas, la *rhinophrina*, batracio singular que presenta el mismo tipo de interés, boas de Cuba, crótalos, trigonocéfalos, etcétera.

Las aves, dotadas de facultades locomotrices infinitamente superiores, y propagadas por consecuencia de una manera más general en el continente, no debían ofrecerme un campo de descubrimientos tan fructuoso. Apenas con más de 70 especies, se encuentran dos o tres inéditas. A esta colección agregué huevos y nidos, de los cuales una parte, en verdad, a falta de determinación, casi no tiene valor.

Por último, 57 mamíferos, entre los cuales figuran los venados del Petén, una gran variedad de ardillas y muchos otros roedores, completan el conjunto de mis recolecciones.

Tal es la exposición sumaria de mi exploración en la América Central. Tuve que limitarme a un análisis incompleto, proporcionado a la medida de mis conocimientos, pero los elementos de estudio que acabo de enumerar fueron depositados en el Museo, en manos de eruditos profesores de este establecimiento, quienes completarán mi tarea, y la vivificarán con la superioridad de sus luces.

Emprendí solo este viaje, únicamente dirigido por el amor a las ciencias naturales y por un sentimiento de emulación nacional que este recinto entenderá; lo ejecuté con mis propios recursos, en medio de obstáculos y peligros que no son imaginarios; felizmente llegado a puerto, gracias a la Providencia, me encontraré compensado de mis adversidades pasadas si la Academia juzga que he cumplido bien sus instrucciones.

Informe
redactado en la Academia de Ciencias
en la sesión del 15 de abril de 1850
sobre
los trabajos y las investigaciones de historia natural
ejecutados
por el señor A. Morelet
durante su viaje a América Central

Comisarios: los señores Duméril, De Jussieu, Milne Edwards,
Valenciennes, ponente

La Academia puede recordar que el señor Morelet le informó del proyecto de viaje que quería emprender, de su propio peculio, a América Central, con el fin de conocer la historia natural de esa región aún poco explorada. Pidió a la Academia que le diese instrucciones para guiarlo en sus investigaciones. Una comisión fue encargada de redactarlas; éstas fueron aprobadas por la Academia, en una sesión del mes de noviembre de 1846, y remitidas al viajero.

El señor Morelet vino recientemente a dar cuenta a la Academia del resultado de sus trabajos durante el viaje cuyo itinerario él había trazado.

Nosotros estábamos encargados de examinar los productos de esta exploración, y ahora os sometemos los resultados de dicho examen.

Vosotros, comisarios, habéis notado con placer que el señor Morelet siguió exactamente el trazado del viaje anunciado a la Academia,

sabiendo allanar las dificultades de diversas naturalezas que se encontraron en la expedición.

Al salir de la isla de Cuba, el señor Morelet llegó a Campeche, de donde se dirigió a la *laguna de Términos* y a la isla de *Carmen*, principal centro del comercio de las maderas de tintura.

Para adentrarse desde ahí hacia el interior de América Central, remontó el *río Usumacinta*,¹ uno de los ríos más considerables de la región. Tras una navegación de unas 100 leguas, se vio detenido por unos rápidos, que lo forzaron a abandonar el curso de ese río. Atravesó entonces la selva virgen de esa región y acabó por llegar al Petén y al gran lago interior de ese distrito, dependencia de la república de Guatemala.

Las colecciones recabadas durante este trayecto comprueban que el suelo, el clima y los productos de esta provincia tienen un sorprendente parecido con las partes cálidas o templadas de México. El istmo entero parece encontrarse en las mismas condiciones; y no es sino cuando se acerca uno a Panamá cuando la naturaleza comienza a mostrar formas nuevas, de una fisonomía más meridional.

Las dificultades del transporte impidieron a Morelet efectuar recolecciones geológicas que tuvieran algún grado de importancia; sin embargo, aprovechó las ocasiones que le ofrecieron las escarpaduras de las hondanadas para traer algunos fósiles interesantes, entre los cuales se pueden destacar erizos de mar y ostras de dimensión bastante grande y característicos de estratos terciarios.

Por lo demás, no hay que olvidar que los estudios zoológicos son más familiares a Morelet que los de otras partes de las ciencias naturales; también que este laborioso viajero se dedicó más a reunir especies de ese reino.

Vuestros comisarios también han podido tener un conocimiento exacto de las investigaciones de Morelet, porque él ha donado generosamente al Museo de Historia Natural todas las colecciones, fruto de sus exploraciones.

Esta parte zoológica está formada por un número considerable de especies de todas las clases del reino animal.

Ahí están representados los mamíferos, las aves, los reptiles y los peces en el grupo de los vertebrados; los moluscos, los insectos, los zoofitos y las esponjas, entre los invertebrados.

¹ *Usumasinta* en el texto original [N. de las E.].

Conforme a los reglamentos y a los usos establecidos en la administración del Museo de Historia Natural, se elaboraron catálogos que fueron enviados después al ministro de Instrucción Pública.

Los de los mamíferos y de las aves los hizo bajo la dirección de nuestro colega, el señor Geoffroy Saint-Hilaire, el doctor Pucheran. Ellos establecen que hay 47 especies de mamíferos, entre las cuales se destacan varios murciélagos nuevos. Es uno de los puntos de investigación que se había indicado a Morelet en las instrucciones de la Academia. También se le había recomendado poner su atención en los roedores; Morelet trajo, entre otras, tres nuevas especies de *sarcomys*, género del cual no se conocía más que uno solo, señalado más bien que descrito por Shaw, con el nombre de *mus bursarius*.

La colección de aves se compone de 64 especies, representadas por un número bastante grande de individuos de edad y sexos diferentes, lo que hará más completa su historia natural. Asimismo, diremos que Morelet no olvidó coleccionar los nidos y los huevos de estos animales.

Los catálogos de reptiles entregados a la comisión por Duméril han facilitado el trabajo del ponente. Entre las numerosas especies nuevas de esta clase se puede señalar un género nuevo, que Duméril denominó *cyclosaurus*, el *ædipus platydactylus*, y un gran cocodrilo del lago Petén, de casi tres metros de largo, y que nuestro erudito colega se propone hacer conocer en su obra sobre la historia natural de los reptiles, con el nombre de *Cocodrilus moreleti*.

Sesenta peces y 33 especies de esta clase ofrecen una serie muy interesante de estos vertebrados. Casi todos son del lago Petén y de sus afluentes. Se cuentan nueve especies nuevas de *chromis*, siete del género *pæcilie*, dos *mollienisia*, un nuevo género de la familia de los *esoces*, etcétera.

El catálogo de los moluscos y de los zoofitos hecho por L. Rousseau, uno de los naturalistas ayudantes del Museo, prueba que Morelet encontró un gran número de especies que habían escapado a las investigaciones de los señores Nyst, Pfeiffer, Sowerby y otros conquiliólogos.

Blanchard presentó también a uno de los miembros de la Comisión, profesor de entomología en el Museo, la lista de los insectos, de los crustáceos y de los miriápodos, que constituirán géneros nuevos y aumentarán nuestros conocimientos y nuestras riquezas entomológicas.

El señor De Jussieu ofreció, en las colecciones botánicas, una exposición de las plantas recogidas por Morelet.

Esta parte de las colecciones se limita a un herbario de 80 y tantas plantas, en general en un estado de conservación satisfactorio, y provistas de sus órganos esenciales.

En ella los helechos son relativamente numerosos: se cuentan quince; seis leguminosas, doce compuestas, cinco convolvuláceas, cinco solanáceas, cuatro ciperáceas y tres gramíneas. En cuanto a las otras familias, que son las siguientes: lycopodáceas, potameáceas, pontederiáceas, canáceas, salicináceas, piperáceas, urtiáceas, cocolobeadas, nictagineadas, malpigiáceas, caparideas, ocnáceas, rutáceas, ampelideas, malváceas, cedrilaceadas, melastomaceadas, turneráceas, onagríreadas, ardiceáceas, jazmíneas, labiadas, escrofularíneas, acantáceas, bignciáceas, gentianas, apocinadas, asclepiadeas, rubiáceas, lobeliáceas, no se encuentran representadas más que por una especie o dos, y muy rara vez con más. Con tal variedad, harían falta investigaciones mucho más largas y comparaciones muy abundantes para hacer constancia del interés por la novedad que pueden presentar muchas de estas plantas. No cabe duda de que tal sea el caso para algunas de ellas. El señor Nandin, quien se ocupa desde hace mucho en la monografía de las melastomaceadas, pudo reconocer dos especies nuevas de ellas en este herbario, una, como especie, que él relaciona con el género *heteronema*, la otra, como género, al que propone dar el nombre de *sarcomeris*, asignándole las características siguientes:

Flores en panículas paucifloras, con pedicilos cortos. Cáliz grueso, con turbinas largas, apenas cortado en el borde de su limbo, cuyos seis lóbulos, muy obtusos, llevan sobre su cara externa un espesamiento en forma de tubérculo. seis pétalos carnosos, irregulares, con úngulas cortas; doce estambres, cuyas anteras, sin prolongamiento ni apéndices del conectivo, se abren por un poro único. Ovario casi completamente adherente, cuadrilocular, estilo filiforme, con estigma obtuso.

La dalia, cuyo cultivo en nuestros jardines ha modificado tan profundamente las formas y el aspecto, reaparece en este herbario con el porte que le dio la naturaleza y con el cual nos llegó, pero que hoy en día se ha borrado casi por completo y ha sido olvidado. Un rápido examen no nos permitió reconocer todavía otras especies. Acabamos de decir que varias de estas plantas son desconocidas; uno de los países donde fueron recogidas, países de los cuales nuestros herbarios no poseen sino muy pocos

vegetales, da algún valor a esta colección, con lo pequeña que es, y hace lamentar vivamente que no sea ésta más considerable.

Morelet agrega a sus conocimientos positivos y amplios en zoología un talento de dibujo muy fácil: tuvo el cuidado de pintar, cuando estaban vivos, reptiles, peces, moluscos, de capturar el tono de los ojos, de las carúnculas, de los pies y de varias otras partes de los mamíferos y las aves, cuyos colores se borran a consecuencia de la desecación. De ello resulta que esos dibujos, que han sido presentados a nuestra mirada, además de las notas manuscritas tomadas en los propios lugares, serán de gran ayuda para una publicación que proyecta hacer el autor. Los comisarios son de la opinión que ésta será muy útil, sobre todo para la zoología; asimismo, no dudan en proponer a la Academia dar un testimonio de su satisfacción al viajero que puso tanto cuidado en seguir las instrucciones que ésta le había encomendado, y a Morelet a hacer todo lo que de él dependa para apresurar la publicación de los excelentes materiales que ha traído.

Nota sobre el mapa de viaje

Los materiales que sirvieron para la construcción de este mapa son:

1º. El mapa general de las Antillas y del golfo mexicano, publicado por Brué, en 1835, presenta en gran parte la extensión del litoral.

2º. El de Waldeck, que apareció en 1838, sirvió para rectificar el perímetro de Yucatán.

3º. El atlas de la República de Guatemala, publicado en 1832 por Rivera Maestre, obra excesivamente mediocre, de la que, sin embargo, se extrajeron algunas informaciones útiles.

4º. Los trabajos de los ingenieros belgas enviados en 1842 a Santo Tomás.

5º. El viaje de Stephens a Yucatán.

6º. Por último, las propias observaciones del autor y los levantamientos que efectuó con la brújula.

Este trabajo geográfico, pese a los cuidados del que ha sido objeto, no debe considerarse más que un esbozo aproximativo, muy alejado de una precisión rigurosa. Ningún punto del interior fue determinado mediante cálculos astronómicos.

Aires nacionales de América Central

Número 1 Aire de Yucatán

Largo

Musical notation for Aire de Yucatán, Largo. Two staves of music in 6/8 time with a key signature of one sharp (F#). The melody consists of eighth and quarter notes. The second staff ends with a piano (*p*) dynamic marking.

Número 2 Aire indio

Adagio

Musical notation for Aire indio, Adagio. Two staves of music in 6/8 time with a key signature of one sharp (F#). The melody features eighth and quarter notes with accents and piano (*p*) dynamics.

Número 3 Aire indio

Andante

Musical notation for Aire indio, Andante. Two staves of music in 6/8 time with a key signature of one sharp (F#). The melody features eighth and quarter notes with accents.

Número 4
Aire de Tabasco

Adagio

Fin
D.C.

Número 5
Aire de Petén

Allegro

Número 6
Aire de Yucatán

Allegro

Adagio

Número 7
Aire de Honduras

Allegro

Número 8
Aire de Petén

Allegretto

Número 9
Aire de Honduras

Adagio

Número 10
Aire de Petén

Mapa de Yucatán y de Guatemala



*Viaje a América Central,
isla de Cuba y Yucatán*

editado por el Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales, siendo el jefe de Publicaciones Salvador Tovar Mendoza, se terminó de imprimir el 9 de octubre de 2018 en los talleres de Gráfica Premier S.A. de C.V., 5 de febrero 2309, col. San Jerónimo Chicahualco, C.P. 52170, Metepec, Estado de México. El texto estuvo al cuidado de Jorge Pérez Martínez e Iván Sierra Martínez. La formación (en tipos Caslon Pro, 11:13, 10:12 y 9:11 puntos) la llevaron a cabo tallerhojarasca.com · Tania Hernández y Salvador Tovar Mendoza. El diseño de los forros lo realizó Samuel Flores Osorio. El tiraje consta de 250 ejemplares en tapa rústica, impresos en *offset* sobre papel cultural de 90 gramos.